

HOLLIE DESCHANEL

PRÓLOGO DE DANIEL DE LA PEÑA



La chica que tropezó con el amor

«Una novela fresca,
divertida e irreverente que
no podrás ni querrás soltar».

Rose Gate

La chica que tropezó con el amor

Hollie Deschanel



La chica que tropezó con el amor

ISBN: 9788419941121

ISBN ebook: 9788419941749

Derechos reservados © 2024, por:

© del texto: Hollie Deschanel

© de esta edición: Colección Mil Amores.

Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.

41001. Sevilla

info@lantia.com

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Daniel de la Peña:

No solo eres una persona talentosa y un amigo increíble, también eres mi mamarracho favorito.

Te mereces todo lo bonito de este mundo.

Nota de la autora

Todos los personajes y las situaciones de este libro son totalmente ficticios.

Cualquier parecido con la realidad es pura casualidad.

Aunque sería maravilloso que existieran más personas en el mundo como Dánae, íbamos a tener risas aseguradas para toda la eternidad.

¡Disfruta de la novela!

Prólogo

¿Es la primera novela que vas a leer de Hollie?, ¿lo has pensado bien? Porque vas a llorar de risa, enamorarte de unos personajes adorables y sumergirte en una historia alocada, emotiva y muy divertida.

¿No es la primera vez que te pierdes en las páginas de Hollie? Entonces sabrás que te vas a embarcar en una aventura superromántica, repleta de humor, guiños pop y que vas a conocer a todo un elenco que personajes disparatados, con mucha personalidad y con los que te vas a sentir muy identificado.

¿Te cuento más? Yo ya conozco a Dánae y a Martín, los protas carismáticos de esta historia tan fresca y ¡no puedo olvidarme de ellos! He reído, disfrutado y me he emocionado con esta pareja tan fabulosa. Son geniales. Hollie es única creando situaciones y personajes inolvidables y está vez no es para menos.

Me encanta la forma de escribir de la autora; es inteligente, irónica, fresca, sensible y muy divertida. Sabe cómo introducirte en una historia que te atrapa y en la que te sientes tan a gusto que necesitas leer cada vez más para descubrir las peripecias de sus protagonistas.

Aquí hay una mentira, ¡una gran mentira amorosa! Bueno también hay alcohol, risas, buenos amigos, juguetes sexuales y mucho amor. ¡Vaya mezcla! Pero sobre todo hay un gran romance y mucho humor, ¡del ácido y del inteligente! El que me gusta a mí.

Me encanta leer a Hollie, ¡es todo un acierto! Aunque lo que más me gusta de ella es lo buena amiga que es. No solo le haría un prólogo, si me lo pidiese, ¡le haría mil más! Pero que no se pase. ¿Ok, Hollie?

Bromas aparte, ¡espero que disfrutes esta novela! Yo lo he hecho, ¡me he reído como nunca! Y he soñado junto a sus personajes y su mundo rosa chillón a lo *barbie*.

¿Te atreves a darle un toque de color mamarracho a tu vida?

Daniel de la Peña
Autor de *Cena de amigas* y
¡A mí me lo vas a contar!

Capítulo 1

*«En el patio de mi casa, que es particular, no verás llover...
sino a mi tía pimplar»*

DÁNAE

Mi cuñada era la mujer más insoportable del planeta, del sistema solar y de toda la galaxia. Y encima cumplía años en un día donde hacía tanto calor que, en lugar de celebrarlo en una nave especial para fiestas, con aire acondicionado y techo, como cualquiera con sentido común, nos obligó a pasearnos por su jardín, con todo el solazo dándonos en la coronilla.

Nos invitó a toda la familia a su gran fiesta porque no le quedaba de otra, no porque nos guardase algún tipo de afecto. Si por ella fuera, yo quedaba descartada, y mi madre, y mi hermana pequeña, y cualquiera de los Masaveu. Se habría quedado únicamente con sus padres y mi hermano, que era su marido, y los dos retoños que trajeron al mundo con una pequeña diferencia porque, según ella, eso era lo correcto. Y porque no pensaba esperar a llegar a los cuarenta para tener otro embarazo con sus correspondientes antojos, cambio de armario, estrías y dolores postparto.

Que estuviéramos parados frente a ella, viéndola saludar a todo el mundo con una sonrisa más falsa que unos empastes, no me ayudó en nada a que esa semana mejorase. Pero prometí que me comportaría por dos razones: no merecía la pena armar un escándalo cuando me iban a señalar como la mala de la película en cuanto hubiese terminado mi teatro, y, de hacerlo, la perjudicada sería mi madre. Si mi hermana y yo hacíamos algo, por insignificante que fuese, que a mi cuñada le desagradase, lo pagaba con la mujer que me dio la vida, prohibiéndole ver a sus nietos. Y eso no lo permitiría. Otra vez.

—¡Feliz cumpleaños! —Exclamó mi madre nada más acercarse y darle dos besos—. Estás preciosa, Arantxa.

—Gracias —repuso ella, una sonrisa desdeñosa curvándole los labios—. Espero que lo paséis muy bien. Hay canapés, aguas con sabores y pastelitos en las mesas. ¡Servíos vosotras! Que sé que os gusta mucho dispersaros por ahí.

«Seguro que sí», pensé, mientras dejaba el enorme regalo que le habíamos hecho entre las tres en la mesa más cercana. Nada más y nada menos que una *freidora de aire*, que tan de moda estaban, para que siguiera con sus dietas y sus comidas sanas. Aunque viendo el casoplón que se compraron mi hermano y ella, dudaba mucho que le pareciera un obsequio a la altura de su ritmo de vida. Que era, por descontado, mucho mejor que el nuestro.

El chalet donde vivían era cinco veces el apartamento alquilado donde ubicaba mi trasero desde hacía tres años. Probablemente cabría en el garaje, y eso que aún no lo había visto por dentro. Según nos contó Arantxa en la última comida familiar, constaba de siete habitaciones, cinco con baño privado y tres dobles. Dos salones, un comedor, una cocina, un baño de invitados, el garaje, una piscina privada y una buhardilla de lo más coqueta. Espacio suficiente para que su ego y ella cupieran sin problema. Y esa maldad que ocultaba detrás de una falsa condescendencia hacia toda la familia de su marido.

No diría en voz alta que le tenía envidia, porque no era cierto. Solo de imaginar lo que debía costar mantener este sitio limpio me entraban los sudores fríos. Y no es que mi cuñada fuese prima de Don Limpio, la verdad. Daba por hecho que, en realidad, contrató a alguien externo que pringase por ella y frotase la bayeta por todos los rincones, mientras ella jugaba a ser la reina del mambo en su trabajo y en sus reuniones sociales.

Solo esperaba que no tirase la freidora de aire a la basura en cuanto nos fuésemos, porque a mí me vendría de puta madre, la verdad. Con lo perezosa que era a la hora de cocinar, ese cacharro solucionaría todos mis problemas de un plumazo. Al menos, uno de ellos; el resto aún estaban por ver.

—Apuesto a que sí, Ara —le dije con la misma clase de mueca extraña que ella me dedicaba—. ¿Dónde están mis sobrinos?

—Creo que deben estar probando los aperitivos *light* que ha preparado mi madre.

Me entraron ganas de reír, aunque me contuve. Aperitivos *light*, decía la colega. Eso era contradictorio lo mirases por donde lo mirases. ¿Cómo ibas a picotear algo que no engordaba nada de nada? ¿Nos había preparado cubitos de hielo nada más? De ella ya no me sorprendía nada. Una navidad nos trajo un montón de huevos falsos después de ver en YouTube un montón de recetas veganas y totalmente bajas en calorías. Nadie tocó su plato durante la noche y se marchó ofendidísima porque no valoramos sus dotes culinarios y, más allá de eso, su interés real por cuidar nuestra salud.

En cuanto abandonaron la casa, tanto mi hermana, como mis primos, mi tía y yo nos doblamos de la risa. ¡Huevos falsos! Si es que mi cuñada era la reina de construir castillos en el aire que no llevaban a ningún lado.

—Vale.

No pretendía quedarme más tiempo del necesario cerca de ella, así que me encaminé hacia la mesa más cercana y allí los vi: a los dos jóvenes Masaveu. Marta y Hugo. Apenas se llevaban dos años de diferencia, pero parecían mellizos. Mi sobrina nació antes, y, aun así, no me llegaba ni a la cintura todavía; mientras que Hugo casi me llegaba al pecho. Era impresionante la diferencia de estatura de esos dos ratoncitos que se robaron mi corazón nada más venir al mundo. Y eso que no soportaba a los críos y ser madre no entraba dentro de mis planes de futuro. Más que nada porque el príncipe azul rehuía de mí y la vida, en su lugar, me enviaba sapos que no se transformaban por más que les besara en la boca.

—¡Tía Danonina! —gritó Marta nada más verme, y enseguida soltó el palito de zanahoria a medio morder y corrió hacia mí—. ¡Hola!

—Hola, pequeñaja —La intenté coger en brazos, pero ya pesaba bastante, así que me limité a darle un achuchón que le hiciera llegar todo el cariño que tenía dentro de mí hacia ella. Y, más allá de eso, que era la única persona en esa fiesta, junto a su hermano, que me agradaba y me hacía sonreír de verdad—. ¿Cómo te encuentras?

—¡Mal! Hugo dice que el apio es la comida de los hipopótamos y que ahora me voy a convertir en uno. —Abrió mucho los ojos, espantada—. ¿Es verdad?

Por encima de su hombro, le dediqué una mirada a Hugo de lo más condenatoria. Mirada que él ignoró.

Había salido a su padre.

—Es la verdad —dijo él—. Mi madre dice que somos lo que comemos.

«Entonces ahora entiendo que ella se alimente de puro veneno», pensé. Eso, o los huevos falsos le llenaba el alma de odio hacia la humanidad.

Suspiré y solté a Marta.

—Claro que no, cariño. Las personas no mutan, o habría más de uno que sería una serpiente boa y un cabrito —le dije a mi sobrina, y le borré la mueca de horror con el dedo para, a cambio, dibujarle una sonrisa—. ¿No vienes a darme un abrazo? —Eso último se lo pregunté a su hermano, que no parecía por la labor.

Hugo era algo menos efusivo que su hermana. Ya fuese por la educación que le daban o por los estímulos que recibía de esta sociedad, o simplemente porque detestaba dar muestras de afecto, prefería mantener las distancias conmigo. En su lugar, chocó los puños conmigo.

«Algo es algo», pensé.

—Tía Danonina —mi sobrina tiró de la parte baja de mi vestido—, ¿me has traído algo?

—No, cariño. Hoy es el día de tu madre.

Capté enseguida la decepción en sus ojos y me sentí la peor persona de este universo. Casi siempre les traía un detallito: chocolates, un juguete, sobres con pegatinas de cualquier cosa que estuviera de moda (y Peppa Pig ya no). Eran mis únicos sobrinos, los únicos críos que me caían bien, y me provocaba cierto orgullo ser la tía que los consentía a pesar de las protestas de Arantxa. Pero es que me gasté lo poco que me quedaba en la maldita freidora de aire por culpa de mi madre y mi hermana; las dos me convencieron de que era lo correcto, y que mi cuñada, a pesar de todo, se ganó un hueco en la familia después de tantos años junto a mi hermano. ¡Como si la vida se basara en ganar puntos!

—¿Y vendrás pronto de visita?

—Espero que sí, cariño.

Conforme con mi respuesta, sonrió de nuevo y volvió junto a su hermano. Marta era demasiado dependiente de él. Como si Hugo tuviera que marcar los tiempos de todo: las comidas, los abrazos, las conversaciones. Con diez y ocho años, no debía sorprenderme en absoluto; con esa edad yo también era la sombra de Gonzalo, mi hermano. Imitaba absolutamente todo lo que él hacía únicamente porque era la persona más increíble a mis ojos. Como si él fuera un dios absoluto de las cosas *chachis* y yo tuviera que seguirle, o me quedaría atrás y sería una pringada.

De mayores, en cambio, nos distanciamos muchísimo. Pasamos de ser los mejores amigos a

dos adolescentes en guerra constante por asuntos superridículos. Podría culpar a mi madre por ello, a causa de sus malas decisiones, pero tampoco sería justo. Gonzalo era un imbécil que hacía llorar a todas las mujeres de su alrededor, incluida a la madre que lo parió, y no le temblaba el pulso ni le daba cargo de conciencia. Era, a fin de cuentas, un narcisista de cuidado. Y yo era... yo. La oveja negra de los Masaveu. La que no servía para nada, según sus palabras. Y la que moriría sola porque nadie la aguantaba.

Al mirar a mis sobrinos, esperé de corazón que ellos no llegasen a ese punto en el que la alianza que los unía se rompiese en mil pedazos y los secretos entre risas pasaran a ser gritos y humillaciones varias. Me dolería muchísimo descubrir que Marta, la dulce Marta, se convertía en mi sustituta entre esos leones hambrientos y envidiosos que no sabían convivir en armonía que resultaron ser los Masaveu.

—¡Dánae! —gritó mi madre, y se acercó corriendo a cogerme del brazo y tirar en dirección opuesta a la mesa de los aperitivos *light*—. No te escaquees, que todavía queda mucha fiesta.

—Saludaba a tus nietos.

Ella apretó los labios en desaprobación.

—Todavía no has hablado con tu hermano. —Me echó en cara—. Los niños están por ahí, pasándoselo bien.

En grande se lo estaban pasando, desde luego, masticando palos de zanahoria con humus y tartar de apio con queso crema. Si eso era diversión para niños de entre cero meses y diez años, entonces me alegraba muchísimo de haber crecido en la generación de los bollycaos, Dragon Ball y los tazos en bolsas de patatas. Nos daría un subidón de azúcar innecesario y, en algunos casos concretos, obesidad infantil; pero también nos hizo muy feliz.

El apio debería ser solo para el cocido, maldita fuese.

—Pero ¿qué tengo yo que decirle a Gonzalo? Si estará igual de estresado que tú por la fiesta de mierda esta donde no son capaces ni de servir una copa de vino.

Ya está, ya lo había soltado. Y ya me había ganado la primera mirada de «cállate, que todo lo estropeas» por parte de mi madre. Pero es que me superaba toda esta parafernalia por una mujer que no nos quería aquí y que iba a cumplir treinta y ocho años. ¡Que se fuera de fiesta con sus amigas, por el amor de Miguel Ángel Silvestre! Seguro que le quedaba un par por ahí más que dispuestas a salir de parranda un sábado por la noche y no regresar hasta la mañana siguiente, con el rímel corrido, los zapatos en la mano y una bolsa de churros.

Era lo que yo haría de estar en su lugar. Cuando cumpliera treinta y ocho años, igual que Arantxa, me metería en una tienda de vestidos de novia a fingir que me casaría pronto solo por darme el gusto de verme con uno de esos trajes preciosos durante unos minutos; acto seguido me iría a una clínica a congelar óvulos, por si acaso; y, por último, reuniría a mis amigos en una discoteca de moda para acabar morreándome con todo aquel que se dejase dar mimitos. Dado que aún me quedaba un poco, me conformaba con ese día absurdo que solo me haría feliz a mí. Adoraba crear situaciones ficticias en mi cabeza que jamás sucederían en la vida real.

Seguramente acabara muerta en un quirófano por ponerme tetas a los treinta y tres, la edad de Cristo, y no resucitaría a los tres días, como él. Pero no sería porque no me gustase respirar y

trabajar en sitios absurdos, sino porque qué pereza me daría reparar la piel reseca y los pelos de estropajo que se me pondría por estar setenta y dos horas metida en una cámara frigorífica.

La parte positiva era que mi cuñada no me obligaría a comer huevos falsos.

—Tu cuñada no quería alcohol.

—Pues claro que no. El vino tiene calorías vacías y todo el mundo sabe que es mejor el agua embotellada del manantial de mis santos ovarios —refunfuñé.

Mi madre resopló al mismo tiempo que alzaba la mirada al cielo en una súplica silenciosa que, en realidad, supe traducir: «Dame paciencia, Dios mío, con la Barbie Satán que he parido».

—¿Vas a comportarte por una vez, Dánae?

Durante una fracción de segundo me sentí más que tentada a decirle que sí, que dejaría de parecer una niña malcriada a la que obligaron a visitar unos parientes que ni reconocía, pero que le llenaban de besos las mejillas y le contaban lo guapa que era cuando nació, pero es que me costaba una barbaridad. Y era así no porque me faltara un verano, como mi familia creía, sino porque cada día que pasaba se me hacía más difícil fingir que era bienvenida en un núcleo familiar que se caía a pedazos y estaba construido sobre mentiras.

Mentiras que me quemaban y me costaban tragar.

—Sí —respondí, en cambio, y me dejé arrastrar por ella.

Gonzalo era muy diferente a mi hermana y a mí. Era el mayor de la familia, nos llevábamos siete años, y él tenía una altura impresionante, sabía vestir bien, usaba reloj de marca y se peinaba como si hubiese salido de la peluquería diez minutos antes. Sus ojos, de un verde oscuro, como los de mamá, contrastaban con los míos y los de mi hermana Sara, de color azul profundo, como los de papá. Un azul que se volvía algo más claro cuando, en días como ese, el cielo despejadísimo abría el paso a un sol impresionante.

Tampoco es que nos pareciéramos en cuanto a la personalidad de cada uno. Gonzalo valoraba mucho que se hiciera las cosas tal y como él ordenaba; y si, por casualidad, metías la pata, más te valía prepararte para recibir comentarios desdeñosos y cargados de menosprecios varios. En el trabajo le iba bien, y todo gracias a haber comprado la mayoría de las acciones en el pasado, cuando apenas empezaba. Era dueño de una empresa de transporte, y ayudaba a su mujercita a conseguir descuentos suculentos en la editorial para la que trabajaba. Solo lo veía cariñoso en los instantes que compartía con sus hijos; el resto del tiempo se comportaba como un cabrón egoísta de los que deberían encerrar por el bien de las mujeres que en algún punto de su vida le cogieron cariño.

Antes de casarse, tuvo, como mínimo, dieciséis novias. No habláramos de ligues de una noche o de amantes. Siempre viajaba de un lado de otro cada cierto tiempo, y se reunía con ellas de manera discreta. Luego le pedía a mi madre que no dijese nada. «Es que no quiero que mi novia se enfade». Y así convertía a mi madre, y a toda la familia, en cómplice de sus idas y venidas.

En algún momento me planteé seriamente decirles a sus novias que era un sinvergüenza incapaz de mantener los pantalones en su sitio. Y lo hubiera hecho de no ser porque sabía que las consecuencias serían tan grandes como lo que ocurrió en Chernóbil. Así que, por mal que me pesara, lo dejé estar.

Hasta el día del treinta y ocho cumpleaños de mi cuñada, donde ya no alcanzaba a saber si era fiel o no a su esposa; aunque deseé que sí. Que la respetase, por lo menos, después de darle dos hijos y una casa que parecía sacada de un catálogo de Ikea.

—Hola, Gonzalo —saludé a regañadientes, y de pronto ya no tenía treinta años, sino diez otra vez, y me hallaba en la fiesta de cumpleaños de mi hermano viendo cómo recibía regalos geniales y yo solo era una mera espectadora—. Bonita corbata.

—No llevo corbata.

—Ah, pensaba que sí. Igualmente, bonita camisa.

La mirada que Gonzalo me dedicó vino a ser la misma que la de mi madre: como si hubiesen sido idiotas de perderse una paga vitalicia por parte del Estado gracias a mí. Y no le culpé, la verdad. Es que no se me ocurría de qué hablar con un tío que me caía mal. Al resto, por ser desconocidos, se me permitía vapulearlos con mi lengua afilada y fingir que no me escocía que pasaran de mí, pero con mi hermano todo era distinto. Con él debía ser una personita maravillosa, hecha de azúcar y amor. Como Las Supernenas.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Por supuesto. Pero ¿no habrá posibilidad de obtener una cerveza?

Gonzalo entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Es un cumpleaños libre de alcohol.

«Y de picoteo grasiento también». Porque todavía no había visto un mísero cruasán relleno de paté a las finas hierbas ni un plato de jamón serrano de bellota —porque apostaba a que mi cuñada jamás serviría de los que vienen en paquete y con la marca blanca del supermercado estampado en el plástico—, y no me estaba quejando. Solo necesitaba algo de alcohol que me ayudara a soportar esa fiesta soporífera.

Ojalá hubiesen venido Dylan y Eva también. Ellos eran las dos únicas personas en ese universo a las que, aparte de confiarles mi vida y mi tarjeta de crédito sin temor a que me desplumaran o me lanzaran a las vías del tren, me querían incondicionalmente y me lo demostraban a diario. Pero Dylan tenía un fin de semana pagado en Almería, donde vivía una follamiga con la que iba y venía. Y Eva, exitosa, esposa y madre de tres gatos preciosos se largó una semana a Bali, con su marido, de segunda luna de miel, porque se sentían cansados de la reforma de su ático.

Y yo me tuve que comer la fiesta de mi cuñada sin acompañante alguno después de insistirle en que contaba con ellos. «Soy una maldita desgraciada».

—Vale, ya me beberé alguna de estas aguas deliciosas con sabor cítrico —repuse con ironía, y cogí el primer vaso de plástico que estaba a mi alcance. Olía a las típicas gelatinas sin azúcar que nos daban en el comedor del colegio—. Uf, menuda diferencia.

—Haz lo que quieras, Dánae, pero no te dedicas a lanzarle miraditas a Arantxa. Ya sabes que no le gusta que la juzgues con la mirada.

«¡Ni a mí que sea una pija insoportable que, de ser posible, nos sacaría a todos de su vida sin que le temblara la mano!», pensé. Ojalá tuviera el poder de leer mi mente, así sabría qué tan mal me caía y lo repelente que me parecía desde el primer día que llegó a casa, del brazo de Gonzalo, como si se hubiese ligado al mismísimo rey Felipe.

Seis años soportando los insultos y desprecios varios a mi madre, a mis hermanos y, por qué no decirlo, también hacia mí conseguían que una persona se te atragantase como el pelo de una gamba en plena noche de Navidad. Estaba ahí, lo notabas, pero no tiraba ni para abajo ni para arriba. Y te tocaba beber mucho y rezar porque no se te incrustase para siempre en la garganta como quien se hacía una cirugía plástica para sobresalir entre el resto.

Si al menos fuera un poquito más amable, o hiciera el amago, no la miraría como si deseara su eterno sufrimiento. Porque lo deseaba, y no me sobraban motivos.

—Vale —repetí, y apreté el vaso con fuerza—. Voy a darme una vuelta.

Y una mierda me iba a quedar sin alcohol en ese cumpleaños vegano que se sacó Arantxa de una página dedicada a la dieta keto. Engañaría a los demás, pero a mí no. Si ella hacía dieta, estupendo, pero que nos dejase a los demás atiborrarnos a jamón, medialunas saladas y patatas al punto de sal. ¡Las cartucheras nos saldrían a nosotros, no a ella!

Mis pies me llevaron hasta la casa, donde no tardé en hallar la cocina. Menuda pasada. Era casi tan grande como mi apartamento. Lo único que cambiaría de la decoración era el color de los muebles, blanco y gris y negro. Típica cocina de anuncio de panfleto que cualquiera era capaz de montarse si el banco le cedía un préstamo. A mí no me lo darían, porque me había convertido en una treintañera sobreviviendo con trabajos de mierda, pero, de ser capaz, la pintaría rosa chicle. Y rosa Barbie. Mis colores favoritos.

Abrí la nevera y enseguida contemplé las latas de cerveza perfectamente apiladas en la baldosa de arriba. No era eso lo que mis ojos captaron con mucho interés, en realidad, sino la botella de vino rosado que alguien decidió olvidar al fondo. La cogí enseguida, mis ojos brillando de la emoción, y me la escondí bajo el brazo. Ahora solo necesitaba un escondite.

Sería fácil escabullirme al piso superior, o incluso al garaje, pero me dio la impresión de que mi cuñada, en algún momento de la tarde, se dedicaría a hacer un tour a sus familiares y amigos por toda la casa y así darles en las narices a todos lo que dudaron de ella en el pasado. Es una manera muy eficaz de reafirmar lo que decían a sus espaldas: que pegó el braguetazo con mi hermano y solo trabajaba porque adoraba mandar a los demás, no por necesidad.

A mí me daba igual si realmente trabajaba por gusto o no; mi mente solo se centraba en el vinito y en lo mucho que mejoraría mi vida justo después. Sería la tía borracha de las fiestas. Justo mi sueño.

En cuanto salí al jardín por la puerta de atrás, me topé de bruces con un pequeño parque infantil. Dos columpios, un sube y baja, un tobogán, una caja de arena y una casita de muñecas. Bueno, un chalet, en realidad, porque ahí cabían dos o tres adultos fácilmente, aunque un poco apretados.

Miré a un lado y otro y, tras asegurarme que no había moros en la costa, me metí allí mismo y apreté mi culo contra la esquina de la casita de plástico. Un dulce aroma a tarta de fresa me llegó de sopetón. Había muñecas y tacitas y platitos y una tetera; todo de juguete. Mi sobrina sabía cómo entretenerse, desde luego.

—A la mierda, vamos a brindar. Por mi cuñada, por mi hermano y por la madre que nos parió a todos.

Le quité el tapón a la botella y empecé a pimplar como si no hubiese un mañana. El líquido estaba fresco, burbujeante, y llenó enseguida mis ojos de lágrimas de felicidad. No era una borracha, y apenas bebía normalmente, pero en situaciones límites el alcohol se convertía en el mejor aliado de una chica. Un método que aprendí de Dylan, mi mejor amigo, y que ponía en práctica cada vez que me sentía entre la espada y la pared.

El sábado anterior quedé con un tío con el que llevaba chateando, mínimo, un mes. Tinder se convirtió en mi enemigo número y también en mi aliado; como ese amigo tóxico que sabías que no te conviene, pero, de vez en cuando, te echaba un cable. Me entretenía conversar con gente por allí, siempre y cuando no me enviaran una *fotopolla* de buenas a primeras. Que había visto más nabos ahí que en la frutería de mi barrio. El caso es que Julián me insistió muchísimo para tomarnos algo, bailar y divertirnos, sin compromiso alguno. Si nos gustábamos, genial; y si no era el caso, al menos quedaríamos como colegas.

Y yo me lo creí.

Salir de casa y quitarnos las telarañas para los que llevábamos más de dos años sin follar era una tarea bastante complicada, porque cometíamos el error de conformarnos con cualquiera o, por el contrario, exigir lo imposible. Le había confesado, una noche que llegué cansadísima a casa, que echaba de menos que me metieran mano, me besaran sin venir a cuento y me dieran órdenes en la cama. Total, él era un tío con el que tonteaba y estaba bien que supiera mis carencias afectivas y mis fetiches. De mi sueño por hallar un amor de película no le hablaría porque sabía de sobra que a los tíos eso les hacía sentir incomodísimos, y pasaban de tratarte con interés a mirarte como si tuvieras la tuberculosis o algo peor.

Julián se veía encantadísimo. Vino al pub irlandés con unas Nike último modelo, un collar de oro colgado del cuello que pesaba lo mismo que mi brazo y un diente menos en la fila superior. Aún y con todo, no le hice ascos, ni mucho menos, y me dispuse a bailar y dejarme llevar con él mientras nos contábamos nuestras penas.

Fue en una de esas canciones que el DJ se empeñaba en poner a las cuatro de la mañana, cuando la gente ya estaba ebria y a puntito de llamar a su ex o cometer un error garrafal similar, que Julián me cogió del culo y me metió la lengua hasta la campanilla. Y allí estábamos los dos, en medio del pub, morreándonos —o, más bien, yo siendo babeada hasta las últimas consecuencias— con *Boys Will Be Boys* de Paulina Rubio sonando a través de los altavoces, amenazando con destruir mis tímpanos. Un montón de pensamientos cruzaron mi mente y no conseguí sacármelos de encima, como tampoco a Julián y su lengua, que continuó besándome o, al menos, intentándolo, hasta que finalmente lo aparté y lo miré a los ojos.

—Tío, besas de pena —espeté, y enseguida me arrepentí. Odiaba con todo mi ser aquella sinceridad aplastante que se potenciaba al consumir alcohol—. No vuelvas a hacerlo.

Su cara fue un poema.

—¡Si fuiste tú quien me dijo que echaba de menos todo esto!

Rojo de rabia, se separó de mí y se pasó una mano por el pelo, alucinando.

—Ya, pero es que no funciona. No he sentido nada con el beso —mentí. Claro que sentí cosas, similares al asco. Me limpié las comisuras con los dedos lo más disimuladamente posible—. Es

mejor dejar las cosas así.

—Joder, con la calientapollas esta. —Su voz sonó con tanto ímpetu que incluso algunas personas de nuestro alrededor se giraron hacia nosotros—. La próxima vez no hagas que un tío se coja tres metros para venir a este pub de mierda si no vas a follar con él. ¡Estrecha de los cojones!

No supe por qué, y tampoco me molesté en averiguarlo, pero me entró la risa tonta. En parte porque la vergüenza me consumía con el peso de una llama a una vela, y en parte porque, al mirarlo más de cerca, me fijé en que me mintió nada más empezar a hablar conmigo. Ni tenía coche propio, ni medía metro ochenta, ni era un tío con una autoestima inquebrantable gracias a los libros de autoayuda que se pillaba todos los meses en Amazon.

Era, simple y llanamente, un tío con ganas de echar un polvo y frustrado por no conseguirlo.

Igual que yo.

—Te invito a otra copa, si quieres. O vete a casa. Me da bastante igual.

Julián escogió largarse y a mí no me quedó de otra que volver a la barra, pedir un chupito y llamar a un Uber para que viniese a buscarme. Como las cosas no salieron según mi idea inicial —joder, hasta me había depilado la ingle—, bebí hasta que el chófer me avisó a través de la aplicación que ya se encontraba en la puerta. Si Dylan opinaba que darle a la botellita ayudaba en situaciones desagradables, ¿quién era yo para resistirme?

Después de mi última experiencia, no había vuelto a quedar con nadie y estaba a punto de pedir cita con el ginecólogo, a ver si era cierto que el himen se regeneraba una vez pasabas más de un año sin sexo. A lo mejor había vuelto a ser virgen y al próximo desgraciado le toca desvirgarme. Otra vez. ¡Menuda putada!

Sacudí la cabeza y le di otro trago a la botella. Solo estaba pensando tonterías. Culpa del vino y la fiesta, y mi cuñada, y el malestar que amenazaba con romperme las costillas si seguía dándole vueltas a las cosas que salían mal en mi vida.

Si hubiese sido un poquito más lista, o tuviera más fortaleza mental, tal vez me habría ido nada más entregarle el regalo y darle dos besos a mi sobrina favorita. Pero la vida rara vez abogaba a nuestro favor, y a mí no me quedaba de otra que pimplarme una botella de vino dentro de una casa de muñecas de dos metros por dos metros, encorvada al punto de ser doloroso, con las botas de cowboy rosa clavándose en mis pantorrillas y la sensación de ser tan patética que podría tener mi propia secta.

Mamarrachas sin oficio ni beneficio, ¿dígame? Como eslogan, era increíble. Como filosofía de vida, ya no tanto.

El resoplido que lancé una vez bajé la botella no fue nada comparado con el grito que cortó el aire al ver caer sobre mis piernas un hombre. Un hombre guapísimo, que se retorció y maldecía y, *oh, dios mío*, colocó ambas manos sobre mis muslos desnudos como si fueran el mejor soporte de todos.

Nada más sentir el roce de sus dedos sobre mi carne, un escalofrío me sacudió entera.

—Mierda —repitió por tercera vez en menos de diez segundos—, lo siento. ¿Qué haces aquí? —Bajó la mirada y enseguida se dio cuenta de que manoseaba a una desconocida. Apartó las

manos y se dejó caer al otro lado de la pequeña mesita de plástico, rota por su torpeza, que dividía la estancia en dos—. ¿Quién eres?

—La tía que se emborracha en las fiestas. ¿Y tú?

«¿A que esa canción no tuvo narices de tocarla La Oreja de Van Gogh?», estuve tentada de decirle, motivada por el alcohol que ya me hacía efecto. «Claro, preferían a la emo que lloraba en las fiestas».

El desconocido clavó en mí sus ojos castaños, oscuros como boca de lobo, y respondió:

—El compañero de trabajo que necesita esconderse antes de que alguien siga preguntándole cuándo demonios va a echarse novia, casarse y tener un hijo.

—¡Genial! —Exclamé, y le ofrecí la botella a medio beber de vino—. ¿Te apuntas? Solo le he dado un par de sorbos —mentí.

Sus ojos se pasearon de la botella a mi cara y otra vez a la botella. Durante una milésima de segundo, creí que iba a decirme que no, que era una alcohólica necesitada de ayuda y que lo mejor sería largarse, pero finalmente la cogió —sus dedos rozándose con los míos de manera muy poco sutil, acelerando mi corazón— y le dio un trago largo.

—Joder, cómo lo necesitaba.

—Bienvenido al club, compañero.

—¿Qué club?

—Los que se esconden en una fiesta a pimplar, cariño.

Capítulo 2

Una casita de muñecas y una rubia muy poco legal

DÁNAE

—Está bueno —apreció el desconocido después de darle un sorbo a la botella de vino—. Quién diría que en esta mierda de fiesta habría algo decente que llevarse a la boca.

«Toma eso, Arantxa», pensé, y me mordí la lengua para no soltarle que estaba de acuerdo con su afirmación. La visión del tartar de apio con queso crema aún me perseguía, igual que un mal recuerdo.

Ni mi exnovio se atrevió a ofenderme de esa manera.

—¿No te gusta la comida sana?

—No es que me disguste, es que tanto verde me hace sentir un puto conejo.

—Mi cuñada es así, qué le vamos a hacer. —Cogí la botella que él colocó sobre lo que quedaba de la mesita rota, y sonreí—. Me llamo Dánae, por cierto.

—Martín, compañero de trabajo de Arantxa.

¿Esos dos trabajaban juntos en la editorial? Le pegaba, en realidad. Tal vez fuera del departamento de finanzas o de marketing. A mi cuñada le encantaba quedar a cenar o tomar una copa con sus compañeros todos los viernes; aunque no por demasiado rato. Eso de desmelenarse no iba con ella. Pero lo de criticarlos después de ponerles buena cara; eso le encantaba. Menuda hipócrita.

Repasé con la mirada a Martín y me recreé en él todo lo que quise y más. Estaba como un queso. Uno de esos tiernos que se deshacían rápido bajo el calor del horno y enseguida te quemaba la lengua. Mi favorito. Sus ojos eran oscuros, algo rasgados, y con un montón de pestañas espesas y negras. En cambio, su pelo era marrón chocolate, y su piel algo bronceada le hacía parecer un ejecutivo de los que trabajaban en algún bufete de Miami y se encontraban con un sol dorado al salir de la oficina. Parecía alto, a juzgar por cómo trataba de colocar las piernas para no rozarse conmigo, y sus vaqueros negros iban a juego con una camisa azul marino. La llevaba remangada hasta los codos, permitiéndome descubrir que el vello era del mismo color que su pelo, y que debía pisar el gimnasio mínimo tres veces por semana. Ni de coña parecía el típico hombre cruasán que solo pensaba en hacer pesas y comer pollo con arroz, pero sus tendones se marcaban bastante, al igual que sus venas resaltaban un poco y, en definitiva, era un hombre atlético.

¿Mi cuñada se concentraba en el trabajo teniendo a semejantes dioses griegos a su lado? A mí se me hubieran caído las bragas más de dos y tres veces en su presencia. Probablemente, me las

hubiera tenido que pegar con velcro o sujetar con un par de tirantes para que no que se diese cuenta de lo mucho que me gustaba su carita de lobo feroz a punto de darme un bocado.

Y es que menuda boca. Labios carnosos, suaves y rosados, y un mentón prominente salpicado de barba de dos o tres días. No dudaba de que besaba fenomenal.

—¿Os ha invitado a todos los de la editorial? —pregunté, por hablar de algo y que no pensara que me faltaba un tornillo al mirarlo tan fijamente.

—Solo a unos pocos. No todos nos llevamos bien.

—Ah. —Le di un trago a mi botella—. Pensaba que a Arantxa no le caía bien nadie.

Una sonrisita divertida curvó sus labios. Mis cinco sentidos se centraron solo en esa curva que apareció en su cara, y casi juré que podía saborear en mi paladar al tal Martín.

«Tía, estás fatal. Aparece un tío bueno y pierdes el norte», se quejó una voz en mi cabeza. «¡Ni que fuera el primer hombre que te cruzas en la vida!».

Mientras mis hormonas se alborotaban en presencia de Martín, pensé que necesitaba echar un polvo pronto, o me iba a convertir en una pervertida de las que robaban calzoncillos de los tendedores o asaltaban hombres en casas de muñecas.

—Es una mujer...

—¿Pesada? ¿Exigente?

—... complicada. Exigente también —asintió Martín—, pero en este mundillo tienes que serlo.

—Claro, porque trabajar con autores debe suponer un gran esfuerzo.

—Ni te imaginas cuántos de ellos se dedican a tocar los cojones casi cada día por nimiedades.

Como no conocía el sector, me callé por completo. Pero supuse que la gente solo se quejaba cuando lo consideraba necesario, ¿no?

—¿Y por qué iba mi cuñada a permitir que se te acosara por el tema sentimental? Mira que es rarita a veces, pero no me la imaginaba tan... —No encontraba la palabra, y las que venían a mi cabeza resultaron ser todas ofensivas.

—No ha sido ella, sino el resto de los compañeros. Y algún que otro invitado. Lo entiendo, en parte. —Martín hizo una pausa—. Es complicado comprender que alguien pase de los treinta y esté soltero.

—Qué me vas a contar, si vivo eso a diario.

—¿Tú también estás soltera?

En sus ojos brilló un interés repentino que me provocó un cosquilleo en el abdomen.

—Desde hace un tiempo, sí. Mi familia opina que es porque no me aguanta ni el frutero de mi barrio y por eso no me cuaja ninguna relación. Según yo, es que el amor es complicado y no ha aparecido un hombre que me fascine de verdad.

—A la gente le cuesta entendernos por qué la sociedad te empuja desde pequeño a casarte, comprarte una casa y traer un par de críos al mundo. Menuda mierda. —Hizo una mueca con el labio superior—. Pocas cosas me molestan más que ser el protagonista de conversaciones tan rancias.

Lo comprendí enseguida. En los últimos años, me había convertido en la comidilla de mi familia en todas las reuniones sociales; estuviera yo presente o no. Si cruzabas la barrera de los

treinta y continuabas sin saber qué hacer con tu vida, sin una pareja estable, una hipoteca o algo similar, enseguida te tachaban de fracasada. Para casi todo el mundo, lo de luchar tus propias batallas, o lo de seguir buscándote a ti misma, conociéndote bien, no valía de nada si al final del día te ibas a dormir sin un dulce niño que berrease a las cuatro de la mañana porque un ruido en el armario lo había despertado, y te tocaba ir a comprobar que el hombre del saco no se escondía allí.

¿Presentarse en plena nochebuena sin un novio del brazo? También impensable. ¿Compartir piso? Es que no servías para nada. ¿Pagarte uno pequeño y un poco viejo? Te conformabas con migajas, porque no te iba bien. ¿Dedicarte a tener citas por Tinder? Automáticamente, eras una buscona o te gustaba demasiado el sexo y no valorabas las cosas bonitas de la vida. ¿Sin un trabajo estable? ¡Ridículo!

Y así con todo, cada día, cada semana, cada mes, cada año. Un bucle del que era casi imposible salir.

Que me lo dijese a mí, tenía un pase. Mi familia era demasiado tradicional y solo valoraban el dinero que ganabas. Pero que acribillaran a personas desconocidas con el mismo discurso me supo muy mal. Ni Martín ni ningún otro se merecía presentarse en una fiesta de cumpleaños a recibir comentarios negativos sobre sus decisiones personales.

—Mándalos a tomar por culo —solté sin más. Él me miró con la cabeza algo ladeada—. No servirá de nada, pero al menos te quedarás a gusto.

Martín sonrió de medio lado, como si la idea lo tentase de verdad.

—La vida no es una película de Spielberg.

—Claro que no. Imagina que se hundiera el barco y tener que cederle la tabla a alguien que no tiene miramientos en dejar que se te congelen de frío las pelotas. A mí me tocaría mucho las narices. Pero tampoco es justo aguantar que se metan en nuestra vida y juzguen todo lo que hacemos. Y como la única manera que tienen de entender las cosas es por las malas. —Pausa—. Que se jodan.

Casi me pareció oír la voz de mi madre reverberando en mi cabeza, repitiéndome el «hablas demasiado, pero nunca dices nada coherente», y un nudo se formó en mi estómago. A lo mejor el tal Martín también creía que me faltaba un tornillo —o la ferretería entera—, y que todo lo que salía de mi boca no eran más que gilipolleces.

Con esos pensamientos intrusivos atacándome con la artillería pesada, estiré las piernas y las coloqué cerca de sus pies. Martín me lanzó una mirada aún más curiosa que antes; repasó mi figura desde las botas brillantes de color rosa a mi pelo enmarañado, rubio natural. Luego bajó por mi rostro —seguro que mis mejillas estaban rojas de la borrachera que me estaba pillando con el vino— y mi escote, el que el vestido corto y blanco dejaba a la vista. ¿Le gustaría lo que veía? Porque había algo aún mejor debajo.

«Deja de decir tonterías, por el amor de Miguel Ángel Silvestre», pensé, y me sacudí una pelusa imaginaria del hombro para apartar su mirada de ahí. Aquella casa de muñecas era incómoda y pequeña, y no cabíamos tantos dentro. Y por el momento yo ya contaba dos adultos, una botella de vino y mi idiotez por bandera.

—Eres de las que disparan a matar antes de saber si va a recibir un ataque, ¿verdad?

—Si te digo que sí, ¿te irás pensando que estoy mal de la cabeza?

Martín sacudió la cabeza.

—En absoluto.

—Soy bastante inofensiva. Me cuesta una barbaridad hacerme cargo de mis pensamientos y emociones en el momento. Carezco de filtros, es verdad, pero me paraliza cuando debo defenderme de un ataque directo.

—Me había parecido que te gustaba sacar el látigo y demostrar tu valía desde el minuto uno.

Lo miré a los ojos, y comprobé que no le decepcionaba. Tampoco es que tuviera que importarme a mí, dado el caso, pero no era tan fuerte ni tan madura en algunos aspectos. Como a la mayoría de los mortales, me gustaba agradar y caer bien a los demás, y no parecer una niñata recién escapada del instituto a la que aún le faltaba un verano.

—Admito que las películas de *Cincuenta sombras de Grey* me pusieron cachonda gracias a Jamie Dorman, pero no me va el sado. Respeto a quien le mole todo ese mundillo de azotes, látigos y palabras de seguridad —hice un aspaviento con la mano—, y espero que lo gocen siempre. En mi caso, soy una cursi empedernida.

—¿De las que esperan que le digan que la quieren mientras le hacen el amor?

No hubo burla en sus palabras y, aun así, me sentí un poco traicionada por la Dánae borracha. A ella se le escapaba siempre todo.

—Seguro que tiene su público también, y está genial que haya gente empalagosa en la cama. A mí me gustan otras cosas.

—Pero has dicho que eres una cursi empedernida.

Dentro de aquella casita de muñecas era imposible mantener una conversación interesante con un hombre guapo sin sentir que se me estaba clavando en el culo una cuchara de plástico. A duras penas conseguí moverme, pero mi mano libre fue a parar al muslo de Martín y la otra, la de la botella, chocó con la ventanita y volcó un poco de vino.

—¿Estás borracha?

—En absoluto —me carcajeé—. ¿Y tú?

—Apenas he bebido, Barbie Cowboy.

—Chulas, ¿verdad? —Agité los pies para que comprobase que mis botas eran la mejor compra de mi vida—. Son auténticas.

Los dedos de Martín se aventuraron a acariciar los zapatos desde la punta, algo manchadas de tierra, hacia el cierre detrás de mis gemelos. No entendía muy bien por qué no me desagradaba su contacto. Hombres guapos como él me los cruzaba a diario, en todos lados, pero Martín me miraba tan intensamente, con sus dedos aún sobre mis piernas, que la cabeza me dio un montón de vueltas en lo que trataba de comprender sus intenciones. O mis emociones. ¿No se suponía que debía ser amable y no traspasar ciertos límites?

«Los límites solo existen en tu imaginación. Aquí no está la policía de *Guarros sin fronteras* a la espera de detenerlo por acariciarte un zapato», atacó mi parte más vil, la que siempre me

machacaba. Hice un mohín, y Martín debió interpretarlo como si me molestara su caricia, pues apartó la mano y me quitó la botella de vino antes de darle un buen sorbo.

—Perfectas para una Barbie Cowboy como tú —apreció él.

Un revoloteo dentro de mi pecho me hizo creer que no era casualidad que estuviéramos allí tirados. La casita de muñecas como escenario para un par de borrachos (vale, la única ebria era yo) que no se conocían en absoluto sonaba espectacular en mi cabeza. Mucho mejor que un pub a las cuatro de la mañana de un viernes cualquiera.

Dentro de aquellas paredes de plástico no olía a sudor, tabaco y alcohol; el único aroma que flotaba en el aire, aparte del vino dulce, era el perfume de Martín. Y le sentaba fenomenal.

—¿Te gusta tu cuñada?

Me replanteé ser una mentirosa compulsiva durante un ratito y decirle que sí, que claro que me caía genial Arantxa, y que me hacía feliz verla casada con mi hermano. Pero luego recordé todos los comentarios mordaces que soltaba a las espaldas, las miradas de asco que nos dedicaba cuando pensaba que no la veíamos, su descortesía hacia mi madre, sobre todo, y sus amenazas veladas de «si haces algo que me desagrada, no verás más a tus nietos» y sencillamente vomité todo lo que pensaba de golpe. Como si Martín no fuera un desconocido, compañero de trabajo de Arantxa, sino un amigo con el que desahogarme cuando lo necesitaba.

—Es una bruja y una mala persona, y si por mí fuera no volvería a verla jamás. Cuando crees que ya no puede hacer algo peor, se saca de la manga un insulto nuevo o una mala acción. Es increíble lo bien que funciona su cabeza en los momentos en los que debe putear a los demás. Es perfecta para mi hermano, eso sí. Pero a mí su voz y sus comentarios me caen peor que comerme un kebab a las tres de la mañana, después de dos rondas seguidas de chupitos.

—En la editorial la adoran precisamente por eso —comentó él, sus labios brillantes por el vino—. Nadie mejor que Arantxa para contener el ego de los escritores.

—Pobrecitos. No me quiero ni imaginar la ira asesina que les entra a los autores cada vez que tratan con ella.

Para mi sorpresa, Martín se rio. Y lo hizo de verdad.

—Que no te escuche; le sienta fatal que pongan en duda su profesionalidad.

—A mí me molestan otras cosas, y aquí estamos.

«Siendo la Barbie Borracha», añadí en mi mente.

Unos ruidos en el exterior de la casa nos alertaron a ambos. Deduje que ya nos habían encontrado y que tendríamos que dar explicaciones. Que dos adultos se bebieran a solas una botella de vino dentro de una casita de muñecas no era lo normal. Me moví hacia la ventanita, con tan mala suerte que le di un puntapié a Martín y acabé posando la mano sobre su muslo a fin de no caerme de bruces contra el suelo.

Por el rabillo del ojo comprobé que él entornaba los ojos y contenía un suspiro.

—Disculpa —me apresuré a decir.

Él negó con la cabeza y se echó a un lado, como pudo, para dejarme ver qué ocurría al otro lado. No vi a nadie. Aun así, estaba a cuatro patas dentro de la caseta, sobre las piernas de Martín, y mis manos apoyadas en su hombro y en la pared de plástico.

De esa guisa nos sorprendió mi sobrina al aparecer por la puertecita.

Sus ojos, grandes como una lechuza, se fijaron en nosotros dos y pegó un grito.

—¡Tía Danonina!

—Hola, cariño. —Saludé rápidamente, las mejillas ardiéndome y un leve mareo que me hacía ver todo borroso acosándome—. ¿Qué haces aquí?

—Buscaba mi muñeca Yasmín. —Hizo un mohín al ver que la pobre Bratz yacía sobre el suelo, el pelo enmarañado y una pierna mirando para Cuenca por mi culpa—. ¡Mira lo que has hecho!

—Lo siento, cariño. Pero no está rota —le dije—. Solo ha estado... dándose un paseo.

La niña nos miró como si fuéramos dos extraterrestres recién llegados al patio de su casa.

—¿Qué hacéis? ¿Jugando a las casitas? —añadió aquello último en un susurro.

No supe por qué, pero en mi cabeza sonó perfecta como excusa, y asentí varias veces.

Mi sobrina se llevó una mano a la boca, sonrojándose, y apretó a Yasmín contra su pecho; como si la muñeca fuera a protegerla.

—¡Estáis haciendo cosas de mayores!

Por fin caí en la cuenta de mi maldito error. ¡Si tan solo hubiera tenido la mente despejada, no habría permitido que mi sobrina pensara lo que no era! Ella chilló de nuevo, luego se rio nerviosa, y enseguida salió corriendo al mismo tiempo que llamaba a su madre.

—Joder —solté de golpe.

Martín, debajo de mí, me miró como si hubiese perdido la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Te preocupa que Arantxa sepa que estás bebiendo vino a escondidas?

—Eso es lo de menos. Soy capaz de soportar las miradas desdeñosas de esa arpía sin que me afecte. Es que mi sobrina... Ella cree que estábamos... Verás...

Él me lanzó una mirada cargada de interés.

A mí me dolió el estómago de inmediato.

—Para ella, jugar a las casitas es igual a tener sexo.

—¿Qué cojones? —Por fin reaccionaba acorde a la situación.

Me sentí fatal por él. Y avergonzada.

—No sabía cómo explicárselo, ¿vale? Un día se quedó en mi casa y nos pusimos a ver *Cómo perder a un chico en diez días*, y salía una escena subidita de tono entre los protagonistas, y le dije que jugaban a las casitas. Desde entonces asocia esas escenas con lo que le solté.

—¿Me estás diciendo que tu sobrina cree que estamos follando en la casita donde juega con sus muñecas?

La expresión de Martín era de todo menos amable.

Dentro de mi pecho ardía una llama muy poderosa: la de la culpabilidad.

—Lo siento.

—Joder. —Se apartó como pudo y salió de allí a trompicones—. Joder —repitió, esta vez con más mala leche.

Enseguida lo seguí, porque me parecía feo esconderme y no dar la cara por mis acciones. Quería explicarle que no lo hice a propósito, que no recordaba nada de eso, y que solo intentaba

ahuyentar a mi sobrina para que no se pensara cosas que no eran. Pero todo me salía mal. Era mi mala suerte, acechándome igual que Hacienda a los autónomos. Cuando creía que ya estaba a salvo, ¡zas!, aparecía y me daba el palo de mi vida.

Frente a nosotros, con cara de pocos amigos, mi cuñada, mi hermano y, bueno, joder, prácticamente media fiesta, nos esperaba con caras de pocos amigos. Colocados en fila, no había oportunidad alguna de escapar o de intentar mantener todo en secreto.

La que mejor se lo estaba pasando era mi sobrina. Probablemente, pensó que era un secreto divertido de contar a todo el mundo que su tía Danonina se lo montaba con un hombre desconocido en la casita donde jugaba a tomar el té con sus muñecas.

«Ojalá no me odies el día que seas adolescente y entiendas todo lo que pasó aquí dentro», pensé, a duras penas aguantándome la risa.

Vale, no era el mejor momento para pitorreos, pero es que la escena, vista desde fuera, tenía su puntito gracioso.

—¿Se puede saber qué haces? —La voz de Arantxa, chillona, resonó en el espacio que había entre ella y nosotros.

A mi derecha, Martín observaba la escena igual de incrédulo que yo. Frente a mí, mi familia me lanzaba una mirada cargada de incógnitas y de reproches. Estaba acorralada.

—Dice mi hija que estabais... ¿Cómo has podido? ¿En la casa de muñecas? —Fue entonces cuando se fijó en quién se encontraba a mi lado, y su expresión mudó por completo. De pronto ya no estaba enfadada, sino a punto de sufrir un infarto—. ¿Martín?

Antes de que él abriese la boca con la finalidad de defenderse, mi sobrina tiró del vestido de su madre con la mano libre un par de veces, llamando su atención, y dijo:

—Yo los vi. Jugaban a las casitas. Tía Danonina estaba tirada en el suelo y el hombre ese —señaló a Martín— le tocaba el pompis.

—¿Cómo va Dánae y Martín a...?

—Es cierto —solté de sopetón. Mi lengua iba por libre, no podía controlarla—, estábamos en la casita. Pero no hacíamos nada catalogado para mayores de dieciocho, joder. Solo bebíamos y...

—¿Estás liada con Martín? —me interrumpió Arantxa—. ¿Desde cuándo?

Mi primera reacción fue reírme. Qué mal momento. Enseguida sentí que el nudo en mi estómago se potenciaba y que tenía ganas de potar.

Hubiera echado hasta la primera papilla de no ser por la brisa fresca que por fin empezaba a soplar en aquella parte de la casa.

Todo el mundo nos miraba.

Martín me taladraba con la mirada.

Y yo me sentí más atrapada aún.

¿Qué dirían de mí? ¿Qué pensarían? ¿Sería capaz mi cuñada de armar un escándalo digno de Sálvame?

Una vez más, me comportaba como una adolescente ajena a las consecuencias de sus actos, en lugar de ser una adulta responsable. Quizá por eso dije lo que dije a continuación. O tal vez me

jugara una mala pasada la borrachera.

—Hace un tiempo —dije, y Martín se tensó a mi lado—. No-no queríamos que nadie lo supiera. Lo siento.

Una mentira jamás arreglaría nada, y yo lo sabía muy bien, pero durante un segundo, un mísero segundo, me atacó la inseguridad. El miedo a que mi familia viese en mí el reflejo de una treintañera que se manoseaba con un hombre dentro de la casita de muñecas de su sobrina como si no estuviera fuera de lugar, y que no medía sus actos, porque todo le importaba una mierda. Como en las entrevistas de trabajo, en los propios empleos, y en su vida en general.

Me dio tal pavor ser la diana de sus miradas de reprobación, de decepción, que me protegí soltando la primera trola que se me vino a la cabeza. La peor de todas, porque no solo me afectaba a mí. Martín era mi cómplice a la fuerza, y el pobre ni siquiera abrió la boca; quedándose mudo de la impresión ante la reacción de los presentes a la bomba que acababa de soltar.

¿Qué cojones me pasaba?

¿Por qué no era capaz de hacer las cosas bien bajo presión?

Capítulo 3

Barbie Mentirosa y Ken Calzonazos

MARTÍN

Barbie Mentirosa me había metido en un lío del que no sabía cómo salir sin parecer un completo imbécil. Uno incapaz de defenderse, en realidad, de semejante gilipollez. ¿Cómo iba a salir yo con esa rubia de metro sesenta que se sentaba dentro de una casa de muñecas a beber como si nada? No era ni mi tipo, en realidad, incluso si al principio me cayó bien.

Después de su mentira, la veía hasta fea.

Vale, fea no, porque no lo era. Si le echaba un vistazo detenidamente, captaba toda su esencia al vuelo: pelo rubio y largo hasta la cintura, cuerpo curvilíneo, gusto para vestir, maquillaje llamativo y un perfume dulzón que me recordaba al algodón de azúcar que vendían en las ferias. Si la película de Barbie se hubiese rodado en España, la habrían escogido a ella. Daba todo el perfil. Por más guapa y buena que estuviera Margot Robbie, no dejaba de ser una rubia estándar de Hollywood. Aquella *cowboy girl* mentirosa, en cambio, nació para encarnar a la muñeca más famosa de todo el jodido mundo. Y me había tocado soportarla a mí.

—Esto es impensable. ¿Y qué hacíais los dos encerrados en esa casa? ¿Es que no sois capaces de comportaros como adultos? —elevó la voz Arantxa, cada vez más enfadada.

En su lugar, a mí también me cabrearía pensar que dos personas estaban sacándose la ropa interior en el mismo lugar donde jugaba mi hija.

Aquello no era normal.

La Barbie Mentirosa había escapado del mundo de los lunáticos y nos estaba volviendo locos a todos con sus balbuceos y sus miradas nerviosas.

Se retorció las manos de una manera tan ansiosa que me dieron ganas de sostenérselas, a ver si se calmaba y soltaba por la boca algo inteligente. Y que fuese cierto.

—No hacíamos nada —se defendió ella, con las mejillas coloradas. Me alegré de que por lo menos tuviera la decencia de sentir algo de vergüenza por lo que había hecho. Por lo que estaba haciéndonos—. Marta ha entendido lo que no era.

La niña negó con la cabeza varias veces.

—¿Ah, sí? Porque mi hija no suele mentir.

—Nadie dice que mienta, cojones —insistió Dánae—. Pero se habrá creído lo que no es. Te aseguro que ahí dentro no caben dos adultos sin rozarse las rodillas, imagina para foll...

—¿Y qué hacíais? —insistió Arantxa, cortándola en seco. No pensaba ceder.

En cualquier otro momento de mi vida me habría colocado en medio de las dos y aclarado la situación; pero aquella tarde, con el sol dando de lleno sobre nosotros y el enfado consumiéndome desde dentro con la fuerza de un tsunami, lo único a lo que pude aferrarme fue a mi enfado. A la incredulidad. A aquella mentira que explotaba a mi alrededor sin que nadie la frenase.

Cada vez se hacía más y más grande. Barbie Mentirosa no daba su brazo a torcer y no entendía a cuento de qué me metía a mí por el medio.

¿Es que pretendía jugar a ser una mujer empoderada con novio? ¿O en su cabeza sonaba menos grave follar en una casa de muñecas que beber vino a solas? Sí, lo último era patético, pero le incumbía solo a ella. Y que le diesen a los demás. ¿Pero lo primero? Maldita fuese, no me apetecía quedar como un tío incapaz de mantener los pantalones en su sitio al ver una rubia con botas de cowboy rosa chillón.

—Beber, ¿vale? Tu mierda de fiesta es infumable, con tanto apio y tanto té de limón sin azúcar. Así que pillé una botella de la cocina, me la traje y punto. ¿Es delito en este país que dos adultos se emborrachen antes de las doce de la noche?

Arantxa entrecerró los ojos, y solo solo significaba una cosa: estaba enfadada.

Como yo.

Como todos en esa fiesta.

Menos Barbie Mentirosa, por supuesto.

—Pues si tanto te disgusta la fiesta, ¡lárgate! ¡Ni que te necesitáramos por aquí! Haces lo que te da la gana y esperas que los demás te riamos las gracias, Dánae. ¡Mi hija no se merece ver este espectáculo!

Tras aquel arranque, Barbie Mentirosa se encogió sobre sí misma. De pronto parecía muy pequeña, enfundada en sus botas rosa chicle y su vestido blanco y corto, y la melena ondeando al viento. Su expresión transmitió todo el pesar que la acompañaba en ese instante. La vergüenza. Las ganas de replicar algo hiriente. Y me jodió admitir que me tocó la fibra sensible.

No me moví del sitio por respeto hacia mí, pero sentí que la rubia necesitaba que alguien le echara un cable y la defendiera.

—Vale. —Dánae encogió uno de sus hombros, haciendo gala de una indiferencia que no sentía en absoluto—. Me parece justo.

Se largó sin decir nada más.

La mayoría de los presentes volvieron a la fiesta, con cara de circunstancias, y yo me quedé a solas con Arantxa y su enfado. Nada me salvaría de hacer frente a la mentira que sobrevolaba sobre nuestras cabezas igual que la espada de Damocles.

Tendría que haber seguido a Dánae y exigirle una explicación y una disculpa. Después de recibirlas, la hubiese obligado a decir la verdad a todos. No era mi novia, y nunca lo sería. Porque no nos conocíamos, y solo habíamos compartido una botella de vino.

«Y ella ha bebido de ahí», pensé. Es como si la hubieras besado. *Como si hubieses saboreado su boca.*

Recordé sus labios pintados de un rosa brillante, cálido y natural, y el cosquilleo en mis dedos

me obligó a volver a la realidad antes de admitir, a regañadientes, que era bonita. Apetecible. Como un maldito algodón de azúcar de una feria.

«Ella ha liado todo esto», me recordé. «Es necesario que lo aclare».

—¿Qué pasa? —me animé a preguntarle. Cobarde no era mi segundo nombre.

—¿Con mi cuñada? ¿Desde cuándo?

Contuve una carcajada. Arantxa sonaba como una madre decepcionada por la novia que se había echado su hijo. Al menos, eso pensé. No es que yo conociera demasiado a la mía.

—Me acabo de enterar de que era tu cuñada —mentí.

No era mucho mejor que Barbie Cowboy.

—Venga ya. Ni tú te crees esa mentira, Martín. ¿Por qué me lo ocultaste?

«Porque es mentira», pensé, y eché un vistazo por encima de su hombro a aquella melena rubia que se alejaba hasta convertirse en un punto en el horizonte. Bajo el sol abrasador, sus botas de cowboy también brillaban.

Como si de un relámpago se tratara, algunas de las palabras que Barbie Mentirosa pronunció dentro de la casita, unos minutos atrás, reverberó en mi mente: «Cuando crees que ya no puede hacer algo peor, se saca de la manga un insulto nuevo o una mala acción. Es increíble lo bien que funciona su cabeza en los momentos en los que debe putear a los demás».

¿Por eso había mentido acerca de nosotros? ¿Creía que su cuñada le haría la vida imposible si pensaba de verdad que había echado un polvo conmigo? No conocía tan a fondo a Arantxa, más allá de su faceta como editora del sello más exigente de la editorial, pero, aun así, dudaba que fuese tan mala persona como Barbie Mentirosa la pintaba.

Seguro que, si le explicaba la situación, lo entendería.

—Supongo que a mí también me daría vergüenza salir con Dánae y que todos lo supieran —añadió antes de que abriese la boca para responderle—. Es un completo desastre. —Su expresión se suavizó, y ya no se me antojaba una madre preocupada, sino una mujer dispuesta a hundir a otra—. Ya puede ser una novia maravillosa, porque como ser independiente, hija, hermana y cuñada es un desastre de cuidado.

A lo mejor Dánae no se equivocaba del todo. A lo mejor Arantxa sí que era mala persona con ella.

Eso no quitaba que sus acciones fueran pésimas y su mentira, un grano en el culo; grande y doloroso. Pero viéndolo desde mi perspectiva, volví a empatizar con Barbie Mentirosa, y me sentí incapaz de desmentirla delante de Arantxa. Aunque eso me jodiera.

Joder, ¿es que no había aprendido nada en los últimos meses? ¿También me dejaría manipular por ella?

No, ni de coña. Como mucho, hablaría con la rubia y le pediría que solucionara todo ese lío cuanto antes, de la forma en que ella quisiera, sin demoras. Pero, hasta entonces, me aseguraría de que Arantxa la dejase en paz.

Bastante tenía Barbie Mentirosa con la resaca que le esperaba aquella misma noche y con el sermón que le soltaría nada más plantarme frente a sus narices.

—De hecho, sí que lo es. Maravillosa —aclaré al ver su ceja enarcada. Me molestó un poco

que lo pusiera en duda con solo una mirada—. Deberías conocerla más a fondo.

—Ese es el problema, cariño; que ya la conozco.

—Lo dudo, si eres capaz de decirle esas cosas.

—Pero ¿tú has visto dónde vive y a qué se dedica?

—Claro —mentí—. ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —repitió ella—. ¡Si es horrible!

—Tampoco es para tanto. Hay trabajos peores.

Arantxa, con la mano en la cadera, chasqueó la lengua.

—Ahora mismo me cuesta reconocerte. ¿Dónde está el editor cabrón que se pasea por los pasillos de la editorial cada día? Dánae y tú no pegáis ni con cola.

En eso tuve que darle la razón, aunque no lo dijera en voz alta. La rubia y yo éramos la noche y el día. Ella, algodón de azúcar; yo, un montón de polvos pica—pica.

—De vacaciones hasta el lunes, si no te importa. Dánae no es una de mis escritoras. A ella le doy caña de otra manera. Pero no en la casa de muñecas de tu hija —agregué.

Arantxa suspiró.

—Mira, haz lo que quieras. Pero no te recomiendo que te encoñes con Dánae. Es perjudicial para la salud.

—¿Si le echas más de diez polvos te provoca cáncer de pulmón? —solté de sopetón, mi humor ácido saliendo a flote.

—No. Jode todo lo que toca, y a todos los que tiene a su alrededor —repuso, con los labios algo apretados.

—Menos mal que soy un cabrón, ¿verdad? —concluí, encogiéndome de hombros.

Defender a Barbie Mentirosa de su cuñada era una cosa, y ensalzar sus virtudes sin conocerla de nada, otra muy distinta. Si eso no tranquilizaba a Arantxa, nada lo haría. Y esperaba que cuando supiera la verdad no me mirase con odio por los pasillos de la editorial; eso se lo reservaba a mis «queridas» autoras. Las mismas que me ponían a partir en sus redes sociales.

—En fin, voy a ver dónde está mi novia —la palabra quemó en mi boca—. Hasta luego.

Aunque la busqué por todos lados, Barbie Mentirosa se había esfumado por completo. Nadie supo decirme dónde estaba. Recorrí cada rincón del jardín y nada, ni rastro de sus botas de cowboy ni de su pelo rubio, ni de sus mejillas rojas.

¿Estaría bien? ¿O todo ese asunto pudo con ella?

Porque si le costaba seguir adelante con su mentira, no se querría imaginar cómo lo estaba pasando yo con un montón de miraditas curiosas encima, o preguntas de cortesía que no me apetecía responder.

Resignándome a ser el protagonista de todas las conversaciones que se mantendrían durante la fiesta, me acerqué a Gonzalo y, tras asegurarle que no era una broma de mal gusto —¡joder si lo era!—, le pedí el número de teléfono de Dánae poniendo la excusa de que me había quedado sin móvil y no sabía dónde estaba.

—¿Vas en serio con mi hermana? —preguntó antes de que me fuera.

Medité mi pregunta. Si le soltaba que solo me la estaba follando, que no era nada serio. ¿Me

partiría la cara?

—Supongo que sí.

Gonzalo me miró igual que su mujer lo hizo un rato antes: como si estuviera loco. Como si en realidad mi plan fuera salir en un videoclip de Leticia Sabater, vestido solo con un tanga de leopardo, y no buscar a la que se suponía que era mi novia.

—Vale.

Y ya está. No me amenazó, ni me advirtió de que la tratase igual que una reina. Dio por hecho, al igual que los demás, que mi paciencia era absolutamente infinita y que Dánae aún no había terminado con ella.

Pobres ilusos.

Iba a acabar con Barbie Mentirosa antes de ser Ken Calzonazos para siempre.

Capítulo 4

El club de las culonas

DÁNAE

Eva y Dylan me obligaron a apuntarme a clase de yoga porque consideraban que me hacía falta relajarme un poquito. También porque, según ellos, en el gimnasio se ligaba un montón. Pasaba gente a diario con ganas de marcha, de salir a tomar una copa, echar un polvo sin compromisos y ponerse en forma. Por más tentadores que sonaran sus motivos, no fue eso lo que me motivó a pagar el primer mes (y los siguientes); fue, de hecho, el tener algo que hacer que no estuviera relacionado con mi trabajo, con mis entrevistas de trabajo y con mi familia.

Y no estaba mal hacer posturitas imposibles sobre una esterilla, con música zen de fondo y el entrenador explicándonos la importancia del yoga, de relajar cuerpo y mente, y un montón de chorradas más que no me interesaban en absoluto.

A mí, lo que de verdad me molestaba del yoga, era acudir cuando en realidad me apetecía estar en mi casa, tirada en el sofá, con el pijama aún puesto y una serie de fondo. El paquete de palomitas sobre el regazo y mi gato haciéndome compañía.

Pero allí estábamos los tres un día más, reclusos en una de las aulas del gimnasio al que íbamos, con la musiquita de las narices sonando por los altavoces y los adictos a las pesas lanzándonos miradas a través del cristal que nos aislaba. ¿No tenían nada mejor que hacer que reírse de las personas que buscábamos paz mental? Quizá yo no era el mejor ejemplo de todos, por eso de que me encantaba ser una *drama queen*, pero, maldita sea, un mínimo de respeto sí que me merecía. Bastante hacía ya el ridículo con aquellas mallas de licra que se me metían por toda la raja del culo a cada rato y con la que me sentía prácticamente desnuda.

—Quiero comentarte una cosa —dijo Dylan a mi lado, en la posición del loto. Los tres nos sentamos al final de la clase para no tener que soportar más miraditas de reproche por nuestras charlas matutinas que no podían esperar a la hora del desayuno—, y más vale que no grites, ni te indignes, ni nada de eso.

—¿Por quién me tomas?

—Por Dánae, por supuesto —repuso él, tan ácido y directo como siempre.

Quería un montón a Dylan porque era opuesto a mí en todos los sentidos. Todo serenidad, guapo, exitoso y capaz de enfrentarse a cualquier persona sin que le temblase el pulso. Lástima que tras diez años de amistad no se me hubiese pegado nada de él.

—Dispara, vaquero —lo animé.

Total, me iba a dar la charla igualmente.

—Eres una mala furcia.

Contuve a duras penas el grito de indignación que emergió por mi pecho a la misma velocidad que una bala.

Dylan me lanzó una mirada de «te lo advertí» que yo respondí dando un manotazo a la esquina de mi esterilla; la misma que se empeñaba en rizarse siempre.

—¿Y ahora por qué me insultas?

—Has mentido para librarte de escuchar a tu cuñada llamarte inconsciente y borracha. ¿Te parece poco?

—Los dos sabemos que Arantxa iba a soltarme muchas más cosas, todas igual o más hirientes que esa, delante de mi familia, y no lo permití. Además —agregué rápidamente—, estaba borracha.

Dylan enarcó una ceja, como dando a entender «ese es el problema».

—Eso no me vale de excusa. Señorita, pido que la testigo diga la verdad y solo la verdad —añadió en tono jocoso.

Le di un manotazo.

Eso sí estaba permitido.

Eva, al otro lado, nos lanzó una miradita de «joder, qué pesados sois». A ella sí que le gustaba el yoga, la música zen y las mallas que se le colaban entre las nalgas. Es más, fue ella la que nos animó a los demás a acompañarla porque le daba vergüenza acudir allí, por si solo había hippies y gente de la tercera edad.

—¿Qué más da si estaba borracha o no? Aquí el problema es que le ha hecho creer a su familia que está liada con el tal Martín. Y no lo conoce de nada —Eva añadió lo último con una expresión digna de una madre enfadada por las malas notas de su hija.

«Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa», pensé, y me imaginé a mí misma fustigándome con la esponja de la ducha.

—¿Y si se lo ha aclarado ya a tu familia? —añadió Dylan, clavando sus ojos azules sobre mí—. Dudo mucho que el chico sea tan idiota de mantener la boca cerrada ante semejante despliegue de sinvergonzonería por tu parte.

Cuando Dylan decía sinvergonzonería, quería decir putada. Pero le encantaba dárselas de chico culto y sexy.

Acorralada por mis dos mejores amigos, la vergüenza y la culpa llovieron sobre mí, empapándome, y recordándome que jamás me libraría de ellos. Que me acompañarían a todos lados, a menos que dijese la verdad y solo la verdad.

Cosa que no pensaba hacer si no era necesario.

—Mi madre no me ha llamado, así que no ha dicho nada —les comenté—. Se calló la boca —lo último lo solté a modo de confirmación, para que Dylan lo tuviese en cuenta.

—¿Y por qué se callaría, el muy pillín? A lo mejor te quiere echar un polvazo. Esta es la oportunidad perfecta para meterse en tus bragas sin tener que conquistarte. Tota, ya eres su *noviecita* —sugirió Dylan, cachondeándose de mí y cambiando de postura en cuanto el monitor lo ordenó.

También envidiaba su facilidad para estar pendiente de todo lo que ocurría a su alrededor y no perder la concentración. A mí me costaba una barbaridad escuchar, ver y hablar al mismo tiempo sin parecer imbécil.

—Sí, claro. Lo meto en un marrón y solo piensa en meterme el cipote. Es lo que una persona cuerda haría —bufé, con los antebrazos apoyados en la esterilla y una de las piernas estiradas. Menuda postura de mierda, ¡me dolían los gemelos!—. Esas cosas solo pasan en las películas.

—¿Por qué iba un hombre a aprovecharse de la oportunidad de tirarse a una rubia guapa que dice ser su novia? —preguntó con sorna Eva, a mi izquierda, en la misma postura que nosotros. Su tono irónico sí que picaba—. Eso también pasa en las pelis, ¿verdad, mi niña?

—Sí, en las que pasaban en el Canal Plus después de las doce —se cachondeó Dylan, animado. Bastaba con que alguien abriese la veda para que él se lanzara a sacar su repertorio de comentarios fuera de lugar—. El típico tío que está regando tu jardín y ¡vaya por Dios!, te pillas saliendo de la ducha y entre una cosa y otra, te la acaba metiendo por todos los agujeros.

Alguien debió escucharle, porque lo mandó a callar con un *chist* muy bajo, pero cargado de resentimiento.

Eva y yo nos miramos por el rabillo del ojo antes de reírnos sin hacer mucho escándalo.

—Martín no es de esos.

—¿Y cómo lo sabes? —me cuestionó Eva.

El monitor, interrumpiéndonos para decirnos la siguiente postura que debíamos conseguir sin mucho problema, me dio unos segundos de margen antes de decir algo que pudiera ser usado en mi contra.

¿Por qué lo consideraba diferente? ¿Solo porque se había callado?

En su lugar, yo tampoco hubiese sabido cómo reaccionar. Por muy extraño que fuera, seguía siendo un tío al que le había salido una novia como quien le salía un hongo en el patio de atrás de su casa, y eso desconcertaba a cualquiera. Bastaba con ignorar lo sucedido y seguir con su vida, ¿no? Sin dramas. Sin escándalos. Sin decir la verdad.

Pero Dylan y Eva no opinaban igual, y enseguida borraron mi escena perfecta de la cabeza con sus vocecitas de Pepito Grillo.

—Ay, que se ha encoñado —murmuró Dylan a mi lado—. Eso es que está buenísimo.

—Pero ¿qué ladras? ¡Claro que no! —sonrojada, me tumbé sobre la esterilla y alcé la pelvis hasta crear un arco casi perfecto—. Es que... no sé... no parece de los que... —me empezaba a faltar el aire en aquella posición—... Mete el pito... en cualquier lado.

—Es un hombre —apuntó Eva.

—Y uno que está buenísimo.

—¿Tú qué sabes? —miré mal a Dylan y desistí en seguir haciendo el arco del triunfo con mi cuerpo de Barbie Sedentaria—. No lo has visto.

—Tampoco me hace falta —rezongó Dylan—. Tú no dirías que eres la novia de un tío que parece Mario Bros en sus mejores tiempos. Los fontaneros jamás tendrán el mismo morbo que un editor, seamos serios.

¿Tan superficial me creía? ¡Si yo jamás miraba el físico de los tíos! Al final me ponían los

cuernos o me abandonaban de todos modos, estuvieran buenísimos o no. ¿Qué importaba si eran altos, bajos, gordos o flacos? En el fondo, ninguno se enamoraba de mí.

—El punto aquí —intervino Eva, mucho más serena que nosotros— es que deberías disculparte con él. Por sentido común y por madurez.

«Y porque le hice una putada muy gorda», pensé.

—¿Y cómo lo hago? No tengo su teléfono.

—Búscalo —sugirió Dylan. Ni se había despeinado haciendo el arco con su cuerpo de monitor de boxeo—. Trabaja en la misma editorial de tu cuñada, ¿no? Será fácil encontrar algún email o teléfono.

Buen punto. Si lo buscaba en la web de la editorial, tenía que salir su contacto por narices. O no. A lo mejor era meticuloso al respecto. ¿Y si ni siquiera se había abierto un perfil en Instagram? Joder, tampoco hablé tanto con él como para descubrir si le gustaba subir fotos de lo que comía o del parque que había frente a su casa.

La voz del monitor resonó por toda la sala, pidiéndonos calma y silencio, que meditáramos y que hiciéramos la postura del árbol. Sus ojos oscuros se clavaron en nosotros con cierto interés, y también con molestia.

Casi a la par, los tres nos levantamos y colocamos un pie sobre el muslo contrario, y alzamos los brazos por encima de la cabeza para fingir que éramos naranjos en medio de un parque cualquiera de Barcelona, donde los adolescentes hacían botellón los viernes y los sábados jugaban a las cartas los abuelitos.

—¿Qué pasa si no está?

—Escribes a la editorial, o llamas, y te haces pasar por una de sus escritoras. Así te darán un contacto más privado —la sugerencia de Eva sonsacó una sonrisita a Dylan de lo más preocupante.

—Emmental, querido Watson —dijo él.

—Elemental —corregí yo, aguantándome la risa—. Emmental es un queso.

—Como un queso sí que está el monitor. Qué pena que sea hetero —resopló Dylan, totalmente apenado.

A ninguna de las dos nos sorprendió que ya hubiese intentado ligarse al monitor de Yoga. Dylan era así: un depredador. Le valía cualquiera: hombres y mujeres dispuestos a pasárselo bien sin optar a algo más serio con él. Su bisexualidad estaba acabando con toda la población del gimnasio, y aún le quedaban los cachitas de la zona de pesas que, como ya imaginábamos, no caerían tan fácil. Y no era por falta de ganas. Dylan se esforzaba al máximo en hacerles saber que pasarían un rato muy agradable si salían a tomar algo con él.

En las otras clases, como *body combat*, *step* y *baile latino*, se ponía las botas. Muchas de las que le entraban eran mujeres casadas o con parejas, que Dylan rechazaba porque, como él siempre decía, «una cosa es que tú no respetes a la persona que tienes al lado, y otra muy diferente que yo tampoco». Así que las ignoraba y pasaba a las solteras, las que acababan de romper con su novio y querían desatarse, y las que no conseguían resistirse a su carita de seductor empedernido.

Menuda envidia me daba. Cuando yo ligaba con alguien, era a través de internet, y todos acababan siendo príncipes desteñidos. Había pasado de crearme Rapunzel a ser Tiana: todo el día besando ranas.

«Pero a mí nadie me besa el sapo», me atacó esa voccecita dentro de mi cabeza que siempre aparecía para molestar.

—Estáis muy salidos —nos acusó Eva antes de tirarse sobre la esterilla y hacer la postura del triángulo. Todos la imitaron, y a mí me dio la risa pensar que parecíamos a punto de bailar alguna canción de Beyoncé—. ¿Por qué te ríes? No tiene gracia oíros todo el rato hablando de tíos y tías *follables*.

—Eso es porque tú estás casada, *chochopan*. Espérate a llegar a dos años de matrimonio, cuando tu marido se deje los calcetines sudados en el salón, junto al vaso de la cerveza sucio, y te toque ver cómo se rasca los huevos por encima de un pantalón de pijama que tiene más agujeros que un queso gruyer —se cachondeó de ella.

Dylan: experto en hombres, mujeres, yoga y matrimonios más viejos que el sol.

Eva le dedicó una mirada indignada.

—Mi marido no es ni será así.

—Lo que tú digas. Al principio, todo el mundo folla un montón. Y luego llegas cansada a casa, te duele la cabeza con más frecuencia, los niños no se duermen a su hora, te toca pediatra al día siguiente o alguna reunión del cole, tu jefa te putea, ya no te gusta comprarte tanguitas en el Bershka y ¡voilà! —Chasqueó los dedos Dylan—. Pasas a tener menos vida sexual que una monja, y ya es decir, porque seguro que alguna es lesbiana y se monta fiestas del pijama sin pijama.

—Blasfemo —lo insulté de broma por lo bajini.

Alguien nos llamó la atención de nuevo.

Dylan cambió de postura y se puso a cuatro patas, aunque rápidamente pegó la parte superior del cuerpo sobre la esterilla, al igual que yo, y se mantuvo así a pesar de que visto desde atrás no era del todo glamuroso.

—Sois insoportables. Cómo se nota que no conocéis la vida en pareja —refunfuñó Eva, algo sonrojada.

«Tocada y hundida», pensé, sintiendo algo de lástima por ella.

¿Tan malo sería el matrimonio? Porque la gente se casaba un montón. Y dudaba mucho que no follaran; con o sin calcetines sudados de por medio.

—Perdona, *chochopan* —corrigió Dylan—, pero yo he convivido con hombres así y con mujeres que tenían la regla tres semanas al mes, y sé de lo que hablo. Y como buen amigo que soy, te digo lo que hay antes de que te pegues la hostia. Mi deber es aconsejaros y ofreceros la visión realista del cuento de hadas que os habéis montado.

—Te recuerdo que hablábamos de la mentira de Dánae, no de mi matrimonio.

—Pero es que ya le hemos sacado todo el jugo a nuestra rubia favorita. Que no es de bote, porque la he visto desnuda y no tiene el chocho morenote.

Sin pensarlo demasiado, le dio un azote en el culo, rabiosa, con todas mis ganas. Resonó por

toda la sala. El monitor nos pidió que dejáramos de comportarnos como críos y yo, avergonzada y molesta, miré de malos modos a mi amigo. ¡Es que no se podía callar las cosas, el muy idiota!

—Cualquiera que te escuche va a pensar que hemos follado —dije en voz baja—, y eso nunca ha ocurrido ni ocurrirá.

—Porque le temes al éxito, *chochopan* —Dylan me guiñó un ojo.

—Volviendo a lo que nos importa —añadió Eva, más molesta que antes, si cabía—: ¿vas a disculparte con Martín?, ¿o seguirás comportándote como una inmadura?

No me quedaba de otra. Si había sido tan valiente de meterlo en semejante marrón solo por mi incapacidad a la hora de plantarle cara a mi familia, debía ser igual de valiente para disculparme y decir la verdad. A todos.

Quedase mal o no.

—Sí —respondí con la boca pequeña.

Su cara de enfado y de desconcierto reapareció en mi mente al asentir con la cabeza, y el nudo en mi estómago se hizo aún más estrecho. ¿Y si pensaba que me faltaba un tornillo?, ¿o si se enfadaba conmigo? Motivos no le faltaban, pero las discusiones me provocaban ansiedad.

«Lo siento, Martín, pero mi boca me pierde», pensé. «No es culpa tuya que mi familia saque lo peor de mí».

Desvié mi atención hacia la fila de personas que teníamos delante, y me encontré con un culo descomunal en primer plano. Tan grande, que solo era capaz de ver la licra púrpura estirándose sobre dos glúteos que me dejaron aturdida.

—Vaya culo —solté sin pensar, aunque en voz baja.

Dylan se fijó enseguida. Esa información resultaría muy valiosa para él en el momento que averiguase si estaba soltera y si podría tirársela antes de que acabara el mes.

—Es un culo licuadora.

—¿Culo licuadora? —repetí, entre risas—. ¿Qué es un culo licuadora?

—Uno en el que cabe la banana y los huevos a la vez, y luego ella se arrebatata, *bata, bata, bata* —dijo él, meneando el suyo al ritmo de la canción.

Luché por no reírme, pero es que la risa brotó de mis labios sin control alguno. A veces, odiaba el humor de Dylan. ¡Siempre conseguía que me riese de cosas que no debía!

—Eso es ofensivo, Dylan.

—¿Por qué iba a ser ofensivo? —Dylan enarcó una ceja—. Para mí querría yo un culo así. Iba a ser el rey en este gimnasio y del mundo entero. Mira a Jennifer López. ¿Qué es lo primero que nos viene a la cabeza cuando pensamos en ella? En el pedazo de culo que tiene y que se aseguró, como una chica lista que es.

De verdad que me esforcé por encontrar un argumento en contra de lo que acababa de soltar, mas no se me ocurrió ninguno. Llevaba razón: los culos grandes y bonitos llamaban mucho la atención, y JLo y Beyoncé eran un ejemplo muy bueno.

—Ah, ¿pero no lo eres ya? —se burló Eva, sonrojada por el esfuerzo. Para que luego dijeran que el yoga no requería de esfuerzo físico—. Te encanta ser el rey en todas las fiestas. ¿Ahora también te apetece formar parte del Club de las culonas?

—Pues sí. Si tuviera un sueldo digno de mi posición, me operaría de las nalgas. Un culo de melocotón es todo lo que necesito para que no se me resista nadie, *chochopan*.

Como no nos callábamos, el monitor nos pidió de malas formas que nos marcháramos de la clase y nos fuéramos a hablar a otro lado. Avergonzada, y al mismo tiempo feliz de no seguir viendo semejante pandero —¡menuda envidia me dio de pronto!—, recogí mis cosas y abandoné la sala de inmediato.

—Sois una influencia terrible —se quejó Eva, nada más cerrar la puerta. Su dedo índice apuntaba, rabioso, hacia nosotros—. ¡A mí me gusta el yoga!

—Y a mí el monitor, y aquí estoy, ¿no? Sin quejarme. —Dylan se pasó las manos por el cabello oscuro, alborotándose. Le encantaba hacerse notar entre las mujeres que se esforzaban por aprender a usar las máquinas del gimnasio—. ¿Nos vamos a las duchas y a comer algo? Con tanto queso y tanto culo, me estoy poniendo malo.

Agarré del brazo a Eva antes de que le soltase un guantazo que lo pusiera mirando para Japón, y no en el modo que a él le gustaría, y me la llevé a rastras hacia los vestuarios femeninos. Que esos dos tuvieran una relación como el perro y el gato era lo que le daba chispa al trío.

Se querían con locura, pero en algunos momentos se matarían.

—Deberías hacer las cosas bien, Dánae —me dijo Eva nada más coger su toalla y sus bragas limpias. Me miró muy fijamente. La melena clara, teñida de un color miel precioso, le caía con gracia sobre los hombros—. Ese chico no tiene la culpa de que tu familia sea una mierda y tú seas incapaz de plantarles cara de una puñetera vez.

Ahí estaba otra vez: la culpa.

Asentí varias veces con la cabeza y me quedé rezagada en el banquito de madera, junto a las taquillas, sin saber qué más decir.

¿Por qué una disculpa no siempre era suficiente?

Capítulo 5

El gran atractor. Digo, el gran extractor.

MARTÍN

—Abuela, deja. —Le quité rápidamente las bolsas que pretendía pillar del maletero de mi coche y le hice un gesto con la cabeza para que entrase en el edificio donde vivía—. Ya lo llevo yo.

Ella me dedicó una sonrisa amable, asintió y subió poco a poco las escaleras.

Odiaba aquel edificio precisamente porque no tenía ascensor. Mi abuela lo defendía con uñas y dientes cada vez que le sugería que se mudara a algún otro más accesible. Todas sus amigas y conocidas vivían allí, o en la misma calle, y le agradaba la idea de ir a verlas siempre que le diese la gana; sin pillar un taxi o un autobús. A mí, sin embargo, me parecía una completa gilipollez. Pero no la haría cambiar de idea solo por enfadarme, insistirle o enumerarle la cantidad de desventajas que suponía seguir pagando un alquiler en esa parte de la ciudad.

Subí los tres pisos con las bolsas cortándome la circulación y esperé a que abriese la puerta. Mi abuela, con setenta y seis años, se veía muy activa y fuerte. Se había esforzado muchísimo por llegar a la senectud con energía y no con achaques que solo pudiese aliviar medicándose o acudiendo a centros especializados. Aunque, en el fondo, sabía que era por mi culpa.

Le aterraba la idea de dejarme solo o depender de mí. Acabar encerrada en una residencia o postrada en una cama, a la espera de que otros la cuidasen, se convirtió en su pesadilla más recurrente una vez alcanzó los cincuenta años.

De todas las personas que le rodeaban, yo era lo único que le quedaba en el mundo; aparte de sus amigas y sus ratitos en el bingo de los sábados.

Mi abuela me crio desde que cumplí los cinco años hasta que me largué a estudiar a Valencia, más o menos con dieciocho. Jamás me puso mala cara o me lo echó en cara. Para ella, yo era el hijo que se largó el día que se divorció de mi madre y no la volvió a llamar jamás. La mujer que me dio la vida tampoco prestó mucha atención al niño que lloraba viendo cómo su familia se caía a pedazos, y decidió mudarse a Irlanda con la idea de rehacer los pedazos de su vida. Nada más pisar nueva tierra, se casó por segunda vez.

No había espacio para mí en ese plan, y me dejó con mi abuela paterna sin que le temblara el pulso.

Menos mal que ya no recordaba sus caras o sus voces. Pocos recuerdos quedaban en mi memoria respecto a ellos. Quizá algún cumpleaños aislado o alguna noche de navidad. Lo único

que me importaba de verdad era que mi abuela siguiera allí y fuese feliz. Ellos ya no formaban parte de mi trayectoria profesional y personal.

Por eso no la obligaría a mudarse a un edificio mejor, con ascensor, si eso la marchitaría o la entristecería. Difícil o no, las personas teníamos el derecho a elegir la vida que queríamos vivir sin que el resto metiesen las narices en ella.

—Gracias, guapísimo. —Me dio un pellizco suave en la mejilla, igual que cuando era pequeño, y sacó las cosas de las bolsas para guardarlas en la nevera y en la alacena—. Ese coche nuevo que te has comprado es maravilloso.

—Necesitaba algo así. —Encogí uno de mis hombros, restándole importancia.

Había sido un capricho de última hora. Recién ascendido en la editorial, y con un puesto fijo, no me supuso un problema ir al confesionario más cercano a pedir un coche que se adaptara a mis necesidades. Negro y brillante, con asientos de cuero y un par de cristales tintados. Perfecto para alguien que prefería pasar desapercibido en su día a día.

—¿Te han hecho algún descuento?

—Por el seguro, nada más.

Ella asintió.

—Es importante que ahorres un poco, cariño. En nada te tocará comprar la casa en la que estás.

Un retortijón me obligó a encogerme un poco. Preferí no decirle que no pensaba comprarla. Cuando me mudé allí y acepté aquella cláusula, vivía con Sandra, mi ex, y planeaba formar una familia con ella. Durante dos años no paramos de hacer planes al respecto: remodelar el cuarto de baño, comprar un jacuzzi, elegir la mejor habitación para el bebé. Tonterías que ya no importaban. De aquello ya no quedaba nada. Solo recuerdos. Amargos y vívidos recuerdos que me atormentaban a todas horas.

¿Cómo iba a quedarme entre aquellas paredes toda la vida, sin sentir que me marchitaba y me agobiaba y me enfadaba?

—Aún queda tiempo —dije en su lugar, también restándole importancia.

En los últimos días no hacía otra cosa que fingir que todo me daba igual, aunque me tocara las narices las malditas pruebas que la vida se empeñaba en hacerme pasar. ¿El tema de Sandra? No importaba. ¿La hipoteca? Que le diesen. ¿El coche nuevo? Ya se pasaría. ¿La Barbie Mentirosa? Ah, a ella sí que tenía ganas de pillarla y pedirle un par de explicaciones. Pero Gonzalo me dio mal su número y acabé enviándole un par de WhatsApp repletos de reproches y audios chillando a un carpintero jubilado de Sabadell. Así que me encontraba en el mismo punto: en la casilla del enfado perenne, con las manos vacías y una historia ficticia que mantener.

—Tengo una reunión con unas amigas en el bajo, ¿te quieres venir? Seguro que te interesa algo de lo que venden.

—¿Vas a gastarte dinero en fiambreras o en pesas que no necesitas?

Riéndose, mi abuela negó con la cabeza y se acercó al espejo del recibidor a fin de comprobar que su pelo seguía intacto. Como si la laca que se echaba no fuese suficiente.

—Oh, no. Nada de eso. Solo compro cosas necesarias y buenas para la salud.

Puse los ojos en blanco y suspiré.

Qué fácil lo tenían siempre las vendedoras a domicilio a la hora de engatusar a las personas mayores. Bastaba con ofrecer cualquier basura que encontrabas mucho más barato en el bazar de tu calle y, con una campaña de marketing digna del Burger King, se metían a los jubilados en el bolsillo y le encasquetaban cualquier tontería: una olla exprés, un par de mancuernas con música incorporada, la batamanta.

—Voy contigo —decidí—. Así me despejo.

Solo quería asegurarme de que no la timaban. Bastante le costaba llegar a fin de mes sin mi ayuda como para que encima le encasquetaran un montón de trastos más que terminarían ocupando espacio en la casa. «Putas vendedoras», pensé, hastiado.

No me gustaban nada. De alguna manera retorcida, me recordaban a Sandra. Ella casi dos por tres caía en la trama de comprar artículos que no valían o que solo cogían polvo en el trastero.

—No pongas esa cara —dijo mi abuela antes de coger las llaves y abrir la puerta principal—, es una experiencia maravillosa y muy divertida. Ya lo verás.

¿Cómo iba a ser maravillosa la experiencia de comprar un par de sartenes antiadherentes? No dije nada por respeto, y porque estaba de mal humor, y porque me jodía no haber hallado a la Barbie Mentirosa para pedirle explicaciones, y porque en la editorial hacían lo que les daba la gana y no me tomaban muy en cuenta cuando se trataba de las autoras del sello romántico. Mi sello.

Joder, no era mi día.

Ni el anterior.

Ni ninguno de los último cinco que habían transcurrido desde que Barbie Cowboy se tropezara conmigo.

Seguí a mi abuela por las escaleras y nos detuvimos en el bajo A. Dentro ya había bastante jaleo. En cuanto llamó al timbre, nos abrió una mujer con el pelo canoso y las manos arrugadas, un vestido verde lima y una sonrisa que dejaba entrever dos dientes menos. Nada más percatarse de que acompañaba a mi abuela, se acercó a mí y me apretó los mofletes con sus dedos huesudos.

—¡Martín! ¡Qué alegría verte de nuevo!

Me sentí un poquito mal por no reconocerla. Con tantas amigas como tenía mi abuela, me costaba mucho ubicarlas. No era mi culpa.

—María —la llamó otra mujer desde el interior de la casa—, ¿dónde están los vasos de plástico?

—En el mueble, debajo del fregadero —respondió, y volvió a centrar su atención en nosotros—. ¡Estás guapísimo! Vamos, entrad. Ya está la chica de siempre.

Enseguida me di cuenta de que mi abuela estaba muy emocionada. ¿Qué se supone que vendía la chica en cuestión? A lo mejor les hacía una oferta sobre juegos de mesa, bragas y fajas, o algo similar. «Ni que tu abuela solo anhelara una ropa interior que le apriete la barriga, desgraciado», me atacó la voz de mi conciencia. La misma puñetera que siempre daba su opinión; quisiera yo o no.

Cerré la puerta y caminé por el largo pasillo, observando con atención los cuadros colgados de

la pared: niños y adultos que se parecían un montón a María. Di por hecho que se trataba de su familia; hijos o nietos, o sobrinos. ¿Irían a visitarla a menudo?, ¿o practicaban el desapego hasta el momento de cobrar alguna herencia?

Joder, pensar en ello me provocaba una mala hostia digna de los certámenes literarios que organizaban en la editorial una vez al año. En cuanto mi buzón de email se llenaba con casi mil manuscritos en menos de dos semanas, mi mal humor crecía por momentos y mis ganas de vivir disminuían. Típico de los Libras: la balanza del Ying y el yang, la rabia y las ganas de morirse, comerse una hamburguesa o una ensalada, o mandar a todos a tomar por culo, declarar desierto el certamen y quedarme el dinero para mí.

Lástima que mi sentido de la integridad aún siguiera intacto.

—¿Pero qué cantidad de productos traes hoy, querida! —exclamó mi abuela en el salón, más animada que cuando paseábamos por el pasillo del supermercado, cogiendo todo tipo de verduras envasadas—. ¿Cuánto tardáis en inventaros tantos *chismes*? ¡Si hace un mes que nos visitaste!

—Ya sabes que no es cosa mía —dijo una voz femenina que me resultaba muy familiar. Demasiado. Empecé a sentir pánico—, sino de las fábricas. Supongo. Lo cierto es que a mí solo me explican para qué sirve y luego me obligan a venderlo. Pero mira esto —se rio de forma cantarina—, ¡da vueltas sobre sí mismo!

Un montón de risas de mujeres llenó la casa. Alegres, frescas, desinteresadas.

Tuve un mal presentimiento. En un par de zancadas, me presenté en el salón y, efectivamente, allí se encontraba mi peor pesadilla: la rubia de las botas rosa chicle. Mi Barbie Mentirosa.

Solo que en esta ocasión no llevaba un vestido blanco y corto, algo escotado, sino una falda de tubo negra, medias, zapatos de tacón y una camisa blanca. Había mutado a Barbie Ejecutiva en un parpadeo. Hasta me molestó admitir que se veía guapa con el pelo recogido en una cola de caballo y maquillada con colores más sobrios.

—Joder —solté de sopetón, sin pensar en que había más gente presente.

Ella clavó en mí sus ojos y se sonrojó de inmediato al reconocerme. Una milésima de segundo después, apartaba la vista, turbada con mi presencia.

«¿Cargo de conciencia?», pensé, regodeándome como el cabrón que era algunas ocasiones. «Ojalá que así sea, maldita mentirosa. Por tu culpa me ha tocado fingir en la editorial que tengo una nueva novia».

Cuanto más lo pensaba, más me cabreaba. Arantxa no tardó en irse de la lengua y el rumor recorrió la editorial más rápido que el AVE. En cuestión de unas horas, la mayoría de mis compañeros me felicitaron por olvidar a Sandra y aventurarme en una nueva relación sentimental con una rubia capaz de sacarme el palo que tenía metido en el culo.

«¡Por fin has encontrado la horma de tu zapato! Y menuda rubia, de las que están buenorras. No te pega nada, pero seguro que te trata como un rey», me guiñó un ojo Santi, el de diseño gráfico, nada más verme.

«Estoy flipando. ¿A ti no te gustaba todavía Sandra? ¿Por qué estás con otra? Espero que no la utilices, que las mujeres somos muy sensibles», dijo Covadonga, la jefa de la plantilla, tras acercarme los últimos contratos firmados. «Dice Arantxa que su cuñada es un cuadro de mujer.

Más le vale meterte en cintura, *chiquillo*, que las autoras están que trinan contigo», añadió de últimas, con ese deje cordobés que tanto nos gustaba.

«¡Enhorabuena, Editor Cabrón! Qué calladito te lo tenías. Dice Arantxa que te pillaron tirándotela en la casa de muñecas de su hija. Qué *crack*. Hago yo algo similar con mi mujer en una reunión familiar, y me la corta antes de ponérmela en la frente», se cachondeó Manuel, el encargado de marketing. «Entre tú y yo, ¿es rubia natural? Venga, que de aquí no sale».

Con ninguno de ellos mantenía una relación basada en la confianza y el colegueo. Quedaban entre ellos, tomaban alguna copa, se ponían al día de sus situaciones personales y se invitaban a cumpleaños, pero a mí, que me consideraban el mayor gilipollas de la editorial Meraki, preferían mantenerme al margen por si acaso decidía contar algo relacionado con sus meteduras de pata. Lo que ellos no sabían en que odiaba los cotilleos (y mucho más si yo era el protagonista), que me llamasen Editor Cabrón y que hablasen a mis espaldas de una tía que no era mi novia. Por eso mismo, y porque mi límite ya rozaba la línea entre ser educado y soltar un par de comentarios hirientes, preferí cerrar la boca y dejarlo estar.

¿Por qué? Porque era un imbécil. Porque quería hablar antes con la rubia que había empezado ese rumor. Y porque, en el fondo, me daba lástima que tuviera que recurrir a decir mentiras delante de su familia, como si tuviera quince años.

—Acércate —me dijo mi abuela, viéndome ahí parado, junto a la puerta, igual que una estatua de granito—, hay cosas para ti también.

Pestañee un par de veces, alejando los pensamientos negativos de mi cabeza, y le hice caso por inercia. La incredulidad se había apoderado por completo de mí. Convertido en una marioneta tirada por hilos, me atreví a mirar qué demonios vendía nuestra Barbie. Sobre la mesa que ellas rodeaban sin molestarse unas a otras —hasta para eso se ponían de acuerdo— había una maleta abierta, de color rosa chillón, lleno de ¿juguetes sexuales?

—Dánae es nuestra chica de confianza —intervino María con una sonrisita—. Todos los meses nos trae las últimas novedades sobre juguetes y juegos y lubricantes. ¿Hoy traes algo para hombres, cielo?

Dánae tardó exactamente veinte segundos en reaccionar ante la pregunta de María. Si ella estaba nerviosa y su cara era un poema, deduje que la mía se vería aún peor.

¿Qué demonios hacía ella allí? ¿También conquistaría a mi abuela y a sus amigas con sus mentiras?

Pensándolo fríamente, no me extrañó demasiado que se dedicara a vender juguetes sexuales a domicilio. Le pegaba. Típico de las personas mentirosas y manipuladoras; les encantaba engatusar a los demás con tal de salirse con la suya.

«Joder, por fin entiendo lo del otro día», pensé, más cabreado si cabía. «Lo de mentir le viene en el ADN, como lo de ser rubia».

—El gran extractor. —Dánae sacó una caja grande y oscura del interior de la maleta, y lo enseñó como si fuera la mejor maldita cosa del mundo—. Un consolador para chicos que consta de seis velocidades, estrías en su interior y un bote de lubricante efecto calor de lo más placentero. Se desmonta en dos partes para que sea fácil de lavar, ¿lo veis? —preguntó, nada más

sacar el aparato con forma cilíndrica; era de color negro también. La rubia pulsó un botón y enseguida empezó a bombear imitando a una vagina—. Es el último modelo del mercado. A mi parecer, todo un acierto. ¡Da mucho placer a solas y en compañía!

Todas en el salón aplaudieron enseguida.

Excepto yo.

—¿Qué cojones? —solté. No había visto algo semejante en mi vida—. ¿Por qué querría yo esa cosa?

—A lo mejor te vendría bien —sugirió la rubia, sin perder su expresión de vendedora de televisión—. Traes cara de no echar un polvo en los últimos meses.

—Muy profesional meterte en la vida de los demás, «querida».

Eso último pareció recordarle su mentira, y enseguida se sonrojó, guardó el consolador en la caja y me lo acercó. Lo cogí porque todo el maldito mundo tenía los ojos clavados en mí y no quería empezar una guerra con mi abuela delante.

—Es mi trabajo, «cariño». —Tras soltarlo como si nada, me dio un par de palmaditas en el brazo—. Viene con descuento por-por todo lo que pasó —añadió eso último en voz baja.

—No me interesa en absoluto.

—¿Te da miedo usar juguetes? Es recomendable llevar una vida sexual saludable.

—No sabes nada sobre mi vida privada.

—Miras ese aparato y los demás como si fueran tus enemigos —insistió ella. Su cercanía me hizo comprobar que era muy bajita y que me llegaba por debajo de la barbilla, así que se veía obligada a alzar la mirada hacia mí—. Es como reaccionan la mayoría de los hombres cuando les enseño el catálogo. ¡Ni que fuese un delito masturbarse con estilo!

¿Y a mí qué más me daban los demás? No había bajado para que me diese una lección sobre pollas de goma, lubricantes o tapones anales, sino para evitar que le vendieran artículos inservibles a mi abuela. Pero comprendí muy rápido que un succionador de clítoris alegraba la vida a cualquier persona sin que importase demasiado su edad.

Maldita fuera, jamás conseguiría borrar aquella imagen de mi cabeza. Ni las autoras del sello romántico me entregaban novelas eróticas con ese tipo de escenas.

—Hay juguetes más discretos y pequeños, y más arreglados de precio. Huevos, lubricantes, consoladores anales, estimulador de próstata. ¿A ti qué te gusta en la cama, cariño?

En mi cabeza se dibujaron un montón de escenas que borré de un manotazo. No quería ningún juguete sexual. Consideraba que mi vida iba bien en ese sentido. Vale, no echaba un polvo desde que Sandra y yo lo dejamos, unos meses atrás, pero no significaba nada. No estaba en mi mente el seducir a una mujer y tirármela. Tenía otras cosas más importantes de las que ocuparme.

Mis escritoras cabreadas y sus novelas llenas de escenas sucias, por ejemplo.

La caja vibró en mis manos. Dánae, riéndose por lo bajini, me la quitó y la abrió para desconectar el aparato.

—Lo siento, es que es muy sensible. Entonces ¿no te interesa?

—No.

—Lástima. Todo el mundo acaba muy contento con el gran Extractor.

«Hasta el nombre tiene feo», pensé, y me pellizqué el puente de la nariz con dos dedos.

—¿Por qué le vendes consoladores a personas de la tercera edad? ¿Es una nueva forma de ganar dinero rápido?

La pregunta por sí sola era jodida de responder. Pero ella me miró con sus ojos azules, muy abiertos, y se mordió el labio inferior con fuerza.

—Son mujeres, ¿no? Les queda mucho que vivir y disfrutar aún. La mayoría de ellas nunca han tenido un orgasmo, y lo han descubierto gracias al autodescubrimiento y a los juguetes. Es un poquito triste que esto no existiera antes. —Señaló la maleta repleta de artículos para la vida íntima—. Repartir felicidad es un trabajo gratificante.

—Te debes ir a la cama contentísima sabiendo que tus clientas se van a correr con un pollón de veinte centímetros de goma —insistí, no sin cierta ironía raspándome la voz.

En su rostro se reflejó cierta congoja. No estaba acostumbrada a que le hablaran de aquella manera tan directa y brusca. Y, para qué mentir, casi nadie lo estaba. Por eso todo el mundo me temía.

—Pues sí —corroboró ella, y puso los brazos en jarras en cuanto reaccionó. La Barbie Ejecutiva entrecerró los ojos a la par que defendía su trabajo—. Un orgasmo es siempre motivo de alegría. Supongo que te sonará un poco lejano todo el tema del placer femenino.

Sentí el golpe bajo en mi entrepierna igual que si me hubiese pegado una patada en las pelotas. Y la parte más odiosa de mí se hizo con el mando de mi lengua antes de que pudiera controlarla.

—No sé, dímelo tú, cariño. ¿Cómo soy en la cama? ¿Qué crees que debería decirle a tu cuñada, hmm? ¿Que la chupas muy bien y me dejas bien satisfecho? ¿O prefieres que ensalce un poco más tu orgasmo femenino y le cuente cómo te conviertes en una fuente cada vez que te la meto?

Sus mejillas enrojecieron tanto que me regodeé por completo. Lo peor de todo fue descubrir que me satisfacía muchísimo verla así de azorada, con los ojos brillantes y los labios entreabiertos. Durante un segundo me la imaginé tumbada sobre la cama, con uno de esos consoladores de colores chillones que vendía haciéndole compañía, y un calor súbito colonizó todo mi ser. Mi mente se nubló por completo. Y entonces ya no supe cómo frenar el aluvión de escenas en las que Barbie Ejecutiva era la absoluta protagonista, y yo su único espectador.

Sacudí la cabeza. No, no iba a ir por ese camino. Ni de broma.

—Arantxa no necesitará tanta información. Sobre eso y lo que pasó, yo...

—Toda la editorial cree que eres mi novia. Hasta el de la cafetería de enfrente da por hecho que tengo nueva *churri*, como él dice, y está ansioso por conocerte y por ver si estoy a tu altura. La mayoría de mis compañeros han abierto una porra con la esperanza de acertar la fecha exacta en la que me mandarás a paseo. Y mi jefa, la que paga mi sueldo, me ha amenazado sutilmente con vengarse si te hago daño. ¿Qué te parece?

Su expresión mudó de absoluta culpabilidad a una de diversión. Gruñí algo parecido a un «manda cojones» que la hizo carraspear y pasar el peso de su cuerpo de un pie a otro. Su nerviosismo no me doblegó. Nada de lo que ella dijese o hiciese borraría todas las conversaciones que mantuve en los días anteriores respecto a nuestra relación falsa.

Menos mal que todas las amigas de mi abuela estaban más que entretenidas viendo los nuevos

productos sexuales y no nos prestaban atención, o me habría cabreado aún más.

—¿Y qué les has dicho? ¿Nos has puesto fecha? Se rumorea por ahí que la mayoría de las parejas rompen en primavera.

—¿Bromeas? Maldita Barbie Mentirosa y Barbie Manipuladora. —Bajé el tono de voz y la agarré del codo, atrayéndola hacia mi cuerpo. Ella trastabilló y se apoyó en mi hombro. El calor de su mano traspasó mi camisa de inmediato—. ¿Crees que esto es un juego? ¿Algo que sueltas sin más y que no tendrá consecuencias?

—Lo dije sin pensar, y no planeé nada. Hasta me quise disculpar, pero no tenía tu número. Y...

—No basta con una disculpa.

—¿Y qué quieres que haga? —Sus ojos azules se cruzaron con los míos y noté un cosquilleo en los labios, en la punta de la lengua—. ¿Cómo arreglo esto?

Mientras ella aguardaba por mi respuesta, deslicé la mano por su brazo y rocé sus dedos a propósito. Dánae se apartó de inmediato, como si hubiese recibido una descarga. Tragó saliva y agachó la cabeza. Parecía una niña arrepentida de haberse zampado el último yogur de chocolate.

Pero a mí no me daba pena. La haría pagar por sus crímenes. La hundiría por ello. La haría pedir perdón de rodillas.

No, de rodillas no. Mejor no tentar a la suerte. Ni dibujar imágenes impúdicas en mi mente con una mujer que pasaba por completo de las normas básicas de convivencia y era incapaz de ser coherente con las situaciones que vivía.

—Sería ridículo decir abiertamente la verdad ahora mismo sin quedar como un imbécil.

—Pero solo me expondría yo. Puedes decir que me protegiste porque te caigo bien.

—Es que no me caes bien.

—Mientras bebías de la misma botella de vino que yo no decías lo mismo.

—Eso es distinto, Barbie Neuras. Pensaba que eras una tía «normal». —Lo último lo recalqué con tanto énfasis que la palabra quemó en mi paladar.

—Y lo soy —se defendió ella—. Y deja de llamarme Barbie.

«Ni de coña, rubita», pensé.

Ceder ante sus peticiones sería lo último que haría en este mundo.

—Una tía con treinta años no miente de esa manera solo porque está cagada de miedo, ni mete en líos a terceras personas por temor a recibir cuatro comentarios de mierda. ¿Es que no has aprendido nada en la vida, rubita?

—Sí, que los tíos como tú nunca saldrían con las mujeres como yo, por ejemplo. Le tenéis demasiado miedo al éxito. —Como intento de broma fue horrible, pero ella me retó a contradecirla al arquear la ceja. No la interrumpí—. Que si dejas la lechuga abierta más de dos días ya se pone pocha y hay que tirarla. Si te comes un kebab a las tres de la mañana, a las cinco ya estás potando. Y eso de que para que el sándwich salga más rico hay que dejar de limpiar la sandwichera es mentira; luego se te pega el queso negro al pan y es incomible.

Mientras la escuchaba con atención, sin perder detalle de su coleta bamboleándose, ni de sus labios haciendo un pequeño mohín al acabar la última frase, sentí que el aire entre nosotros se

tensaba como si estuviera cargado de electricidad. Inhalé con fuerza, y su perfume llegó a mí con la misma fuerza que un huracán, aturdiéndome.

Algodón de azúcar.

Dulce, empalagoso.

Rosa, siempre rosa. Como ella.

Dios, cómo costaría meterla en vereda.

—Y también sé que me comporté como una imbécil aquella mañana. Que estuviera o no borracha no cambia nada. No pensé lo que decía y me sentí acorralada. Es el poder que tiene mi familia, ¿vale? El de hacerme empequeñecer por todo. Y si quieres, iré hoy mismo a hablar con Arantxa y le exigiré que les cuente a todos que te metí en este lío por culpa de mi boca grande.

Mis ojos se desviaron automáticamente a sus labios. Mentía, otra vez. Su boca no era grande. Era... perfecta.

«No. Vayas. Por. Ahí».

—He permitido que me humilles una vez, Barbie. Dos, no.

Ella pestañeó, sin comprender nada.

Respiré hondo y la miré a la cara. De nuevo me atacó el hormigueo sobre la punta de los dedos.

—A partir de hoy eres mi novia. Y lo serás un tiempcito hasta que se calmen las aguas y te pueda dejar sin que nadie sospeche que se trataba de un teatrillo absurdo.

—¿Por qué harías algo así por mí? —preguntó, extrañada.

—La mentira no la voy a mantener por ti, Barbie Cowboy, sino por mí. Porque mi trabajo me importa, y mi imagen también. Y tú no la vas a echar por tierra con tus tonterías. Así que te comportarás como una chica buena, seguirás con tu teatro, y en unas semanas te abandonaré. Sin dramas. —Lo último lo añadí por si acaso se venía arriba y llevaba su función hasta el final; con lloros y pañuelos de papel e insultos de regalo—. De ese modo tú no quedarás como una imbécil delante de tu familia, ni yo como un calzonazos delante de la gente con la que me paso diez horas al día.

Dánae se mordió el labio inferior con fuerza. Mientras ella se planteaba el asunto, comprobé que mi abuela seguía ocupada. No quería que nadie más fuese testigo de aquel pacto en el que le estaba entregando una parte de mí, pequeña y muy íntima, a aquella rubita polifacética. «Joder, ya me estoy arrepintiendo». El pensamiento me quemó.

—Vale —accedió finalmente. Estiró su mano hacia mí con el propósito de sellar nuestro pacto. La estreché de vuelta—. Pero no me humilles delante de los demás —sonó a una petición más que a una orden—, por favor.

—Tranquila. —Tiré de ella y la acerqué a mí. Entonces me incliné y susurré en su oído—: Como mucho, te castigaré por este teatro que te has montado, a mi manera. Y siendo un editor de uno de los mejores sellos del país, te puedo confirmar, sin género de dudas, que a imaginación no me gana nadie, Barbie Ejecutiva. Vas a sufrir como nunca y desearás no haberte cruzado jamás conmigo.

El temblor de su cuerpo fue tan evidente como que estábamos en primavera.

—¿Debería sentirme asustada? —balbuceó.

El tirón de mi bragueta gritó que no. Mi sentido común gritó que sí.

—¿Tú qué crees?

—Que menos mal que vendo juguetes eróticos y no mancuernas, o te habría roto un dedo del pie al tirártela encima —añadió en cuanto se le cayó la caja del gran Extractor al suelo.

Al verlo ahí tirado, sobre sus pies, pensé que, en realidad, deberían haberlo llamado el gran «Atractor». Porque me había unido aún más a aquella rubia con olor a algodón de azúcar.

La carcajada que emergió de mi pecho no fue nada comparada con el gritito ahogado de la rubia una vez la solté y le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja.

Un simple roce y volvió a temblar.

Un simple roce y volví a sentir ese tirón en la bragueta.

Mi gran «Delator».

Si se pensaba que bromeaba, se llevaría una sorpresa desagradable en el momento que descubriera que siempre me cobraba mis deudas.

Con intereses.

Capítulo 6

Una Barbie va a terapia y reconoce su error

DÁNAE

—¿Cómo te has sentido a raíz de lo sucedido, Dánae? —preguntó mi psicólogo con esa voz serena y profunda, digna de los canales más famosos de ASMR que lo petaban en TikTok.

Mi primera reacción sería siempre la de bromear con mi estado anímico e incomodar a los demás. Es algo que me salía de dentro. Como no conseguía colocar en orden de prioridad mis emociones o pensamientos, los usaba de base para elaborar el comentario más irónico y fuera de lugar que se me ocurriera.

Pero eso con Carmen, mi psicóloga, jamás funcionaría. Ella sí que veía lo que existía al otro lado de una broma inofensiva: mi dolor y mi miedo.

—Culpable. Asustada. Molesta. Indecisa.

Por el rabillo del ojo capté que lo tecleaba rápidamente en el documento donde apuntaba todo sobre mí.

Ese taco de folios debía contener secretos dignos de la CIA, dadas las circunstancias. Dentro de aquellas cuatro paredes me había desahogado tanto, utilizando una gama muy amplia de insultos, que era una suerte no ser espectadora de tal declive.

—Muy bien, Dánae. Pero ¿cómo te sientes de verdad?

Cerré los ojos y dejé que mi mente se quedase en blanco. Enseguida me asaltaron los últimos eventos de mi vida: la fiesta de mi cuñada, el vestido blanco, la casa de muñecas, Martín, la mentira, la tarde que nos cruzamos por casualidad.

Después de amenazarme con vengarse, utilizando un tono de voz muy sexy, me dediqué a la venta de juguetes sexuales como hacía siempre. Con la diferencia, claro estaba, de que me enteré de que Martín era nieto de Celia, una de mis mejores clientas, y que por eso estaba allí.

Me había quedado en blanco al verlo aparecer. No me esperaba un hombre en una de mis rutas, la verdad. La mayoría de ellos solían comprar directamente por la web a la empresa, por el tema de la privacidad y la vergüenza, y los que sí se animaban eran los que tenían una relación abierta y no les causaba terror pedir abiertamente un estimulador de próstata o unas esposas.

Martín no pegaba nada en esa escena. Él era más serio, más cabrón. Y estaba dispuesto a hundirme con tal de mantener su vida intacta.

No lo culpaba. La gente no quería verse involucrada en niñatadas de ese calibre, y menos si no conocía a la otra persona.

En este caso, yo.

Dánae Masaveu: treintañera frustrada, insatisfecha crónica, vendedora de juguetes sexuales, madre de un gato y desastre natural.

Pasé una mano por mi rostro y suspiré.

—Lo último que me apetecía era mentir —reconocí por fin. Porque a terapia se acudía a decir la verdad y a sanar—. Mi cerebro cortocircuitó de pronto, ¿vale? No pensé en lo que dije. Solo lo solté. Estaba ebria y mi mente se encontraba nublada, y mi cuñada me taladraba con la mirada, y mi sobrina se reía, y yo... yo...

»Soy lo peor —concluí tras unos segundos—. Ensucio todo lo que toco.

—Eso no es cierto. Las personas y las situaciones no se ensucian, Dánae. Se salen de control —corrigió Carmen, tan tranquila como siempre. Para ello todo era muy fácil y me lo explicaba de manera que lo entendiera sin problemas—. Y tú tienes tendencia a perder el control de tus emociones frente a tu familia. Estamos aquí para trabajar en ello, ¿o ya te has olvidado?

Sí, era uno de los motivos por los que le pagaba cincuenta euros la hora, dos veces al mes: para que me ayudase a poner en orden mi vida y aliviar el dolor que mi familia me provocó durante tantísimo tiempo.

Si mi padre no se hubiese largado cuando éramos pequeños, tal vez no me sentiría tan vacía por dentro, ni odiaría la figura que representaba en las películas y en las series y en los libros que consumía. Si mis hermanos hubiesen sido más cercanos y menos odiosos, a lo mejor el vínculo entre nosotros no estaría hecho añicos, y no me costaría tanto apoyarlos en las malas y en las buenas. Si mi madre no me hubiese invalidado desde pequeña, tal vez no me dolería tanto sus miradas furiosas ni sus críticas. Tal vez, si hubiese crecido en un núcleo familiar férreo, irrompible, no me encontraría repantigada en el sillón de la consulta de Carmen, la psicóloga.

El perdón no se encontraba por un golpe de gracia. El perdón se trabaja igual que el acero. Se forjaba poco a poco, a medida que asumías tu dolor y lo transformabas en algo bonito. En un aprendizaje que te acompañaba a todos lados.

Y yo aún necesitaba un poco más para dejar de sentirme pequeña e insignificante entre los Masaveu. Porque mis hermanos ya habían construido un presente firme en el que trabajar, con sus parejas y sus hijos, y sus trabajos. Mientras que yo aún no sabía en qué punto me encontraba, ni hacia dónde me dirigía.

Cuando tenías veinte años, te lo perdonaban. Si te sentías perdida a los treinta, eras una inmadura y una inconsciente.

Por eso me animé a visitar la consulta de Carmen. Ella, mejor que nadie, me comprendería. Había estudiado para ello, y se le daba bien explicarme cualquier término psicológico con el propósito de que lo entendiera a la primera. No necesitaba mirarme desde detrás de sus gafas, con gesto serio, y animarme a hablar y hablar, o llorar, o maldecir; en realidad, su trabajo era darme las herramientas necesarias para que yo misma cosiera mis heridas.

Y estaba funcionando.

—¿Por qué sigo torturándome de esta manera? Daba igual si mi cuñada se cabreaba porque bebía vino en el patio de su casa. Por algo tenía la botella en la cocina, ¿no? Se la hubiera pagado.

—¿Y por qué elegiste escudarte en una mentira?

Lo medité unos segundos.

Al abrir los ojos, me encontré con la expresión tranquila de Carmen, y supe que a ella sí le podría decir la verdad.

—Estoy cansada de que me humillen por todo. Para ellos no soy más que un grano en el culo, una molestia. Cuando nos reunimos, es como si yo fuese un vecino cotilla que no pinta nada y que se cuela en las fiestas, en todas las fotos. Los vi mirándome exactamente así, como si yo fuera una decepción, y me enfadé y me trabé y me sentí acorralada, así que mentí. Porque creí que por fin obtendría un poquito de justicia divina si les comentaba que era un novio y no un desconocido al que le había dado la tabarra durante un rato, y al que jamás volvería a ver. Pensé: jodeos, no vais a fastidiarme también este día por algo que no es mi culpa.

»¿Tiene algún tipo de sentido?

Carmen hizo una pausa reflexiva.

—En tu caso, sí. Has aprendido a defenderte con el silencio o la indiferencia, y mintiéndote constantemente. Si algo no te afecta, lo perdonarás con más facilidad. Pero es que no se trata de que no nos afecten las cosas, Dánae, sino de encararlas con calma. El instinto más primitivo del ser humano y, en realidad, de todos los animales, es la supervivencia.

—Pero yo actúo igual que cuando tenía veinte años.

—Cuando nos acostumbremos a algo de este calibre, Dánae, cuesta mucho apartarlo. Es comprensible. Y no deberías ser tan dura contigo misma. Si trabajamos en ello, llegará un momento en que no solo no te dolerá tanto lo que te ocurrió con tu familia, como que sabrás decirle, de manera calmada y asertiva, todo lo que te molesta que te digan y que te hagan.

Sonó a utopía total en mi cabeza, pero si mi psicóloga lo afirmaba, ¿quién era yo para contradecirla? Lo que más deseaba era ser capaz de colgar las armas de una vez y disfrutar de los encuentros con mi familia sin necesidad de estar tensa o asustada.

Cuando cualquier acercamiento con tus hermanos o tu madre te causaba tal estrés, es que algo no marchaba bien. Algo muy jodido, y hasta retorcido, se cocía bajo toda aquella parafernalia absurda que se empeñaban en mantener de cara a la galería.

Y lo peor de todo es que me dolía mi madre. Más que ningún otro de los Masaveu.

La única imagen que jamás podía romperse era la de una madre. O eso pensaba antes de llegar a la consulta de Carmen. Que ninguna de ellas tenía permitido decepcionar a sus hijos porque, en el fondo, eran nuestro pilar fundamental; un escudo que nos protegía de cualquier mal que existiera en la Tierra. Y cuando eso ocurría, y te rompían el corazón, el hechizo se desvanecía y el dolor ocupaba cualquier rincón de tu ser. Dolía, dolía muchísimo. Y, en mi caso, resultó muy complicado de gestionar.

—No lo sé, Carmen. Es que ni siquiera me preocupa especialmente mi familia. Todo esto lo pienso una semana después porque estoy con la mente fría y he tomado algo más de distancia. Y porque no me gusta ser así. —Al reconocerlo en voz alta me sentí un poco más libre—. También por él.

—¿Martín?

Cabeceé en señal de asentimiento.

De nuevo, el incómodo nudo en mi cuello se aferró con fuerza a mí, impidiéndome respirar con normalidad.

—Si hablamos de él, lo cambia todo, Dánae.

Todo el peso de la culpa cayó sobre mí.

Al cerrar los ojos de nuevo, una imagen de Martín, muy cerca de mí, me dejó sin respiración.

No sería capaz de resistirme a esa mirada de cabrón perdonavidas en lo que me restaba de vida.

—¿Te arrepientes de lo que hiciste?

—Sí.

—¿Y crees que él está siendo injusto al arrastrarte a esa mentira?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque yo quería ponerle fin. Aún quiero —añadí rápidamente—. Ninguno de los dos merecemos esto.

—¿Y por qué crees que él te incite a seguir con esto?

Recordé sus palabras, el roce de su aliento sobre mi oído, provocándome cosquillas, y su promesa de venganza que, en otras circunstancias, me habría hecho reír. Pero que, en aquel salón, a duras penas iluminado por la última luz de la tarde, se me antojó una manera muy sexy de hablar.

—Por venganza. Desea castigarme por ello.

—Las personas no se vengan de los demás, Dánae.

—Pero es lo que él dijo.

—¿Y tú confías en su palabra?

¿Lo hacía? Recordé su expresión y su tono de voz, y sonó sincero. Como si no quisiera dejar pasar la oportunidad de enseñarme que con él no se jugaba.

—La verdad es que sí —admití con resignación—. Martín estaba ansioso por llevar a cabo su particular vendetta.

—Quizá sea recomendable que hables con él y pongas fin a todo esto —sugirió Carmen. La miré de nuevo—. Sois personas adultas, y los adultos solucionan los problemas comunicándose. Dile que no te parece sano ni lógico que te arrastre de lleno a esta mentira absurda, y luego rompe todo el contacto con él.

Asumir las consecuencias de mis actos nunca sonó tan difícil como en aquel momento. Pero Carmen tenía razón. Tanto Martín como yo contábamos con cierta edad ya, y uno, a los treinta, no se vengaba de los demás; aprendía a dejar que el karma hiciera su trabajo. Aunque, en mi caso, nunca lo hubiera visto.

Al parecer, el karma solo me castigaba a mí, pero no a los que me tocaban los ovarios.

—¿Y si no accede?

—Es tu vida, y tú la manejas como quieres. Nadie te puede obligar a hacer algo que no desees —me recordó Carmen.

No era la primera vez que me lo decía, pero, en esta ocasión, la escuché de verdad. Y me aferré

a esa frase igual que a un clavo ardiendo.

Martín no era nada mío, ni siquiera un amigo, y no nos debíamos nada. Ya me disculpé con él, y lo único que me quedaba, aparte de avisarle de mis intenciones, era deshacer aquel lío antes de que se hiciera más grande. Ya me preocuparía por mi familia más adelante.

—Vale. Me comunicaré con Martín y romperé cualquier tipo de comunicación entre los dos.

Al decirlo en voz alta, un sentimiento amargo de decepción se adueñó de mí.

—Muy bien. Estás haciendo lo correcto, Dánae.

«Ojalá que así sea», pensé, y me obligué a seguir prestándole atención a mi psicóloga los treinta y cinco minutos restantes de la terapia de ese día. Si le pagaba, qué menos que aprender a manejar mis emociones y mis tiempos, y oír sus consejos.

Cuando abandoné su consulta, me detuve en el aparcamiento de al lado, donde dejé mi coche, y busqué la dirección de la editorial Merika en Google. No era demasiado fan de las esperas. Cuanto antes acabara con aquella tontería, antes sería feliz.

O lo intentaría.

No quedaba muy lejos. A unos veinte minutos en coche. Subí a mi Cadillac rosa importado — el único capricho que me di en los últimos diez años, y del que me sentía especialmente orgullosa—, y conduje hasta la editorial con la música sonando en la radio a todo volumen.

Capítulo 7

Érase una vez, un editor cabrón y sus dulces autoras

MARTÍN

—... y los últimos dos capítulos son un despropósito. ¿Cómo vas a culminar toda la trama en algo tan efímera como son veinte páginas? Y si llegan, claro.

En la pantalla de mi ordenador, la imagen de Lexy Ruby, la autora con la que me reunía esa mañana, parpadeó ligeramente. Ella hizo una mueca ante mi crítica. No quería sonar despectivo, pero tampoco alabaría la novela que me entregó una semana atrás cuando mi opinión sobre ella era terrible. Un romance deportivo que giraba en torno a un cliché que odiaba con todo mi ser: *enemies to lovers*.

Aún desconocía el motivo, pero últimamente casi todas las novelas giraban en torno a ese cliché y a todo el mundo parecía gustarle. Menos a mí.

—Para que odies a alguien y luego la quieras, tu deber es marcar bien ese cambio y hacer un punto de inflexión. En tu novela, el protagonista se queda prendado de ella en el séptimo capítulo.

—Cada capítulo tiene treinta páginas, Martín. Me he esforzado en que se entendiera bien por qué empieza a verla deseable después de su partido de baloncesto —se defendió ella, tranquila.

Lexy Ruby me había enviado como diez emails en los últimos días, rebatiéndome mis críticas y recordándome por qué los protagonistas hacían esto o aquello. Como si yo no me diese cuenta al leerlo. Como si mi opinión fuera la de un lector cualquiera en internet. No se percataba de que mi trabajo consistía, en realidad, en hacer una criba de las novelas que me entregaban y lo que llegaba al público.

Y aquella en concreto no era del todo de mi agrado.

—En cuestión de pocas páginas —proseguí, leyendo mis notas—, se acuestan y ella ya no siente el mismo rencor de antes. Es más, hasta le habla de él a sus amigas sin rastro de resquemor.

—De enemigos a amantes, ¿recuerdas?

Enarqué una ceja y ella bufó. De alguna forma ya intuía lo que iba a soltarle.

Trabajar con escritores jamás sería algo fácil. Había que luchar contra sus quejas, y también contra sus egos. Muchas de ellas aún no comprendían en qué posición se encontraban. Defendían libros que no valían un solo céntimo. Libros mediocres, con clichés absurdos, que no entretenían ni a una mosca. Y encima era yo el cabrón por decírselo de frente.

Cada vez odiaba más reunirme con ellas.

—Hay que hacer más énfasis en ese cambio. Nadie en su sano juicio se acostaría con alguien a la que detesta con todo su ser. El amor y el deseo son emociones ardientes, fáciles de confundir, pero una persona no se lanzaría a los brazos de otra si la odia.

—De ser cierto, la mayoría de las películas o libros no nos mostrarían cómo dos personas que llevan un buen rato discutiendo deciden, sin venir a cuento, que la mejor forma de quemar adrenalina es echando un polvo —acotó Lexy Ruby, muy segura de sus palabras. Se colocó mejor las gafas sobre el puente de la nariz antes de seguir—. El sexo es solo sexo. Mi intención es que el lector entienda que Liam se viene arriba por la victoria, está contento, y Layla aparece en escena y, en lugar de echarla a patadas, la besa, y eso desencadena todo lo demás. Es un polvo aislado que los pone en jaque.

—Muy bien. Respeto tu decisión de no hacer el cambio que te sugiero. Pero el final sí es necesario revisarlo. Ellos se separan y dos capítulos después está solucionado. No hay tensión por ningún lado.

—Hay algunos lectores a los que no les agrada que el desenlace se extienda demasiado, una vez está todo aclarado. Como escritora, me gusta explorar el antes del final feliz, no el después. Una vez alcanzado mi propósito, no voy a escribir capítulos de relleno.

Presioné con más fuerza de la necesaria mi estilográfica, sin dejar de mirar el rostro de la autora que me tocaba aguantar esa mañana. Pocas veces hablaba con ellas a través de una videollamada. Prefería el trato directo, si vivían cerca, o mejor una llamada de teléfono. Sin embargo, Lexy Ruby, gracias a sus últimos éxitos, decidió dar un golpe sobre la mesa y rechazar todos los cambios sugeridos. Y a mí no me quedaba de otra que aceptarlos o rechazar publicarla.

Pensé en Covadonga y en lo que soltaría por la boca nada más leer el último correo de Lexy Ruby. La imagen en mi cabeza fue muy clara: ella apoyada en su mesa, vestida con sus faldas de tubo y sus camisas blancas, el pelo recogido y una expresión hastiada que la haría ver aún más mayor de lo que era. Suspiraría con resignación y, tras negar con la cabeza, me soltaría: «las autoras deciden qué hacer con sus obras, Martín. Si te ha rechazado el cambio, lo respetas. No hagas que otra se largue del sello, por el amor de Dios».

Culparme por la poca profesionalidad de las autoras del sello era su tarea favorita en la vida. Mostraba su disconformidad a diario, entre suspiros dramáticos y sonoros, miraditas reprobatorias y chasquidos de lengua que resonaban por toda la editorial.

Covadonga, más allá de ser la jefa de la plantilla y la que mediaba entre los de arriba, los jefes, y los demás trabajadores de la editorial, también se encargaba de torturarnos con sus discursitos de psicóloga de Instagram. Y si no estaba de acuerdo con algo que hacíamos, se esforzaba en hacérselo saber y en darnos charlas en privado con las que buscaba la mejor manera de meternos en la cabeza que todos formábamos parte de un equipo, y que en ese equipo se incluían a las autoras.

Lejos de parecerme más o menos profesional, no compartía su filosofía de vida, y, como tal, en mi despacho me encargaba de mis autoras como me daba la gana.

—Bien, si eso es lo que deseas, Lexy, tendré que hablar con Covadonga al respecto.

Su mueca se transformó en una expresión de fastidio total.

No me importó en absoluto.

—Nos vemos mañana, si te parece bien.

—Claro. Pero, Martín —añadió al ver que estaba a punto de cortar la comunicación—, voy a seguir defendiendo esta novela tal y como está. Buenos días.

—Buenos días.

Nada más colgar, me recliné en mi sillón y garabateé en mi libreta un «SOBERBIA Y VANIDOSA» en grande, en rojo, encima de la cita que había marcado en mi agenda el día anterior. Otra autora más que se empeñaba en hacer lo que le venía en gana. Y con esta eran, ¿ocho?, ¿tal vez nueve? Ni lo sabía, ni me importaba. Al final acabarían en la calle, como las tres anteriores.

El teléfono me vibró, avisando de un nuevo mensaje. Como solo les permitía la comunicación a dos personas durante las horas de trabajo, supe que se trataba de mi abuela (quien solía mandarme imágenes de Piolín bendiciendo a todos, con mucho brillo) o Paulino, mi mejor amigo.

Paulino:

He conseguido que mi abuelo abra otro restaurante en Barcelona.

De este me ocuparé yo.

¿Lo celebramos esta noche?

Paulino se trasladó desde Italia unos meses atrás. Antes de su mudanza, se dedicaba a viajar por todos los países del viejo continente en nombre de su abuelo, un conocido empresario italiano que nadaba entre billetes gracias a su cadena de restaurantes. Y por fin, después de pasarse años recopilando información sobre los chefs que trabajaban bajo su mando, lo ponía al frente de un restaurante de verdad. Uno que él dirigiría con mano dura y grandes conocimientos.

Me alegré enseguida por él. Aquel paso, aparte de ser muy importante para Paulino, también representaba un sueño cumplido.

Martín:

Claro.

¿Quedamos a cenar a las 9, donde siempre?

Paulino:

Sí.

También vendrá Anna.

¿Por qué no invitas a alguien?

Maldita fuese. Anna era su ligue actual, su follamiga, o lo que demonios compartieran. Con lo mucho que le gustaba ligar, y lo poco que le costaba, jamás lograba seguir el hilo de sus relaciones con las mujeres. Pero, desde luego, Anna era una belleza indiscutible. Y hablaba por los codos. Se pasaría toda la cena contándonos batallitas sobre su trabajo como modelo de ropa interior para una conocida marca danesa que operaba en Barcelona ese año, y a mí me daría dolor de cabeza.

Pero ¿por qué querría Paulino una cita a cuatro bandas? Si jamás las teníamos. Solo cuando Sandra y yo salíamos, y de eso hacía bastantes meses ya.

Resignándome, le respondí un escueto mensaje a Paulino.

Martín:
Ya te diré.

Guardé el teléfono de nuevo en el bolsillo del pantalón y salí en busca de un café. Acababa de dar por finalizada la ronda de llamadas y videollamadas de ese día. Solo me quedaba revisar un par de manuscritos, unos cambios en la portada de la próxima publicación, el email y largarme al gimnasio a hacer algo de cinta.

El deporte relajaba mis músculos, acallaba mis pensamientos y me ablandaba un poco. Me producía un estado similar al éxtasis. Con música en mis oídos, no prestaba atención a nada que no fuese la letra o la melodía, y al acabar me embargaba un sentimiento poderoso e intenso de paz que me permitía dormir sin necesidad de recurrir a fármacos.

«Necesito un descanso», pensé, sin detenerme en despacho de Covadonga a pesar de mi ardiente deseo por quejarme de mis autoras.

No había dado ni seis pasos por el pasillo cuando me la encontré de frente.

A la chica que olía a algodón de azúcar.

Barbie Piruleta, a juzgar por su atuendo: un conjunto de falda y top color rosa, con corazones rojos estampados. El mismo color de sus zapatos y su bolso, y de sus labios jugosos. Si cerraba los ojos, el dulce olor de las piruletas inundaba mis fosas nasales.

—¿Dánae? —La llamé, incrédulo.

¿Qué cojones haría allí? ¿Planeando hundirme delante de todos mis compañeros? ¿Lanzar alguna que otra mentira más acerca de nosotros?

Ella alzó la barbilla y me sonrió.

—¡Hola! —También agitó la mano, como si no la estuviera viendo a lo lejos—. Perdona, es que necesitaba verte y como no me pillaba lejos la editorial. ¿Te importa si hablamos?

—Estoy trabajando.

—Te puedo esperar —aseguró ella, y sonó ansiosa. Sus dedos jugaban con el asa del bolso—. ¿Cuándo terminas?

Me pasé una mano por la cara, cansado.

De verdad que no necesitaba más dramas ese día.

—Aún me queda un rato.

—Vale, pues me iré a tomar un café y, eh, ¿nos vemos después?

Por el rabillo del ojo vi a Santi y Manuel lanzándonos una mirada de lo más jocosa. La habían reconocido al vuelo. En cuestión de minutos, todos sabrían que Dánae, mi supuesta novia, acababa de presentarse en mi puesto de trabajo a hacerme una visita sorpresa. O a darme una mala noticia. Las dos opciones eran igual de aterradoras.

Aunque pensara en una buena excusa y me la sacara de encima, los demás me acorralarían y me harían cientos de preguntas acerca de ella. O la obligarían a contar cosas íntimas antes de que

abandonase la editorial. Nada de eso podía ocurrir, así que hice lo más inteligente: fingir una sonrisa y negar con la cabeza.

—Iba a por un café. ¿Quieres uno?

Dánae pestañeó, sorprendida.

Me miró con cierto recelo.

—De verdad que no me importa esperarte en la cafetería.

—Insisto. Mi despacho es más cómodo. —Le señalé la puerta correcta—. No tardo.

Mordiéndose el labio inferior con fuerza, Dánae asintió.

Agradecí que no montase una escenita allí en medio. Ninguno de mis compañeros tenía por qué enterarse del pequeño teatrillo que nos traíamos entre manos.

Precisamente para que ninguno supiera la verdad es que seguiría fingiendo que éramos pareja unas semanas más.

—Enseguida vuelto.

Antes de que ella dijese o hiciese algo, le di un azote en el culo y la empujé suavemente hacia su despacho.

Las mejillas de Barbie Piruletas adquirieron un color rosado de lo más apetecible. Avergonzada o molesta, suspiró bajo, y yo tuve que contener una carcajada.

No supe por qué hice aquello, pero me pareció lo más lógico: tratarla como a mi novia. Que todos vieran que entre los dos existía bastante química, y que no lo dejaríamos pronto. Aunque, en el fondo, estaba ansioso por «romper» con Dánae.

Lo último que vi antes de irme fue su falda, y su pelo rubio balanceándose sobre sus hombros en suaves ondas que le enmarcaban la carita. Desconocía a qué tipo de tienda acudía Barbie Piruletas a comprarse la ropa, pero cada vez que la veía, me sorprendía. Botas cowboy, ropa de ejecutiva, conjuntos típicos de muñeca. ¿Lo haría a propósito? ¿O es que carecía de gusto para vestir?

Aún y con todo, me gustó bastante aquel look de chica dulce. Quizá porque no estaba acostumbrado a verlo a mi alrededor, o porque crearía el contraste perfecto entre el Editor Cabrón y Martín Bover.

Capítulo 8

La chica que soñaba con Michael Jordan

DÁNAE

El despacho de Martín encajaba a la perfección en un catálogo de Ikea, y no solo porque sus muebles fueran de allí, sino porque no se había encargado de decorarlo demasiado. Como si esperase recibir el premio al mejor despacho, el más limpio, y el más impersonal, y por eso no colgaba ni un mísero cuadro de un gato anaranjado y tirado en el diván, con una frase motivacional justo encima: *Don't rush me, boy!*

A mí me hubiese gustado más que las cortinas beis y la lámpara de pie de color negro.

Sobre las estanterías se encontraban sus títulos universitarios, y también una foto de un paisaje; los rascacielos de Nueva York. ¿Habría visto la ciudad en persona? ¿O el cuadro vendría de fábrica? Aun con la duda rondando mi cabeza, me acerqué a su estantería y comprobé que todos los libros eran ejemplares de la editorial Merika: libros de romántica que yo misma había visto en librerías y centros comerciales. Ninguno que fuese algo más íntimo o personal, como «Dedícate a mentir a tus amigos y serás el rey de la fiesta» o algo así.

Su escritorio, grande y de cristal, también estaba muy ordenado. Caminé hasta su sillón y decidí esperarle allí sentada. De camino hacia la editorial, me había preparado un discurso cojonudo en el que le dejaría claro, con voz firme y sin atisbo de duda, que nuestra relación falsa se terminaba allí. Sin más dramas, ni quejas.

Curioseé un poco lo que había escrito en su agenda. El SOBERBIA Y VANIDOSA me hizo reír. Le pegaba mucho eso de poner adjetivos despectivos a los demás.

Junto al teclado, tres manuscritos impresos y con garabatos a boli rojo me llamaron la atención. Cogí el primero, el que estaba encima de la pila, y le eché un vistazo por encima. El título ya prometía: ENCESTANDO A TU CORAZÓN. ¡Un *sport* romance! Amaba ese tipo de novelas.

Reclinada sobre el sillón, sin prestar atención a nada más, comencé a leer el primer capítulo. Y el segundo. Y el tercero. ¡Era brutal! Los protagonistas compartían una química envidiable casi desde el principio. Se odiaban, pero también se deseaban. No tardarían demasiado en romperse los calzones, eso seguro.

—¿Qué haces? —La voz de Martín me interrumpió en la mejor parte: los protagonistas estaban a punto de comerse la boca—. Se te escucha reír desde fuera.

Su expresión huraña no me amedrentó en absoluto.

—Perdona, es que leía este libro. —Agité el manuscrito sobre mi cabeza—. Es buenísimo. ¿Cuándo lo publicáis?

—No es una novela que me plantee sacar en Merika.

Lo miré como si le hubiese salido un cuerno verde en mitad de la frente.

—¿Por qué no? ¡Si está muy bien escrito!

—La autora hace unos chistes malísimos. —Cerró la puerta y dejó los vasos de café sobre el escritorio—. Y es un *enemies to lovers* muy mal construido.

—Eso no lo sé, porque no he leído mucho, pero los primeros capítulos enganchan. Y no todas las novelas deben ir con mensaje profundo para que sea un buen libro, ¿sabes? A veces, los lectores solo queremos salseo y risas y frases bonitas, nada más.

—Desconocía tu faceta como lectora editorial.

—Y no lo soy, Cascarrabias. Pero he leído tanta novela romántica que me considero una persona objetiva al respecto. Y este libro —volví a agitar el manuscrito— merece la pena. Te lo digo muy en serio.

—Es el tercero sobre deportes que me entregan en lo que llevamos de año.

—Normal. ¡El *sport* romance lo está petando! —Emocionada, me enganché un mechón de pelo detrás de la oreja y señalé una de las páginas donde la autora, con mucha gracia, había conseguido que el protagonista masculino le viera el tanga sin querer a la protagonista—. Hay química desde el principio, los diálogos son frescos, y las situaciones tienen su puntillo picante. Además, ¿sabías que los protagonistas masculinos racializados no se ven demasiado en la novela romántica? Esta autora lo ha tenido en cuenta, y eso también hay que tenerlo en cuenta.

—¿Hay algún tipo de fetiche que tengáis las lectoras con los futbolistas y los tenistas o los deportistas en general? —preguntó Martín, los brazos cruzados sobre el pecho. No dejó de sorprenderme el hecho de que realmente estaba interesado en saber mi opinión—. ¿De pronto os gusta Fernando Alonso?

—Fernando Alonso nos ha gustado desde siempre. Hay personas que te dirán que es feo, pero no es cierto. Tiene su puntito *hot* —solté de sopetón, acordándome de nuestro piloto favorito—. Y no es un fetiche nuevo. ¿Quién nos gustaba de adolescentes? Beckham, Fernando Torres... —Enumeraba yo con los dedos de la mano libre, estrujándome el cerebro para que no se me olvidase ningún tío bueno relacionado con el deporte de mi época de quinceañera—. Piqué ya no, porque jamás perdonaremos que le haya roto el corazón a Shakira. Menudo imbécil, el colega. Menos mal que Shak decidió vengarse de él haciéndole unas cuantas canciones. Porque si no puedes obtener una disculpa sincera de la persona que te hizo daño, por lo menos sacas beneficio de ello. Es de primero de los *millennials*: haz de tus miserias un show digno de ver.

Martín arqueó una de sus cejas. A mí me fascinaba que pusiera esa cara de «no sé qué hacer contigo, porque en el fondo me gusta lo que dices». Era como una validación absoluta a mis discursos de rubia adicta a la televisión y a las revistas de cotilleos.

—Eso no explica por qué queréis leer sobre futbolistas y tenistas. La adolescencia se quedó muy atrás y la mayoría del público de la editorial Merika sobrepasa los veinticinco años.

—Ni que solo nos gustara Beckham con quince años —bufé, un poquito indignada. ¿Qué tenía de malo seguir soñando con salir con un futbolista que nos comprara un collar de diamantes cada mes y nos dedicara todos sus goles? A mi parecer, era bastante injusto que solo Victoria

Beckham lo consiguiese—. Es cierto que hay jugadores mucho más guapos y llamativos, pero soy una chica de costumbres. El punto aquí es que se ha puesto de moda por varias razones, y una de ellas es culpa de Taylor Swift.

—¿La que le dedica un disco a cada chico con el que ha salido?

—Lo hemos hablado antes, ¿recuerdas? —Lo miré como si sufriera problemas de memoria y no retuviese lo que hablábamos—. Si no puedes obtener un perdón sincero, gana mucho dinero gracias a ello. Y las canciones que una escribe estando despechada suenan mucho mejor que cuando estás enamorada, la verdad. Por eso el *enemis to lovers* gusta tanto a las lectoras.

Martín no terminaba de aceptar del todo mis argumentos a favor del sport romance, y ya fuese porque me gustó lo que leí, porque no soportaba que a las fanáticas de la romántica nos mirasen por encima del hombro o porque Taylor Swift era la reina de los «¡jódete, pero voy a contar y cantar lo que me hiciste», decidí jugar la mejor baza de todas.

—A nosotras ya nos cansan los millonarios aburridos que utilizan a las mujeres para un ratito de placer y no suelen caer en el amor tan fácilmente. Queremos el hombre que suda en el campo o en la cancha y nos besa delante del público para presumirnos y nos alegra solo con su presencia. Sé que es difícil para ti comprenderlo, Cascarrabias, pero hay cierto puntito morboso en eso.

—¿En un hombre sudado?

—Pues mira por dónde, sí. No sé por qué, pero los tíos sudados sois más apetecibles. ¿Por qué será? —me pregunté. Martín seguía con sus ojos sobre mí, a la espera de que dijese algo coherente. Ya no se parecía demasiado al Lobo Feroz, sino a un hombre que estaba aprendiendo, no sin ciertas reticencias, lo básico sobre gustos femeninos—. ¿Nos atraéis cuanto más guarros estáis? Mira a Henry Cavill en *The Witcher*: nos puso cachondas a todas gracias a sus pintas desaliñadas y su armadura comida de mierda. Sabíamos que no había pisado una ducha en semanas y, aun así, nos lo habríamos tirado igualmente; sin culpas ni remordimientos. Pasa lo mismo con Ragnar, Daemon, Aragorn...

—Me estás diciendo que os gustan los tíos con melena, que no se duchen y luchen contra el mal, ¿no?

Asentí varias veces, convencida de que hablaba en nombre de todas las mujeres de la Tierra.

«Chicas, voy a defender a capa y espada a los hombres melenudos que no se duchan, lo juro». El pensamiento casi me hizo reír. Me contuve porque no quería que Martín se pensara que todo era una broma para mí.

—Dicho así, suena a que nos gustan *Los caballeros del Zodiaco* —me cachondeé. Como Martín me dedicó una mirada molesta, me rasqué la nariz con el dedo índice y proseguí con mi discurso—. Por eso le tienes que permitir a esta autora —leí el nombre en la portada—, Lexy Ruby, publique esta novela. ¿Un jugador de baloncesto y una pija adinerada? ¡Va a petarlo!

Enseguida solté el manuscrito y rebusqué sobre el escritorio hasta dar con un bolígrafo y un folio. Le di la vuelta y garabateé durante un par de minutos enteros sobre él. Una chica que sostenía la pelota, y un chico al otro lado, con una margarita en la mano a medio deshojar y una sonrisa torcida en la cara. Los dos se miraban de soslayo, como si hubiese un pique entre ellos y

estuvieran a la espera de que el otro saltase primero, y así replicarle. Con una tipografía superbásica, escribí el título de la obra en medio de los dos, unos corazoncitos y el nombre de la autora justo encima.

—¿Lo ves? —Le mostré mi obra con una sonrisa divertida—. Ahora se lleva un montón hacer portadas así, con dibujitos, y colores muy vivos. Me imagino la portada en color amarillo claro o un verde césped. Pero contratad una ilustradora de verdad, ¿eh? No uséis la IA, que eso solo roba a los pobres artistas y ellos no tienen la culpa.

Los dedos de Martín rozaron ligeramente mi mano en el instante que me quitó el taco de hojas donde había plasmado mi idea. Se quedó unos segundos observándola con más interés del que esperaba.

Una burbuja de nervios explotó dentro de mi estómago.

¿Me habría pasado con mi discursito y mi dibujo? Es que, cuando me venía arriba, me volvía imparable.

—¿Sabes dibujar?

—Ah, sí. Estudié el bachillerato de artes. —Encogí uno de mis hombros—. No me sirvió de nada porque todas las carreras que me interesaban no tenían mucha salida. Pero sigo dibujando en mi Tablet cada vez que tengo un rato libre —le expliqué a la par que me retorció un mechón de pelo rubio en el índice—. ¿Y bien? ¿Te gusta la idea que te propongo?

Pasó su mirada de mí al dibujo, y otra vez a mí. Durante una milésima de segundo me planteé la posibilidad de que se cabreara por estar más emocionada que él con aquella novela, pero es que de verdad creía en lo poco que leí antes de que me interrumpiera. Y no teníamos demasiadas novelas sobre jugadores de baloncesto en la sección de Romántica de las librerías. Demasiados futbolistas y jugadores de hockey. ¡Un jugador de baloncesto llamaría más la atención!

—Si no hubieras dibujado en la parte de atrás del contrato de una autora, me gustaría más.

«Joder», pensé, encogiéndome un poco sobre mí misma. «*Qué cagada*».

—¡Lo siento!

—Descuida. La idea no está mal.

Viniendo de él, me lo tomé como un cumplido.

—Gracias.

—¿Podrías ocuparte tú del boceto?

—¿En plan profesional?

—Sí.

—¿Por qué yo? —pregunté, confundida.

—Porque tú has tenido la idea, ¿no? —Martín enarcó una de sus cejas, y me tendió de vuelta el boceto—. Con solo leer un poco de la novela has conseguido captar enseguida de qué va la trama. Estoy... asombrado.

Poco acostumbrada como estaba a recibir halagos sinceros, y más de personas que parecían el mismísimo Lucifer en traje y corbata, no supe cómo reaccionar más allá de sonreír con cierta timidez. Hacía un montón que no dibujaba, pero me gustaba muchísimo. Y hacer un par de personajes no me llevaría demasiado tiempo.

—Tal vez, sí. Creo que sería capaz de hacer la portada.

—Hablaré con Covadonga, mi jefa, mañana. Te confirmaré si te contratamos para esta portada.

Un revoloteo se abrió paso a empujones dentro de mí. ¿Así se sentía la felicidad momentánea?, ¿sentirte válida frente a los demás? Mi vanidad y mi autoestima no estaban demasiado acostumbradas a eso, pero, por primera vez en meses, sonreí sincera frente a alguien que no fuese Dylan o Eva.

—Gracias.

Martín cruzó los brazos sobre el pecho.

Ni una sonrisa. Ni un poquito de felicidad. El tío era Cascarrabias de la cabeza a los pies.

—¿De qué querías hablar?

«Ah, mierda». Se me había olvidado por completo el motivo por el cual me crucé media ciudad para verlo.

Sopesé las posibilidades de que me dijese que ya no contaba conmigo para dibujar la portada después de «romper» con él, y me dio algo de pena perderme la experiencia. Me habría hecho un montón de ilusión ser responsable de algo tan chulo, tan bonito y tan único. Ver la expresión de la autora cuando le enseñaran el boceto de la portada. Que se imprimiese y se colocase en los escaparates de las librerías. Pero no era justo para ninguno de los dos seguir manteniéndonos sobre la cuerda floja, a la espera de que no soplase ningún viento demasiado fuerte y nos tirase. Y solo por eso, y porque hablar con Carmen siempre me producía cierto consuelo, me sinceré con él.

—No deseo seguir con esta farsa sobre nuestra relación. Si es que es insostenible. Dudo mucho que mi cuñada se crea que estamos saliendo, por favor. No pegamos ni con cola. Y tú eres... tú. Trabajas en una editorial superchula, y no necesitas que te estén metiendo en líos que no has buscado. Me caíste bien aquella tarde, y me hubiese encantado conocerte más a fondo, ¿sabes? Creo que, en el fondo, sí que sabes divertirme. De lo contrario, no te habrías metido en aquella casita de muñecas a evitar que hablasen de ti. Y eso me lleva al segundo punto: no te gusta ser el centro de atención. ¿Por qué mantener esta mentira, si van a seguir hablando de ti igualmente? ¿No es mejor decir la verdad? Al final se les olvidará a todos.

Me costó descifrar la expresión de Martín. Cuando entrecerraba ligeramente los ojos y apretaba un poco los labios, daba un poquito de miedo. Aunque ya no me causaba el mismo nerviosismo. De verdad quería solucionar de una buena vez todo ese asunto y olvidarme. ¿Qué importaba el precio, mientras tuviese la conciencia tranquila?

Eso me animaba a mantenerme firme en mis principios.

Sin embargo, él, que iba por libre, se acercó a la mesa y apoyó ambas manos sobre el escritorio. En sus ojos brilló cierto desafío.

Mi corazón latió tan rápido que parecía a punto de brincar fuera de mi pecho.

—Si no querías que la gente hablase de mí, ¿por qué te has presentado aquí? ¿No era más fácil escribirme y quedar en otro lado?

—Es que no tengo tu teléfono.

—Haber llamado a la editorial.

—Lo hice, pero una chica me insistió en que no reconocía el número desde el que llamaba ni el seudónimo que le ofrecí para que se pensara que era autora de tu catálogo.

A él le palpitó un músculo en la mandíbula.

—¿Qué nombre usaste?

La cara me ardió tanto que me costó respirar.

—Candy Love.

Entre todas las opciones que barajé sobre su reacción, ninguna se acercaba, ni de coña, a la carcajada que soltó Martín. Una risa masculina, fresca, ronca. Cargada de energía.

Y qué bonita sonaba.

—Candy Love es una actriz porno amateur, Barbie Piruletas.

Si antes estaba roja, a esas alturas mi cara debía ser una brasa ardiendo. La superficie de Marte, como mínimo.

—¿Qué dices? —balbuceé.

—Es lógico que quien te haya atendido pensara que le tomabas el pelo.

—¿Y yo qué sabía? ¡No consumo porno! —traté de defenderme.

Martín sonrió igual que lo hacían los dibujos animados. Y me pareció tan perverso.

Sensualmente perverso.

—El caso es que no pretendo romper todavía contigo.

—¿Por tu estúpida venganza? —solté, no sin cierta molestia.

—En parte, sí —reconoció sin vergüenza. Estaba claro que a él le importaba una mierda eso de ofrecer una imagen de buena persona—. También porque no tengo mi mejor época dentro de la editorial, y este escándalo terminaría por echar por tierra mi reputación.

—¿Y qué más les da? Si fuera tu novia de verdad, ¿aportarí algo de valor a tu trabajo?

—Si no te conocieran, no. Pero te conocen. Porque tu cuñada trabaja aquí y lo ha ido contando por toda la editorial.

Maldita cotilla de las narices. ¿Es que nunca había visto Gossip Girl? ¡Había cierto código del honor en ir contando chismes por ahí!

—Arantxa es así: le encanta meter el hocico en todos lados —gruñí.

—Por eso mismo no voy a darle el gusto a ninguno de seguir hundiendo mi reputación.

—¿Y qué has hecho para estar en esta condición? Porque si necesitas una novia falsa, es que le debes una buena al karma.

—Es una larga historia. Una que no te importa.

—Si me vas a obligar a ser tu novia de pega, claro que me incumbe. Mucho, además. Que yo solo quería evitar escuchar a mi cuñada, no que me des azotes y me mires como si fuera lo peor que te ha ocurrido en la vida.

A veces, cuando me ponía algo nerviosa, hablaba sin pensar. Por eso me metía en muchos más líos de los necesarios. Pero Martín me había pillado el punto rápido y seguía estático, muy cerca de mí, con los primeros botones de la camisa desabrochados y el pelo castaño cayéndole sobre la frente. Guapo era un rato. Y no era nada justo.

—¿Consideras unos azotes un castigo? Ahora entiendo que no veas porno.

Tosí al sentir que se me deslizaba la saliva por el lado que no era.

Con los ojos llorosos, le lancé una mirada furiosa.

—Eh, que no hablábamos de eso. Quieres mi ayuda, ¿recuerdas?

—No la quiero, la exijo. Tú misma empezaste esto, y tú misma lo vas a mantener. Hay cierta campaña de desprestigio hacia mi persona en redes sociales. Si encima se enteran de que te has reído de mí, me van a acribillar aún más. Y no voy a consentir que mi imagen se desdibuje de esa manera. Mi trabajo es lo más importante.

—¿Y por qué iban a enterarse?

—Por la misma razón por la que ya hablan de ti en redes sociales: los rumores corren como la pólvora, Barbie Piruletas.

—La gente, ¿habla de mí?

—No saben tu nombre, aunque no tardarán en averiguarlo. Es increíble cómo la gente consigue más información que el FBI en cuestión de horas. Basta con buscar a una persona y le sacan todo el historial del pozo de Internet; incluso las fotos que subía a Tuenti con veinte años.

»Y siendo una figura pública que nunca se ha escondido, —se pasó una mano por el pelo, alborotándolo—, te podrás hacer una idea cercana a lo que están diciendo sobre nosotros.

—¿Que somos una pareja supermona y están felices por ti? —pregunté, a sabiendas de que no era el caso.

Él se inclinó un poco hacia mí, su aliento haciéndome cosquillas en el rostro cada vez que exhalaba.

—No, rubita. Solo lamentan que tengas que aguantarme.

Intenté contenerme, mas fue imposible. Me reí tan cerca de su cara que él retrocedió, molesto.

—Perdona, perdona. Es que es buenísimo —me cachondeé—. Eres Cascarrabias de verdad. ¿Quién te odia tanto? ¿Una ex resentida? ¿Una compañera de trabajo que quería acostarse contigo? ¿Tus propias autoras? —Al ver que le palpitaba un párpado, supe que había dado en el blanco—. Vaya, he tocado hueso.

—Deja de delirar, por favor. Nada de esto es una broma para mí.

—¿Y cómo esperas que me tome esto, Cascarrabias? ¿Alegrándome y bailando sevillana como el emoticono de la bailaora del WhatsApp? He intentado arreglar esto de todas las maneras que se me ocurren, y hasta te he pedido perdón, pero eres tú quien se aferra a algo que al principio le molestaba muchísimo.

—¡Porque no voy a hacer el ridículo en mi ámbito privado ni laboral! —estalló, y no parecía enfadado, sino ofuscado—. Maldita sea, estoy intentando explicártelo.

Me levanté de su sillón y di la vuelta alrededor del escritorio. La tensión que notaba en el ambiente me provocaba cierto picor. Odiaba con todo mi ser las discusiones, por eso las evitaba a toda costa.

—Pues pídemelo en condiciones, no con amenazas. Tal vez sea una *bocachancla*, una inconsciente y rubia natural —bromeé con desgana sobre lo último, por eso de que afirmaban que las rubias éramos tontas—, pero tengo sentimientos, ¿sabes? Y no soy la muñeca de plástico a la que siempre te refieres. Si me hubieras explicado esto desde el principio, tal vez no me

importaría echarle un cable. No tengo nada que perder. Pero estás siendo un imbécil. No me extraña que tus autoras te pongan a parir en sus redes sociales.

Cogí mi bolso y me alejé rápidamente de él.

Martín rodeó mi muñeca con sus dedos tibios. Agaché la mirada y observé con detenimiento cómo su mano abarcaba la mía con tanta firmeza que no sería capaz de escaparme ni aunque mi vida dependiese de ello.

—Me lo debes.

—No, Martín. No te debo nada. Ya me disculpé y estaba dispuesta a solucionar esto. Esa era mi verdadera deuda contigo —aclaré con firmeza. Seguro que Carmen se alegraría por mí, porque al fin plantase cara a las personas sin huir previamente—. ¿Quieres que sea tu novia un tiempo? Pídemelo en condiciones.

—Podría ser un título de novela: *Pídemelo bien*.

Sonreí con cierto reparo.

—¿Y bien?

Martín exhaló un profundo suspiro.

—Finge ser mi novia un poco más, por favor. —Las últimas dos palabras le costaron más que todo lo demás—. No puedo arriesgarme a que la editorial sufra las consecuencias de la tensión existente entre mi cartera de autoras y yo. Necesito solucionarlo y no darles más motivo para que hablen mal de mí. Al final, la que sale perjudicada es la empresa. Porque si ellas se encabronan, no firmarán por más novelas, o buscarán rescindir el contrato a como dé lugar. ¿Te haces una idea de la cantidad de dinero que va a perderse por el camino?

Sentí cierta empatía hacia él. Tenía que ser jodido depender tanto de caerle bien o no a las autoras con las que trabajabas. Aunque, pensándolo fríamente, seguro que era culpa de Martín. No daría su brazo a torcer y eso las molestaría. Pero, aun así, no era mi problema. Solo podía pensar en él, en su petición, y en cómo le afectaría que todas ellas se enterasen de que una rubia cualquiera se cachondeaba del Editor Cabrón. Sin represalias ni castigos. Seguramente, su imagen saldría aún más perjudicada. Y todo lo demás caería a su alrededor como en un efecto dominó.

Solté mi mano y me giré hacia él. Solo vi a un hombre dispuesto a aceptar cualquier respuesta.

—Vale. Seré tu novia. Pero sigo manteniendo lo que dije: nada de humillaciones. Y nada de sacarme en redes sociales. Sería un escándalo que tus queridas autoras de romántica supieran que sales con una vendedora de juguetes sexuales.

—Hay que hacer una pequeña anotación en tus peticiones: sí que van a saber que eres mi novia. Pero todo a su debido tiempo. Por el momento, vamos a centrarnos en lo básico: ¿quieres cenar conmigo esta noche?

Capítulo 9

Editor Felatio al aparato, ¿dígame?

DÁNAE

No sé en qué momento me presté a ir a cenar con Martín, pero de pronto me encontraba en su coche, en el asiento del copiloto, esperando a que el guardia de seguridad despejase la calle paralela a la nuestra para poder abandonar el recinto.

—Otro accidente en la obra de al lado —me explicó Martín, intranquilo—. Ya van siete en este mes.

—¿Y por qué no la paran?

—No pueden. El ayuntamiento quiere que reparen de una buena vez el edificio de al lado y convertirlo en oficinas.

—Vamos, que van a ganar una pasta alquilándola y por eso les renta tenernos aquí parados el tiempo que sea necesario —murmuré, con la cabeza medio asomada por la ventanilla, de la misma manera en que lo haría un perro.

Los coches seguían en el mismo sitio que cinco minutos antes. Ya tenía que ser gorda la avería para que no nos colocaran otro desvío. Y por si eso no fuese suficiente, el calor pegaba fuerte a esas alturas de la tarde. Con los últimos rayos de sol dando sobre nosotros, me quedé muy quieta, escuchando la radio de fondo y el tamborileo nervioso que hacía Martín con los dedos sobre el volante.

—¿A qué hora has quedado para cenar con tu amigo? —pregunté pasados unos minutos.

—A las nueve.

—Todavía queda un rato.

Martín no era de los hombres más pacientes del mundo, se le notaba en la postura tensa, en los nudillos blancos por la fuerza con la que sujetaba el volante y en su cara de hastío. Para ser editor en una editorial bastante conocida, le faltaban unas cuantas virtudes, la verdad. Empatía, paciencia, asertividad... Cuanto más lo conocía, más me costaba entender por qué Merika lo contrató a él y no a otro.

—¿Por qué no me hablas un poco de ti? —le pedí entonces.

—¿A qué te refieres?

—Si vamos a ser pareja, estaría genial que me contaras algo de ti, ¿no? Mi cuñada no va a tardar en acribillarme a preguntas, y si me cruzo con algún compañero tuyo. —Encogí uno de mis hombros—. Solo me curo en salud.

Martín hizo una mueca con el labio inferior.

Aunque solía fijarme poco en él con la intención de ahorrarme unos cuantos quebraderos de cabeza, no estaba de más admitir que era atractivo. El pelo castaño y algo alborotado, los ojos grandes y expresivos, de color oscuro, y sus labios rosados y gruesos. La barba de tres días le daba el toque final. Cuando un hombre se dejaba un poco de vello en el mentón, ganaba puntos en la barra del atractivo y la sensualidad.

Y quien dijese lo contrario es que no sabía nada sobre el buen gusto.

—¿Qué quieres saber?

—Cualquier cosa. ¿Cómo te presentarías a una tía que te mola?

—Diciéndole mi nombre y mi profesión, y eso ya lo conoces.

—¿Y lo demás? —lo apremié—. Eres algo más que Cascarrabias.

—¿Cascarrabias? —por fin se dignó a mirarme, después de un rato ignorándome.

—Te das un aire a Gruñón, uno de los siete enanitos de Blancanieves —me pitorreé.

Un músculo le palpitó en el ojo derecho. Tal y como pensaba, la paciencia no era su fuerte. Pero eso no me hizo recular.

—Supongo que es justo, dado que yo te llamo Barbie.

—Exacto. Veo que avanzamos, «cariño».

Ladeó la cabeza, de manera que logró observarme de verdad, y noté un estremecimiento que erizó todo el vello de mis brazos. Ese hombre tenía la mirada más sexy del mundo entero.

—Estudié en Valencia, e hice los másteres en Barcelona. Me he criado con mi abuela paterna. No, no sé dónde están mis padres; hace años que no los veo. Entré a trabajar en Merika hace cinco años, más o menos, y me encargo del sello de romántica. Entre mis gustos más básicos se encuentra el tofu, la cerveza y ver documentales sobre astronomía. Pero soy bastante básico, y me conformo con ir a un restaurante cualquiera para meterme una hamburguesa entre pecho y espalda. En cuanto a música, escucho casi de todo, pero no me apasiona especialmente el flamenco o el reguetón. De artistas nacionales, me quedo con Melendi, Aitana y Lola Índigo. Es más, hace un año me hice una foto y conseguí un autógrafo de esta última, y me pareció una chica magnífica. No tolero los secretos, la horchata y el maldito verano de los cojones.

»¿Algo más?

Estuve tentada a reírme, pero no quería que se lo tomase como una burla.

Simplemente, me pareció un poco tierno de su parte que recitara todo del tirón, con un tono de voz neutral, como quien hablaba de la lista de la compra o leía algún cartel absurdo. No me costó demasiado imaginar que no acudía a demasiadas citas en los últimos tiempos, y que por eso le cohibía, en cierto modo, hablar de sí mismo frente a una mujer. Hablar en general, más allá de su trabajo. Como si estuviera obligado a mantener guardado bajo llave cualquier tipo de información relevante sobre su persona antes de que sus autoras furiosas lo averiguaran y lo fueran contando por redes sociales.

—¿Hace mucho que no tienes pareja?

Su expresión mudó de nuevo, a una más seria.

—Unos meses.

—¿Por qué rompisteis?

—¿Importa?

—Las parejas de verdad se cuentan esas cosas, y no estoy segura de si Arantxa lo sabe y tal. ¿Y si me intenta hacer el lío y afirmo cosas que no son ciertas? —le dejé caer.

Solo fue una vil mentira que lancé al aire, porque no quería que pensara que mi interés era tan real como la luz del sol que me quemaba el cogote desde hacía un buen rato. Toda información que obtuviera de Martín me ayudaría no solo a cubrirme las espaldas, sino a entender mejor qué se escondía debajo de esa fachada de Editor Cabrón y Cascarrabias que a todo el mundo ponía de mala ostia.

«Excepto a mí», pensé. A mí, por alguna extraña razón, me caía bien. Y me parecía fascinante. ¿Estaría loca de atar?

—Sandra, mi ex, decidió romper conmigo por motivos un poco «delicados». Nos habíamos mudado a una casa increíble, casi la de nuestros sueños, y le prometimos al casero que, cuando estuviéramos preparados, la compraríamos para así formar una familia de verdad. Esos eran nuestros planes a largo plazo. Y de un día para otro, casi, Sandra decidió que era mejor romper y no vernos nunca más.

—¿Por qué haría algo así? ¿Acaso heriste sus sentimientos?

Martín bufó, y yo me sentí un pelín culpable por pensar siempre lo peor de él.

—Sandra no puede tener hijos y dedujo que, como era algo que pensábamos hacer algún día, al igual que casarnos, la dejaría por ello. O la culparía. No sé, es que tampoco lo entiendo muy bien.

Capté el tono pálido de sus nudillos a medida que relataba el motivo de su ruptura, como si le costara demasiado hablar de ello sin enfadarse o frustrarse en el proceso. Y mi empatía se activó por inercia. Tuve que contenerme con tal de no acariciar su brazo o decirle lo mucho que lo lamentaba.

—Es un tema jodido de superar, ¿sabes? —dije en su lugar, un tanto dubitativa—. Lo de enterarte de que no podrás ser madre de manera natural —aclaré enseguida—. Algunas mujeres se vienen abajo ante la cruel idea de no sentir jamás cómo la vida crece en su interior. A lo mejor, Sandra no logró conciliarse con esa nueva realidad, y lo pagó contigo.

—¿Hiriéndome?

Los ojos de Martín brillaron. Me pregunté si no querría echarse a llorar allí mismo, roto por el dolor de sus recuerdos.

—Colocando un muro que la protegiese antes de que tú la abandonaras por su incapacidad de tener hijos —dije en voz baja, sin ánimo de hacerle daño con mi opinión.

—Jamás la hubiera dejado. La amaba —respondió con cierto cansancio—. La amaba de verdad.

Dentro de mi estómago se deslizó un sentimiento frío que me retorció las entrañas. No sabía qué nombre darle, o más bien, cómo ignorar su nombre real. Tal vez sentir envidia de una mujer como Sandra no fuese lo más inteligente por mi parte, como diría Carmen. Que existieran personas en el mundo a las que amaban de verdad y no luchaban por esas emociones no dejaba de ser algo natural, algo casi rutinario. ¿Cuántas mujeres se refugiaban en su dolor y no en la

pareja que tenían en ese momento? ¿Cuántos hombres se largaban antes de solucionar lo que iba mal con sus novias? Amar y ser amado no era sinónimo de nada; ni siquiera de lealtad. Resultaba mucho más fácil triturar los recuerdos, meterlos en una bolsa de basura y tirarlos como quien se deshacía del envoltorio de un chicle que enfrentarse a ellos con el pecho al descubierto.

La fragilidad que un individuo alcanzaba en un momento crítico de su vida los condicionaba, quisiera o no, y tanto Sandra como Martín no fueron lo suficientemente fuertes como para superarlo.

Y eso me empujó a sentir cierta lástima por Martín. Era muy probable que sí se imaginase en ese futuro idílico con Sandra y le jodiera ver cómo ella se largaba sin dedicarle una sola mirada.

Las rupturas amorosas —o de cualquier índole— siempre eran difíciles de gestionar; sobre todo, cuando no te las esperabas. Cuando te explotaban en la cara de un momento a otro, y no te daban margen a reaccionar, a hablar, a expresar tus emociones. Te quedabas con todo ese vacío y con todo ese pesar dentro, igual que una roca, y lo arrastrabas para toda la vida.

—¿Se lo dijiste? —murmuré, como si me asustara romper la atmósfera de tensión que flota a nuestro alrededor.

El sonido de un claxon nos hizo pegar un brinco casi a la par.

Martín aprovechó ese instante para tocar él también el suyo y hacerle gestos al guarda del parking. Él le respondió que todavía no podíamos salir.

—Joder, vamos a asarnos como pollos aquí dentro —me quejé, la cabeza apoyada en el respaldo del asiento.

Él no sacó de nuevo el tema y yo lo dejé estar.

Martín seguía aferrado a su propia piedra y yo no se la quitaría de encima si él no me pedía ayuda.

—Puedes coger el metro, si quieres.

—Si ya he dejado mi coche aparcado aquí, y mañana me tocará venir a recogerlo. Además, me apetece esa hamburguesa que me has prometido. Para una vez que me invitan a cenar. Últimamente casi no salía.

No se lo creyó, y no fue para menos. A mí, la hamburguesa, me importaba un comino. Lo que de verdad me interesa era saber más de Martín y su mundo interior. Su relación con Sandra. O por qué eligió Valencia en lugar de Barcelona a la hora de estudiar. También me quemaba por dentro la curiosidad de descubrir qué le empujó a ser un tirano con las escritoras con las que trabajaba, y por qué su jefa seguía permitiéndole seguir al frente del sello, como si nada.

Era así de simple, y Dylan me echaría la bronca nada más enterarse de que me estaba volcando de más en mi novio falso. Mi mejor amigo era de los que opinaban que perdía las bragas demasiado pronto con los tíos, aunque no era verdad. Al menos, no tan rápido como él lo hacía ver. Con Martín no me ocurría nada de eso. Vale, sí que era guapo, y atractivo, y sexy, pero no lo veía como un ligue al que llevarme a la cama.

Entre nosotros jamás pasaría nada. Ni él ni yo cruzaríamos la línea que dibujamos a nuestro alrededor y que delimitaba la relación falsa que le mostrábamos al resto. Por primera vez en mi vida, tenía muy claro que conocer a un tío no era sinónimo de ligártelo.

—Claro. La hamburguesa.

Sonreí al mismo tiempo que me apartaba el pelo con un movimiento que pretendía ser coqueto, y suspiré. El sol seguía quemando. Las dudas seguían haciendo fila en mi cabeza. Y mi lengua se pegaba a mi paladar como si estuviera masticando algodón y ya no me quedasen reservas de saliva.

—Ojalá salgamos pronto de aquí —dejé caer la queja más para mí que para él. Necesitaba algo fresco que llevarme a la boca—. ¿Te importa si pongo música?

Como él se encogió de hombros a modo de respuesta, me animé a coger el móvil y desbloquearlo. En Spotify guardaba *playlist* para todos los momentos, y había una en especial que me motivaba muchísimo siempre que la ponía en la radio de mi coche.

Casi todas las canciones eran de Christina Aguilera. De pequeña, la amaba. Y de mayor, también. Respetaba a quien prefiriese a Britney Spears, pero es que la Aguilera me robó el corazón de Barbie, y desde entonces no me lo había regresado.

Nada más conectar mi móvil a la radio del coche de Martín, la primera canción sonó en el interior con un ritmo que me enloquecía. Cuatro segundos exactos es lo que tardé en ponerme a tararear y cantar bajito, mi mirada fija en el atasco que continuaba al otro lado del aparcamiento exterior de la editorial. Eché de menos tomar algo fresquito como un zumo o una Coca-Cola, pero allí no había nada; ni un mísero paquete de chicles que me refrescara la boca ni una máquina expendedora en el *parking*.

—No sé por qué no me sorprende que te guste Christina Aguilera.

El tono burlón con el que lo dijo me hizo fruncir el ceño.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada. Te pega. Es muy tú.

—¿Muy yo? —intenté no ofenderme, pero con él siempre me costaba un poco. Todo lo hacía sonar como un ataque—. ¿Lo dices por lo de Barbie?

Cabeceó en señal de asentimiento.

—¿Algún día dejarás de llamarme así?

Lo pregunté al mismo tiempo que la voz de Christina Aguilera se filtraba entre nosotros y tarareaba un «porque lo que quiero hacer es algo casual, al fin. Y si lo que quiero es un pecado, ven y quémate junto a mí. Baja. Baja por mi cintura...» que me trastocó ligeramente. Por una fracción de segundo, mi mente se quedó en blanco y mis ojos viajaron directamente a su boca. Su perfecta y llena boca.

¿Cómo besaría el Editor Cabrón? ¿Dulce y lento?, ¿o más bien fiero y exigente? Seguro que era de los segundos. Le pegaba. Era demasiado vanidoso como para permitir que la otra persona se quedase a medias.

Martín carraspeó y a mí, del susto, se me cayó el móvil al suelo.

—Mierda —grazné, y busqué rápido con la mirada mi funda de color rosa chicle. Se encontraba entre sus pies—. Dame un segundo, que ya la recojo.

—¿Qué? No, espera, Dánae.

Fue la primera vez que pronunció mi nombre en voz alta sin sonar irónico o chulesco, y eso me

puso aún más nerviosa. Me incliné hacia él y colé el brazo entre sus rodillas, dispuesta a agarrar mi móvil. Pero cuando intenté cogerlo, mi pelo se enganchó en el volante y me dio un tirón. Solté un quejido. Martín maldijo de nuevo. De pronto, la música de Aguilera sonó obscena en la posición en la que nos encontrábamos: Martín echándose todo lo que podía hacia atrás y yo agazapada entre sus piernas. A escasos centímetros de su paquete.

Cualquiera que nos viera desde fuera pensaría que le estaba comiendo la barra de chóped sin pudor alguno en el parking de la editorial, a plena luz del día.

«Lo físico tienes que darme. Que el fuego no se apague» seguía la canción. Me ardían las mejillas. Rodeé el móvil con los dedos y tiré de él, pero, un segundo más tarde, escuché la voz masculina de un hombre que no conocía de fondo, encima de la música, y el corazón casi se me salió por la boca.

«No, no, no. Ni de broma. Ni de puta broma», gritaba dentro de mi cabeza. «Que no se piense que le estoy haciendo una felación al Editor Cabrón aquí mismo, o me muero».

—¿Martín? ¿Qué...?

—Te aseguro que no es lo que parece —se apresuró a aclarar él, con la voz enronquecida.

—No, si yo no juzgo a nadie. Peores cosas se han visto en las cámaras de seguridad de este edificio —aseguró el hombre, y su voz sonaba a pitorreo. Se le daba fatal disimularlo—. Pero a plena luz del día.

—Que no estamos haciendo nada.

—Muy guapa tu novia, pero dile que deje de hacer lo que... Bueno, que el atasco ya ha finalizado. Podéis salir. Seguro que en casa acabáis la faena, y encima, mucho más fresquitos.

No levanté la cabeza hasta que estuve completamente segura de que el guarda de seguridad se había retirado, concediéndonos cierta intimidad. Nada más sentarme de nuevo en el asiento del copiloto, toda despeinada y más roja que la grana, capté enseguida la incomodidad de Martín. Y no era para menos. Menuda cagada.

—Oye, ¿quieres que salga a explicarle la verdad? A ver si se va a dedicar a contárselo a todo el mundo y te van a poner nuevos apodos. Como Editor Felatio o Editor Francés.

Martín pestañeó varias veces seguidas y, a juzgar por cómo contraía la cara, parecía contener una risa con mucho esfuerzo.

—¿Por qué? Digas lo que digas, se creará lo que le venga en gana.

Su perfil me permitió comprobar que estaba bastante más enfadado de lo que dejaba entrever. Estuve a un segundo de disculparme, pero enseguida caí en la cuenta de que no había hecho nada malo. Toda esa escena bizarra fue fruto de las circunstancias. Y, como decía Carmen cada vez que me pasaba por su consulta: «El perdón se ofrece cuando herimos a los demás, no antes».

—Vale.

Martín se puso en marcha. El motor rugió bajo nosotros. Christina Aguilera siguió sonando en la radio, solo que en esta ocasión era una balada, y, como si la música lenta fuera a juego con el ambiente, me encogí ligeramente en mi asiento y cerré la boca.

Otra vez la maldita sensación de ser una persona gigante que solo ocupaba espacio e incomodaba a los demás me atosigaba desde dentro. El calor subió dos grados a mi alrededor. No

por el sol que me cegaba momentáneamente, nada más salir del aparcamiento; se trataba de la vergüenza. ¿Por qué? No lo sabía. Era algo que me ocurría desde siempre, desde que no era más que una niña tímida que jamás se defendía de los demás.

Cuando sentía que el resto no me quería cerca, mi imagen se distorsionaba, exactamente igual que si estuviera reflejándome en el espejo de una feria; esos en los que te veías más alto y más bajo y más gordo y más pixelado. En mi caso, me veía inmensa y absurda.

Martín toqueteó la radio y pasó a la siguiente canción de mi *playlist*. Envuelta por la voz de Aguilera, cerré los ojos y permití que el ronroneo del coche me arrullara. Si no pensaba demasiado, si no permitía que mi mente ganase la batalla, tal vez lograra calmar el temblor de mis manos.

Pero si no era así, ¿cómo iba a enfrentarme a Cascarrabias sin venirme abajo?

Capítulo 10

Las rubias no se lo montan bien

MARTÍN

Uno era capaz de llegar a la conclusión de que echarse una novia ficticia era la peor idea de todas sin necesidad de que se lo estuvieran repitiendo a cada rato. Más que nada, porque Barbie Cantante se pasó todo el trayecto ignorándome, como si la hubiese ofendido y no supiera solucionar sus problemas comunicándose conmigo. Y no solo eso, también me obligó a escuchar música pop que bailaba entre el inglés y el español, con frases que me desconcertaban de lo que tenía frente a mis narices: es decir, la puñetera carretera.

Menos mal que Paulino siempre era puntual y ya estaba esperándonos en el restaurante. Él, mejor que nadie de mi entorno, conocía a la perfección la situación. Se lo conté nada más abandoné la fiesta de Arantxa. El muy cretino se pasó dos días riéndose e insistiendo en que hablase con Barbie Cowboy, solucionara las cosas y pasara página. Discursito que cambió drásticamente en el preciso momento en el que le dejé caer, no sin ciertas reticencias, que alargaría un poco más aquella farsa con tal de no perjudicar aún más mi imagen.

Paulino, bastante más sereno que yo, y más empático, se limitó a chasquear la lengua antes de recordarme lo peligroso que era jugar con fuego. Pero yo no pensaba quemarme. Mis metas estaban tan claras en mi cabeza como un día despejado y, mientras cenábamos en la hamburguesería que más nos gustaba, lo seguí manteniendo.

—¿Es cierto que trabajas vendiendo juguetes sexuales? —Anna abrió tanto los ojos que de pronto se pareció muchísimo a una lechuza—. ¡Estás de coña!

Junto a mí, Dánae encogió uno de sus hombros, sin darle verdadera importancia. Y es que tampoco la tenía. Incluso a mí, que me sorprendió mucho al principio, ya no me causaba ninguna reacción. Lo veía como lo que era: algo natural.

—Es como un trabajo cualquiera.

—Pero tienes que enseñarle a la gente cómo se usan, ¿no? —insistió Anna, bastante interesada.

Y yo también, para qué mentir. Nunca había conocido a alguien que trabajase vendiendo consoladores y masturbadores a otras personas. Que lo viese como algo natural no quitaba que en mi mente se acumularan unas cuantas preguntas que, por respeto, no le hacía. Pero ya se encargó Anna de darles voz.

—Cada mes nos imparten un curso en la empresa y nos muestran los nuevos juguetes. Es bastante sencillo. Una vez le coges el truco, es solo repetir una y otra vez lo mismo. —Hizo un

aspaviento con la mano, restándole importancia—. Cuenta más explicarlo con gracia, que el diseño en sí.

—¿Y no te has cruzado con ningún personaje? Pensaba que a las personas les daba cierto pudor comprar algo sexual en público. Vamos, normalmente los pedidos se hacen *online*.

—Si están acompañados de parejas o amistades, no les dan tanta importancia. —Dánae se llevó la copa a los labios y dio un pequeño sorbo—. Gracias a internet o a la mentalidad actual, la mayoría ya no se sienten expuestos al afirmar que utilizan juguetes con la idea de innovar en la cama; sea en compañía o a solas. El placer es mucho más que ponerte un vídeo caliente de fondo, o imaginar un escenario, y darle al tema. —Pausa—. Existen tantos juguetes como juegos de mesa, lubricantes. La idea es pasárselo bien.

Tanto Sandra como yo éramos bastante convencionales en la cama. Por supuesto que incluimos azotes, vendas o palabras sucias, pero nada más allá de eso. Nos gustaba lo que hacíamos y ella jamás me dejó caer que necesitara algo diferente. Y mirando a Dánae, su naricita respingona y su pelo rubio, y ese conjunto rosa de corazones rojos, no paraba de plantearme la posibilidad de que se me hubieran escapado muchísimas cosas relacionadas con el sexo. Se la veía muy segura de lo que decía, de lo que vendía. Básicamente, exponía su realidad sin pelos en la lengua, y eso me empujó a una posición delicada como adulto funcional que buscaba lo mejor dentro —y fuera— de la cama.

Cuando mis autoras me pasaban capítulos subidos de tono, me encontraba con muchísimos juguetes y lenguaje soez. No rayaba la pornografía, ni mucho menos; era erotismo, fantasías que a muchas personas —hombres y mujeres— les agradaría hacer realidad. Y, torpe de mí, las menosprecié muchísimo tiempo.

¿Y si realmente me faltaba ser más abierto de mente? ¿Utilizaría Barbie Piruletas lo que vendía?

Como si me hubiera leído el pensamiento, Anna, frente a nosotros, sonrió maliciosa y preguntó:

—¿Alguna vez has puesto en práctica alguno de tus artículos?

—Claro. —Volvió a encoger uno de sus hombros. La calma que rezumaba no iba con ella. Y yo, que la conocía, deduje enseguida que se le daba bastante bien esconder lo que realmente sentía frente a los desconocidos—. Aunque no muchos. Solo los que me llaman la atención.

—Te escribiré esta semana, si te parece bien, y así organizamos una quedada en mi casa. A mis amigas les encanta hacer pedidos a un sexshop conocidísimo por internet, pero creo que, si lo ven en persona, van a comprarlo casi todo.

Dánae agitó la copa y asintió.

—Te daré mi teléfono luego.

Paulino y yo intercambiamos una rápida mirada. El italiano estaba bastante tranquilo con la cena. Finalmente, se había salido con la suya. A juzgar por cómo Anna acaparaba a Dánae, ese fue su plan principal: que se entretuviera un rato. ¿Por qué? A la mañana siguiente, cuando habláramos en el gimnasio, me enteraría de todo.

El camarero nos interrumpió con la carta de los postres entre las manos. Dánae se la quitó y le

echó un vistazo a todo lo que tenían disponible.

—¡Tarta de queso! Me encanta. —Por fin se le iluminó la mirada, y a mí me pareció mucho más guapa así.

—¿Pedimos una para compartir? —pregunté, apoyándome con todo el descaro sobre su hombro.

Su primera reacción fue encogerse en el asiento. Giró la cara hacia mí y me hizo una mueca.

—Pídete una para ti, Cascarrabias.

—¿Cascarrabias? —Anna repitió la pregunta antes de echarse a reír—. ¡Le pega!

—¿Verdad? —Dánae guiñó un ojo—. Si quieres compartir la tarta, pedimos una tarta de queso y un brownie de chocolate.

—¿Y no será demasiado?

—¿Qué más da? Invitas tú —dijo con todo el morro.

Por más que luchase contra mis propios recuerdos y emociones, no dejaba de compararla con Sandra. Cuando salíamos a cenar, ella no solía pedir postre. Se llenaba enseguida, o eso afirmaba. Me quedaba yo solo disfrutando de un trozo de pastel o un helado mientras ella se dedicaba a leer sus redes sociales. Y eso, de algún modo retorcido, me hacía sentir un poco desubicado. Solo.

Que Dánae propusiera el típico plan de amigos y parejas en los que cada uno se pedía una cosa, y compartían la mitad, me hizo un poco de gracia.

Asentí con la cabeza, conforme. ¿Qué le iba a decir, si en el fondo era un goloso y me tranquilizaba que no estuviera tiesa como una vara a causa de la incomodidad?

Mientras el camarero retiraba los platos, vasos y cubiertos vacíos, Dánae se animó a hablar con Paulino sobre su restaurante.

—¡Ese lo conozco! El Moretti's está por todos lados. Cuando estuve en Portugal el año pasado, comí allí. Una pasta riquísima. Lo único que no terminé de entender fue que vendieran trampantojos de postres. Es que me pareció un poco raro pedir un helado de mango con nueces y que me presentaran un patito con el pico de chocolate.

Paulino se rio con ganas.

—Te aseguro que la mayoría de los clientes reaccionan igual que tú la primera vez. Es culpa del marido de mi prima. Es chef de alta cocina y experto en trampantojos, y hace unos años decidió innovar en las cocinas del Moretti's de Nueva York. A mi abuelo le pareció curioso y decidió añadirlo a la carta de todos los restaurantes.

—A ver, tenía su gracia, no digo que no. Pero yo solo quería mi helado de mango con nueces.

—Si vienes a la inauguración del restaurante, prometo que te serviremos un postre normal —le prometió mi amigo.

Enarqué una ceja al mismo tiempo que le lancé una mirada interrogante. Por toda respuesta, Paulino se rio entre dientes.

«¿Qué pretende?, ¿meterla hasta en la sopa? ¿Jugar a que es mi novia de verdad? ¿Torturarme?», no paraba de preguntarme, angustiado.

El camarero volvió a interrumpirnos, dejó los platitos frente a nosotros y se largó. Dánae se

mordió el labio inferior con fuerza antes de partir un pedazo de pastel y llevárselo a la boca. Su imagen fue similar a la de una niña pequeña a la que permitían comer helado por la noche y sabía que aprovechar el momento no era un derecho, sino una obligación.

Y yo, por más que lo intenté, no conseguí apartar la mirada de ella. De su perfil. De su mentón. De su pelo rubio. De la punta de su lengua que repasaba con lentitud sus labios con el único propósito de relamerse.

¿Qué me pasaba, maldita sea? ¿Es que no había visto mujeres como Barbie Piruletas en mi vida? ¿O era por el cansancio que arrastraba desde hacía semanas, que me impedían actuar con normalidad?

—Toma. —Fue Dánae quien interrumpió mis pensamientos al ofrecerme un poco de la tarta—. Está buena.

«Ese es el problema», dijo una vocecita dentro de mi cabeza. «Que estás muy buena».

Maldije de nuevo.

—Abre la boca, Cascarrabias. Te prometo que no he escupido sutilmente en el postre.

—Dudo mucho que eso le molestara —dijo Paulino, conteniéndose a duras penas. Estaba a puntito de echarse a reír.

Había dejado pasar tantas pullitas esa noche que no me reprimí más y le propiné un puntapié por debajo de la mesa. Paulino se rio finalmente. Anna, a su lado, resopló y nos miró como si quisiera decir «Hombres, ¡sois peores que los niños!».

Me turbaba un poquito que Dánae pretendiera darme de comer delante de todos. No éramos novios de verdad, ni un par de tortolitos insoportables; de esos que viven en el país del azúcar. Sin embargo, acepté su ofrecimiento con un rápido movimiento de cabeza. Sí, estaba bueno. Pero seguía siendo una tarta de queso comparada con el escote de Barbie Piruletas, a escasos centímetros de mí. Y eso sí me agradaba de verdad.

Desde su posición, era muy fácil comprobar que no llevaba sujetador debajo del top que se apretaba a ella igual que una segunda piel. Ella no se dio cuenta de nada, y yo lo agradecí en lo más profundo de mi ser. Darle explicaciones sería una manera muy estúpida de acabar la noche.

Sobre todo porque no existía excusa alguna para estar comiéndomela con la mirada.

—¿Cuándo será la inauguración finalmente, cariño? —Anna habló como si nada. Era experta en ir de un tema a otro sin temor a perderse por el camino—. ¿El mes que viene?

Paulino asintió con la cabeza.

Mirándolos desde mi perspectiva, encajaban muy bien: él era moreno, con el pelo negro y rebelde, y los ojos oscuros. Y ella era menuda y alta, con curvas generosas y el pelo muy largo, teñido de rojo. Un rojo intenso que brillaba igual que un semáforo en mitad del restaurante. Cualquiera que pasara junto a ellos pensaría que eran famosos y trabajaban en alguna serie de Netflix.

—Aún están ultimando las reformas, pero enseguida abriremos al público. Hemos invitado a una cartera de *influencers* bastante importante.

—¿Los que hacen vídeos en TikTok con música y bailecitos? —lo pregunté con cierta burla.

De todas las aplicaciones que el ser humano inventó, TikTok y Tinder me parecían las peores

de todas. Llenas de personas con cero dignidad y cero sentido del ridículo. Por desgracia, trabajando en una editorial a la que le importaba el marketing de sus libros más que ninguna otra cosa, me veía obligado cada semana a grabar *reels* que luego subía a Instagram y también a TikTok. El feedback era brutal. Se conseguían *likes* tan fácil que a veces me llevaba a preguntarme si no estaba haciendo el imbécil al currarme los vídeos de los libros de mis autoras.

Que fuese Paulino quien los invitara a comer gratis y hacer publicidad en sus perfiles no me antojó un asunto descabellado. Cualquier medio de comunicación era más que bienvenido si lo que buscabas era vender tu producto, pero no me apetecía aguantar a esos *influencers* a mi alrededor el día de apertura. Me desagradaba demasiado, y yo no era bueno disimulando. Todo se me notaba en la cara.

A lo mejor sí que guardaba cierto parecido con Cascarrabias, después de todo.

—*Influencers* de comida —me corrigió él, bebiéndose su café con hielo. Paulino jamás comía dulces—. Visitan restaurantes por todo el país, o durante sus viajes, y hacen una *review* para sus seguidores.

—La mayoría superan el millón de seguidores en la plataforma —añadió, rebotante de orgullo, Anna—. Y suelen ser serios a la hora de trabajar. Algunos han pasado por mi empresa de cosméticos naturales y han salido encantados, y yo he ganado muchos seguidores y visualizaciones.

Por fin lo entendía todo. No era que Paulino se hubiese interesado en buscar *influencers* que bailaran los estribillos de canciones que llevábamos años sin oír; simplemente su actual novia lo convenció para que lo hiciera. Basándose, muy probablemente, en sus campañas. Y no la culpaba. Cuando estabas al frente de una empresa, todo valía. Y Anna, aparte de ser una modelo muy cotizada en España, también llevaba negocios propios con bastante prosperidad.

—Estáis formalmente invitados —dijo Paulino, apoyando el brazo en el respaldo de la silla de Anna en un movimiento de lo más casual. Pero no lo era—. Cuantas más personas haya el primer día, más fácil será llenar las reservas en las siguientes semanas.

—Gracias. Es muy amable de tu parte. Quizá, si terminamos bien, podría pasarme y probar el helado de mango —sonrió Dánae a mi lado, relamiéndose las comisuras de la boca acto seguido.

Como se había dejado una manchita de chocolate justo en la mejilla, le pasé el pulgar por ahí y me lo llevé a la boca. Barbie Piruletas tembló como una hoja al viento. Y a mí se me endureció la polla.

Esa mujer era demasiado sexy, y ni cuenta se daba.

—¿A qué te refieres con eso de terminar bien? ¡Si lleváis poquísimo! —exclamó Anna, un tanto desconcertada.

—Verás, es que... —intentó explicar Dánae.

—Aún no lo tiene muy claro —salí en su defensa. Recoloqué uno de sus mechones rubios sobre el hombro, intentando no mirar su escote una vez más. No me gustaba nada parecer un jodido baboso—, precisamente porque estamos comenzando.

—Ah, bueno. Todos pasamos por esa etapa.

—¿Ah, sí? —preguntó Paulino, con una de sus cejas morenas enarcadas.

Anna sonrió lobuna.

—Claro. ¿Quién lo tiene tan claro cuando empieza una relación? Es donde más margen de duda hay. Luego ya se asienta uno y la vida pasa.

—Sí —musitó Dánae, un tanto desubicada—, es verdad.

Supe enseguida que había metido la pata hasta el fondo cuando Dánae no volvió a abrir la boca en lo que restó de la velada. Nos despedimos de Paulino y Anna un poco después, en el aparcamiento, y entonces la rubia se dirigió a mi coche, se subió en completo silencio y apoyó la cabeza en la ventanilla.

Rara vez me atosigaba un sentimiento de culpa tan potente como el de esa noche, y rara vez me disculpaba por decir algo; ya fuese mentira o no. Pero, como venía siendo costumbre en los últimos días, una parte de mí fue incapaz de mirar hacia otro lado y fingir que Barbie Dramática no estaba de bajón.

—¿Te ha molestado algo? —pregunté, muy consciente de que sí, por supuesto que le había enfadado algo.

Dánae tardó bastante más de dos minutos en decir algo.

—¿Por qué no has querido decirles a tus amigos que soy tu novia de pega? ¿A ellos hay que engañarlos también?

—Paulino lo sabe, pero Anna no.

—¿Por qué?

—Es muy propensa a soltar las cosas sin pensar en sus redes sociales, y ninguno queremos que eso ocurra, ¿no?

Dánae hizo una mueca. No se la veía muy contenta con mi respuesta.

—Vale. Pero ¿por qué le has prometido a Paulino que iremos a su restaurante? Esto no va a durar tanto.

—¿No? —la pregunta brotó de mis labios antes de lograr contenerla.

—Las mentiras no son eternas. Tarde o temprano todo se calmará, y tú serás libre de esta relación falsa, y yo continuaré con mi vida.

—¿Qué ocurre si te invito como amiga? Una cosa no quita la otra, Barbie Piruletas.

—Supongo que no. Y que estaría bien ir como amigos —la última palabra sonó más baja, más cansada.

El impulso de acariciar su mejilla, que a todas luces debía estar tibia por la brisa fresca que soplaba esa noche, me sobrecogió y me noqueó al mismo tiempo. Dánae rehusó mirarme de nuevo, quizá algo molesta aún, o decepcionada. ¿Por qué? Lo ignoraba. O sencillamente preferí hacerme el loco a admitir la verdad que sus ojos transmitían.

Me quité la chaqueta y se la pasé por encima. Hacía bastante más fresco que aquella tarde. La primavera en Barcelona era así: calor de día, frío de noche. Los ojos azules de Dánae brillaron igual de que dos zafiros incrustados en la nieve. Y como no conseguí reprimirme más, me incliné hacia ella y le dio un beso en la comisura de sus labios.

Capítulo 11

Las Suprnenas van a yoga

DÁNAE

Una semana llevaba siendo la novia de Martín y ya me había ganado que me comiese la incertidumbre durante las noches. Soñaba a menudo con él, y no eran sueños agradables, precisamente. Me despertaba agitada, sudada, con la sensación de estar ahogándome en un mar de preocupación. Y todo porque me sentía demasiado expuesta ante el mundo. Como si caminase desnuda por las calles y la gente me señalara con el dedo, y no parasen de repetir «mentirosa, mentirosa, mentirosa» a coro.

Al no saber muy bien la mejor manera de gestionar mis emociones sin exponerme por completo y sin llenarle el chat a Carmen, mi psicóloga, con dudas y quebraderos de cabeza, decidí contárselo a Eva y Dylan una de las mañanas en las que hacíamos yoga.

—¿Acaso le tienes miedo? —preguntó Dylan, y por primera vez habló en voz baja, para que no nos echaran a patadas.

—No, no. No es eso. Pero me sentó un poquito mal que fuese tan calculador.

—Es un tío al que apodan Editor Cabrón, creo que una ya sospecha por dónde van los tiros —dijo Eva, esta vez ubicada entre los dos.

—Pero que sea un mamarracho en su trabajo no lo convierte en mala persona fuera de él. A mí también me tienen algo de temor en mi empresa y soy un ser maravilloso —aseguró mi amigo.

Le dediqué una sonrisa divertida.

—Lo de ser maravilloso habría que debatirlo, porque muchas mujeres se han dado de baja de este gimnasio por tu culpa —me aventuré a recordarle.

Y no era una exageración. Cuando se acostaba con ellas y se encoñaban con Dylan, pero veían que no conseguirían hacerle cambiar de parecer respecto a las relaciones monógamas o serias, se cabreaban y corrían a darse de baja. Menos mal que los dueños del gimnasio no sospechaban cuál era la causa real de su pérdida de clientes, o Dylan no volvería a poner el pie en las instalaciones lo que le restaba de vida.

—No hablamos de eso. —El gruñido de mi amigo fue una mezcla de «me siento ofendido» y «me duele el culo en esta posición»—. Joder, hoy está cabrón el monitor —añadió por lo bajini, aguantando porque no le quedaba de otra.

—Te ha faltado estiramiento hoy —se cachondeó Eva, haciendo alusión a que llevaba unos días sin echar un polvo.

—¿Y tú sí? —rebatí él, enarcando una ceja.

Dylan y Evan eran amigos de toda la vida. Crecieron juntos, compartieron bocadillos en el recreo, peleas, primeros besos, primeros novios y primeras discusiones. Eran uña y carne, como solía decirse, pero me acogieron a mí por el camino y desde entonces no me soltaban. Pero entre ellos siempre existiría esa conexión típica de hermanos que se querían con locura, mas no se soportaban todos los días.

Hasta se parecían un poco físicamente. Eva tenía el pelo corto y oscuro, y los ojos verde oliva. Su piel bronceada de manera natural hacía que el lunar del labio sobresaliese un montón, y le hacía ver cómo una actriz de los años treinta. Por el contrario, Dylan, aunque atlético, tenía el cabello y los ojos azules, y una pequeña cicatriz en la ceja izquierda.

Según él, se la hizo con cinco años, después de jugar a la peonza con su primo Joaquín. De un momento a otro, se empezaron a pelear y le tiraron la peonza a la cabeza. Lo contaba con orgullo, pero Eva le echaba en cara que la hubiese asustado la tarde de los hechos, ya que ella estaba presente, y que casi perdiera el conocimiento al ver tanta sangre.

Aún y con todo, la forma de sus ojos y de hablar, los hacía muy parecidos. Y a mí me encantaba picarlos por ello.

—A ti te lo voy a contar —bufó Eva. Cambió de postura una vez el monitor informó cuál tocaba ahora, y nos tumbamos sobre la esterilla, con la mirada clavada en el techo y la pelvis algo levantada—. ¿Te vas a animar a ir a la inauguración del restaurante? ¿No es un poco extraño que te inviten?

—Eso pienso yo, pero Paulino me cayó bien y sonó sincero —confesé, respirando errática.

Dylan llevaba razón: el monitor estaba cabrón esa mañana y nos obligaba a hacer posturas casi imposibles para tres adictos al café y a la bollería industrial.

—Los tíos son muy de cubrirse las espaldas unos a otros —me recordó mi amiga.

—Eh, eso no es cierto. No todos somos así —se quejó Dylan, lanzándonos una mirada desdeñosa—. Si alguna de vosotras hiciera algo malo, no os apoyaría ni de coña.

—Porque somos tías —insistió Eva.

—No. Es porque sois mis amigas y, como os respeto y os valoro, tengo la confianza suficiente para no defender lo indefendible y decíroslo a la cara. Es distinto. Incluso si fuerais hombres, os trataría igual. Bueno, miento; os daría más palmadas en el culo y os regalaría más mascarillas para el pelo.

Dylan no hacía distinciones con nadie, eso sí era cierto. Le encantaba ser el adalid de las causas perdidas. Ya ni recordaba la cantidad de veces que se había peleado en la cola del supermercado cuando alguien se colaba en la fila sin disimulo alguno, o las mañanas en las que, desayunando en la cafetería de confianza, le echaba en cara a las marujas que se quedaran con todos los churros recién hechos mientras los demás y él se conformaba con las porras aceitosas.

Le encantaba hacer de superhéroe.

—Vale, cariño. No te ofusques. —Eva le lanzó un besito—. ¿Y qué pasa con la comida familiar del viernes?

Cerré los ojos con fuerza, con la esperanza de hacerme muy pequeñita e invisible, y desaparecer de la faz de la Tierra. Si eso ocurría, no me vería en la tesitura de ir a casa de mi

hermano Gonzalo y de mi cuñada Arantxa a comer del brazo de Martín. Porque nos invitaron a los dos.

Y él había confirmado nuestra participación.

Es que me daban ganas de matarlo. ¿Cómo se le ocurría decir que sí, sin consultármelo primero? ¿Qué coño se le pasaba por la cabeza? Por Miguel Ángel Silvestre, cuanto más lo pensaba, más me dolía la barriga de los nervios.

Lo último que me apetecía era fingir ser una novia feliz frente a mi cuñada y mi hermano. Seguro que se daban cuenta. Seguro que veían en mi cara la verdad: que era una mentirosa.

Una mentirosa muy mala.

Pero si me echaba para atrás, quedaría fatal. Y Arantxa se quejaría y montaría el pollo y le iría con el cuento a mi madre. Y luego me tocaría aguantar a las dos.

«Todo esto me pasa por no haber sabido cerrar el hocico el día de su cumpleaños», pensé, el cuerpo pensándome cinco toneladas de golpe. Me dejé caer sobre la lona y respiré profundo una, dos, tres veces. «Putita Arantxa, ¡haber puesto panchitos y nachos, y no tartar de apio!». Eso me hubiese ayudado mucho más a gestionar mi frustración.

Ah, maldita fuera.

—Iré —dije. Al oír la voz del monitor interrumpiéndonos, me coloqué de pie sobre la alfombrilla, agradecida de no tener que elevar mis caderas o mi tronco del suelo; ya no tenía tanta flexibilidad. Los donettes habían acabado conmigo—. Qué remedio.

—Es tu prueba del algodón. Lo de Paulino solo fue el entrante —dijo Dylan, muy seguro. Hasta asentía con la cabeza a medida que hablaba—. Menuda fantasía de reunión. Espero que Telecinco os compre la idea y haga un *reality* al respecto. Va a ser mejor que *Granjero busca esposa* y *Gran hermano*. Lo podríais llamar ¿*Mi cuñada aprobará mi relación falsa?* y así os forráis.

—¿Hay alguna posibilidad de que se grabe la comida? —me preguntó Eva, esperanzada—. Molaría un montón que Chicote fuese el presentador de semejante despropósito.

—¿Por qué Chicote?, ¿no es cocinero? —La duda se reflejó en el rostro de mi amigo.

—Porque me cae bien, no sé. —Eva encogió los hombros—. Parece muy majo en pantalla.

Les hice una peineta a los dos.

—¿Vosotros sois tontos? ¿Cómo que grabe la comida? ¿Un *reality*? Qué divertido reírnos de los dramas ajenos, asquerosos —alcé ligeramente la voz.

Una mujer que teníamos justo enfrente nos mandó a callar.

Eva y Dylan se pusieron el dedo índice sobre los labios y asintieron en su dirección. Acto seguido se rieron como dos adolescentes en plena revolución hormonal.

«Si es que no sé para qué les cuento nada», pensé, rabiosa y frustrada.

—Venga, no te enfades. —Mi amiga me pasó el brazo por los hombros en actitud cariñosa—. Solo bromeamos. De sobras es sabido que la vida es mucho más divertida si nos la tomamos con humor. Y tú estás demasiado estresada, *amore*.

—Cualquiera diría que llevas un palo metido por el culo —añadió Dylan, siempre tan amable y fino.

—Eso se te quita echando un polvo. —Cabeceó Eva, dándole la razón—. Y tienes un tío bueno al lado para quitarte las telarañas.

Odiaba con todo mi ser aquella expresión. ¿Quién demonios se pensaba que una vagina era igual que una casa encantada, que llevaba siglos sin limpiarse? Tener poco sexo no te convertía automáticamente en la momia de Tutankamón, por favor. Mi *mango* aún estaba fresco y con ganas de pasárselo bien.

—Idos a la mierda. —La aparté de un manotazo.

El monitor volvió a indicarnos la postura que tocaba, colocándose él en primera fila con el propósito de enseñarnos cómo hacerlo sin causarnos daño. A veces, el yoga no ayudaba a relajar la mente y el alma y el cuerpo. Eso era una patraña. Al igual que cualquier otro deporte, ya fuese a solas o acompañado, dependía principalmente de las ganas que le pusieras en dejar atrás todo lo malo. Y yo, como buena *drama queen*, me aferraba a lo malo igual que una garrapata a un perro.

Ojalá hubiese sido *influencer* para ganarme la vida vendiendo mis miserias, o hacer un show al respecto. No me parecía demasiado justo que Shakira cantara «las mujeres ya no lloran, las mujeres facturan» y yo no tuviera la oportunidad de hacerle los coros porque mi trabajo consistía en encasquetarle vibradores y lubricantes a gente que iban desde los dieciocho a los sesenta años.

«Ya lo siento, Shak», pensé, compungida, en lo que me colocaba en posición de flor de loto. «Mi triple M no es más buena, más dura y más level; es más dramática, más cotilla y más bocachancla. La vida no me da tregua».

—A ver, seamos objetivos y dejemos el *bullying* a un lado. —Dylan por fin se puso serio, y hasta su expresión mudó a una de empresario exitoso capaz de utilizar las estafas piramidales con tal de hacerse millonario en poco tiempo—. Martín es guapete y está como un queso, pero no creo que se quiera acostar contigo.

—Vaya, gracias —rezongué.

—Que no te lo digo a malas, chochopan. Pero si lo que nos contaste de su ex es cierto, no lo veo por la labor de querer enredarse de más con todo este asunto. Los tíos somos muy maniáticos con los amores perdidos.

—Eso suena a canción de Alejandro Sanz que te cagas —lo interrumpió Eva—. No te estarás tirando el pegote, ¿no?

Dylan entrecerró los ojos sobre ella y bufó.

—No he escuchado a Alejandro Sanz en mi vida. Soy más de Ricky Martin. Pero, lo que iba diciendo, Dánae: no te hagas ilusiones con él. Te lo quieras tirar una vez o dos o quince, y luego olvidarlo. Los hombres no soltamos tan pronto, y menos cuando aún estamos enamorados.

»Te rompería el corazón.

¿Seguiría Martín enamorado de Sandra?, ¿o, por el contrario, ya lo había superado todo? Cuando me contó su ruptura, capté su resquemor y su decepción, mas no amor. Pero ¿quién pensaba en amor después de que le rompieran el corazón de la forma más cruel? Nadie en su sano juicio. Una persona no abrazaba la esperanza después de un desamor.

—Pero ¿tú quién te crees que soy? No voy buscando que Martín me entierre la sardina, ¿sabes?

—Me defendí, intentando de verdad sonar ofendida y no un tanto dolida por la posibilidad de que Martín jamás se fijase en mí. ¡Como si eso fuese algo malo!—. Que se quede en el recuerdo de su adorada ex y espabile, ya ves tú.

En los siguientes minutos, ninguno de mis amigos dijo nada, pero ambos me miraron con lástima. Se habían dado cuenta enseguida de que me hacía la digna para salvaguardar mis emociones y mi corazón de la posibilidad de caer en las garras del amor con un tío imposible. Y siendo mi historial más negro que la boca de un lobo, no les extrañaría nada que sucediera.

Con tal de defenderme, estaba más que dispuesta a enumerarles las ocasiones en las que logré mantener una relación de amistad con derechos con tíos que me ponían muchísimo y eran muy buenas personas, sin enamorarme de ellos. Pero Eva y Dylan no pecaban precisamente de ser idiotas, y apartarían de inmediato esa corta lista para sustituirla por mis últimos cuatro exparejas: Luis, Oriol, Héctor y Juan.

El primero rompió conmigo a través de una llamada de teléfono que duró menos de un minuto y se me quedó grabada en el alma los años siguientes, con el añadido de un trauma que fue a más gracias a Oriol y su incapacidad por hablar como las personas normales. Mis dos primeros novios convirtieron mi existencia en un infierno y destruyeron mi autoestima en menos de doce meses de relación. Héctor, por el contrario, decidió que ponerme los cuernos con una compañera de trabajo era mucho mejor que gritarme en plena Gran Vía lo patética que era al luchar por lo nuestro, como sí hizo Juan, el último. Y el peor de todos. No solo me machacó de mil formas diferentes, sino que le dio la razón a mi familia de que era extraña, caótica, difícil de querer e inmadura. En ninguna de las ocasiones que trató con ellos le tembló el pulso a la hora de reírse de mí delante de mi madre y mis hermanos, de mi cuñada y mis sobrinos, sin dejarse nada en el tintero.

Cuando echaba la vista atrás, ni siquiera recordaba cómo o por qué me enamoré de ellos. Comenzamos siendo amigos, llevándonos bien, y de pronto me enamoraba hasta el tuétano de los huesos y ya solo quería respirar el mismo aire que ellos. Hasta el punto de ignorar la mayoría de las *red flags* que ondeaban en los primeros meses, y que mis amigos Eva y Dylan veían a leguas y trataban de mostrarme.

¿Cómo no iban a sospechar que existía una posibilidad, por pequeña que fuera, de enamorarme de Martín? Si ya solo por lo diferente a mí que era, se ganaría mi corazón tan fácil como un parpadeo.

Pero no me apetecía pensar en ello, en mis debilidades y mis flaquezas. En los demonios del pasado, que aún me atormentaban. Ni en lo difícil que era querer y ser querida de la misma manera.

—A mí hay algo que me sirve cuando no quiero enamorarme de una persona, y si lo pongo en práctica, no voy a más —dijo Dylan de pronto.

Eva se rio por lo bajini.

—¿Te lo imaginas cagando?

—Claro que no. Sencillamente, pienso en esa persona humillándome en el día de mi cumpleaños, en lo mal que lo pasaría, y se me quitan las ganas de enamorarme.

—Eso es terrible —murmuré.

—La idea es no enamorarse, ¿recuerdas? —Dylan se dio un par de golpecitos en la sien con el índice, y solo le faltó decir «Duh».

—Creo que sería capaz de ponerlo en práctica con Cascarrabias —dije, no muy segura.

—Ostras, no. Tú —Eva le dio un manotazo a Dylan en el hombro—, no le metas ideas equivocadas en la cabeza. ¿Te has planteado que exista la posibilidad de que a Martín le guste y desee conocerla más a fondo? ¿Es que nadie piensa en el amor?

—No —dijimos al unísono.

Eva gruñó.

—Sois lo peor.

—A ver, el trío de Las Supernenas del fondo —nos llamó la atención el monitor, deteniendo la clase y colocándose al frente, con las manos en las caderas y cara de fastidio—. Lleváis dos clases dando por culo a vuestros compañeros con los chismorreos de viejas del visillo. ¿Sabéis que hay una cafetería muy chula al otro lado de la calle donde podéis hablar y reiros sin molestar al resto?

—Perdona, Carlos. Es que estas pérfidias me llevan por el mal camino —se defendió Dylan con expresión de niño bueno.

Carlos, el monitor, torció el gesto.

A Dylan se le veían las intenciones de lejos.

—Si tú eres el que más habla —le acusó el monitor—. Anda, salid de aquí. A ver si tratándoos como a los niños pequeños le dais una vuelta a lo de no hablar de vuestros dramas sexuales en mitad de una clase de yoga.

Dylan recogió su esterilla, mas se detuvo un momento y enarcó una ceja.

—Jamás he hablado de mi vida sexual dentro de esta clase. De ser así, tendrías que enseñarnos las mejores posturas del kamasutra, Carlos, y no cómo abrir los chakras. Pero es una pena que tú prefieras a las chicas de baile latino, con sus mallitas apretadas, a este cuerpo serrano esculpido a base de batidos de *Cacaolat*. —Lo soltó así, sin anestesia, a la par que se señalaba a sí mismo con la mano—. Te iba a enseñar lo que es hacer la postura del perro boca abajo con una compañía envidiable y que suene a chancla mojada toda la noche.

Tanto las chicas más cercanas a nosotras como un par que había en primera fila se rieron como si no hubiera un mañana. A mi izquierda, Eva, más roja que un tomate, musitó un «lo siento», agarró del codo a Dylan y lo sacó a rastras. Quedándome a solas y siendo la diana de la mirada furiosa del monitor, dije adiós con la mano y seguí a mis amigos con los pies totalmente fríos. Se me acababa de ir todo el calor de golpe.

—Os lo voy a decir a los dos. —Eva se giró hacia nosotros, señalándonos con el índice—. Es la última vez que me echan de Yoga por vuestra culpa. Si a la próxima no cerráis el pico, yo misma os pienso meter la esterilla por donde no os da el sol. ¿Queda claro?

—Clarísimo —dije yo.

—Vale —respondió Dylan.

—¡Estupendo! Voy a ducharme y a largarme a mi casa, a ver si haciendo un bizcocho se me

pasa el cabreo.

—Bueno, pero nos invitas a la tarde y así lo probamos —alzó la voz Dylan al ver que se alejaba.

Eva le respondió con una peineta.

—Cómo se ha puesto, ¿no? —Dylan se apoyó en mi hombro y suspiró dramáticamente.

Sin conseguir contenerme más, solté un par de carcajadas.

Tal vez no me gustara Yoga, pero me lo pasaba tan bien con mis dos mejores amigos que sentía que no necesitaba más cuando estaba con ellos.

Capítulo 12

Veo, veo. ¿Qué ves? Una cuñada pesada a las diez

MARTÍN

—¡Tía Danonina!

Lo primero que vi al llegar a la casa de Arantxa y Gonzalo fue cómo su hija pequeña salía corriendo por el jardín, gritando el nombre de su tía y, acto seguido, abrazándola con fuerza.

—Hola, cariño. Qué guapa te has puesto hoy —la saludó Dánae con una sonrisa que le llegaba a los ojos.

Aquella era la primera vez que la veía tranquila y risueña frente a alguien de su familia. Prácticamente, se le caía la baba con su sobrina.

—El vestido me lo ha regalado papá. —Dio una vuelta sobre sí misma y el tutú rosa se abrió como si de un paraguas se tratase—. Dice que soy una princesa.

—Y lo eres —corroboró Dánae—. ¿Dónde está tu hermano?

—Jugando a la Play. —Hizo un mohín al decirlo—. Y no me deja acompañarle.

Dánae torció el gesto. Supuse que ella conocía lo que era ser la hermana pequeña y que no le permitieran pasar tiempo con su hermano favorito. Y no necesité que me lo contase porque ya se reflejaba en su expresión, en el cariño y la paciencia con la que le habló a la niña, restándole importancia, y también prometiéndole que luego peinarían a sus muñecas favoritas.

Eso último me recordó a la fiesta de cumpleaños y a la casita de muñecas donde me tropecé con Barbie Cowboy. Ahí comenzó todo. Ni siquiera entonces me habría imaginado que acabaría siendo el novio falso de una rubia bastante peculiar.

¿Me lo recordarían también en la comida familiar? ¿O tendrían la decencia de no sacar el tema nunca más?

—Vamos. —Dánae cogió la mano de su sobrina y se dirigió hacia la puerta del chalet.

Las seguí a las dos de cerca. El sol pegaba tan fuerte que me había visto obligado a llevar gafas de sol. Eso me permitió ocultar mi mirada durante todo el trayecto. Y aunque Dánae me torturó lo indecible durante los veinticinco minutos que permanecimos encerrados en el coche, escuchando canciones de Christina Aguilera, Lady Gaga y Dua Lipa, lo cierto es que me ayudó a relajarme.

Cuando ella hablaba, mi mente se llenaba con su voz y los pensamientos se callaban de inmediato.

Lamentablemente, eso no me ayudaría a escaquearme de la comida con Arantxa. Se había empeinado lo indecible en que comiéramos en su casa ese día y así celebrábamos nuestra

relación secreta. Pero algo dentro de mí me gritaba que lo que realmente buscaba era cerciorarse de que íbamos en serio y, de paso, hundir un poquito a su cuñada.

Nunca me había parado a mirar a Arantxa como algo más que una editora del sello de Ficción de la editorial Merika. Dentro de la oficina era una mujer astuta, trabajadora y exitosa. Fuera empezaba a sospechar que vivía por y para las apariencias. Un simple vistazo a su casa, desde el enorme jardín a la cantidad innecesaria de habitaciones, bastaba para reforzar esa teoría. ¿Por qué no conformarse con algo más discreto, si solo planeaba tener dos hijos? ¿Tanto le importaba impresionar a los demás?

Un pensamiento fugaz inundó mi mente de pronto. Sandra también soñaba con tener una casa grande algún día. Claro que sus motivos eran distintos. A ella le hacía mucha ilusión tener una familia numerosa, y no solo de hijos biológicos, sino también de cuatro patas y una colita; perros y gatos rescatados de una muerte absoluta o de la tristeza más hiriente.

«No vayas por ahí», supliqué a mi mente. «Sandra ya no es una realidad. Solo es un recuerdo».

Me retiré las gafas y saludé a Arantxa en cuanto apareció en el salón. Vestida toda de blanco, con los labios muy rojos y el pelo recogido, sonrió enseguida y nos dio dos besos.

—Qué puntuales.

—Cuanto antes lleguemos, antes nos podremos ir —comentó Dánae—. De ese modo no os robaremos tanto tiempo.

Los ojos de Arantxa se entrecerraron sobre ella con cierto recelo. Tal vez no la soportaba y ya. No todas las personas estaban obligadas a llevarse bien, ni siquiera en el ámbito familiar.

Pero, aun así, no dejaba de rondarme una pregunta: ¿qué cojones habría ocurrido entre esas dos para que no se pudieran ni ver?

—En fin, pasad al comedor. Hay aperitivos ya colocados sobre la mesa.

Sin soltar la mano de su sobrina, Dánae caminó con ella y se perdió por el pasillo. Arantxa y yo las seguimos, en silencio.

En el comedor, grande y muy luminoso, muy típico de Arantxa, nos esperaban Gonzalo y Hugo. Ambos, sentados a un lado de la mesa, se levantaron para saludarnos con un estrechón de manos.

Me fijé en que Gonzalo y Dánae no se parecían demasiado, ni físicamente ni en personalidad. Eran la noche y el día. Además, la Barbie Cowboy no dejaba de mostrarse esquiva con él. ¿Quizá le guardaba algún tipo de rencor a su hermano también?, ¿o se trataba más bien de que los lazos entre ellos no eran tan fuertes como en otras familias?

Tendría que preguntarle a Dánae en cuanto estuviéramos a solas. Y no solo porque cualquiera que me hiciera una pregunta demasiado íntima sobre ella fuera capaz de pillar que éramos una relación falsa. También me causaba mucha curiosidad. Me quemaba no saber qué demonios ocultaba mi rubita debajo de aquella fachada de chica un poco torpe y adicta al color rosa. A pesar de que le hablé abiertamente de mi relación con Sandra, y por qué terminamos, ella no me contó nada de vuelta. Carecía de información valiosa sobre mi supuesta novia.

—Hola —nos saludó Gonzalo: a mí, estrechándome la mano; y a su hermana, dándole dos besos—. Es un placer teneros por aquí.

La rubita también achuchó a Hugo a pesar de sus protestas. La que sí parecía emocionada era Marta. No soltaba a su tía y no paraba de parlotear todo el rato.

Gonzalo se quedó unos minutos de pie, contándonos que él se había encargado de cortar el queso y los embutidos de la tabla, y que si alguno éramos alérgico a algo, que se lo dijéramos.

Todo tenía una pinta espectacular: desde el vino a los entrantes. Y el olor que provenía de la cocina, a pollo asado, me abrió el apetito de inmediato. «A lo mejor no ha sido tan mala idea venir», deduje, ocupando una de las sillas libres.

—Estáis como en vuestra casa —aseguró Arantxa, sentándose junto a su hija, al otro lado de la mesa—. Me hacía mucha ilusión teneros por aquí.

«Sí, claro», pensé, pero me abstuve de decir nada en voz alta. Arantxa no era mi enemiga, solo una compañera de trabajo. Y la cuñada de mi *novia*.

—¿Qué tal te va con las autoras, Martín? —añadió cuando por fin pudimos servirnos un poco de agua y, en mi caso, sangría—. ¿Has conseguido calmar las aguas?

—He conseguido que Lexy Ruby reescriba el último capítulo para dotar al final con algo más de emoción y romanticismo. También que esté contenta con la portada.

—¿Ah, sí? —Arantxa enarcó una ceja. Eso ya me dejó claro que no se había enterado de lo que hablé con Covadonga dos días atrás—. ¿Quién se va a ocupar esta vez? ¿Santi?

—No. Dánae —solté la bomba.

A mi lado, la rubia carraspeó, nerviosa, y se llevó la copa de sangría a la boca para dar un largo trago. Contuve una sonrisa. Me hubiese encantado inclinarme hacia ella, apartarle el pelo con suavidad y susurrarle al oído que no bebiese demasiado, porque cada vez que lo hacía, se descontrolaba y se metía en líos. Por eso estábamos allí, después de todo; por su incapacidad de comportarse en presencia de su familia.

Aunque no era lo que más me preocupaba en ese instante, si me sinceraba conmigo mismo. En realidad, me apetecía un montón notar su reacción ante el suave roce de mi aliento sobre su oreja. ¿Se ruborizaría? ¿O, por el contrario, me daría un manotazo en el hombro?

Había tantas cosas que quería descubrir sobre ella. Y tan pocas oportunidades.

—¿Cómo que Dánae se va a ocupar de la portada?

—Hizo un boceto y me gustó. Y a Covadonga. —Hice hincapié en eso último. Contra la jefa no sería capaz de arremeter—. Lo hablamos con la autora y le ha agradado la idea.

Ser escueto me costaba más bien poco cuando no me sentía cómodo con un tema, y hablar de mi trabajo fuera de la editorial era uno de esos asuntos que me incomodaban bastante. Aunque la otra persona también trabajase allí. En Merika nos llevábamos todos más o menos bien. No éramos amigos íntimos, ni mucho menos, pero no existían choque de egos, malas miradas, cuchicheos varios y malintencionados, ni boicots al prójimo. Como mucho, se hablaba de temas interesantes, o que ellos consideraban relevantes, y poco más. Pero desde que Arantxa me soltó un par de perlas contra Dánae, untadas de veneno, en la fiesta de su cumpleaños, no lograba tranquilizarme del todo en su presencia. Era extraño, si lo miraba desde fuera, porque nunca antes me había pasado con ella. Sin embargo, cuando la tenía cerca, me sentía en constante tensión.

Tal vez no me fiaba de ella, como afirmó Paulino unos días atrás, hablando del tema. Había algo en Arantxa que no terminaba de cuadrarme. Y me jodía bastante, porque no tenía tiempo ni ganas para analizar a las personas de mi alrededor cuando antes me eran indiferentes.

—Primera noticia que tengo. —Arantxa presionó un poco los labios—. Covadonga no me había dicho nada.

—Tampoco es una noticia relacionada con tu departamento, ¿no? —Enarqué la ceja al mismo tiempo que la miraba.

—No, no. Claro. Pero, no sé, es que me sorprende mucho que de pronto cuentes con Dánae. A ver, que es tu pareja, lo sé, pero se supone que no mezclamos trabajo y vida personal.

—Pues tu marido, aquí presente, se encarga con su empresa de repartir los libros por toda España a las librerías y centros comerciales más importantes —le recordé, sin esconder el fastidio que me embargaba.

Por el rabillo del ojo capté cómo Barbie Cowboy se descojonaba en silencio.

Se metió un trozo de queso en la boca a fin de no echarse a reír a carcajadas y ganarse el odio infinito de Arantxa.

—Es distinto. Ni siquiera lo elegí yo —se defendió ella, un poquito ofuscada. Aun así, el rubor de sus mejillas la delataba—. Bueno, espero que Dánae sea profesional. —La mirada que le dedicó fue tan obvia; sencillamente no confiaba en su talento.

Dánae no levantó la cabeza de su plato. Continuó comiendo, como si no fuera con ella la fiesta.

—Si lo hace la mitad de bien que el boceto, seguro que sí —sentencié, harto de su actitud de *bully* de instituto.

¿Por qué la defendía? O, mejor dicho, ¿por qué sentía la necesidad de salir a defenderla, si de todos modos era una gilipollez? Y Dánae también poseía boca, así que no le costaría decirle cuatro comentarios de los suyos. No obstante, seguía en silencio.

En un silencio relevador.

Se estaba dejando pisotear por su cuñada, y no lo entendía. ¿Por qué no daba un golpe en la mesa, real y figurado? ¿Por qué no le lanzaba una mirada furiosa? ¿Por qué se callaba, joder?

—Lo será —insistí, con los dientes y los puños apretados.

«Di algo», Barbie, pensaba. «Abre tu bonita boca y ponla en su sitio».

—¿Seguro? —Esta vez nos lo preguntó a los dos.

—Solo es un dibujo —habló por fin Barbie Cowboy—, y la historia me pareció muy chula. Es hora de que en este país se ponga de moda el *sport romance*.

—Eso, tú dale más alas a las autoras de Martín. ¡Como si no tuviéramos bastante con la que tienen montada en redes sociales! Solo faltaba que se le suban más a las barbas.

—¿De qué hablas? —La rubia frunció el ceño—. Lo que ocurra entre las autoras y Martín no va conmigo.

—Ah, ¿no te lo ha contado él?

—No hay nada que contar. —Encogí uno de mis hombros, restándole una importancia que sí tenía el tema.

La campaña de odio que abrieron contra mí tres de las siete autoras con las que trabajaba en

Merika empezaba a hacer mella ya no solo en mi currículum y mi profesionalidad, sino también en el hecho de que muchas otras escritoras se echaban atrás a la hora de enviar sus manuscritos. Como si de verdad creyeran que yo era un tirano. Un *final boss* con el que pelear antes de ver su libro colocado en las vitrinas de las mejores librerías.

Menuda gilipollez. Ni siquiera me importaban. Ninguna de ellas. Mi trabajo consistía en hacer una criba de historias y sacar al mundo la mejor, no ceder a sus caprichos de princesitas. La mayoría de ellas ni siquiera vendía lo suficiente para estar exigiendo que les hiciéramos más publicidad o la lleváramos a más sitios a firmar. Y por más que se lo explicaba a cada una de ellas, no servía de nada. Era como hablar con la pared: inútil. Una pérdida de tiempo absoluto.

Además, tampoco solucionaba nada. En sus redes sociales continuaban soltando indirectas y directas como balas. Hacían daño, y poco a poco estaban consiguiendo rajar la pared que me separaba de ellas. Si eso continuaba así, tarde o temprano me echarían de la editorial. Y dudaba bastante que me cogieran en otra.

—Por supuesto que sí. Esto es grave, Martín —insistió Arantxa, ignorando la mirada que le lanzó Gonzalo de «deja el temita ya». Todo este asunto nos está perjudicando de cara al público. Cuando un grupo descarriado hace mucho ruido, al final alguien se detiene a escucharlos.

—¿Y qué? Es algo que ya estoy tratando con Covadonga.

—Quizá deberías replantearte enfocarlo desde otro lado, ¿no? Ya está bien de hacer oídos sordos a todo lo que pasa a tu alrededor.

—¿Para qué? ¿Cambiaría algo? —La pregunta salió con hastío de mi boca. El queso que acababa de comerme me supo amargo—. Hago mi trabajo, pero hay gente que nunca está contenta con lo que tiene. Y soy editor, no psicólogo.

—Has sido muy duro con ellas, y es normal que estén enfadadas. Y vas y metes a Dánae en esto, para que se encabronen más cuando vean las portadas cutres que les vas a poner en sus libros.

¿Portadas cutres? ¿Cómo se atrevía a afirmar algo de ese calibre delante de Dánae?

La aludida resopló por lo bajo. Cogió la copa de vino y le dio un largo trago. Me sentí fatal por ella. También enfadado. ¿Hasta cuándo permitiría que Arantxa se saliera con la suya?

—No voy a hablar más de esto. No hemos venido a comer para sacar toda la mierda a relucir —intenté dejar claro.

Una advertencia y no una petición.

Arantxa apretó los labios y asintió a regañadientes.

Gonzalo, buscando aliviar la tensión que flotaba en el ambiente, decidió intervenir por primera vez en toda la comida.

—Dánae dibuja muy bien. Estudió artes hace unos años y hacía unos cuadros muy interesantes.

—Pero si no te gustaba ninguno. Los llamabas Picasso de Hacendado —repuso Dánae, frunciendo un poco el ceño. Me percaté que no sonaba especialmente enfadada—. Hasta me rompiste uno.

—Fue sin querer —se defendió Gonzalo.

—Ya. Pero me lo rompiste, y era de mis favoritos.

—Un gato feo entre girasoles. ¿Quién te lo iba a comprar? —preguntó él, carcajeándose.

Su risa sí que se me hacía similar a la de Dánae. Pensé que era el único rasgo que guardaban en común esos dos.

—Pues más gente de la que te piensas —gruñó entre dientes, segura de sí misma.

Me hubiese gustado ver aquel cuadro. Y todos los que aún conservara. Con Dánae, la vida era una caja de sorpresas continua. Como que le importara tanto el arte, pero no se dedicase a él. O que no aguantase a su familia, pero se le iluminase la cara al ver a sus sobrinos.

La incomodidad se fue disipando a medida que todo el mundo hablaba y disfrutaba de la comida. Apenas presté atención. Me quedaba con retazos de lo que decían, solo lo que llamaba mi atención, y lo demás lo desechaba por completo. Solo estaba allí sentado porque no me quedaba de otra. Porque me molestaba sobremanera ser expuesto —aún más— por mi vida privada, por lo que ocurría o dejaba de ocurrir en ella, y no sabía aún cómo lidiar con ello y no sentir que me rompía en el proceso.

Cuando convencí a Dánae de mantener aquella farsa, lo hice para proteger mi trabajo. Lo que más me importaba, aparte de mi abuela. Entrar en Merika fue similar a cumplir un sueño. De pequeño, compraba muchísimos libros de su sello infantil; aunque ya no existía. Pero, una vez crecí, continué allí: fiel a la editorial. Fiel a lo que publicaban. Fiel a su filosofía de trabajo. Prácticamente, estudié con la esperanza de cruzar sus puertas algún día y, como mínimo, conocer las entrañas de una empresa que hacía las cosas francamente bien. Entender mucho mejor cómo habían pasado más de treinta años sacando éxitos. Y aunque me enorgullecía formar parte de su equipo, a ratos pensaba que el sello romántico me quedaba grande. O demasiado pequeño.

Defender historias románticas cuando no creías en el amor era un problema enorme. A la vista estaba: las autoras se habían cabreado conmigo. No confiaban en mí, ni yo en ellas. Me odiaban. Y yo no las soportaba. Pero, cada día que pasaba, me sentaba en mi silla y seguía leyendo sus manuscritos; diseccionándolos parte a parte, buscando cualquier detalle, por insignificante que fuese, y así echarlos para atrás. O tratar de mejorarlos.

Y aunque me jodía bastante admitirlo, la última charla con Dánae me obligó a replantearme algunas cosas que ya daba por hechas. El que ella me hablase con tanta emoción por un manuscrito cualquiera que cogió de mi despacho me hizo replantearme si el problema real no era yo. Si mis autoras, después de todo, no llevaban algo de razón.

Luego veía lo que ponían sobre mí y sobre el sello en redes sociales, y se me pasaba.

Por eso no quería que trascendiera que Barbie Cowboy me había colocado en un sitio delicado sobre el tablero que representaba su familia. Incluso si desde fuera parecía una gilipollez, desde dentro era un asunto crítico. No necesitaba darle más motivos para que hablasen de mí. Eso me jodía. Me jodía más de lo que estaba dispuesto a decir en voz alta.

Me había convertido en un cobarde sin darme cuenta, y ni siquiera movía un dedo con la idea de cambiar todo lo que estaba mal en mi vida.

¿Hasta cuándo aguantaría así?

Después de comer, nos fuimos al jardín delantero a tomar una copa y seguir hablando. Arantxa lo había decorado todo de manera exquisita. Se notaba de lejos que le encantaba colocar cada pieza en el lugar correcto y que los demás mostraran su agrado de un simple vistazo.

En la editorial era igual, solo que más exigente, si cabía. No con ella, sino con los autores con los que trabajaba.

Muy en el fondo, no éramos tan diferentes.

—¿Y cómo planeas hacer la portada? ¿Con lápiz, carboncillo? —Retomó el tema una vez nos acomodamos en las sillas de mimbre que había alrededor de la mesa. Tanto Hugo como Marta jugaban a un par de metros con uno de los balones que tenían desperdigados por allí—. Nunca habíamos trabajado con un ilustrador.

—Se nota. —Dánae hizo una pausa, quizá barajando que no hubiese dicho algo ofensivo—. Pero no, será digital.

—¿Digital? ¿Desde cuándo trabajas tú de esa manera?

—Desde siempre —repuso, encogiéndose de hombros.

Hubo sorpresa en los ojos de Arantxa.

«Joder, no conoce de nada a su cuñada», pensé, entre asombrado e incrédulo.

—Entonces ¿ahora trabajas también para Merika?

—Claro que no. Solo es algo puntual. Realmente la historia es una pasada. Me hubiera encantado seguir leyéndola. —De pronto, su voz tomó un matiz dulce y emocionado. Igual que aquel día, en mi despacho, con el manuscrito en la mano—. Tenéis mucho talento en la editorial.

—El Editor Cabrón no opina lo mismo —dijo, mirándome de soslayo—. Las tiene a todas acojonadas.

—Si estuvieran acojonadas, ya os habrían puesto una demanda. —Le restó importancia la rubita con un aspaviento de la mano—. Solo intentan obtener un mejor trato. También me quejaría si no me permitiesen publicar mis novelas bajo mi criterio.

Sentí el ataque directo en el pecho, como el impacto de una bala. Pero viniendo de Dánae no dolía tanto. Porque a ella sí que la escuchaba. Porque a ella sí que la tenía en cuenta.

—¿Lo ves, Martín? Hasta Dánae dice algo sensato de vez en cuando.

—O las dice más veces, pero tú no la escuchas —sugerí, y me coloqué las gafas de sol para no tener que esconder demasiado mi expresión de fastidio.

—Veo que estáis consolidando muy bien vuestra relación. —La ironía en su voz hacía juego con su expresión de fastidio—. ¿Vais a ir juntos a la entrega de premios de Merika?

Mierda, se me había olvidado por completo la dichosa fiesta de la editorial.

—¿Entrega de premios? —preguntó Dánae, confusa.

De pronto, estar bebiendo un poco de té helado me parecía una aberración. Con lo mucho que me quemaba el pecho, necesitaba un buen whisky. Cargadito.

—Una vez al año, se hace una entrega de premios a los autores que más han vendido o que más premios han ganado a lo largo del año. Es una forma de compensarlos por su duro trabajo —explicó Arantxa con movimientos de sus manos.

—Es una gilipollez —solté, incapaz de callarme.

—No lo es —me rebatió Arantxa. La editorial se deja mucho dinero para que sea un evento único y especial, una noche que ninguno olvidemos.

—Una gilipollez —repetí.

—Ay, pues me parece una idea superchula. —Dánae jugueteaba con su pelo, emocionada de pronto—. ¿Hay que ir de etiqueta?

Arantxa bizqueó. Su mirada fue como la de una madre agotada de lidiar con las tonterías de su hija.

—Es obvio que sí —respondió.

—Ah. Tendré que buscar algún vestido bonito.

«Espera, ¿qué?». La miré y ella encogió uno de sus hombros. Se acababa de autoinvitar a una fiesta que me importaba una mierda. Genial.

No había pensado en ir mucho rato. Me daba mucha pereza tener que poner buena cara delante de las autoras que estaban tirando por el fango mi imagen y mi reputación. Pero eso, al parecer, no le importaba a nadie.

—Más te vale que no sea un vestido del Primark —advirtió Arantxa—. Allí se va elegante, Dánae.

—¿Quién ha dicho que me compre nada en el Primark? Sé que en los eventos de este calibre se va elegante, no es necesario que me lo digas.

Marta apareció en ese momento, con las mejillas arboladas, y tiró de la mano de su padre para que los acompañara a jugar al fútbol. Me sorprendió lo calladito que era Gonzalo. Un sujeto pasivo en todas las conversaciones que su mujer o su hermana mantenían. Prácticamente, vivía en su propio mundo. Y, en cierto modo, me dio algo de envidia.

—Lo digo en serio, Dánae —insistió su cuñada, más seria que unos minutos antes—. No nos dejes en vergüenza, por favor. La editorial está llena de gente con criterio y cierta educación. No hay gallinas cacareando por ahí.

La rubia puso los ojos en blanco y se terminó el té de un trago.

Una vez más, consentía las humillaciones de Arantxa. Una vez más, cerraba el pico.

Seguía sin entenderlo. Y cada vez me enfadaba más la situación.

—Voy a jugar con los chicos.

«Bomba de humo. Qué clásico», pensé. La vi alejarse y no la detuve. Entendí que hasta ella se cansaba de los desplantes de su cuñada.

—¿Siempre eres así con ella?

Arantxa pestañeó.

—¿Así cómo?

—Tan desagradable.

—No soy desagradable, Martín. Pero ella es capaz de presentarse con un vestido de quince euros y una raya negra en los ojos más larga de que la M—30. Creo que ni siquiera conoces a tu novia.

Quise preguntarle qué importancia tenía maquillarse de esa manera o vestirse con una prenda de quince euros, pero no quería darle pie a Arantxa a seguir dudando de lo nuestro.

—A lo mejor es que no me interesa mucho cómo se viste.

—Pues deberías. Mírala hoy, con su vestido rosa fucsia y esas zapatillas manchadas de tierra. Es que no se da cuenta de la imagen que ofrece a los demás.

Dirigí mi mirada en la misma dirección de la de Arantxa y me percaté de una cosa: Dánae iba preciosa. Muy en su línea. El pelo ondulado y rubio brillándole cuando el sol daba directo sobre ella. El lazo a juego con el vestido. Las zapatillas que desentonaban con el resto del *look*. Era Barbie en su mejor momento. ¿Acaso no lo veía Arantxa?

—De todos modos —prosiguió ella, sin moverse ni un poquito—, no os veo muy unidos.

—¿A qué te refieres?

—Ni un abrazo, ni un beso. No sé, algún tipo de muestra de afecto típica de las parejas. ¿Por qué estáis tan fríos el uno con el otro? ¿Ya te has cansado de ella?

—Eso se hacía cuando teníamos quince años, Arantxa. Uno, cuando crece, deja de comerle la boca a su novia delante de todos.

—No me refiero a eso y lo sabes. Estáis tiosos y distantes, y apenas os miráis. ¿De verdad sois novios? —enarcó una ceja al lanzar la pregunta.

—Sí —respondí, hastiado.

—No lo parece —repitió.

—¿Y qué? ¿Ahora estamos obligados a actuar como tú quieras?

—No, claro que no. Pero...

—Voy a jugar con los chicos —dije, imitando a Dánae y levantándome de golpe—. Luego hablamos.

Arantxa apretó los labios, rabiosa, aunque no dijo nada. Tanto mejor, así me ahorraba el defender mi relación ficticia delante de sus narices solo porque desconfiaba de todo y de todos.

Me acerqué a Dánae y los demás, que jugaban al fútbol entre risas. Ella, de espaldas a mí, no se percató de que estaba tan cerca y cogió carrerilla, alejándose de la portería, para poder chutar. Pero no llegó demasiado lejos: su menudo cuerpo acabó chocando contra mi pecho y Dánae pegó un grito.

Riéndome por su reacción, la sostuve de la cintura para que no se cayera de bruces contra el suelo. Solo le faltaba romperse un diente.

—Por alguna extraña razón que desconozco, siempre nos tropezamos el uno con el otro —murmuré cerca de su oído.

Sus mejillas enseguida adquirieron un tono rosado adorable.

Tenía su espalda pegada a mi torso, su calor traspasándome, colonizando todo mi ser y todos mis sentidos, y lo sentí tan extraño. Hacía demasiado que una mujer no se acercaba a mí, incluso si era por error.

Era tan inesperado.

Tan cálido.

Recordé las palabras de Arantxa, su desconfianza, y actué sin pensar: deslicé la mano por su brazo desnudo, desde el hombro hasta la muñeca, y disfruté del escalofrío que la recorrió. De su rubor intenso. De su respiración errática.

—Oye, me estás tocando con demasiadas confianzas.

—Se supone que eres mi novia.

—De pega.

—¿Y qué?

—Pues que no tienes permitido propasarte —balbuceó ella.

—¿No?

La duda se reflejó en sus ojos claros. No presté atención a lo que ocurría a nuestro alrededor, sino a ella. A Dánae.

Mi mano la agarró con fuerza y la hice girar sobre sí misma, hasta que quedamos cara a cara. Su respiración se agitó más, si cabía. Con los labios entreabiertos y aún más confusa que antes, Dánae se quedó estática como una piedra. Demasiado tensa.

—¿Te desagrada mi cercanía?

Pensé que asentiría con la cabeza y me empujaría lejos.

Sin embargo, su respuesta me sorprendió.

—No.

—Bien. Eso lo hace más fácil.

—¿Qué?

No le dejé formular la frase porque callé su voz al tomar su boca en un beso que parecía sacado de una película de sobremesa de un domingo por la tarde. Fue tosco, algo torpe y nada romántico. Lo noté enseguida, cuando Dánae se aferró a mi camisa con la mano libre, como si luchara consigo misma para alejarme y acercarme más.

Ninguno estaba cómodo con aquello. Era demasiado forzado.

Fue entonces que me separé a la fuerza, le tomé el mentón y deslicé el pulgar por su labio inferior antes de besarla una segunda vez. Y en esta ocasión, sí hubo chispa. Hubo atracción. Hubo fuego.

Y por primera vez tuve miedo de arder por completo.

Capítulo 13

A Barbie nunca le gustó Ken. O Ken era un inútil en la cama

DÁNAE

Me estaba besando. Me estaba besando. Me estaba besando.

Martín me estaba besando. A mí.

Besándome.

«Oh, por Miguel Ángel Silvestre», pensé. «Esto es mejor que en las películas románticas».

Dentro de mi pecho saltaban chispas. Fuegos artificiales de colores y de distinta intensidad. Martín besaba tan bien que ni siquiera me nació quejarme porque me estuviera comiendo la boca sin mi permiso, delante de mi hermano, mi cuñada y mis sobrinos en el jardín de atrás. Ninguno de ellos importaba mientras él siguiera deslizando su lengua sobre la mía, sus labios sobre los míos; saboreándome como si fuera el mejor helado de todos.

A pesar de que mi corazón se saltó un latido, lo noté palpitar mucho más rápido que segundos antes. La adrenalina corría por todo mi ser sin que hubiese nada capaz de detenerla. Y ya fuese porque llevaba tiempo sin ser besada o porque me gustaba que fuese él y no otro, acabé rodeándole la muñeca con la mano y rozándole el dorso con el pulgar.

Había echado mucho de menos compartir un gesto tan íntimo con otra persona. Los besos, cuando se daban bien, eran capaces de crear un puto tsunami. Desatar la tormenta del siglo. Y de crear una sensación de paz casi asfixiante. Conseguían que las rodillas te temblaran igual que si fueran de gelatina y te convertían en un dulce y blandito algodón de azúcar a punto de deshacerse en contacto con el agua.

Justo lo que me estaba ocurriendo a mí a medida que le correspondía como si no fuese una puta locura. Algo totalmente demencial entre dos personas que no eran pareja, ni lo serían.

Pero si no éramos nada, ¿por qué notaba ese cosquilleo en el abdomen? ¿Por qué había tanta tensión acumulada entre nosotros y a punto de explotar?

Cuando Martín se separó de mí, no supe qué decir. Mi mente estaba en blanco. Y él no se dio prisa en erguirse de nuevo y alejar la mano de mi mentón.

Cruzamos una mirada, y las chispas saltaron de nuevo.

Joder, necesitaba otro beso. Y otro más. Y millones, de ser necesario.

—Eh, tortolitos —nos llamó mi hermano Gonzalo, con las manos en las caderas a dos metros de nosotros—. ¿Vais a seguir jugando o qué?

Mi primera reacción fue reírme tontamente, igual que una adolescente en su primera cita.

No sabía por qué Martín se había tomado el atrevimiento de besarme, pero aquel no era ni el lugar ni el momento para las dudas, por lo que decidí apartarme de él —las piernas temblándome más que nunca— y chutar el balón como única respuesta a la pregunta de mi hermano.

Continuar con aquel minipartido fue una tortura. Ninguno de mis sentidos trabajaban con normalidad. Todo lo que había en mi cabeza estaba relacionado con Martín y el beso. Incluso él jugaba con cierta torpeza. No fue hasta que llegó la hora de la merienda, un rato después, que nos quedamos a solas mientras mi cuñada sacaba los bizcochos a la mesa del jardín y mi hermano la ayudaba, cuchicheando por lo bajo.

«Joder, seguro que comentan algo. Seguro que nos llaman la atención. Es la segunda vez que hacemos algo en su jardín», pensé. Porque Arantxa y Gonzalo ignoraban que dentro de la casa de muñecas nunca hubo besos ni manoseos. Solo una botella de vino y dos personas tropezando.

—¿A qué ha venido lo del beso? —me atreví a preguntarle en voz baja, por temor a que Arantxa escuchara algo.

—¿No te ha gustado?

—No me respondas a mi pregunta con otra pregunta, Cascarrabias.

—Las parejas se besan —encogió uno de sus hombros, como si no tuviera nada de importancia a lo que acababa de ocurrir entre nosotros—, y se muestran afecto. Nosotros parecíamos dos vecinos que se han encontrado en el ascensor y no saben de qué hablar.

Noté una sacudida en el estómago. Decepción. Un poco de tristeza. Y el puto globo desinflándose por completo.

Pues claro que no me había besado por interés, sino por mantener aquella farsa. Si es que era tonta. Al final Eva y Dylan iban a tener razón, y yo me encoñaba muy rápido, pero también me hacía ilusiones con los demás a la velocidad de la luz.

Martín solo me utilizaba para que su reputación no se viera aún más perjudicada. Lo demás le daba igual.

—Ah, genial. Avísame a la próxima y le pongo más gana —gruñí.

—¿Te ha molestado?

—¿Tú qué crees?

—Que el beso era muy real.

La cara me ardió.

Para mí lo había sido, joder. Tan real como la rabia que me embargó al leer las memorias de Britney Spears y descubrir que Justin Timberlake fue mucho más cabrón de lo que pensábamos.

Algunas emociones no se medían, pero tampoco se fingían.

—Claro que no —mentí, con los dientes apretados.

—¿No? Hasta te has agarrado a mí. Admítelo, Barbie: ha sido un beso de película.

«De película sí que sería la patada en los huevos que te mereces, capullo». El pensamiento resbaló por mi cabeza, encendiéndome aún más. Si es que era tonta. Y crédula.

—Eso es lo que te gustaría a ti, desde luego. —Me aparté el pelo del hombro en un gesto que pretendía ser desdeñoso—. Que todas las mujeres caigan a tus pies por un mísero beso y luego ir por ahí caminando igual que un pavo real.

—¿Mísero beso? —repitió él, contrariado. Por el rabillo del ojo capté que abría y cerraba la boca varias veces—. Un poco más y se te doblaban las piernas, Barbie Mentirosa. ¿Cómo vas a definir lo que acabamos de hacer como mísero besito?

—¿Quién te crees que eres ahora, Cascarrabias? ¿El prota de un libro romántico?

—He leído los suficientes para saber que ese tipo de hombres no existen.

—Exacto. Ahí es donde iba. —Le guiñé un ojo—. Te queda mucho para que un beso tuyo me ponga a temblar.

—Así que si ahora mismo te besara de nuevo, no se te doblarían las rodillas.

—Ni un poquito.

—¿Segura? —preguntó, y en sus ojos brilló una emoción que no supe descifrar.

—Sí.

«Mentirosa, mentirosa, mentirosa», me dijo una vocecita en mi cabeza. «Estás a punto de caerte al suelo y hace un buen rato que te ha besado».

—Genial. Eso significa que podré besarte siempre que me dé la gana, sin temor a que se te mojen las bragas y se te doblen las rodillas. Sería una pena que acabaras con tremendo calentón y que nadie se hiciera cargo de él, ¿verdad, Barbie Cowboy? —susurró cerca de mi cara, con una sonrisa canalla curvándole los labios—. No querría ser yo el que te castigara de ese modo. Seguro que las botas no son de pega y que sabes cabalgar como en el lejano Oeste.

El corazón se me subió a la garganta tan rápido que me faltó el aliento. O quizá fue el cúmulo de palabras malsonantes que me hubiese gustado gritarle a modo de defensa y que formaron un nudo capaz de asfixiarme. Pero, al final de todo, mi cuerpo reaccionó como el traidor que era: temblando como una hoja y subiendo la temperatura al menos dos grados.

Y sí, también mojando mis bragas.

Un poquito.

—¿Todavía sigues con esa idiotez de la venganza? ¿Después de que te estoy ayudando? —me quejé. Mi voz se escuchó como el graznido de un pájaro.

—Una cosa no quita la otra, rubita. Aún te mereces un buen castigo por mentirosa. Y ya he contado dos embustes. —Alzó los dos dedos y los agitó en el aire—. ¿No será que te apetece recibir un buen escarmiento?

«Pues ven y dámelo, así no me quedo con las ganas». El pensamiento resbaló por mi cabeza y me hizo sentir aún más expuesta. Como si él tuviera el poder de leer los pensamientos ajenos y supiera la cantidad de imágenes lascivas que me atacaban sin piedad. «Menuda tontería».

—Te decepcionarías. Soy un poco adicta a pasarlo mal. La vida no me da tregua, así que tú serías un paréntesis más que bienvenido —bromeé—. Das un poco de miedo, pero no tanto como el karma.

Martín enarcó una de sus cejas.

—¿Eso piensas?

—Hay cosas que son muy básicas en mi vida, Cascarrabias. Pero tú aún no te has dado cuenta.

—De hecho, todo lo que he visto hasta el momento de ti me dice justo lo contrario. Eres una caja de sorpresas, Barbie Cowboy.

Me reí por su comentario.

—¿Yo? Pero si soy más simple que el mecanismo de un chicle, por favor.

—Y tampoco te ves a ti misma como en realidad eres —contraatacó Martín.

Sus palabras me callaron de golpe. ¿Cómo que no me veía con claridad? Vale que tenía problemas de autoestima, como todo el mundo. Ni me veía guapa, ni interesante, ni una persona con la que uno fuese capaz de pasarse horas hablando sin parar de cualquier asunto; pero de ahí a tener una imagen totalmente distorsionada de mi persona había un trecho.

—¿Te estás burlando de mí? —me atreví a preguntar.

—No. —Sonó sincero.

—Vale.

Nos sentamos en la mesa de nuevo y cogí uno de los vasos de zumo. Me sentía mucho más tranquila en ese momento que cuando llegamos por la mañana. Por lo menos mi cuñada no se estaba comportando como una neurótica, ni metiendo demasiado las narices donde no la llamaban. Y si de paso servía para que se creyera de una buena vez que tanto Martín como yo éramos pareja, una consolidada, mucho mejor. Eso me ahorraría escuchar sus teorías ridículas acerca de mi vida privada.

—Si sois novios, ¿por qué no vivís juntos? —preguntó Marta al cabo de unos minutos, mirándonos con esos dos ojos grandes y expresivos que tenía.

Casi me atraganté con el trozo de bizcocho que mordisqueaba.

Los niños siempre, siempre hacían preguntas difíciles de responder. Y Marta era experta en eso.

—Es que no todos los novios viven juntos —le aclaró Gonzalo, sentado a su lado.

—¿Por qué no? —insistió mi sobrina.

—Porque solo viven juntos los que van a ser papás.

Marta cabeceó en señal de asentimiento. Explicarle las cosas de esa manera era mucho más inofensivo que decirle la verdad.

—¿Por eso la tía Danonina y el tío Martín jugaban a las casitas en el jardín? ¿Porque quieren ser papás?

La mano me temblaba un montón cuando decidí coger el vaso de zumo y bebérmelo de golpe. ¿Es que no podía detener ese aluvión de cuestiones absurdas? Adoraba a mi sobrina, pero no quería pasar por eso otra vez. ¡Que no habíamos hecho nada, maldita fuese!

—Solo nos contábamos secretos —explicó Martín con mucha más calma de la que yo experimentaría jamás—. Pero tú nos interrumpiste.

—Ah. —Marta asintió, conforme—. La próxima vez yo también os contaré secretos. —Y se rio.

Tras una merienda rápida, mis sobrinos se metieron en casa a jugar a la consola un rato, y Gonzalo se despidió de nosotros porque le tocaba trabajar de noche ese día en la empresa y necesitaba echarse un rato. Finalmente, nos quedamos los tres a solas, con el sol marchándose poco a poco y la brisa fresca enfriándonos.

—¿Quieres que vayamos juntas de compras esta semana?

Me quedé de piedra ante la propuesta de mi cuñada.

Ella y yo no habíamos salido juntas ni a comprar el pan.

—¿De compras?

—Para elegir vestido. La fiesta es dentro de dos semanas.

—Ah. No, tranquila. Iré con Eva y Dylan.

—¿Segura?

Joder, ¿por qué todo el mundo dudaba de lo que decía? ¿Es que mi palabra no valía nada?

—Sí —dije algo cortante.

—Solo te pido que no elijas nada, ya sabes, de tu estilo. Coge algo de color oscuro. El negro siempre es un acierto.

A mí no me gustaba ese color, me hacía sentir una gótica adolescente, o alguna viuda que aún guardaba luto por su marido. Prefería colores más vivos, como el rosa, pero no se lo dije porque Arantxa jamás lo entendería. Y también porque llevaba razón: a ciertos eventos no se podía presentar una metida en unas botas de cowboy rosa chicle y un top de lentejuelas gris, por mucho que le apeteciera.

—Claro.

—Y compórtate también. Es una noche muy importante.

—Vale.

Arantxa asintió con la cabeza, conforme. Aquella era la única manera de que me dejase en paz. Aunque probablemente me volvería a escribir durante esos días para confirmar que ya tenía el vestido y los zapatos, y había pedido cita para la peluquería. Siempre era así con todo el mundo en los eventos más importantes, como cumpleaños o navidad; volvía a la familia Masaveu completamente loca.

—Deberíamos irnos —sugirió Martín, echando un vistazo al reloj—. Es tarde.

—Sí, lo cierto es que sí.

—Nos lo hemos pasado muy bien —dijo él, a todas luces exagerando.

Me mordí la punta de la lengua para no echarme a reír. «Qué mentiroso, por favor», pensé.

—Ya quedaremos otro día —sugirió mi cuñada—. Así hablamos más.

«Sí, hombre. En eso estaba yo pensando, en hacer un ritual de comidas familiares cada fin de semana». Opté por callarme la boca y sonreír con desgana. Mi psicóloga Carmen ya me había advertido de la importancia de usar un filtro a la hora de decir según qué cosas o, en su defecto, callarme sin más. No todo lo que pasaba por mi cabeza necesitaba ser dicho en voz alta. Y estaba claro que aquello era una de esas cosas.

—Claro —dijo Martín, en cambio, colocándose las gafas de sol sobre la cabeza—. Nos vemos el lunes en la editorial.

—Adiós, cuñada —me despedí con la mano.

No me sentí a salvo hasta que estuvimos dentro del coche. Nada que tuviera que ver con mi cuñada me daba paz. Allí dentro me sentía en terreno enemigo todo el tiempo, como si estuviera en los mismísimos Juegos del Hambre.

—Ha sido la comida más aburrida a la que he asistido —soltó de golpe Martín cuando nos

incorporamos a la carretera que nos llevaba de vuelta a Barcelona.

—¿Y te sorprende? Arantxa no es que sea la reina de la fiesta, sinceramente.

—Me da un poco de alergia las personas que se creen que es divertido quedar a comer los sábados al mediodía o algún día casual, y ver cómo sus hijos chutan un balón mientras los adultos hablan de gilipolleces.

—Tomo nota: no te gusta el ambiente familiar.

—No he dicho eso.

—Es lo que has dejado caer —insistí—. No pasa nada, no es algo malo. Que una persona no se sienta cómoda entre un matrimonio aburrido no quiere decir que sea un pecado capital.

—Tus sobrinos no son el problema.

—Lo sé. Y, aunque lo fuera, no vas a verlos demasiado —le recordé.

Martín hizo una mueca.

—Arantxa no se cree demasiado nuestra relación. Dice que nos comportamos como si fuéramos dos extraños.

—Quizá es porque lo somos.

—Pero ella no lo sabe.

Un pensamiento fugaz cruzó mi mente.

—¿Me has besado para demostrarle que somos una pareja feliz?

A juzgar por su expresión, era un sí.

«Tocada y hundida».

—Ya veo —musité—. Solo importan las apariencias.

—Te he besado porque me ha dado la gana. Tal vez incentivado un poco por las palabras de Arantxa, pero no haría nada que no estuviera dispuesto a hacer por mí mismo.

—¿Y cómo me tomo eso?

—Como lo que es, Barbie Neuras: te he besado porque yo quería.

Un cosquilleo se extendió por mis labios al recordar el beso.

—No sé si me voy a sentir cómoda compartiendo besos y abrazos contigo delante de los demás. Es que se me da fatal fingir las cosas.

—Pues no las finjas, rubita.

—Te recuerdo que nuestra relación es ficticia. Todo lo es.

—¿Todo? —preguntó, y aprovechó que estábamos parados en un semáforo en rojo para mirarme fijamente.

Las entrañas me ardieron. Ese hombre conseguiría que mis huesos ardiesen de un segundo a otro si continuaba observándome igual que un depredador dispuesto a cazar a su presa.

—¿A qué te refieres?

—Ya te lo he dicho antes, rubita: te ha faltado muy poco para terminar hiperventilando y con las rodillas en el suelo.

No supe por qué, pero su última afirmación sí que me puso nerviosa. Quizá porque mi mente se empeñó en dibujar una imagen subidita de tono que no casaba para nada con la realidad, ni con

el momento que estábamos viviendo, donde yo, agazapada entre sus piernas, terminaba lo que empezó en el parking de la editorial.

—Eres un fantasma —le eché en cara, mucho más histérica que cuando me besó y, efectivamente, mis piernas temblaban como si fuera de mantequilla derretida—. Muy pronto se te sube a ti a la cabeza el que una mujer responda a un beso que has empezado tú.

—Nunca se trata de que te correspondan, Barbie Cowboy; sino de cómo te besen de vuelta.

Mierda, no se me ocurrió nada con lo que responder a su acusación.

—Un beso no tiene más misterio si lo haces por pasar el rato o por compromiso. Pero cuando alguien te besa con ganas es como si te explotase el universo entero en el paladar —insistió él.

—Una forma muy poética de verlo.

—Y a ti no solo te han explotado fuegos artificiales en la boca, rubita. Diría que hasta te pusiste cachonda.

La chulería de aquel tipo no conocía límites. Tampoco su ego. ¿Cómo podía afirmar tales cosas sin que le temblara el pulso? Y lo peor es que ni siquiera sonreía ladino; su expresión era tan serena como cuando hablaba del tiempo.

—Eso ya es venirse muy, muy arriba, Cascarrabias.

—¿Me lo vas a negar?

—Mira por dónde, sí. Básicamente, porque yo no me excito con besos. De nadie.

—Venga ya.

—Es cierto —insistí, ansiosa por apagar aquella llama de su imaginación. Ni de broma le iba a permitir que se fuera a casa creyendo que me mojaba las bragas solo con besarme o tocarme—, soy una frígida. Todos los tíos con los que he salido me lo han dicho. Así que bájate de la nube, Cascarrabias. Conmigo no te va a servir nada de lo que hagas.

»Y ya que sale el tema, déjame decirte un par de cosas —alcé un dedo de la mano—: no vuelvas a besarme sin pedirme permiso y —alcé un segundo dedo— tampoco vayas hablando de esto con tus amigos. Si alguien te pregunta qué tal nos va en la cama, cosa que me parece demasiado, pero hay gente para todo, diles que bien y ya. Somos compatibles debajo de las sábanas.

—¿Compatibles? No, espera. Hay algo que no. ¿Cómo vas a decir que eres frígida si te has puesto a temblar cuando te besaba?

—Hacía frío. —Me encogí de hombros.

—Los cojones. Tú no eres frígida.

—¿Podemos no hablar de mi vida sexual? —pregunté, algo avergonzada.

—Si has sacado tú el tema.

—Porque necesitaba hacerte entender que no ha pasado lo que tú crees. No me he puesto cachonda. Nada me excita. Pero eso no quita que mis dos normas sean básicas si quieres seguir con esta farsa.

—Muy bien —accedió Martín, a desgana.

—Estupendo.

Martín me dejó en la puerta del edificio donde me recogió esa misma mañana que estaba a solo

diez minutos de donde vivía su abuela. Por eso la conocía tan bien y solían pedirme alguna que otra reunión para enseñarles los juguetes sexuales que teníamos en el catálogo de novedad de la página web.

Pensar en consoladores y fustas me incomodó un montón. No me apetecía seguir ese hilo en presencia de Martín. Con que supiera que era un trozo de hielo, una muñeca de plástico en la cama, era más que suficiente. Así no trataría de cruzar la línea entre lo real y lo ficticio.

—Gracias por acercarme. Nos vemos en... No sé, ya nos veremos —le dije cuando me bajé del coche, antes de cerrar la puerta.

—Oye, Barbie Cowboy —me llamó él, y yo tuve que encorvar la espalda con la idea de verle la cara mientras hablaba—. Dirás lo que quieras, y no te voy a poner en duda porque te conoces mejor que nadie, pero seguiré apostando a que si esta tarde, después de besarte, te hubiera metido la mano debajo del vestido, mis dedos hubiesen quedado empapados. No eres frígida, solo te has acostado con imbéciles. Hay muchísimo fuego en ti, rubita.

Abochornada hasta límites estratosféricos, y sin saber qué decir, balbuceé un «hasta luego» antes de caminar igual que Bambi recién nacido hasta el portal de mi casa. Una vez allí, me apoyé en la puerta cerrada y respiré hondo.

Pero ¿qué coño pasaba conmigo?

Capítulo 14

DÁNAE

Grupo de WhatsApp: El club del nabo

El Cid Salseador: O sea, ¿me estás diciendo que te ha metido la lengua hasta la campanilla sin venir a cuento?

Danonina Sin Lactosa: Sí.

Eva Sin Pecado Original: NO ME JODAS.

Danonina Sin Lactosa: Por lo visto, mi cuñada dejó caer que no parecíamos novios y él ha decidido demostrárselo pegándome un morreo delante de ella. Menudo jeta.

El Cid Salseador: ¿Cómo que jeta? Si es lo mejor que te ha podido pasar: que te coma la boca. ¿Besa bien?

Eva Sin Pecado Original: ¿Tú querías que te besara?

Danonina Sin Lactosa: ¡No! A ver, no me había planteado que en algún momento pasaría. Y hubiese preferido que no fuese en casa de mi cuñada.

El Cid Salseador: ¿Por qué? Si es mejor que Arantxa no sospeche.

Danonina Sin Lactosa: Porque ahora será más real que antes, ¿entiendes? Y la gente se tomará demasiado en serio la ruptura. Me harán preguntas y dirán: «Joder, qué patética. OTRO TÍO QUE TE DEJA».

Eva Sin Pecado Original: Pues déjale tú a él.

Danonina Sin Lactosa: No lo había pensado.

El Cid Salseador: Por favor, dejemos de hablar de rupturas. A nadie le importa quién deje a quién. Aquí lo que de verdad nos interesa es: ¿besa bien? Responde, mamarracha, que me tienes en un sinvivir.

Eva Sin Pecado Original: Es que le ha dado plantón a su ligue de hoy por quedarse cotilleando en el chat.

Danonina Sin Lactosa: Ostras, lo siento, cariño.

El Cid Salseador: Un polvo se puede echar cualquier día de la semana. Pero que le coman la boca a mi amiga, la virgen 2.0, pues no ocurre todos los días.

Danonina Sin Lactosa: ¿Cómo que virgen 2.0? El himen no se regenera de la noche a la mañana.

Eva Sin Pecado Original: Ni una deja de ser virgen por tener o no himen.

El Cid Salseador: EXACTO. ¿Vas a responder o tengo que pasar fotos de nabos?

El Cid Salseador ha enviado cuatro archivos:

Minabo.jpg

Nabosgrandes.jpg

Nabosymelocotones.jpg

Panaboyo.jpg

Eva Sin Pecado Original: JA, JA, JA. ¿Por qué pasas fotos de nabos vestidos de cosas?
Estás fatal de lo tuyo.

El Cid Salseador: Hay que motivar a la niña, chochopan.

Danonina Sin Lactosa: Ni voy a abrirlos. PERO sí, besa bien. Besa muy bien.

Eva Sin Pecado Original: ¿No me digas que te has encoñado con él?

Danonina Sin Lactosa: ¡No!

El Cid Salseador: ¡Sí que sí! ¡Seguro que se le ha derretido el chocho mientras le comía la boca!

El Cid Salseador ha enviado un audio: Oh, sí, Martín: muérdeme el tanguita. Eres el único capaz de provocarme placer. MMMMMHHHHH.

Eva Sin Pecado Original: JA, JA, JA. ¿Por qué pones esa voz de actor porno?

Danonina Sin Lactosa: Quién quiere enemigos teniéndooos a vosotros al lado.

Eva Sin Pecado Original ha enviado una foto.

Perdóooooon.jpg

Danonina Sin Lactosa: No se me ha derretido nada. Solo sentí un cosquilleo en el pecho y casi se me doblan las rodillas. Nada más. Se me pasó en cuanto supe que me había besado por compromiso.

El Cid Salseador: Ajá, por compromiso. Por eso le has dicho que eres una frígida, ¿no? Porque no has captado a la primera que te quiere enterrar la sardina.

Eva Sin Pecado Original: Hombre, sospechoso es. Si te dice que te notó cachonda, es que tuviste que ponerte tontorrón.

Danonina Sin Lactosa: Eso no pasó. Nunca me pongo cachonda, joder. Nada me excita realmente.

El Cid Salseador: Permíteme dudarlo. Lo que pasa es que siempre has visto el sexo como algo solitario, por eso te conformas con el Patito Dicky.

Danonina Sin Lactosa: Lo que yo haga en mi intimidad es asunto mío.

Eva Sin Pecado Original: Nadie lo niega. Pero, oye, que seáis una relación falsa no significa que no podáis follar en caso de que exista atracción, ¿no? Un polvo no cambia nada, solo te relaja el cuerpo y te mejora la piel.

El Cid Salseador: Y te abre todos los chakras.

Danonina Sin Lactosa: ¿Cómo voy a acostarme con Martín?

El Cid Salseador: Pues sin dramas, mujer. Le dices que quieres comerle todo el nabo y que te alegre la pepitilla con la lengua. Y luego le dices que te ponga mirando *pa'* Cuenca. Fácil y para todo el mundo.

Danonina Sin Lactosa: No voy a acostarme con él.

Eva Sin Pecado Original: ¿Tanto miedo te da?

Danonina Sin Lactosa: ¡No es miedo! Es que simplemente no me atrae.

El Cid Salseador: Qué mentirosa.

Danonina Sin Lactosa: ¿Y tú qué sabes?

El Cid Salseador: Si no te atrajera ni un poquito, no nos habrías mandado un audio de once minutos, ONCE MINUTOS, PEDAZO DE LOCA, nada más llegar a casa. Te habrías reído o quejado, y hubieras pasado del tema. Pero le estás dando vueltas porque en el fondo ha encendido la llama de la duda en ti.

Eva Sin Pecado Original: Opino igual. Pero que no sirva de precedentes.

Danonina Sin Lactosa: Pero...

El Cid Salseador: Que yo no te voy a obligar a tirártelo, de verdad. Debes ser tú quien lo decida. Pero, chochopan, el tío está bueno y te anda provocando. ¿Qué más te da? ¿No sabes que es mejor arrepentirse de lo que se hace que de lo que se deja pasar?

Danonina Sin Lactosa: Esa filosofía de vida es peligrosa.

Eva Sin Pecado Original: Solo sería un polvo. Pruebas y, en caso de que no te guste, no repites. Si de todos modos no os vais a ver una vez se acabe todo esto.

Danonina Sin Lactosa: Precisamente.

El Cid Salseador: Tú no le des vueltas y títatelo. Y luego nos cuentas qué tal folla.

Danonina Sin Lactosa ha enviado un archivo.
Loscojones.jpg

El Cid Salseador: ABURRIDA.

Eva Sin Pecado Original: Me voy a la cama, chicos. Pero piénsatelo, neni. El sexo está para pasárselo bien.

El Cid Salseador: Y quitarte las telarañas también te ayudará a quedarte con un buen recuerdo de esta mentira.

Danonina Sin Lactosa: Sois muy mala influencia.

El Cid Salseador: Si lo sabes, ¿para qué nos envías un pódcast?

Danonina Sin Lactosa: YA OS CONTARÉ. Me voy a dormir.

El Cid Salseador: Disfruta de la paja que te vas a hacer esta noche pensando en Martín.

Danonina Sin Lactosa: CERDO. (Pero gracias).

Eva Sin Pecado Original ha enviado un sticker de corazones.

El Cid Salseador ha enviado un sticker de nabos.

Danonina Sin Lactosa ha enviado un sticker de buenas noches.

Capítulo 15

A veces, el Editor Cabrón es, efectivamente, un cabrón

MARTÍN

Que Covadonga me llamase a su despacho no significaba nada bueno. Casi siempre eran malas noticias: vacaciones que se retrasaban, libros que salían mal de imprenta, un certamen que terminaba desierto o, como venía siendo costumbre en los últimos meses, un grupito de autoras cabreadas conmigo que no paraban de quejarse por el trato recibido y la bombardeaban con correos a cada rato.

En serio, ¿cómo eran capaces de mentir tanto? No las trataba mal. Solo era duro con ellas porque me importaba que el producto final, el que llegaba a las librerías, fuese bueno. Una historia que enganchara, que estuviera bien escrita y que recibiera buenas críticas. Pero en cuanto les decía algo, se enfadaban. Y ya no escuchaban nada más.

Era jodidamente frustrante.

No lograba entender cómo lo hacían los editores de romántica de otros sellos, porque en mi caso, por más que me mordiese la lengua, acababa escaldado igual. Cada día se sentía como si caminase hacia la guillotina, donde las autoras me esperaban al otro lado, aplaudiendo, totalmente sedientas de sangre.

Por primera vez en mucho tiempo, comencé a plantearme la posibilidad de ceder mi puesto a otra persona, antes de que el barco se hundiera.

A lo mejor me venía grande lo de ser editor de una buena editorial.

Covadonga, sentada en su sillón favorito, frunció los labios nada más verme.

—Buenos días —saludó con cortesía.

—Buenas.

Esa mañana llevaba un traje a dos piezas de color marrón y una camisa blanca que hacía que su pelo rubio —teñido, y no natural— se viese más apagado que de costumbre. Y por si fuera poco, que tuviera ojeras bajo los ojos y una expresión de funeral no ayudó a que mis nervios se calmaran ni un poquito.

—He recibido un par de emails más de las autoras Phoebe King y Laura Mor —empezó diciendo. Eso me gustaba de mi jefa: no se andaba por las ramas a la hora de dar malas noticias—. Phoebe me ha comentado que le enviaste una lectura inicial de su último manuscrito y lo catalogaste de demasiado comercial, además de decirle que no tenía salida porque ese género ya no se vende.

—Vampiros en una granja que se enamoran de una chica que hace pasteles. ¿De verdad es necesario que explique por qué le dije eso?

—Es una historia original e interesante. Últimamente, se vende mucho *cozy mystery* en las librerías —dijo Covadonga—. Y Phoebe casi siempre alcanza los primeros puestos en las listas de venta. Escriba lo que escriba, será un éxito.

—Me pareció fuera de lugar.

—Pero es que este sello no se mueve alrededor de tus gustos, Martín. Pensaba que eso estaba claro. Debemos hacer un estudio de mercado y comprobar si hay hueco para las historias que nuestras autoras nos confían.

—Dudo mucho que se estén vendiendo historias de vampiros actualmente. La moda pasó hace como diez años —insistí. Porque sí que me fijaba en el mercado editorial, y no solo en el nacional—. La mayoría de las tendencias norteamericanas, que te recuerdo que son las que marcan las modas del año siguiente en el resto del mundo, se dirigen hacia el *romantasy*.

—¿Y qué? Eso no quita que un libro de vampiros y romance llame la atención. E incluso si fracasara, cosa que dudo, sigue siendo una buena apuesta.

—¿Perder dinero es una buena apuesta? —lo pregunté con cierto escepticismo.

—No todos los libros están destinados a vender lo mismo. Y tanto Phoebe como yo estamos de acuerdo en que esta novela tiene todos los ingredientes para ser un bombazo.

—De acuerdo. Dejaré de meterme con el *cozy mystery* —cedí. Total, no iba a cambiar de parecer y mi jefa lo sabía.

Covadonga suspiró. Se la veía cansada. Y frustrada.

—Mira, Martín, aprecio un montón el trabajo que haces y me pareces un editor muy competente, pero estás rozando líneas que no me gustan. Te has obsesionado tanto con la exigencia, con lo que a ti te parece bien o mal, que has empujado a un grupo de autoras a rebelarse contra Merika. Y ya no puedo permitir que esto siga así. No solo porque es ilógico y poco sano, sino porque el sello romántico es el que más dinero genera a lo largo del año, y los de arriba me están presionando para que las autoras publiquen más seguido. Todas nuestras chicas son *bestseller* y deseamos mantenerlas.

Me sentó mal escucharle decir que todo era mi culpa. Como si yo hubiese elegido por propia voluntad que se llegara a ese punto de inflexión.

La mala publicidad nos había calado hasta los tobillos, creando un enorme lago de quejas, de peticiones varias y exigencias. Aun así, ¿yo era el único culpable? ¿De verdad les había empujado a escribir a Covadonga y presionarla para que me diera un tirón de orejas? ¿Por qué no detenían ellas su campaña de odio, para empezar, y luego nos sentábamos a dialogar como personas adultas?

«Probablemente», pensé, enfadado, «esto no es para mí. Seguro que soy el único que cabrea a sus autoras. No estoy hecho para esto. No me merezco el puesto».

Esa verdad explotó dentro de mí y me hizo sentir miserable. De pronto me molestaba la chaqueta, la camisa, el que la ventana estuviera cerrada. Necesitaba aire fresco. Despejarme. Huir.

«Inhalar. Exhalar. Inhalar. Exhalar». Repetía como en un mantra.

—Ayer me reuní con Laura Mor, también, y ella me ha empujado a tomar una drástica decisión respecto al sello romántico. Por eso te he llamado hoy.

Un nudo en mi garganta impidió el paso del aire a mis pulmones.

Me temblaban las manos.

Me sudaba la espalda.

«Inhalar. Exhalar. Inhalar. Exhalar».

—He contratado, de manera temporal, a una editora para que te eche un cable con respecto a los manuscritos. Creo que dos personas seréis capaces de llevar adelante el sello romántico si trabajáis codo con codo. Y, de verdad, Martín —eso último lo dijo con resignación—, espero que reflexiones sobre esto y le des la oportunidad a tu nueva compañera de aportar ideas nuevas y de apaciguar a las autoras.

—¿Cómo? ¿Quién demonios es? —pregunté, contrariado.

Pensaba que me iba a echar a patadas, no a reforzar el sello con otra persona. Otra editora. Alguien que me pondrían mala cara y rechazaría la mayoría de mis decisiones.

No necesitaba ayuda. Lo podía hacer solo. Hablar con las autoras, tranquilizarme, ceder.

«No, no puedes», me atacó una vocecita. «A la vista está, capullo».

—Se llama Martina Nogués y ha trabajado en dos sellos bastante competentes en los últimos cuatro años, además de formar parte de la revista Serendipity Magazine. Ha accedido a echarte un cable durante unos meses. Es muy buena eligiendo manuscritos y haciendo marketing. Estoy segura de que juntos le daréis un empujón al sello y no recibiré ni la mitad de las quejas que estoy encontrándome cada día en mi buzón.

«Perfecto», pensé con ironía. Me acababa de colocar una niñera para que supervisara mi trabajo, porque no se fiaba de mí. De que me esforzaría por comprender a las autoras y hablar con ellas.

Maldita fuese, no quería a Martina Nogués ni a ninguna otra persona metiendo las narices en mi trabajo. Solo necesitaba un poco de tiempo. Bajar mis expectativas y dejar de exigir tanto a las autoras. Seguro que así dejaban de verme como si fuese el jodido Beetlejuice.

—¿Estás bien? —me preguntó Covadonga al ver que no decía nada.

Deduje, por su expresión, que estaba más pálido que un muerto. Que debía salirme fuego por los ojos. Y que mi cabreo creaba un aura rojo intenso alrededor de mi cuerpo, igual que en los dibujitos de la tele.

—No, la verdad.

Covadonga suavizó su expresión. Ella era muy empática y comprensiva. La clase de persona que merecía el puesto más alto en una editorial.

—Es algo temporal. Creo que todos necesitamos un poco de tranquilidad, Martín.

¿Tranquilidad? ¡Me sentía como si hubiese una llama prendida dentro de mi pecho! Me faltaba el jodido aire, y no conseguía hablar. Pero, en el fondo de mi ser, ya sabía que Covadonga no daría su brazo a torcer.

Había perdido aquella batalla.

Autoras: 1. Martín: 0.

—Venga, ánimo. En cuanto se relaje el asunto este de las autoras, nos reiremos de todo esto —insistió mi jefa, sonriendo un poco tensa—. ¿No crees?

—Claro.

Me dijo un par de cosas más, pero el pitido de mis oídos me impidió escucharlo por completo. Salí de su despacho igual que un zombi. Ni siquiera me paré a saludar a nadie. Simplemente, me dejé caer en mi sillón y me froté las sienes con los dedos. El dolor de cabeza que me estaba entrando era insoportable, y el aire continuaba sin llegar con fluidez a mis pulmones.

Lo veía todo negro.

En poco tiempo tendría a otra persona ocupando mi despacho, dándome indicaciones y exigiéndome que tratara de una forma determinada a las autoras. Me hablaría igual que a un niño pequeño que no sabía comportarse. Invadiría mi espacio personal, mi trabajo, y no podría echarla.

Cuanto más lo pensaba, más me cabreaba.

El sonido de la alerta de mi ordenador me hizo girar la cabeza hacia la pantalla. Acababa de llegarme un correo de Dánae. Lo abrí y me fijé en el boceto inicial de la portada: colores llamativos, una pareja desafiándose con la mirada, un montón de corazones, pelotas de baloncesto y flechas. La miré largo rato, hasta que el dibujo se emborronó y mi mente volvió a llenarse de pensamientos intrusivos.

De color negro.

De culpabilidad.

Una niñera. Una compañera. Una supervisora.

Nadie confiaba en mí. Nadie pensaba que fuese capaz de dirigir mi sello.

Me estaban alejando.

Cabreado, y con la mandíbula tensa, casi tanto como el resto de mi cuerpo, le escribí una respuesta a Dánae y apagué la pantalla. No quería saber nada más del asunto. Ni del sello. Ni de Martina. Ni de ninguna autora.

Sencillamente, quería que ese día de mierda se acabase de una vez.

Para: danaemasaveu@gmail.com

De: martin@merikaediciones.com

Asunto: *Portada.*

Es una basura. Hazlo de nuevo. Y no uses tanto el color rosa, joder. No es un catálogo de juguetes sexuales.

Capítulo 16

MARTÍN

Grupo de WhatsApp: Los tres mosqueperros.

Paulino Rubio: Creo que no conozco a nadie más bruto e insensible que tú. A tu lado, Hannibal Lecter era un corderito.

Cerdo San Martín: No te he contado lo del asuntillo del email para que vengas a hundirme más en la mierda, ¿sabes?

Paulino Rubio: Pero tengo la obligación de recordarte que así no se hacen las cosas. ¿Te has preguntado cómo debe sentirse Dánae en este momento?

Cerdo San Martín: Sí. Claro que sí. Pero el mal ya está hecho.

Anna Banana: ¿¡En serio le has dicho eso!? Joooooder.

Paulino Rubio: Ya ves, nena. Y luego te quejas de que soy demasiado cortante con mis trabajadores.

Anna Banana: Comparado contigo, Martín es el villano de todo cuento. ¿Estás seguro de que tu nombre no es Rumpelstiltskin?

Paulino Rubio: Nena, no te pases. El problema está agobiado.

Anna Banana ha enviado un sticker de lo siento.

Cerdo San Martín: No sé por qué os cuento mis movidas. Adiós.

Paulino Rubio: Martín, no te enfades. Es que has tratado a la pobre chica como si fuese una inútil sin dos dedos de frente. Y el dibujo estaba bien.

Cerdo San Martín: Ya sé que estaba bien.

Paulino Rubio: ¿Y por qué no te disculpas por ella?

Cerdo San Martín: Porque probablemente piense que soy un imbécil. Ni siquiera me coge el teléfono.

Anna Banana: Dale un poquito de margen. Le ha tenido que coger de sopetón que le hables así, tan brusco y cortante. Todo el mundo nos hubiéramos enfadado al recibir ese correo.

Cerdo San Martín: Ya lo sé.

Paulino Rubio: Lo que no es normal es que estés tan a la defensiva con este tema. Entiendo que es tu trabajo y te apasione, pero estás pisando arenas movedizas y cada vez te

hundes más. ¿Por qué no aceptas que la nueva editora será buena para el sello, en lugar de enfadarte?

Cerdo San Martín: Porque Covadonga la ha puesto en mi departamento únicamente para vigilarme.

Paulino Rubio: ¿Y te sorprende? ¡Las autoras no se han cabreado solas! Llevo unas semanas pidiéndote que te detengas. Presionarlas tanto no trae nada bueno, y a la vista está que no me equivocaba.

Anna Banana: Oye, no le recuerdes más esto. Él ya sabe lo que hay.

Paulino Rubio: No, me niego a seguir mirando para otro lado. Eres mi amigo y te aprecio, y deseo que estés bien. Pero has transformado algo que te llenaba de felicidad en un pozo de mal rollo y quejas y difamaciones. De verdad que no las excuso, porque ellas tampoco actúan bien y deberían parar con todo lo que sueltan en redes sociales. Aun así, tú, Martín, estás en la obligación de rebajar esta oleada de odio haciendo las cosas bien.

Anna Banana ha enviado un sticker de un plátano mordiéndose las uñas.

Paulino Rubio: Te aseguro que no eres el primer editor al que ponen a caldo en redes sociales. Hace unos meses también arremetieron contra una editorial entera porque supuestamente no les pagaban, y luego resultó que no es que la empresa no quisiera enviar las liquidaciones, sino que ellos no vendían lo suficiente para llegar al mínimo. ¿Y qué ocurrió? La editorial y los escritores se sentaron, solucionaron todo y retiraron las acusaciones.

Anna Banana: Eso es cierto. Una disculpa a tiempo hace milagros.

Anna Banana ha enviado un sticker de guiño.

Paulino Rubio: ¿No quieres decir nada? Vale, te llamaré mejor.

Dejé que el teléfono sonara al menos cuatro veces antes de cogerlo. No me apetecía hablar. En realidad, no me apetecía nada esa mañana. Ni esa semana. Ni ese mes. Estaba saturado. Y no hacía otra cosa que lamentarme por no ser mejor persona, mejor trabajador, mejor amigo, y mejor novio falso.

—¿Vas a dejar de comportarte como si tuvieras quince años? Por favor, Martín, que somos amigos hace demasiado y sabes que no me ando con tonterías cuando tengo que decirte algo importante.

—Lo sé.

—Genial, porque no me apetece entrar en un bucle absurdo sobre por qué es importante que empieces a tomar el control de tu vida de nuevo.

—¿Recuperar el control? —Miré el reflejo que me devolvía el ventanal de la terraza de mi casa; me veía agotado, demasiado pálido.

—Sí, eso mismo. Desde que te dejó Sandra te has convertido en un tirano. Es como si no soportaras que la vida siga si ella no está a tu lado.

—No digas gilipolleces.

—¿Las estoy diciendo? —preguntó Paulino con cierto cansancio—. ¿O en realidad soy el único que se ha dado cuenta de la realidad?

Presioné el tabique de mi nariz con ambos dedos en un intento por contener un suspiro de frustración. Todo mi cuerpo seguía en tensión, pero no me molestaba tanto lo de la nueva editora como el hecho de que había hablado mal a Dánae. Y ella no se merecía que la trataran de esa manera. No se merecía que cada persona de su alrededor arremetiese contra ella, como si fuese un jodido saco de boxeo.

A lo mejor Paulino tenía razón y esa vorágine de autocontrol, de vacío existencial y de tristeza no hacía más que empujarme hacia la destrucción absoluta. Incluso si me llevaba a todos conmigo.

¿Y si nunca más volvía a sentirme feliz y satisfecho con lo que hacía? ¿Y si me consumía tan rápido como una vela?

—Mira, no pasa nada por meter la pata. La vida es corta y existen las disculpas —prosiguió Paulino en un tono más cariñoso, más cercano. Mi amigo era experto en practicar lo de ver el vaso medio lleno siempre—. Pero me preocupa el cariz que está tomando tu vida en las últimas semanas. Primero la tomas contra tus escritoras, luego te gastas tus ahorros en un coche nuevo e innecesario, y por último enredas a una pobre chica para que siga haciéndose pasar por tu novia únicamente porque no te gusta que hablen de ti y te acojona que te perjudique todo.

»¿Entiendes la importancia de solucionar las cosas que están mal? ¿De no ceder a la presión y a la tristeza? ¿De no vivir en la oscuridad o en una mentira?

Sí, sí que lo comprendía. Más de lo que la gente pensaba. Pero, al igual que la mayoría de los mortales, yo también era un cúmulo de defectos y miedos que me empujaban a tomar decisiones precipitadas y erróneas.

Fingir que tenía una relación con Dánae era una de ellas. Aunque no me molestaba especialmente. Quitando las miraditas que seguían lanzándome en la editorial, o las preguntas fuera de lugar, lo cierto es que a nadie le importaba demasiado si ella y yo éramos felices.

Hasta Arantxa lo había asumido en cuestión de días. No me juzgaba con la mirada, ni insistía en que me alejara de su cuñada y buscara a alguien mejor. Todos habían aceptado que Dánae era una chica maravillosa y que yo era feliz. Lo cual sonaba absurdo.

Porque todo era mentira.

Y esa mentira la alargué yo por imbécil y por cobarde. Por temor a que una tontería emborronara aún más la imagen de editor triunfador que guardaba en mi cabeza.

Pero todo era mentira.

—Sí —meforcé a responder—. Sí, lo entiendo.

—¿Sabes? Sigo creyendo que harías bien en ir al psicólogo.

No era la primera vez que Paulino o mi abuela me lo decían. Para ellos, que tanto me apreciaban y tanto me querían, era muy importante que sanara por completo. Que cerrara de una

vez por todas la herida que Sandra dejó abierta en mi pecho.

A lo mejor sí quedaba algo de esperanza para mí. Solo necesitaba poner en orden mi vida.

—Debería.

Paulino suspiró.

—Y dejar de mentir. Las relaciones falsas no solucionan nada tampoco.

—Lo sé.

—Vale. Estaría bien que fueras a hablar con Dánae y reflexionaras un poco. Te aprecio, pero me preocupas. Cada día que pasa, Martín, pierdes más el control.

Me miré las manos y supe que llevaba razón: ya no sabía quién manejaba mi vida.

—No es necesario que te pongas nervioso. Estoy bien.

—Estar bien no es reír o disfrutar la vida de vez en cuando, Martín —insistió mi amigo, en un tono comedido—. Es meterse en la cama, al final del día, con la seguridad de que has hecho todo lo posible para que tu vida valga la pena.

—Empiezas a sonar como los de Mr. Wonderful —traté de bromear.

Paulino suspiró una segunda vez.

Su paciencia se quebraba, como la de Covadonga, como la de mi abuela.

Como la de todos a mi alrededor.

—Eres el amor de mi vida en versión amistad. No me rompas el corazón —fue su respuesta, con ese tono dramático ficticio que usaba siempre que quería poner nervioso a los demás.

Me limité a soltar una carcajada.

Paulino también se rio.

—Tarde. Te he cambiado por una rubia espectacular.

—Y dulce. Justo la clase de mujer con la que jamás tropezarías ni a propósito. El destino te está dando las herramientas necesarias para que encauces tu camino. No la cagues.

—Vale, pesado.

Colgué y me dejé caer por completo en el sofá. Aún era por la tarde y el tráfico barcelonés llegaba hasta mi salón con la intensidad de una orquesta de música clásica. A veces me planteaba la posibilidad de mandarlo todo a la mierda y buscarme otro piso, pero no terminaba de animarme por dos razones: los alquileres eran una mierda y allí había vivido muchos momentos buenos con Sandra.

Estaba claro que la nostalgia me tenía pillado por los cojones y no dejaba de apretármelos para que no fuese a ningún sitio.

Pensé en Sandra, en el vacío que me dejó, en su ausencia, en su despedida y en todos los días que vinieron después de la ruptura. No la extrañaba como tal, sino a lo que vivimos juntos. Los planes que hicimos mientras cenábamos un viernes por la tarde en la terraza de nuestro apartamento, con vino y velas y una película romántica de fondo. Su risa después de ducharse y aparecer en el salón con la cara manchada de crema de aguacate, perfecta para dejar la piel suave y aterciopelada. O cuando me apretaba la mano cada vez que pasábamos por delante de una tienda de ropita de bebé.

Durante los últimos meses, me había esforzado muchísimo por recomponer cada pedazo de mi

vida y no sentir que cojeaba. Y cuando pensaba que por fin había llenado todos mis vacíos, llegaba Paulino y lo echaba por tierra.

«Eso no es lo peor», pensé, frustrado; «lo peor es que te tropezaste con la chica de los ojos más azules y bonitos del mundo, y ahora no te la sacas de la cabeza. Eso tiene nombre».

Como el cobarde que era en los últimos tiempos, aparté rápidamente el pensamiento de mi cabeza. No necesitaba más líos.

A cambio, cogí de nuevo el teléfono y llamé a la Barbie Enfadada.

Era cierto lo que dijo Anna: las disculpas sinceras lo cambiaban todo.

Capítulo 17

Cuando un chico sacó a una chica a bailar Christina Aguilera

DÁNAE

Grupo de WhatsApp: El club del nabo

El Cid Salseador: Menudo imbécil. Es que, como lo vea, le doy el cabezazo de su vida. Le va a salir un cuerno en toda la frente, como a los rinocerontes.

Eva Sin Pecado Original: Los rinocerontes tienen los cuernos en la nariz.

El Cid Salseador: Me da igual. Se merece que le canten las cuarentas y le bajen de la nube de golpe. ¿Cómo va a hablarle así a Dánae?

Danonina Sin Lactosa: Tranquilo, Dylan. Estoy bien. Apuesto a que ha tenido un día malo.

El Cid Salseador: ¿Encima vas a defenderlo?

El Cid Salseador ha enviado un archivo.

Nabosenfadados.jpg

Nabohaciendounapeineta.jpg

Eva Sin Pecado Original: Cariño, igual no es sano que lo excuses cuando literalmente te ha dicho que tu trabajo es una mierda.

Danonina Sin Lactosa: Es que no estoy disculpándolo. Solo digo que es muy probable que esté teniendo un mal día.

El Cid Salseador: Yo también estoy teniendo una semana de mierda y no voy faltando a la gente. Son dos cosas diferentes. Y ese imbécil se ha comportado como un tirano. No eres una de sus autoras para que te hable como si tuvieras la obligación de hacer las cosas según su criterio.

Danonina Sin Lactosa: De hecho, fue él quien confió en mí para hacer la portada.

Eva Sin Pecado Original: Dylan tiene razón, neni. No ha sido elegante contigo.

Danonina Sin Lactosa: ¡Lo sé! Y estoy enfadada por cómo se ha dirigido a mí. Pero intento entender qué cable se le ha cruzado.

El Cid Salseador: Espero que se haya pillado la chorra con la cremallera. Menudo imbécil.

Eva Sin Pecado Original ha enviado un sticker de risa.

Eva Sin Pecado Original: ¡Qué malo eres!

El Cid Salseador: Solo definiendo a mis amigas.

Danonina Sin Lactosa: Y te lo agradezco, de verdad. Pero no os he contado esto porque necesitaba sacarlo.

El Cid Salseador: Y aquí estaremos para escucharte.

Danonina Sin Lactosa ha enviado un sticker de gracias.

Eva Sin Pecado Original: Eso no quita que deberías decirle cuatro cosas de nuestra parte. O de la tuya. Que se disculpe por lo menos y bese el suelo por el que pisas.

Danonina Sin Lactosa: No será necesario.

Apagué la pantalla del móvil y me tumbé sobre el sofá. Me sorprendió muchísimo su respuesta tan llena de ira. ¿Qué demonios le habría ocurrido a Martín para reaccionar de esa manera? ¿Tan malo era el boceto? Porque yo lo miraba y me gustaba el resultado. Era justo lo que tenía en mente.

No quería admitirlo frente a Eva y Dylan, pero su actitud me había dolido. Así de tonta era. Me hablaban o miraban mal, y enseguida me sentía pequeña, vulnerable, y ya no quería enfrentarme a la persona en cuestión. Menos mal que la terapia con Carmen empezaba a ser una cura para mis problemas de autoestima, y no me refugié en la cama, como hacía a veces, sino que seguí trabajando en el boceto. Obligándome a darle forma al fondo, al título, y a las facciones de los dos protagonistas. Creía en mi trabajo, y más le valía a Martín apreciar todo el trabajo que llevaba a sus espaldas aquella portada.

Me preparé un café y seguí delante de la tableta un par de horas más, aplicando los colores que creía de verdad que encajaban bien con la imagen. Como ya había terminado mi jornada de ir vendiendo juguetes sexuales de casa en casa, o de empresa en empresa, mientras la gente se volvía loca a mi alrededor al ver que cada mes inventaban algo nuevo, y cada vez más innovador, me podía permitir avanzar con ese encargo.

Quería hacerlo bien y que Martín estuviera orgulloso con el resultado final. Ni siquiera tenía que ver con mi ego, sino con la autora en cuestión. Si veía que ese tipo de portadas triunfaban, que llamaban la atención del público, tal vez dejaría de presionarlas tanto.

Al regresar de la comida con mi cuñada, y tras darme una ducha casi fría para calmar el calor de mi cuerpo, me senté en el sofá y me dediqué a leer todo lo que decían sobre él en redes sociales. Estaba prácticamente plagado de rumores, de quejas, de insultos. Hasta habían abierto un hilo en un foro para ponerlo de vuelta y media. Y aunque no justificaba la actitud de Martín, tampoco estaba a favor de que se le crucificara.

Las personas se equivocaban, y se merecían la oportunidad de rectificar.

Si estaba dispuesto a fingir que era mi pareja, que estábamos juntos, por un motivo tan tonto. Seguramente aquello le afectaba de verdad. Y le jodía que atacaran a su imagen y su trabajo constantemente. ¿Quién podría juzgarlo, de todos modos? Porque en mi caso, lo entendía. Había visto con mis propios ojos cómo utilizaban su anterior relación con Sandra para afirmar barbaridades como que era un cabrón miserable, y que si ni siquiera conservaba una relación en la vida real, ¿cómo iba a ser capaz de llevar un sello romántico hacia delante?

«Las personas sin corazón no creían en el amor. Lo veían como un trámite absurdo». Recordaba la sensación de vacío que me invadió al leer todo eso.

«Te estás ablandando», pensé. «No es bueno empatizar tanto».

Pero es que no quería formar parte de aquel circo. ¿Por qué las personas sentían tanta disposición a hablar mal y a hacer ciberbullying por internet? ¿Tanto poder otorgaba el anonimato? Joder, yo tampoco soportaba a mi jefa, pero no la insultaba en mis redes sociales. Tampoco me metía en hilos de otras personas y me sumaba a la quema de brujas, como si la vida me fuera en ello y fuese a conseguir algo positivo con ello. Existían límites, y una línea llamada respeto que nadie debería saltarse. Y si algo te sentaba mal, lo solucionabas con esa persona, en privado.

El sonido del móvil interrumpió mis divagaciones mientras dibujaba con el lápiz sobre la tableta. En la pantalla se reflejó el nombre de Martín. Me mordí el interior de la mejilla con cierta fuerza. ¿Qué querría? ¿Insistir en que mi trabajo era una basura? No me sentía con ánimos de discutir esa tarde. Tenía muchas cosas que hacer y nada estaba saliendo como quería.

Martín: Por favor, hablemos. Necesito decirte algo.

Leí su mensaje al menos cinco veces. ¿Estaría arrepentido por haberse comportado igual que un imbécil? Bueno, Carmen, mi psicóloga, hablaba mucho acerca del perdón. Y si en ese momento me negaba a escucharle, quizá jamás recibiría una disculpa de su parte.

Con un suspiro de resignación, lo llamé yo.

Martín lo cogió al primer toque.

—Hola, Barbie Enfadada.

—Menos mal que sabes que lo estoy.

—Sí. Y lo siento. De verdad. No quería hablarte de esa manera.

—¿En serio? —Elevé una de mis cejas a pesar de que él no me vería—. Hay formas más elegantes de rechazar el trabajo de otra persona.

—Solo estaba enfadado y lo pagué contigo.

—Eso no es excusa.

—No, no lo es.

Suspiré y me levanté para poder mirar por la ventana. Quedaban pocas horas para el evento que más ilusión me hacía de ese año, y todo en lo que pensaba, más allá de pasármelo bien y ponerme guapísima, era en solucionar ese tema para que no me empañara la noche.

—La próxima vez, si estás enfadado, no me respondas.

—No lo haré —me prometió. Y sonó sincero.

—Vale. Porque si no te retorceré los huevos.

Escuché que se reía bajito al otro lado de la línea.

—Te juro que me cuesta imaginarte enfadada y usando la violencia a tu favor.

—Me enfado poco —admití. Hacerme la chunga delante de un tío como Martín no serviría de nada—. Quizá es por eso.

—Es mejor vivir tranquilo.

—¿Y por qué no te lo aplicas a ti mismo? —me animé a preguntarle—. He visto lo que escriben sobre ti y, quitando que me parece muy fuerte que se cuestione tu vida personal, no entiendo por qué no les das un toque de atención.

Hubo un corto silencio. Por un momento pensé que no me diría nada, o que cambiaría de tema.

—Nunca me nombran. Incluso si denunciara el acoso al que me someten, o expusiera todas las mentiras que dicen, no serviría de gran cosa. Los casos de *ciberbullying* son muy difíciles de demostrar y de ganar.

Como no tenía demasiada experiencia sobre ello, asumí que era cierto.

—¿Por qué la editorial no hace nada?

—Ya ha tomado medidas. Contra mí.

—¿Cómo que contra ti? —Un pensamiento fugaz cruzó mi cabeza. Me alarmé—. ¿¡Te han echado!?

—No. Todavía no. Me han puesto una niñera. En unas semanas se incorporará la nueva editora del sello romántico y tendremos que trabajar codo con codo.

No me pareció una mala idea. A lo mejor, la nueva editora ayudaba a Martín a ver la novela romántica como un género importante y valioso, y con un montón de autoras talentosas.

—Vamos, dilo —me animó él ante mi silencio—. Es algo positivo.

—Sí —suspiré, pegando más el teléfono a mi oreja—. Sí, creo que te vendrá bien.

—Yo también lo creo.

Se me escapó una risita.

—Creo que es la primera vez que te veo admitirlo en voz alta.

—Uno está obligado a asumir sus errores, aunque tarde meses en verlos. Y ya me he resignado a que mi actitud ha sido la de un cabrón. No es divertido que te hagan la vida imposible cada vez que desees publicar un libro con la editorial que te ha dado la oportunidad de estar en librerías y llegar a más público.

—Enhorabuena, Cascarrabias. Has avanzado mucho.

—No, todavía no. Porque me toca enmendar mi error.

—Pero ya has hecho lo más difícil: darte cuenta —murmuré.

—Dudo mucho que sirva, porque el mal ya está hecho, pero...

—Pero —añadí yo, antes de que se lamentase más—, hasta los tipos duros como tú saben hacer las cosas bien. Tienes mucho talento en tu sello. Deberías sentirte orgulloso e impresionado, no molesto porque te critiquen. No eres el primer editor al que ponen verde en redes sociales. ¡Anda que no hay quejas por Facebook o Twitter! Quizá han cruzado ciertas líneas, pero la gente,

cuando se enfada, no mide la magnitud de sus actos. Y no justificaré a ninguna de las dos partes, porque considero que ambos habéis cometido errores, pero te has comprometido a subsanar esa mala relación que te ata a tus autoras, y eso es lo que importa, Martín.

»Estoy feliz de oír que por fin abres los ojos.

El nudo que me había acompañado todo el día, y que presionaba mi estómago, se dispó al comprender por fin que Martín no era un imbécil con un ego desmedido. Solo demasiado perfeccionista. Y esa perfección lo empujó a comportarse como si tuviera la verdad absoluta, desdeñando el trabajo de sus autoras y empujándolas a rebelarse contra él. Pero esperaba de corazón que esa etapa quedara cerrada. Que él nos la presionara nunca más, que las apoyara de verdad, que puliese sus manuscritos para que el público lo disfrutase. Y también que ellas apartaran de un manotazo el rencor que les consumía el alma y dejaran de meterse en la vida privada de una persona como Martín. O de cualquier otro individuo.

Nadie se merecía leer que no tenía corazón o que era incapaz de amar.

—Confías demasiado en mí, Barbie Cowboy.

—Confío en las personas que me demuestran que encaran el mundo con cierta empatía y humildad. Y tú acabas de matricularte en esas asignaturas. No me defraudes —bromeé.

Lo dije como si de verdad tuviera el derecho a exigirle que no rompiera mis ilusiones. A veces me comportaba como esas protagonistas de películas de amor, mis favoritas, que nadaban en dinero, acudían a una oficina de la leche y estrenaban zapatos cada semana. Las mismas que se enamoraban a los veinte minutos del metraje y perdonaban absolutamente todo al protagonista con tal de seguir admirando su sonrisa de anuncio de dentífrico.

A ver, que lo entendía, porque yo también sería capaz de perdonarle a Matthew McConaughey que se dejase la tapa del váter levantada y las migas de la tostada sobre la encimera. E incluso que le mirase el culo a una chica en el metro. Pero había ciertos asuntos que uno debía solucionar antes de seguir avanzando por el mal camino. Y yo, como fiel defensora de los amores de libro, o de películas de amor, jamás saldría con el chico malo que solo me provocaba quebraderos de cabeza. Por muy bueno que estuviera. No por nada en especial, sino porque que te rompieran el corazón no era divertido en el mundo real.

Solo quedaba bien en la gran pantalla. Que se lo dijese a Blair Waldorf y Chuck Bass; nuestros tóxicos favoritos.

Quizá por eso, porque me daba miedo parecerme a las Judith y Mery de las películas de Hollywood, borré la sonrisa de mi cara y me puse seria.

Nadie quería un Anakin Skywalker en su vida. Ni siquiera si le daba vida el mismísimo Hayden Christensen.

—Trataré de no hacerlo —me prometió el Editor Cabrón. A partir de entonces, Editor a secas—. ¿Puedo invitarte a cenar para pedirte disculpas en condiciones?

—Me gustaría, pero...

—... no quieres que te vean conmigo —dijo él, enfatizando cada palabra, aunque se notaba a leguas que solo bromeaba.

—No, idiota. Es que tengo entradas para un concierto esta noche.

—¿Los Estopa?

—¡Christina Aguilera! —exclamé de lo más emocionada—. Hace un año que me pillé las entradas. Pero me toca ir sola, porque Eva, mi amiga, está con una gastroenteritis que no le deja alejarse del baño. Y Dylan, mi amigo, está en Almería, con su follamiga.

—¿Y no tienes a nadie más a quien invitar?

—Pues no. Mi círculo social es muy reducido. Invitaría a mi hermana, pero es muy emo y muy gótica, y solo le gustan los grupos de punk y rock. No pasa nada —añadí rápidamente—, prefiero ir sola a perderme el concierto. ¡Es mi artista favorita!

Hubo un breve silencio donde Martín suspiró.

—¿Quieres que te acompañe yo?

Casi se me escurrió el móvil de entre los dedos.

—¿Qué dices? Si a ti no te gusta Christina Aguilera. Cada vez que te la pongo en el coche, resoplas con disgusto.

—Pero a ti te hace ilusión. Y solo por eso ya merece la pena.

Noté una sacudida a la altura del estómago.

Pensé en Carrie Bradshaw y en sus amigas, y me encomendé a todas ellas a la hora de aceptar su propuesta. Una chica merecía salir con un chico que le gustaba un poquito —en serio, solo un poco— y que se estaba ofreciendo a llevarla a un evento especial. Lo demás era secundario.

Seguro que Dylan y Eva lo entenderían.

Seguro que Carrie hubiese hecho lo mismo en mi lugar.

Además, no pensaría en las consecuencias. O en cómo reaccionaría mi corazón al tenerle justo a mi lado mientras Christina Aguilera cantaba mis canciones favoritas.

Una chica se merecía tropezar una y mil veces con la misma piedra, o con piedras diferentes, y levantarse justo después. Más fuertes, más guapas, más empoderadas. Si Shakira podía hacerlo, yo también.

Y si mi sino era llevarme todo tipo de recuerdos de aquella relación falsa una vez llegara a su fin, y Martín y yo dejáramos de hablar, que así fuera.

Me arrepentiría después, no durante el proceso.

—Vale —accedí, y una gran sonrisa curvó mis labios. El hormigueo de mis mejillas era el mejor indicio de que estaba lista para tropezar con el chico equivocado—. ¿Pasas a buscarme en dos horas?

—Claro, Barbie Millennial.

Me reí y le colgué. Acto seguido pegué un saltito de emoción y fui corriendo a mi armario para ver qué ponía.

Esa noche estaba obligada a brillar más que cualquier foco del escenario. Y vaya si lo conseguiría.

Capítulo 18

Ven conmigo, baby

MARTÍN

El concierto se celebraba en una de las salas más conocidas de Barcelona. La cola daba la vuelta a toda la calle y nos tocó esperar casi una hora para entrar. Había un montón de personas parloteando, emocionadas, acerca de la felicidad que les invadía porque Christina Aguilera por fin se dignara a pisar España después de unos cuantos años. Muchos de ellos crecieron con su música de fondo, casi como si se tratase de la banda sonora de sus vidas, y la amaban tanto que eran capaces de sacrificar ahorros y tiempo en pasar un buen rato escuchándola.

Como nunca admiré un artista hasta ese punto, se me hacía extraño que alguien fuese capaz de alterarse tanto por un concierto. Solo era un poco de música y espectáculo a cambio de unos cientos de euros. Pero luego me fijaba en Dánae, colocada junto a mí, con los ojos brillantes y una sonrisa constante en su cara, y cualquier duda se disipaba por completo.

Había aparecido en mi coche vestida como las adolescentes de hacía veinte años: pantalones vaqueros de campana, un cinturón de tachuela, un top blanco agarrado al cuello y que dejaba al aire su abdomen, un montón de purpurina sobre los hombros y los brazos, y el pelo teñido de color rojo en algunos mechones. Si alguien la confundía con una de las bailarinas de Christina Aguilera, a nadie le sorprendería. Realmente parecía formar parte del show.

Y aunque me hubiese encantado meterme con ella simplemente porque resultaba adorable la manera en que se defendía, esa noche me sentí incapaz. Dánae brillaba con luz propia. Estaba guapa. No, más que eso: deslumbrante. Preciosa. Espectacular.

Me sorprendió tanto ser testigo de ese cambio que no conseguía quitarle la mirada de encima por más que lo intentaba. El cambio que pegaba en algunos momentos era abrumador. No había ni punto de comparación entre la Dánae indecisa o con la autoestima frágil y la Dánae que anhelaba comerse el mundo. Y aunque ambas me agradaban, la segunda lograba dejarme con la boca abierta.

Admitía, no sin cierta resignación, que a ratos ya no se me pasaba por la cabeza enfadarme o molestarme por su mente acerca de nosotros porque su compañía me resultaba muy agradable.

¿Tenía algún sentido seguir dándole vueltas a una mentira que nos había forzado a conocernos? Tal vez, en otras circunstancias, ni Dánae ni yo nos habríamos dirigido la palabra. Ella era demasiado rosa chillón y yo demasiado oscuro, igual que las noches sin estrellas.

Era muy probable que Dánae me hubiese caído mal a la larga, porque no encajábamos ni de casualidad. Pero en los segundos en los que sus ojos azules se encontraban con los míos, aparte

del familiar escalofrío que descendía por mi espalda, arremetía contra mí un deseo intenso que amenazaba con calcinar mis huesos.

Y ese deseo se potenciaba cada vez más.

—¡Es increíble! ¡Qué grande es!

La voz chillona de Dánae cruzó mi mente y tuve que reprimir un suspiro de resignación al pensar que nunca la tendría sentada en mi regazo, repitiendo ese «qué grande» mientras le besaba el cuello y le enseñaba cómo tocarme.

Algunos deseos no se cumplían por más que los repitieses en tu mente.

—¿Nunca habías venido a un concierto a esta sala?

Ella asintió y se rio, como si fuese a compartir conmigo algo chistoso.

—Hace unos años, Dylan me obligó a venir a un evento benéfico donde tocaban artistas españoles. Su sueño era conocer a Camela.

—¿Camela? —repetí, sin dar crédito a lo que oía.

Dánae se carcajeó otra vez.

—Le gusta. Dice que es la mejor representación de la cultura española, por encima del jamón serrano y los guiris haciendo *balconing* en los hoteles de Marbella.

—Creo que no he escuchado una canción de Camela en mi vida.

—¿En serio? ¿*Cuando zarpa el amor?*, ¿*Nunca debí enamorarme?* —A medida que ella me preguntaba por títulos de canciones que, supuse, pertenecían al grupo, iba abriendo más y más los ojos—. Pero ¿tú en qué mundo vives?

—En uno donde Camela estaba vetado.

—¿Nunca la has bailado en las fiestas del pueblo?

—No he acudido a fiestas de pueblo.

—Joder, ¿y entonces qué hacías en verano?

—Ver *Dragon Ball*, comer helados y leer.

—Ahora lo entiendo todo. —Se apartó el pelo de la cara y bufó—. No me extraña que seas Cascarrabias, cariño; te ha faltado vivir el verano que todo niño se merecía.

El único motivo por el cual no le quité razón a sus palabras fue porque, en el fondo, también lo pensaba. Mientras que la mayoría se dedicaba a jugar en la calle con sus amigos hasta las tantas, comer helados en el parque, o pipas, o jugar videojuegos en una consola que ya se consideraba retro, yo me aislaba en casa de mi abuela entre montañas de libros. Y no estaba mal, ni era extraño, pero me hubiese gustado conocer qué se sentía formando parte de un grupo de amigos con los que reunirse una vez terminaba el curso.

Nos acercamos a los gorilas que protegían la entrada de la sala y le enseñamos el DNI.

—Sales muy raro en tu foto. Sin barba no pareces ni tú —comentó Dánae al observar mi carné de identidad.

—Y tú sales muy formalita.

—¿Qué insinúas? —Me dio un manotazo en el hombro.

—Que ahí no se refleja la realidad, pequeña gran revolución —murmuré en su oído antes de darle un azote en el trasero e instalar a entrar en la sala.

Por suerte, Dánae tenía entradas para las primeras filas y pudimos estar cómodos mientras el resto de las personas entraban en la sala. Estaba a reventar. Nunca me hubiese imaginado que Christina Aguilera moviese a las masas a esas alturas.

—Siento que el corazón se me saldrá del pecho —se quejó Dánae en voz alta.

Posé una de mis manos sobre su pecho manchado de purpurina y me quedé unos segundos así, disfrutando de sus latidos.

Por el rabillo del ojo vi que su piel se erizaba en la zona de los brazos y por los pechos, y a mí se me hizo la boca agua. «Qué ganas de darle un mordisco», pensé, entornando los párpados.

—A mí me parece que está como siempre.

—¿Y tú cómo sabes que así late cada día?

—Porque cuando nos besamos noté que se aceleraba el doble que ahora, Barbie Millennial.

Ella se rozó ligeramente los brazos con las manos, como si tuviera frío de pronto. Los pezones se le endurecieron y se presionaron contra el top. Estuve tentado a cruzar la línea y acariciarlos, pero jamás había sido un baboso, así que aparté la mano y miré hacia el escenario.

Si Dánae me respondió, no lo escuché.

Por los altavoces comenzaron a sonar voces que anunciaban el concierto de Christina Aguilera. Un montón de luces se movieron en zigzag por toda la sala, alumbrándonos, dirigiéndose a la pantalla del fondo, a los cristales tintados de la sala de arriba y luego de vuelta al escenario. Unos segundos después, todo se quedó en silencio, a oscuras, y por encima del rumor de las voces emocionadas del público empezó a sonar la melodía de una de las canciones más conocidas de la artista en los últimos tiempos.

Cuando la luz alumbró toda la sala de nuevo, Christina Aguilera apareció en escena, con una sonrisa en la cara, el pelo rubio recogido en un moño tirante y los ojos perfilados con lápiz negro. Micrófono en mano, saludó a su público más fiel a medida que avanzaba por el escenario, cantando, con sus bailarines de fondo.

Viéndola así de entregada, no me costó admitir que era una artista increíble. Bailaba, cantaba, hacía preguntas al público, sacó a algunos a bailar con ella, se hizo fotos y vídeos sin dejar de moverse, recibió los regalos que le lanzaban con una sonrisa y, al final, durante un descanso, recorrió de punto a punta el escenario al mismo tiempo que chocaba las manos con los afortunados que consiguieron estirar el brazo lo suficiente como para llegar a ella.

Como no quería que Dánae se quedara sin tocar, aunque fuese de refilón, a su diva favorita, la aupé en brazos y le ayudé a alcanzar el escenario. La sonrisa de su cara fue inmensa cuando Christina Aguilera le guiñó un ojo y chocó los cinco con ella.

—¡Me ha tocado! —chillaba mi rubia favorita—. ¡Me ha tocado!

A mi alrededor había un montón de gente bailando y cantando. Me pareció algo digno de estudio. A mí no me nacía sumarme a la turba popular, ni siquiera si no me estaba aburriendo tanto como creía al principio. En realidad, aproveché aquellas dos horas largas en observar a Dánae. Sus gritos, sus sonrisas, su manera de moverse y de tararear. Era... tan increíble. Tan brillante.

Su pelo rubio con mechas rojas me hacía cosquillas en los brazos cada vez que imitaba el paso

de alguna coreografía provocativa de Christina Aguilera. También me llevé un par de codazos de regalo. Pero ella ni cuenta se daba. Estaba totalmente inmersa en la música que la envolvía, en el calor que hacía, en su propia felicidad.

Casi al final del concierto, Christina les informó que cantaría uno de sus éxitos más sonados en los últimos veinticinco años, y que quería que la acompañaran.

—¡Seguro que la conocéis! —dijo en un español muy marcado, incluso torpe.

En cuanto los músicos comenzaron a tocar, Dánae y el resto enloquecieron.

Y a mí me sorprendió reconocer la canción.

Mis ojos se clavaron por completo en la rubia una vez se acercó a mí y comenzó a cantar sin percatarse de lo hipnótico que resultaban sus movimientos. Y lo mejor de todo, y también lo peor, fue que sentí como si me lo estuviera diciendo a mí y solo a mí. Lo cual era una tontería. Pero sonaba tan real que me quedé prendado de ella, de su voz, de la letra.

Solamente tú, acércate a verme

Solamente tú, porque me enloqueces

Solamente tú, no me hagas esperar

Contigo quiero estar, ser tuya nada más

Solamente tú

«Sí», pensaba, sin quitarle el ojo de encima; «sí, quiero ser solamente tuyo. Quiero besarte. Quiero enloquecerte. Quiero que te quedes aquí, conmigo, siempre».

Dánae me lanzó un beso desde su posición y siguió cantando. Intercalaba sus gritos con algunos pasos de la coreografía de Christina Aguilera.

Estoy, amor, temblando de emoción

Pasión, calor, no me sentí nunca mejor

Ven hoy, por favor, el destino ya nos unió

La imaginé igual de sudorosa y sonrojada sobre mi cama, y la piel me ardió al instante. Joder, cómo la deseaba. Cómo necesitaba besarla hasta que me dolieran los labios. Conocer cada rincón de su cuerpo y hacerla gritar para mí, solo para mí.

¿Tendría algún tipo de sentido? En mi cabeza, sí. Pero ¿qué opinaría ella?, ¿sentiría lo mismo?

Christina Aguilera prometió que cantaría un par de canciones más antes de irse. A mi lado, Dánae daba saltitos. Cuando me acerqué a ella, me agarró con fuerza de la mano, y no me soltó hasta que la cantante dio por finalizada la función y las luces se apagaron.

Ni siquiera cuando la gente comenzó a marcharse, me liberó de la prisión que suponían sus dedos cálidos y suaves.

Ni siquiera cuando nos llamaron la atención, ella se movió.

—Ha sido increíble —murmuró.

—Sí —respondí. En mi caso, me refería a ella.

Dánae me miró. Sus ojos azules brillaban tanto que deseé que nunca más se apagaran.

—Gracias por venir.

—No ha sido nada.

—¿Te has aburrido mucho?

—Contigo es imposible aburrirse, Barbie Millenniall.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Igualmente, gracias. Ha sido muy importante para mí.

La acerqué, notando de nuevo aquella tensión tirante entre los dos. Dánae alzó la barbilla para devolverme la mirada. Sin soltar su mano, le aparté el pelo de la cara y acaricié su mejilla.

La emoción y la adrenalina burbujeaban dentro de mí. Como un volcán a punto de explotar.

Quería besarla.

Iba a besarla.

—Rubita.

Fue ella quien me agarró de la parte frontal de la camisa y acortó la distancia entre nosotros. En cuanto noté cómo su boca cubría la misma, le correspondí al instante. Un beso húmedo, electrizante, tan dulce como toda ella.

La abracé por la cintura con el brazo libre y ella me rodeó el cuello. Sus pechos se aplastaron contra mi torso de manera muy sugerente. Profundicé aún más en ese beso que me estaba robando la cordura y el oxígeno, sin querer perderme nada más. Ni un solo segundo de todo lo que Dánae deseara entregarme.

—Oye. —Ella se separó de mí un momento y me mordisqueó el labio inferior—. Yo...

—¿Sí?

—¿Es una locura si digo en voz alta que anhelo recibir más besos en lo que queda de noche?

—No, rubita.

—¿De verdad?

Le di un pequeño azote en el trasero.

Dánae gimoteó bajito.

—Vamos a tu casa —le sugerí—, y te seguiré besando.

No necesité que dijera en voz alta lo que yo ya veía en sus ojos: quería mis besos por todos los rincones de su cuerpo. Y yo pensaba dárselos sin rechistar.

Tantos como me exigiera.

Tantos como me apeteciera.

Dánae asintió con la cabeza.

—Vayámonos antes de que nos echen a patadas.

Capítulo 19

No eras frígida. Solo necesitabas que te encendieran cual antorcha

DÁNAE

Durante los últimos meses, me había negado en rotundo a invitar a otra persona que no fuese de mi círculo íntimo a casa. Sobre todo, hombres. Hombres que conocía a través de app de citas y que luego no llevaba a nada. Pero con Martín me pareció de lo más natural. Como si ya hubiese estado allí antes y no fuese a fijarse en la decoración tan cursi de mi salón, en las sábanas rosas de mi cama ni en el gato gordo que dormitaba en la terraza solo porque era su lugar favorito en el mundo.

En realidad, él ni siquiera se percató de lo que había a su alrededor, porque solo me miraba a mí. Sus ojos no se apartaban ni dos segundos, y a mí no me molestaba, sino que me encendía más. Como si mi corazón ya hubiese dado por hecho que aquel era el lugar correcto. El lugar al que pertenecía.

Lo cual era una tontería.

—Me fascina cómo te has pintado el pelo hoy —apreció él al atrapar uno de los mechones rojos entre sus dedos y acariciarlos—. ¿Tinte real?

—Al tener el pelo rubio, no me supone un problema teñirme de manera puntual con colores de fantasía. Se irán en varios lavados —le expliqué, turbada por su mirada, por su cercanía, por su olor; por todo lo relacionado con él—. Me gusta ser rubia.

—Y a mí me gusta que lo seas.

Durante el viaje de vuelta, mi corazón todavía bailaba por Christina Aguilera. Su concierto fue la mejor maldita cosa del mundo entero. Ojalá hubiese durado más. Cuando estabas frente a tu artista favorito, disfrutando de sus canciones en directo, la mente se te llenaba de melodías y letras, y el pecho se te hinchaba de emoción. Se sentía como si te teletransportaran a otra dimensión. Como si solo fueras luces y música en mitad del universo.

Y lo mejor del concierto, aparte de que Christina Aguilera me tocó la mano —y, sinceramente, me costaría volver a lavármela—, fue compartirlo con Martín. Como guinda del pastel, no lo cambiaba por nada. Encima me había besado. No una, sino varias veces. Y me había pedido ir a mi apartamento.

La Dánae que aún perdía la cabeza por los chicos guapos que le hacían caso seguía bailando al ritmo de *Ven conmigo* y suplicando por otro beso. Por otra caricia. Por echar un polvo con el único hombre que creaba una fiesta dentro de mis bragas.

Por fin entendía lo que experimentaba la gente en las series de romance y drama que veía de adolescente, como *Compañeros* o *Física o Química*. ¡Qué fácil era caer en la tentación cuando alguien te gustaba! No, cuando alguien te ponía caliente.

Porque Martín me encendía como si yo fuese un maldito fósforo.

Porque aquello solo química, atracción, deseo. Nada más.

—Me gusta —murmuró él—. Me gusta cómo queda en ti el rojo y el negro y el rubio y el rosa...

No se había apartado ni un poquito, pero sus dedos ya no tocaban mi pelo y sus ojos ya no analizaban de cerca las mechas rojas que yo misma me puse a última hora como un homenaje a la adolescente que algún día fui. En realidad, lo que le llamaba la atención a Martín era mi boca entreabierta. Mis labios húmedos y algo hinchados, y ansiosos por ser besados.

«Y tú me gustas a mí». El pensamiento resbaló por mi cabeza, traicionándome junto a un escalofrío que erizó toda la piel de mis brazos y de mi nuca.

Martín, percatándose de ello, recorrió con el índice el contorno de mis clavículas, del lazo del top y de mi hombro. El escalofrío que sentí por segunda vez fue mucho más poderoso. Prácticamente, amenazó con romperme en mil pedazos.

Él sonrió de medio lado.

—¿Estás asustada?

No comprendí su pregunta.

—¿Por qué debería estarlo?

—Porque no te voy a soltar en toda la noche, rubita.

Aunque pretendía darle un tono amenazador, en su boca sonó a una promesa de lo más prometedora y apetecible.

Lo agarré por la parte frontal de su camisa y lo besé. No quería hablar, solo sentir. Su piel, su boca, su lengua, sus manos. Todo.

Martín me respondió al instante. Rodeó mi nuca con la mano libre y mi cintura con el brazo, y permitió que lo guiara a mi cuarto, al final del pasillo. Todo estaba a oscuras, a excepción de las luces led que parpadeaban ligeramente en un tono rosado. Nada más detenerse, jadeé bajito en protesta; quería más besos. Lo quería a él, por completo.

—Voy a desnudarte —indicó él a medida que sus dedos ya desabrochaba el top—, y luego vamos a seguir con el concierto en tu cama.

No supe por qué, pero me reí por sus ocurrencias.

Martín me castigó con un suave pellizco en uno de los pezones que quedaron a la vista.

Nada más sentir esa presión, un ramalazo de placer me golpeó con la misma fuerza que un látigo justo entre mis muslos. Y la sensación fue jodidamente increíble. Quería más. Quería mucho más.

—Oye, Martín. —Al ver que íbamos en serio, me sentí en la obligación de ser clara con ella—. ¿Recuerdas lo que te dije hace poco?

—Dices muchas cosas a lo largo del día.

—Relacionadas con el sexo, no.

Martín hundió el rostro en la curva de mi cuello y besó cada rincón a su paso de una manera magistral. Mis rodillas amenazaron con doblarse en cualquier momento si no me aferraba a él. Y por dios que quería hacerlo, pero había algo, un pequeño detalle, que él debía tener en cuenta.

—Martín.

—¿Sí, rubita?

—Soy una frígida, ¿recuerdas? —Las mejillas me ardieron casi tanto o más que el pecho—. Si yo no... Si yo no me excito tanto... No lo tomes a lo personal.

Noté cómo todo su cuerpo se tensaba por completo. Se apartó y me clavó los ojos encima, muy serio.

Creí que se iría porque le había cortado el rollo y eso no ayudó a que mis nervios se aplacaran.

—¿Quieres acostarte conmigo?

—¿Qué? —balbuceé.

—Si realmente quieres tener sexo. Tú y yo. Ahora.

—Sí. ¡Claro! ¿Por qué?

—Porque no considero que seas frígida, Dánae. Pero —añadió al ver que iba a interrumpirle— si no te sientes cómoda con esto, me detendré ahora mismo.

Joder, no quería que se detuviera. Bajo ningún concepto. Mi vagina pedía fiesta. Y yo deseaba de verdad ir más allá.

—Sí que quiero. Es solo que... conmigo no funciona... de la misma manera.

—¿No? —Martín ladeó la cabeza a un lado y acarició mi ombligo con el índice. Noté un cosquilleo que se extendió hasta mi sexo—. ¿No estás mojada?

Como no logré hablar, me limité a negar con la cabeza.

Martín sonrió de medio lado antes de colocarse de rodillas frente a mí. Los nervios se acentuaron aún más, dando forma a una bola que amenazaba con echar abajo todo. Bajé la mirada hacia él y capté su expresión lobuna. Esa sonrisa ladina que tanto me gustaba.

Empezó lamiendo mi ombligo, mi abdomen, el hueso de mi cadera que sobresalía ligeramente. Me sentía muy expuesta en ese instante, desnuda de cintura para arriba y con los pechos meciéndose en cada movimiento. Nunca me había percatado de que tenía un par de buenas peras, en realidad, y de que tenían forma de gota cuando no llevaba sujetador. Pero eso a Martín no le importó. Porque continuó besándome y quitándome los zapatos, los calcetines, los pantalones, y las bragas.

Capturé la esquina de mi labio inferior al comprobar que se relamía como un gato hambriento ante un plato a rebosar de su comida favorita. Y me costó no pensar en lo malditamente sexy que se veía.

Martín acabaría con todas mis neuronas. Una detrás de otra.

—Siéntate en la cama, pegada al borde, y separa las piernas para mí.

Nunca imaginé que una orden podía sonar tan sexy, pero él siempre lo conseguía. Y yo, que ya no lograba poner en orden mi cabeza ni controlar mi cuerpo, hice exactamente lo que me pidió.

Martín se acercó a mí y creó un reguero de besos por el interior de mis muslos al mismo tiempo que me aferraba por las rodillas para abrirme aún más. Estaba tan expuesta que la vergüenza hizo

algo de mella en mi seguridad. Pero si existía algún atisbo de inseguridad murió calcinada en el mismo instante que llegó a mi sexo y lo repasó con la punta de la lengua.

—Tienes un coño precioso, rubita.

Tragué saliva con fuerza. Notaba el rumor de la sangre en los oídos, y me ardía toda la cara.

¿Cómo podía ser tan descarado y soltar semejante guarrada sin que le temblase la voz?

Separó los pliegues de mi sexo con los dedos y volvió a lamerme. Un estremecimiento me recorrió por completo. Ya no había nada de paz en mi interior. A cambio, una loba hambrienta de sexo tomó el control y suplicó por más.

Martín me lamía de arriba hacia abajo de manera lenta, pero profunda, y enseguida mezcló las caricias de su lengua sobre mi clítoris con introducir un par de dedos en mi interior. La mezcla fue jodidamente perfecta. Enseguida comencé a retorcerme sobre la cama, con miedo a caerme al suelo, porque mis músculos no respondían. El placer crecía dentro de mi vagina gracias a las suaves succiones de sus labios justo en el punto más sensible de mi anatomía y a sus dedos retorciéndose, follándome sin piedad.

Gemí largo, profundo, y me aferré a las sábanas con fuerza.

—Qué curioso —dijo Martín en algún punto—, eres dulce por dentro y por fuera.

De manera automática, me moví contra él en busca de más fricción. Martín siguió lamiéndome y masturbándome con una especie de devoción absoluta que me dejó temblorosa, blandita, y con un remolino formándose en mi interior. Poderoso. Amenazador.

—Martín. yo...

Nunca me había corrido sin la ayuda de mis manos o con un juguete; por eso me tomó por sorpresa notar cómo algo cedía dentro de mí y, como si acabase de precipitarme a un abismo, me dejé llevar por ese relámpago placentero que me recorrió por completo y me hizo gemir, retorcerme sobre la cama y suplicar por más.

Me lloraron hasta los ojos. Y mi pecho subía y bajaba muy rápido.

Él no se apartó enseguida, sino que lamió todo lo que él había expuesto con sus dedos al separar mis pliegues con los dedos y se los relamió, incluso, al sacarlos de mi interior.

La imagen fue una jodida gozada.

Correrme gracias a él también.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —balbuceé, acalorada y sudoroso—. Me siento bien.

Sonriendo de medio lado, Martín trepó por la cama y me arrastró con él. La punta húmeda de su polla se rozaba ligeramente entre mis muslos al mismo tiempo que su boca recorría mis pechos. Lamía y mordía mis pezones como si fueran caramelos a su completa disposición.

El placer que acababa de estallar dentro de mí apareció de nuevo con la misma fuerza de antes, aunque lo contuve, asustada de esas nuevas sensaciones.

—Eres preciosa —murmuró él, su boca aún pegada a mi piel erizada—. Eres jodidamente preciosa.

—Tú también. Me... me gusta lo que veo.

—¿Ah, sí? —sin borrar esa sonrisa torcida de la cara, llevó una de mis manos hacia su erección

y me enseñó cómo le gustaba que le tocara—. ¿También esto?

Dios, iba a darme un infarto.

Asentí con la cabeza, notando la boca reseca.

Estaba duro y cálido y húmedo. Su erección era considerable. Nunca había visto un pene de ese tamaño que no fuese de goma. Pero me costaba abarcarlo con una mano y, de todos modos, mis dedos no se tocaban entre sí por su grosor. ¿De verdad eso entraría en mí? ¿No me dolería?

Joder, me ponía caliente solo de tocarlo despacio. De sentir cómo la humedad de la punta roma se adhería a las yemas de mis dedos y me ayudaba a acariciarlo mejor.

La expresión de Martín era jodidamente caliente: la boca entreabierta, los gemidos roncros, los párpados entornados. Todo.

Se inclinó y tomó uno de mis pechos para lamerlo de nuevo. Me dolían los pezones de sus mordidas, pero también crecía el placer cuando le prodigaba atenciones con la boca y con los dedos.

Nunca imaginé que el sexo pudiera ser tan increíble.

Rocé con los dedos la mata de rizos oscura de su entrepierna y subí lentamente por su pecho. Martín y yo nos miramos un instante antes de volver a unir nuestras bocas. Me sentía sedienta de él, de sus besos y de sus atenciones. Me dio pavor la simple posibilidad de enloquecer si no le tenía dentro ya. Y eso nunca me pasó con anterioridad. Nunca deseé tanto a un hombre como lo deseaba a él.

—¿Nunca te han dicho que eres como el algodón de azúcar? —gruñó contra mi boca; su aliento y el mío encontrándose a medio camino—. Te has deshecho en mi lengua igual que uno, igual de dulce.

—No digas bobadas...

—No las digo. Esto —rozó la punta húmeda de su polla contra los pliegues hinchados de mi sexo— no es más que culpa tuya.

—¿Vas a condenarme por ello?

—No, rubita: voy a premiarte por ello.

Me dio la vuelta sobre la cama sin miramientos. Parecía una muñeca de trapo entre sus brazos y no me molestó en absoluto. Porque Martín sabía qué hacerme a la hora de volverme loca.

Sentí el azote resonando por todo mi ser y concentrando aún más placer en mi vagina. Como no conseguía verlo desde esa posición, me limité a agudizar el oído. Martín resollaba y se movía detrás de mí. Oí el envoltorio del condón rasgándose y cómo se lo ponía. Me tranquilizó saber que era un tío que practicaba el sexo seguro. Sin embargo, todo rastro de emoción se borró de golpe cuando alineó su erección contra mi entrada y, de una sola estocada, me llenó por completo.

Dejé ir todo el aire de mis pulmones al mismo tiempo que escondía el rostro entre mis brazos. Santo Dios Bendito. Me ensanchaba a la fuerza, me obligaba a adaptarme a él, a su dureza, a su grosor; y no me molestaba en absoluto. Porque esa incomodidad se mezclaba con el placer y era la primera vez que mi cuerpo se hallaba dividido entre la cordura y la desesperación.

Totalmente encajado en mi interior, con su cadera pegada a mi trasero, Martín se mantuvo unos

segundos así, muy quieto, y solo se separó cuando mi vagina se relajó lo suficiente para no seguir constriñéndolo.

—Eres una absoluta delicia, rubita —jadeaba él, de rodillas detrás de mí, al mismo tiempo que me agarraba de las caderas para moverse con mayor facilidad—. Y tienes un culo espectacular.

Vaya, doble ración de halagos. Eso pareció gustarle a mi cuerpo, porque tembló ante la siguiente embestida y, sin que yo pudiese evitarlo, mi vagina lo engulló de nuevo. Lo apresó con tanto anhelo que se sentía jodidamente enloquecedor.

Martín inició una serie de acometidas cortas y rápidas, a la par que profundas, que me hacían gemir y retorcerme y apretar las sábanas bajo mi cuerpo. Todo me daba vueltas. Me veía a mí misma tirada en la cama, aceptándolo dentro de mí, sin hacer nada más que suplicar. Gemir. Chillar. El placer me consumía igual que la llama a una vela. Hacía de mí una loba hambrienta.

Enseguida me atreví a mover las caderas al mismo compás que él marcaba, y así recibirlo más profundo. Como si de verdad quisiera sentirlo en cada rincón de mi ser. Martín me premió con un par de besos y mordiscos en la nuca al encorvarse sobre mí. Su aliento chocando directamente contra la piel húmeda de mi cuello casi logró que me corriera.

Y como si él se hubiera percatado de ello, se retiró por completo y se rio bajito.

—No tan rápido, rubita.

—¿Qué haces? —pregunté, confusa.

Lo miré por encima del hombro y vi que se deleitaba acariciándose la erección él mismo, con los ojos clavados en mi culo.

—Te ibas a correr y no puedo permitir que lo hagas tan rápido. Forma parte de mi venganza.

—Pero...

—Tranquila, cariño. Respira hondo —susurró, agarrándome del abdomen y dándome la vuelta. Cuando se acomodó sobre mí, cuando todo su peso formó parte del mío, cuando su piel acarició la mía, sentí que ardería por completo—. ¿Quieres más?

—Sí —balbuceé, acalorada y desesperada.

—Separa más las piernas.

Obedecí de inmediato.

Él me penetró despacio, hasta el fondo. Repitió ese movimiento de cadera una, dos, tres... seis veces. Torturándonos a los dos con un ritmo lento que, a su vez, nos permitía rozarnos y besarnos y mordernos.

Sus dedos me apretaron de la cadera y, sin venir a cuento, sin aviso previo, volvió a aquellos envites poderosos y profundos. Los jadeos llenaron la habitación. Martín me susurró nuevas guarradas al oído y se detenía por completo cuando notaba que mi vagina lo apretaba demasiado e iba a correrme.

Jugó así hasta que me tuvo al punto de las lágrimas, arañándole al espalda y suplicándole por más. Suplicándole por mi orgasmo.

Y justo cuando creí que seguiría adelante con su particular y seductora venganza, me besó hasta dejarme sin aliento y me permitió correrme entre sus brazos.

Todo mi cuerpo tembló a causa del clímax, y él me siguió poco después, gruñendo y

retorciéndose sobre mí. Lo abracé muy fuerte, sin dejar de devorar sus labios, de empaparme con su sudor y con su aroma. Fue jodidamente magnífico. Un orgasmo arrollador que nos dejó sin fuerzas.

Mientras recuperábamos el aliento, me acurruqué contra su pecho y cerré los ojos con fuerza. No entendía muy bien qué había pasado, salvo que me había corrido. Dos veces. Y que no necesité acariciarme a mí misma en el proceso, porque Martín ya se había encargado de eso.

¿Por qué tenía que ser él quien me diese tanto placer? ¿Por qué?

Dios, después de esa noche me costaría no masturbarme pensando en el polvazo que acabábamos de echar.

—¿Te ha gustado, rubita? —me preguntó al cabo de un rato.

—Sí, Cascarrabias. Si tú y tu ego necesitáis oírlo, sí.

Él se rio al mismo tiempo que escondía el rostro en mi pelo y olisqueaba igual que un gato ansioso de mimos.

—Sabía que no eras una frígida, rubita. Esta noche has sido puro fuego entre mis brazos.

No supe qué decirle, porque era verdad. Nos habíamos quemado entre las sábanas de mi cama y había sido jodidamente bueno.

Capítulo 20

En la vida real también hay likes

DÁNAE

—¿Quieres dejar de abanicarte? Por favor —se quejó Eva al ver que Dylan robaba otro panfleto de la mesa de al lado para darse aire en la cara—. Es que has llenado todos los platos con bolitas de papel.

—Perdona, señorita melindres. Solo intento poner en orden mi cabeza —se excusó con ironía mi amigo—. Acabo de enterarme de que Dánae ha echado un polvo. Eso es como celebrar que Britney Spears mandara a su padre a tomar por culo y recuperase su independencia. O como encontrar justo tu talla en una prenda que coges en rebajas.

—Sí, o como el cometa Halley, que solo pasa una vez cada muchísimos años —añadí yo con cierto enfado—. ¿Podéis dejar de hablar de mi vida sexual como si fuera algo mega importante? Vosotros folláis todas las semanas y no se arma ninguna fiesta.

—Es distinto, chochopan. Eva está casada y yo ligo fácil. Pero tú te habías empeñado en ponerle un candado a tu sepulcro con tal de que no entrara nadie.

Que mi mejor amigo se refiriese a mi vagina como un sepulcro no fue lo peor del asunto. Lo peor, en realidad, fueron las carcajadas del grupo de adolescentes que teníamos sentados al lado y que lo escucharon todo.

«Simplemente perfecto», pensé, abochornada. Ojalá hubiese tenido el cuchillo de untar mermelada a mano, así le habría cortado la lengua a Dylan antes de que siguiera aireando mi vida privada como si estuviéramos en el salón de su casa.

«Ahora se pensarán que soy una pringada», pensé, frotándome la cara con ambas manos. «Seguro que follan más que yo», añadí, y miré al grupito de soslayo.

Si es que todo lo malo me pasaba a mí. Era una desgraciada.

—Hay que admitir que es una buena noticia —dijo Eva, dándole un sorbito a su manzanilla. Era lo único que podía beber sin que se le revolviere el estómago.

—Pero si ayer estabais en su contra porque me habló mal —les recordé, incrédula.

—Te pidió disculpas, te llevó al concierto y encima te echó un buen polvazo. El chico se ha ganado el perdón con creces —repuso Dylan al mismo tiempo que se daba aire con el panfleto de *Viajes Relámpago: ¡reserva ahora y no pagues hasta dentro de tres meses!*—. Pero a mí eso ya no me importa. Quiero detalles jugosos. ¿La tiene grande?

—Qué cerdo eres. —Le dio un manotazo en el hombro Eva. Acto seguido le quitó el panfleto—. Pregúntale si se lo pasó bien y lo disfrutó.

—¿Tú le ves la cara? Porque esa es la expresión de «me han follado tan bien que no siento ni las piernas».

No logré contradecirle.

Realmente había sido así.

Acerqué la taza de café a mis labios y acallé mi aullido de frustración por estar viviendo aquella escena surrealista dándole un sorbo. Un poco de cafeína despejaría mi mente de todo lo que había pasado en las últimas veinticuatro horas.

Eva y Dylan se giraron al mismo tiempo hacia mí; los ojos entrecerrados a ver si captaban algo. Como si yo tuviera un letrero luminoso en la frente que dejase clara mi puntuación del polvo de la noche anterior.

—¿Te lo pasaste bien? —preguntó Eva.

—¿Te corriste? —añadió Dylan.

Les di un puntapié a los dos por debajo de la mesa.

Solo se quejó Eva.

—No es asunto vuestro.

—Oh, sí. Claro que lo es —insistió mi amigo—. Yo te cuento todo lo que hago en la cama.

—Nos lo cuentas porque te da la gana. ¡Si nunca preguntamos! —exclamé, alucinando con su descaro.

—Pero sé que os encanta el salseo. Mira cómo no te quejas tanto cuando pongo a parir a alguien que me ha salpicado el ojo con lefa y me lo ha dejado todo rojo e hinchado, que parezco Cuasimodo.

El grupito de adolescentes se calló de golpe. También habían escuchado eso.

Dios mío, quise pegar a Dylan.

—Demasiado información por hoy, Follaneitor —dijo Eva, chasqueando la lengua. Colocó su mano abierta sobre su cara a fin de que se callara un poco—. ¿Te lo pasaste bien o no? —volvió a preguntar, y parecía de verdad curiosa.

Exhalé un profundo suspiro.

Si cerraba los ojos, aún podía sentir cómo los dedos de Martín recorrían mi cintura, mis piernas y mis senos. Cómo su boca colonizaba mi cuello, mi boca, mi ombligo. Fue excitante y amable y divertido y sexy.

El mejor polvo que había echado, sin lugar a dudas.

—Sí —dije, muy bajito. Las mejillas me ardían; el pecho también—. Sí, me lo pasé bien.

—Se corrió —logró articular Dylan a través de los dedos morenos de Eva, que continuaban presionándole la cara—. Por fin se ha corrido con un tío. Joder, qué orgulloso estoy de ti.

Nunca había vivido una situación tan surrealista como la que estalló a mi alrededor tan solo un segundo después. Los adolescentes se giraron hacia nosotros y empezaron a aplaudir y a felicitarme al grito de «¡campeona!» y «así se hace, *girl*». Abochornada hasta límites estratosféricos, me cubrí la cara con el bolso y alejé mi silla de la mesa. Por Miguel Ángel Silvestre, quería que la tierra se abriese bajo mis pies y me tragase. Me daba igual acabar en Madagascar o en la Antártida, siempre y cuando Dylan no me siguiera.

—Dios, mira que eres bruto. —Eva apartó su mano y le echó una mirada terrible—. Ahora toda la cafetería sabe que Dánae no se había corrido jamás con un tío.

—No te rayes, tía —dijo una de las chicas de la mesa de al lado, la de los adolescentes—. La sexóloga de mi insti dice que eso es mega normal y que hay que tomárselo con calma.

—Uy, sí. Yo tardé mogollón en correrme con mi ex. Y lo conseguí porque le dije de cambiarnos de postura —añadió su amiga, sentada a su izquierda.

—Tú insístete, tía. Si ha podido una, puede más. Que te deje bien satisfecha.

No lo soporté más; cogí mis cosas y me fui como alma que llevara el diablo de allí. Bastante confuso era todo ya como para que encima se pusieran un grupo de adolescentes de menos de veinte años a hablar de mis orgasmos. Era surrealista. Ni en las series de televisión de Antena 3 se pasaban tanto de la raya.

Con las mejillas ardiéndome y el corazón latiéndome a mil revoluciones por segundo, me senté en uno de los bancos de la avenida y me abaniqué con la agenda que siempre llevaba en el bolso.

A lo mejor todo aquello era una broma de mal gusto de mis amigos, o ideada por la televisión, para sacarla en alguno de esos programitas que la gente veía y criticaba en Twitter. ¿Y si de pronto aparecía Toñi Moreno gritando que era una persona maravillosa por aguantar que mi mejor amigo fuese gritando mis vergüenzas en la terraza de un bar? Sentido tenía, desde luego. Y con eso bastaba para que le perdonara al instante. O quizás no. A lo mejor lo mataba, pero sin usar el cuchillo de untar mermelada. Un crimen de ese calibre necesitaba una venganza a la altura.

—¡Chochopan! —llegó corriendo Dylan, de lo más apurado—. ¿Por qué te vas?

—Porque tienes la manía de hablar de todo como si fuese de dominio público, y no es así, ¿sabes? Me alegra un montón que estés orgulloso de tu sexualidad, pero no todos somos así.

—¿Y yo qué sabía que estaban pegando la oreja?

—¡Si te ha faltado contarle por megáfono! —le eché en cara.

Ninguna persona salió de detrás de los árboles, así que deduje que no, no era broma.

Acababa de ser humillada por un grupo de adolescentes.

—Te has pasado, Dylan —añadió Eva, cruzada de brazos.

Por fin se avergonzaba de sus actos. Dylan se rascó la nuca con los dedos y suspiró.

—Lo siento. Es que me ha hecho muy feliz y no he medido lo que hablaba.

Parecía un niño arrepentido de haberse comido las galletas del desayuno antes de la cena. Y yo, como siempre, empaticé con él y le resté importancia. Porque Dylan siempre estaba ahí, en las buenas y en las malas, apoyándome y aconsejándome y avergonzándose. A veces, todo a la vez. Y mi amor por él era tan grande precisamente por eso: porque si Júpiter protegía a la Tierra de los asteroides, Dylan me protegía a mí de los Gilipollas.

—No pasa nada. Solo estoy con resaca emocional. Y lo último que me apetece es que venga gente *random* a hablarme como si fuese su colega e instándome a que exprema a Martín igual que a una naranja.

—Lo cual no es mala idea. —Dylan alzó las manos a modo de rendición—. Solo lo dejo caer.

—No, la estás presionando. Ya se lo ha tirado, ¿no? —le cuestionó Eva—. Pues deja que ella

misma decida si quiere repetir o no.

Le dediqué una sonrisa de agradecimiento. Menos mal que alguien me comprendía, aunque fuese un poquito. Si bien el polvo fue divertido y maravilloso, no estaba muy segura de si era buena idea o no repetir. Ya nos habíamos quitado las ganas, ¿no? A lo mejor Martín no buscaba algo más que un simple *colegueo* con algo de sexo puntual. O solo una noche de sexo y ya.

«O a lo mejor esto forma parte de su venganza». El pensamiento intrusivo me provocó un escalofrío. ¿De verdad sería capaz de acostarse conmigo a modo de escarmiento por la mentira que nos había llevado a conocernos y pasar tiempo juntos? Lo dudaba bastante. Si seguro que lo dijo aquella tarde porque se sentía en la obligación de dejar claro que él estaba por encima de la situación y no me perdonaría tan fácilmente. A la vista estaba que no había hecho nada malo contra mí.

Dylan se sentó a mi lado y apretó mi mano entre las suyas. Siempre me habían parecido grandes y cálidas, pero en ese instante tan confuso, y tan revuelto, se me antojaron el mejor lugar en el que estar. Incluso si por su culpa me había tocado lidiar con un grupito de adolescentes cotillas.

—Para mí siempre serás la chica torpe que tropieza con todo, Dánae. Y si ahora tu cuerpo o tu corazón o tu mente, o los tres al mismo tiempo, te empujan a tropezar con Martín más veces, no dudes en hacerlo. Bastante nos reprimimos ya para que encima nos privemos de cosas solo por miedo a lo que vendrá después. —Hizo una breve pausa—. No te lo digo porque quiera que sigas disfrutando tu sexualidad, que también —aclaró—. Sino porque veo que, en el fondo, te gusta. Y cuando alguien te viene a la mente al escuchar tus canciones favoritas es porque merece la pena tirarse a la piscina.

»Si luego resulta que Martín es otro imbécil, estaremos aquí para meternos con él a saco, imprimiremos una foto de él y le tiraremos cebollas podridas, para que aprenda.

Solté una carcajada al mismo tiempo que me abrazaba a él con fuerza.

—Eres peor que una ex desechada.

Dylan me dio un par de palmaditas en la espalda.

—A vengativo no me gana nadie.

—Gracias, de verdad. Solo necesito poner en orden mi cabeza —murmuré.

—Y tu corazón, visto lo visto —añadió Eva, acercándose a nosotros para tirarse encima y abrazarnos fuerte—. Qué vamos a hacerle, neni. Tú eres la única que nunca sospechó que se encoñaría de su novio falso.

Una vez más, no logré recopilar un solo argumento en contra de su afirmación.

Tenía razón: me había enamorado de Martín como si fuera el príncipe azul que siempre quise encontrar.

Capítulo 21

Follar en un despacho no es un derecho, sino una obligación

MARTÍN

—Tienes permitido relajarte, eh. Aquí nadie te va a molestar.

Dánae se frotó la naricilla con el índice, algo nerviosa, y sonrió en mi dirección cuando logró reunir las fuerzas necesarias para mirarme.

—Lo siento. Es que se me hace rarísimo que me hayas llamado con este propósito.

Cualquiera que nos escuchara desde fuera, llegaría a la conclusión de que estábamos haciendo manitas debajo de mi mesa. Y no porque las palabras de Barbie Diseño llevara a la conclusión, sino porque en la última media hora no dejó de hacer ruiditos con la boca, de suspirar y de quejarse mientras leía por encima mis redes sociales y mis correos.

Esa mañana apareció en mi despacho con unos vaqueros, una camisa rosa claro, al igual que sus tacones, y una coleta de caballo que culminaba en un lazo enorme de la misma tonalidad. Estaba preciosa. Dulce como el algodón de azúcar. Y cuanto más la miraba, más ganas me entraban de morderle la boca.

Tras lo ocurrido en su apartamento, estaba claro que las cosas entre nosotros no volverían al mismo lugar. Ambos dimos un paso al frente y, aunque solo fue sexo, la tensión entre los dos era demasiado explosiva. Notaba cómo el aire ondeaba a mi alrededor, electrizante, cada vez que me rozaba la mano sin querer o me daba un toquecito en el hombro con la idea de llamar mi atención.

—¿Llevas aquí un rato y ahora te cohíbes?

Dánae se rio bajito.

—Soy así de tonta.

—No, solo eres especial.

Ella me dio un manotazo.

—No te metas conmigo. Se supone que he venido a rescatarte, ¿recuerdas?

Con una sonrisa ladina, asentí.

Puesto que no se me ocurría una forma positiva con la que enmendar mi mala actitud con un puñado de autoras que no dejaban de hacerme la vida imposible, decidí pedir ayuda externa. Alguien que viese la literatura como un pasatiempo maravilloso y contuviera un baúl repleto de ideas que poner en práctica.

¿Y quién era la mejor candidata sino Barbie Diseño?

En cuanto le comenté mi idea, no dudó en presentarse en la editorial, con dos batidos de fresas —bastante ricos, debía admitir— y unas galletas de chocolate que prácticamente se comió ella mientras pegaba la nariz y el mentón a la pantalla de mi ordenador.

—Te tienen un odio que flipas. Ahora entiendo mejor por qué deseas que sea tu novia, aparte de mi belleza natural —repuso, burlona.

—Les encantaría descubrir que hay cierta Barbie Mentirosilla que se ha dedicado a mentir sobre mí y a dejarme en ridículo. Imagina lo que dirían.

—Se reirían de ti y luego seguirían con tu vida. ¿Por qué les tienes tanto miedo?

—No es miedo, sino ¿cansancio? Me cabrea mucho que saquen a relucir asuntos privados que preferiría mantener en mi parcela. Además, las siguen muchas personas y las toman en serio. Y en el foro donde escriben se lleva todo un paso más allá.

»Hace unos meses, unas cuantas *influencers* se quejaron porque las criticaban ahí, en hilos privados, inventándose asuntos muy delicados y husmeando en su vida privada. Vida que no contaban en redes sociales. Conocían la identidad del colegio donde estudiaron, de antiguos jefes o si habían ido a tal o cual sitio.

—Joder, qué fuerte.

Cabeceé en señal de asentimiento.

—Una de ellas tenía un perrito enfermo y las chicas del foro se dedicaron a llamar al veterinario donde lo llevaban para ver si era cierto que estaba pagando el tratamiento. Porque todas creían que era una vil mentira con la que dar pena y ganar seguidores.

—¿Cómo se puede aburrir tanto la gente, colega? Hay que tener los patitos en fila para consumir en internet, de verdad. No es normal que la gente se sume a hacer ciberbullying tan extremo a través de un teléfono o un ordenador, y luego finjan que son decentes en la vida real.

Nunca pensé que soltarlo todo me haría sentir que me había quitado una gran carga de encima, pero aquella mañana, en mi despacho, con Dánae a mi lado, me embargó una enorme tranquilidad.

—Muchas de las personas que leyeron el hilo de mis autoras, dieron enseguida con mi nombre. Un par de ellas llamaron a mi abuela al teléfono. Tuve que cambiar de compañía. Y todo va a peor. No conocen la ética ni el respeto y, aunque no culpo a las autoras de forma directa, porque ellas no piden que hagan esas cosas, sí me jode que metan las narices en todo lo que ocurre a mi alrededor.

»Por eso te pedí que siguieras esta mentira. Para no darles más alas y que nos molestaran, o buscaran la manera de molestar a Sandra con ello.

—¿Sabes? Mucha gente dirá que no tiene sentido, pero en realidad sí que lo tiene. —Se giró hacia mí y me dio un par de palmaditas en el muslo, comprensiva. Sus ojos me transmitían muchísima paz—. A nadie nos gusta que metan las narices en esos asuntos que nos hacen daño y molesten a quienes apreciamos. Y están hablando de ti como si fueras el mismísimo Rumpelstiltskin.

Solté una carcajada al escucharla. ¿Por qué la gente se empecinaba en asociarme con figuras horribles del mundo de la animación o de fábulas? Ni era como Gruñón, ni como el jodido

Rumpelstiltskin. Solo faltaba que me comparasen también con Rasputín, y ahí sí tendríamos un problema porque mi pene no era tan descomunal como el suyo.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Eres la segunda persona que me llama así en menos de una semana.

—Ah. Por algo será, cariño.

—Supongo que me lo he ganado a pulso.

—No —ella sacudió la cabeza y me apartó un mechón de pelo de la frente—, solo eres un poquito difícil de tratar. Pero confío en que la gente conozca al hombre que se esconde debajo de todo ese montón de mentiras una vez te redimas. Se van a caer de culo.

Una emoción similar al orgullo me recorrió de la cabeza a los pies al escucharla. La fe que tenía la rubita en mí sí que era digna de estudio, y no que a la gente le salieran caries con algunos dentífricos.

¿Cómo era capaz de mirarme a la cara y seguir sonriéndome y dándome ánimos después de lo que acababa de contarle? ¿Es que de verdad confiaba en que era una buena persona?, ¿alguien digno de recibir amor y amistad?

Dánae continuó escribiendo en el folio una serie de pasos que dar para que las autoras se relajasen un poco y se vieran apoyadas de verdad por mi parte. Cuando terminó, me lo pasó, totalmente orgullosa del resultado, y se quedó a la espera de mi reacción.

Leí todo lo que ponía: hacer reels individuales, una ronda de preguntas rápidas, un *booktrailer*, ceder copias a *bookstagrammers* con números potentes, hacer packs de promoción exclusivos, una preventa jugosa...

—¿De verdad todo esto es necesario? ¿No será un gasto de dinero innecesario?

Dánae me arrebató el folio, escribió algo más y me lo entregó de vuelta.

—Se me había olvidado los cantos pintados. Ahora todo el mundo quiere ediciones especiales de los libros que compra. Y no, no es un gasto innecesario. Si publicas a un autor, tu trabajo es asegurarte de que recibe el apoyo que se merece y que venda todo lo posible. Al final del día, ganaréis los dos.

Resoplé al comprobar todo lo que tendría que hacer con tal de ganarme el aprecio de nuevo de un puñado de autoras que, por más que pesara, vendían mucho y muy bien. Y sí, todo ese beneficio acababa en el mismo sitio: las cuentas de la editorial Merika.

—Esto es mucho dinero, rubita.

—Merika es una de las tres editoriales más potentes del país; os lo podéis permitir —aseguró la rubia, terca como ella sola. En su cara ya había pintada la emoción de ver los escaparates de todas las librerías famosas decorados con nuestros libros—. ¿Ahora os vais a poner tacaños?

—No es por ser unos agarrados, rubita. Se trata de que solo nos ceden un porcentaje de dinero para todo un año de promoción, y no van a soltar nada más.

—Poca promoción veo para lo mucho que vendéis. —Chasqueó la lengua ella, frotándose la sien con el índice—. Me has preguntado cómo conseguir el perdón de tus autoras, y yo te lo he puesto en bandeja. ¿Lo aceptas o no? La mayor parte del trabajo tendrías que hacerlo tú. Bueno, y dentro de unas semanas tu compañera también. Entre los dos vais a conseguir muchas cosas.

Joder, se me había olvidado la incorporación de Martina Nogués al sello de romántica. «Ya me gustaría que fuese un mal sueño», pensé, totalmente resignado a ser vigilado por otra editora.

Como no me quedaba de otra, asentí con la cabeza. Me fiaba bastante de Dánae precisamente porque no miraba el asunto con los ojos de un experto en marketing, con varios másteres a sus espaldas, sino con los ojos de una lectora de romántica voraz que soñaba con tener ediciones bonitas en su estantería. Y a ese público sí me interesaba llegar: el que apoyaba por completo al negocio editorial a través de la ilusión.

—Bien. Me alegra saber que, en el fondo, eres un osito adorable y poco gruñón —comentó ella al mismo tiempo que me pellizcaba ambas mejillas.

Fruncí el ceño al escucharla y le di un empujoncito con el hombro. La risa de Dánae llenó todo mi despacho, y me pareció un sonido precioso.

Un sonido que no quería dejar de escuchar jamás.

—No te pases ni un poquito, Barbie Satán —acorté la distancia entre los dos, pegando nuestras sillas, y le tiré suavemente de la coleta—. Todavía estoy decidiendo qué hacer contigo.

—¿Hacer conmigo? —balbuceó ella, de pronto inquieta.

Cómo me gustaba que reaccionara así, joder. Poniéndose nerviosa, sonrojándose y anticipándose a cualquier maldad que quisiera hacerle.

Sonreí de medio lado y asentí.

—Mi venganza, ¿recuerdas?

—Pensaba que ya me castigaste la otra noche.

—¿Crees que lo de no permitir que te corrieras antes de tiempo era un castigo?

Sus mejillas, rojas como la grana, fueron el complemento perfecto para su mirada acusatoria y abochornada. «Qué adorable», pensé.

—Pues sí —respondió con la boca pequeña.

—Barbie Satán, eso solo fue el principio.

Provocar a las mujeres siempre se me había dado bien. En el pasado, me las ligaba con comentarios subditos de tono, pero susurrados cerca de la oreja y acompañados de una caricia sutil en la mano o en el hombro. Pero dudaba que con Dánae sirviera algo de eso. Me dio la impresión de que no estaba acostumbrada a que los tíos se interesaran por ella —algo que no entendía jamás, porque era espectacular—, y por eso desconocía las tonterías que soltábamos los hombres para seducir a una mujer.

En mi caso, no buscaba llevármela a la cama para desquitarme. Me atraía de verdad. Dánae me excitaba. Era dulce y bonita y divertida. Diferente a la mayoría de las mujeres con las que intimé en el pasado. Y me causaba un cúmulo de emociones muy dispares el ver que no se valoraba ni un poquito.

Podría traducirlo en rabia, y acertaría. Podría reducirlo a fastidio, y sería igual de válido. O sencillamente me molestaba que la gente no la respetara porque, en el fondo, me gustaba y me parecía una mujer increíble. Cuando la miraba, ya no veía a la mentirosilla borracha de la fiesta de cumpleaños de Arantxa, sino a alguien que peleaba a diario por encauzar su vida y ser alguien mejor.

Los mediocres eran los que, para venirse arriba y ocultar sus inseguridades, se pasaban toda una vida pendientes de los demás; de qué hacían o decían, y así criticarlos constantemente. Las personas que valían la pena seguían adelante, esforzándose a pesar del mal tiempo, de sus heridas y sus miedos, sin joder al resto.

Y, para mí, Dánae encajaba en el segundo grupo.

—Es injusto que pretendas castigarme hasta el infinito y más allá. ¿No se supone que somos novios porque tú no quieres que te den por culo con mi mentira? —me echó en cara.

—Ya, pero es que el mundo no es justo, rubita.

—Soy Libra, la justicia y yo vamos de la mano —colocó una mano en mi pecho, frenándose en seco, y me lanzó una mirada airada—. Seguro que tú eres Aries.

—Leo.

—Peor me lo pones —bufó ella—. Pasional y enérgico.

—Y leal —añadí yo.

Mi respuesta pareció sorprenderla.

—¿Crees en el horóscopo?

—Creo en mí mismo. Y también creo que estás temblando porque te has puesto algo tontorrón de pronto.

Dánae volvió a bufar, con más energía que antes.

—¿De verdad te sirve eso con las tías?

—¿Sirve contigo?

—Pues...

Con la mano libre, acaricié uno de sus pechos por encima de la tela de la camisa, y percibí la protuberancia de su pezón; duro y rígido.

Sonreí victorioso.

—Algo me dice que sí.

—Arrogante de las narices. —Me empujó lejos de ella. Su pecho subía y bajaba con gran rapidez—. Pensaba que tú no...

—Que yo no ¿qué?

—Que tú no me desees. Ya sabes, que lo de la otra noche fue por la emoción del concierto y todo eso.

Me hubiese encantado soltarle cuatro comentarios fuera de lugar, más soeces que el vocabulario de un marinero, con la intención de meterle en esa cabecita que si me acosté con ella no fue por echar el rato, sino porque me atraía. Porque me la ponía durísima. Y porque quería hacerle tantas cosas que sus vecinos nos echarían del edificio a causa de sus gritos.

En cambio, la miré. Y ella me miró de vuelta. Cinco, diez, veinte segundos. Mis ojos se desviaron a sus labios, rosados y esponjosos, y me dejé caer hacia ella.

Dánae gimoteó bajito al sentir mi boca chocar con la suya. Cerró los ojos al instante, igual que las princesas, y yo me dejé arrastrar por su sabor y su calidez y el abrazo que me devolvió casi al instante. La atraje hacia mi cuerpo, prácticamente sentándola en mi regazo, y acaricié su espalda y sus muslos al mismo tiempo que la devoraba.

Qué bien besaba, joder. Era adictiva. Peor que una droga. Nublaba mi mente, aceleraba mi pulso, y me la ponía durísima.

Recorrí su boca con lentas pasadas de mi lengua, con mordisquitos, con piquitos. Dánae jugaba con mi pelo, insistente, y me daba pequeños tirones al sentir la presión de mis dientes sobre el mentón o sus labios.

—A-Alguien podría vernos —graznó ella, acalorada, unos minutos más tarde.

—He echado el pestillo.

—¿Lo tenías planeado?

—No. Es que no me fiaba de que alguien entrase con cualquier excusa a cotillear y ver qué hacíamos.

—Ah.

Corté lo que iba a añadir con otro beso, más intenso y duradero que el anterior.

Mis dedos desabrocharon su camisa y dejó sus pechos al aire. No llevaba sujetador, así que sus pezones rosados y pequeños me saludaron enseguida. Los pellizqué a la vez, y ella arqueó la espalda como respuesta. Dánae respiraba de manera errática, y su rostro ya se hallaba muy colorado en el instante que lamí su cuello y bajé hacia sus clavículas.

—Ojalá estuvieras en mi cabeza —me oí decir por encima de sus jadeos. Entorno los párpados al comprobar que ella no se alejaría—, así sabrías lo mucho que me gustan tus tetas. Tengo pendiente correrme en ellas.

—Oye.

—¿Hm?

—¿Es lícito follar en un despacho?

—Es lícito y hasta necesario. —Bajé por sus clavículas con besos húmedos que dejaban tras de sí un reguero de saliva que culminó sobre sus tetas. La mejor obra de arte—. Apuesto una cena a que si meto la mano en tus bragas, estarás mojadísima.

—¿Eso es lo que valen mis bragas? ¿Una cena?

—Tus bragas lo valen todo, Barbie Descarada. —Le di un mordisco en uno de los pezones. Dánae gritó bajito y me tiró del pelo—. Tú lo vales todo. —Y eso lo afirmé porque de verdad lo creía.

Con los ojos cerrados, me concentré en besar, lamer y morder sus pechos hasta que sus pezones estuvieron húmedos y doloridos. Dánae no volvió a golpearme; se limitó a gimotear y agitarse en mi regazo, y a suplicar, en voz bajita, por más.

Más lamidas. Más mordidas. Más besos.

Y yo, como buen esclavo del deseo que encendía en mí, de su belleza de Afrodita, apreté sus senos con las manos y los llené de marcas de mordidas. Hasta mi barba ayudó a que se pusieran aún más rojos.

Cuando me alejé, sonreí orgulloso.

—Quítate los tacones y los vaqueros —ordené.

Dánae tardó casi veinte segundos en bajarse de mi regazo y obedecer. Fue muy sexy verla retirar la prenda, deslizándolas por sus muslos, y lanzar los tacones al otro lado del despacho.

Mentalmente, agradecí tener moqueta, así nadie se daría cuenta de lo que hacíamos entre aquellas cuatro paredes.

Me desabroché el pantalón y la cremallera, y dejé salir a mi erección. Dolía demasiado, y ya me había mojado los calzoncillos. Esa rubia me ponía muy mal. Era mi jodida perdición. Y pensaba follármela en mi despacho sin pedir permiso ni perdón.

—Estás muy sexy con la camisa así.

Dánae se mordió la esquina del labio y la dejó caer al suelo también. Luego se quitó las bragas, aunque no las soltó, sino que me las tiró a la cara.

Una carcajada emergió de mi pecho.

—Húmedas —murmuré, acariciando el encaje rosa con los dedos—, lo sabía.

—Eres un poquito brujo.

—No, Barbie Lujuria. Sencillamente, siento la misma atracción por ti.

Saqué un condón de mi cartera y me lo puse rápidamente. En otro momento y en otro lugar, me hubiese recreado en Dánae tanto o más que la noche que pasamos juntos. Quería besarla por todos lados, desde su boca hasta su abdomen, y mucho más abajo. Volver a sentir cómo se deshacía bajo los toques de mi lengua, igual que el algodón de azúcar al entrar en contacto con el agua. Pero no teníamos demasiado tiempo antes de que alguien nos interrumpiera, por eso la tomé de las manos y la senté sobre mi regazo. Ella gimió al sentir el roce de mi polla contra sus labios hinchados y húmedos. Incluso con el látex de por medio, su calor me consumía por completo.

—¿Eres buena montando, rubita?

—No lo sé.

—Tendremos que comprobarlo, ¿no crees? —susurré, con los labios pegados a su mentón, y le ayudé a moverse para que le resultara más fácil dejarse caer sobre mi erección—. Así, muy bien.

Dánae se movió de manera lenta, casi tortuosa, hasta tenerme completamente enterrado en su interior. Ahogué toda la tensión de mi cuerpo pegándole un mordisco sobre su labio inferior. Ella gimoteó en respuesta. La callé con un beso antes de que alguien nos escuchara desde fuera. No necesitábamos público alguno. Quería disfrutar de ella, de su calor, de su cuerpo. Sin presiones ni urgencia.

Ella rodeó mi cuello con los brazos, pegándose por completo a mí. Sujetándola de las caderas, la animé a moverse más rápido; arriba y abajo, sobre mi erección, que no dejaba de palpar atrapada entre sus músculos. Me sentía desfallecer al tenerla completamente sobre mí, apretándome con sus piernas y con sus brazos, sin darme tregua alguna.

La vi titubear cuando aceleró un poco el movimiento de sus caderas, y se me llenó el pecho de orgullo al ver que se estaba entregando sin reparos, hasta con la vergüenza agitándola. Porque eso era justo lo que quería de ella: que se entregara. Que me lo diese todo: sus besos, sus orgasmos, sus jadeos, sus brazos. Todo.

—Lo estás haciendo genial, Barbie —susurré contra su boca.

Dánae correspondió a mi beso con tanto anhelo que casi me resbalé de la silla. La afiancé mejor, rodeándola con un brazo, y le di una nalgada con la otra.

Ella culebreó sobre mí.

—¿Qué ha sido eso? —cuestionó ella, acalorada y sudorosa.

El brillo de su piel me tenía atontadísimo. Lamí su cuello, la línea entre sus pechos, y le mordisqueé una teta. Dánae encorvó la espalda en un acto reflejo y se mordió con fuerza los labios a fin de acallar cualquier sonido que le indicara a los de fuera que estábamos follando.

—¿Esto? —pregunté, dándole otra palmadita en el cachete colorado.

Noté que su vagina me apretaba aún más. Casi me corrí por su culpa. Aunque no lo hubiese lamentado en absoluto. Por extraño que fuera, con la rubita me daba igual durar mucho y poco, siempre y cuando ella lo disfrutase aún más que yo.

Dánae asintió con la cabeza.

—Solo me gusta jugar contigo, rubita. Me pones demasiado. Y tu culo.... Tu culo es una obra maestra.

—Calla, idiota. N-No es cierto.

Para que tuviera en cuenta que no mentía, la apreté del culo con las dos manos, separándole las nalgas, y la insté a cabalgarme con más energía. Ella respondió de inmediato: se agarró a mis hombros y me montó igual que una amazona furiosa. Me quedé prendado de su expresión de placer, del bamboleo de sus pechos, de sus gemidos entrecortados, del balanceo de su coleta. Le di varios cachetes más, cuando no se lo esperaba, y me regodeé en su reacción. Quería justo eso, joder. Que lo disfrutara como nunca.

—Dime que te quieres correr conmigo, Barbie.

—Quiero correrme contigo. Quiero...

—Dímelo —ordené, la voz ronca por el deseo—. Dímelo, rubita.

—Tócame —casi suplicó, con la cabeza hacia atrás y el pelo haciéndome cosquillas en los brazos—. Tócame, por favor.

—¿Así? —pregunté, juguetón, mientras mi dedo jugaba con el orificio de su ano. Solo lo acaricié por fuera, mas ella tembló con violencia—. ¿O dónde quieres que te toque, Barbie?

—En... En... Yo... Tócame delante...

—¿Aquí? —le rocé el pezón con los nudillos, fascinado por cómo habían pasado de ser rosados a ser de un marrón oscuro a causa de mis succiones y mordiscos—. ¿En tus tetas?

—No, no. En... Oh, Martín...

—Suenas genial mi nombre en tu boca de pecado, Barbie.

—Necesito que...

—¿Qué? ¿Por qué no me lo dices?

—Es que...

—¿Quieres que te toque aquí? —bajé por su abdomen, por su ombligo... hasta rozar su clítoris hinchado—. ¿Te quieres correr con mis dedos?

Tragó saliva y asintió.

—Sí.

No me comporté como un capullo en esta ocasión, y le di lo que me pedía. Acaricié en círculos perezosos su clítoris mientras ella me montaba. Simplemente preciosa, pensé, con el corazón

latiéndome desbocado y el sudor perlándome la cara.

Pasaron pocos segundos antes de que Dánae explotara entre mis brazos y ahogara su placer contra mi cuello. Entre temblores, me besó la piel. Me olisqueó. Y me regaló la mejor visión de su culo moviéndose contra mi polla. Esa sencilla imagen aceleró mi propio clímax, así que la seguí enseguida. Vaciándome por completo dentro de ella. Y me hubiese encantado poder llenarla de mí: su boca, su carita, sus pechos. Pero era una fantasía que cumpliría en otro lugar, y no allí, en mi despacho, a la vista de todos.

Nos quedamos unos minutos así, abrazados, poco a poco recuperando el aliento. Dánae se separó de mí y me miró a la cara, muy seria. Por un momento temí que me fuese a echar la bronca por provocarla hasta ese punto. Sin embargo, ella me apartó un mechón de pelo de la húmeda frente y dijo:

—La próxima vez que me des un cachete sin venir a cuento, te prometo que te voy a meter un dedo en el culo como venganza.

Por más en serio que lo dijese, fui incapaz de contener la carcajada que emergió de mi pecho un segundo después. Dánae, avergonzada, me dio un manotazo en el hombro. No obstante, la abracé con fuerza, impidiendo que se alejase, y le di un cachete suave en el trasero.

—No te hagas la ofendida por algo que te ha gustado, Barbie Lujuria. Solo soy un humilde servidor dispuesto a darte todo el placer del mundo.

Y lo dije completamente en serio, aunque ella pusiera los ojos en blanco.

En el fondo, solo me apetecía colmarla de ese placer que siempre se le vetó. Porque no se merecía menos.

Capítulo 22

Barbie se independiza y por fin dice lo que piensa

DÁNAE

Los siguientes días me los pasé de casa en casa o de hotel en hotel repartiendo juguetes sexuales. Parecía Santa Claus en el día mundial de la salud sexual. Todo el mundo me pedía las últimas novedades, o que se las enseñara, así que mis mañanas y mis tardes consistían en sacar de las cajas los bombeadores masculinos, los dildos de todos los tamaños, las bolas chinas, los succionadores de clítoris, las pinzas para los pezones, las fustas, los vibradores, los que se podían usar bajo la ducha, los lubricantes, los arneses. Todo, absolutamente todo, sin excepción. Coloridos ejemplares que llenaban las mesas mientras la gente admiraba cómo la mente humana era capaz de inventar cientos de objetos para que el orgasmo fuese solo el final, y el placer el largo camino hacia él.

Unos meses atrás, cuando empecé a trabajar como vendedora de juguetes sexuales, me provocaba muchísima vergüenza decirlo en voz alta. Mucha de esa culpa que me consumía era a causa de mi familia, que lo veían ya no solo como el mayor fracaso posible, sino como una aberración. ¿Cómo iba a ganarme el pan ofreciendo pollas de goma? Pero lo hacía, y cada vez se me daba mejor. No es que me agradara arrastrar una maleta llena de juguetes para adultos, mas lo prefería por encima de una hamburguesería, una fábrica, las campañas quincenales en los supermercados y, en fin, cualquier otro trabajo basura que apareciera en mi currículum.

Una de las tardes me volví a pasar por el edificio donde vivía la abuela de Martín. Ella no sabía que teníamos algo —ficticio, claro— y yo no se lo conté. Solo le expliqué que su nieto y yo nos quedamos hablando un poco la vez anterior porque nos conocíamos del instituto. Eso pareció emocionarla muchísimo.

—Mi Martín es un amor de chico, pero muy suyo. Le cuesta relacionarse con gente nueva desde que era pequeño. Me hace muy feliz que alguien lo recuerde con cariño —me dijo, al mismo tiempo que sonreía con dulzura y me acariciaba la cara.

Pasar por allí siempre me dejaba el corazón contento. Aunque muchas personas llamaran viejas verdes al grupito de la tercera edad que se compraban aceites y lubricantes y estimuladores, a mi parecer era una muy buena forma de vivir la jubilación. Sobre todo, porque muchas de ellas jamás tuvieron la oportunidad de explorar su sexualidad. Cuando eran jóvenes, el mundo no estaba aún listo para el placer femenino y muchas ni siquiera intuían, o sospechaban siquiera, cómo era un orgasmo. Por eso, cuando me lo contaron todo la primera tarde que pasé por el salón de María, aparte de llorar como una magdalena, me alegré sinceramente por ellas.

Se merecían todo lo bonito del mundo.

Nada más llegar a casa, me entretenía en el boceto de la portada. Probaba diferentes paletas de colores, dibujaba cosas aquí y allá, pensaba en elementos que llenaran el fondo sin robarle el protagonismo a la pareja principal y escogía distintas tipografías. Poco a poco, el resultado me gustaba más y más. Ni siquiera notaba que mis dedos estuvieran resentidos después de tanto tiempo sin dibujar.

Cuando me tocó ir a la universidad, decidí no matricularme en ningún lado y, a cambio, hacer cursos de dibujo y diseño gráfico. Eso me llenaba mucho más que graduarme en Periodismo, por ejemplo.

Mi madre aún se tiraba de los pelos por eso. Tantos años ahorrando para nuestros estudios y yo decidí echar por tierra mi futuro.

A fin de cuentas, no había trabajado demasiado como diseñadora. Como mucho, al principio, en una empresa que me contrató porque les salía a cuenta y no me exigían demasiado. Pero, sentada frente a la tableta, con el lápiz en la mano, volvía a notar el cosquilleo en mis dedos y en mi pecho a medida que daba forma a las imágenes de cabeza.

Echaba de menos dibujar. Lo echaba demasiado de menos.

Pero no todo era bonito. Dylan y Eva me arrastraron a un centro comercial de las afueras con el único propósito de encontrar un vestido para la entrega de premios de la editorial Merika. Los dos me dejaron muy claro que mi gusto era más bien limitado cuando se trataba de vestidos de cócteles y fiestas, y que ir con botas de cowboy y una cola de caballo no me haría quedar presentable. Lo cual era injusto, porque Lady Gaga apareció una vez vestida de carne animal a unos premios, y metida en una nave espacial en otra, y la gente la amaba igual.

¿Por qué demonios yo no podía ir en zapatillas y vaqueros?

Costó casi cuatro horas conseguir el dichoso vestido. Dylan fue quien lo encontró en un escaparate y se enamoró perdidamente de él. Y Eva también, para qué mentir. La única que mostró reticencias antes de probármelo fui yo. Pero luego se me pasó. En cuanto vi mi reflejo en el espejo supe que era el mejor maldito vestido del mundo.

Emocionados, los tres nos dirigimos a la zapatería más cercana y nos hicimos con los tacones a juego. Y luego con el bolso. Y con el tocado. Y con el pintalabios más espectacular. Y con unas bragas que no dejaran nada a la vista, porque el vestido, en la parte de atrás, era todo gasa.

Eso fue lo único que me chocó un poco: iba a ir enseñando mis nalgas al mundo, aunque sutilmente, y no me imaginaba cómo reaccionarían Arantxa y Martín al verme aquella noche.

¿Le gustaría a él, al menos?

A quien no le agradó demasiado mi *outfit* fue a mi cuñada. Tanto ella como mi madre aparecieron de improviso en mi casa con una bandeja de dulces y un par de zumos detox recién exprimidos. Nadie las había invitado, pero ellas eran así: se llevaban bien y hacían lo que les daba la gana.

Lo único positivo de que llamaran al timbre de mi apartamento sin avisar antes es que me cogieron con energías renovadas: acababa de llegar de mi sesión rutinaria con Carmen, mi psicóloga, y básicamente no tenía el chocho *pa'* farolillos.

—Algún día vas a tener que explicarme cómo lo haces para vivir en un espacio tan pequeño, Dánae —dijo mi cuñada con una falsa sonrisa en la cara. Nunca creí en el mito de que las novias de tus hermanos mayores eran unas malas furcias hasta que me tocó aguantar a Arantxa—. Es increíble.

—Debe ser que tengo un ego bastante normalito. Las hay que necesitan casas de cuatrocientos metros cuadrados para no sentir que se asfixian —dejé caer.

Ella apretó los labios ligeramente, disconforme con mi actitud hosca.

No era la primera vez que Arantxa mostraba su descontento con mi casa. Se pasaba las horas y horas criticando mi gusto para la decoración y mi alimentación. Todo lo relacionado conmigo le parecía horrible. Y a mí ya me había cansado su actitud de mierda. Estaba harta de aguantarla.

En mi última sesión con mi psicóloga, Carmen y yo hablamos sobre el perdón y el rencor. Y ella me animó a pasar página y perdonar a los demás, y no porque necesitara olvidar lo que hacían contra mí, sino porque era la única manera de sanar.

Por eso, y porque me merecía algo de paz mental, decidí que no me callaría nunca más. Que se acabó lo de agachar la cabeza, lo de ser sumisa. Ni Arantxa ni mi madre se merecían tal poder.

Eran dos tiranas que escondían su maldad en falsa preocupación.

—¿Este es el vestido que llevarás a la fiesta de la editorial? —me preguntó al verlo colgado del perchero principal. Como mi vecina, la costurera, tuvo que arreglarme un par de cositas, no me dio tiempo a guardarlo en el armario—. ¿No es muy escotado?

—Tampoco tengo las tetas tan grandes. No se verá obsceno.

—No sé qué decirte —insistió Arantxa—. Hay vestidos que, con tu edad, no te quedarán muy bien. Y este es uno de ellos.

—Apuesto a que tú irás tapada hasta el cuello, ¿verdad?

—Pues no. Pero mi vestido es más elegante que este. ¿Dónde lo has comprado?

—En Primark.

La cara de susto de mi cuñada me hizo reír. «Jódete, pesada. Así te vas preocupada a tu casa».

—¿Va en serio? ¿Irás a la fiesta con este vestido cutre que seguro que te ha costado veinte euros?

—Sí.

Mi madre colocó los vasos limpios sobre la mesa, sin dejar de seguir nuestra conversación.

—Te dije que te pasaras por una boutique en condiciones —repuso ella—. ¿Tanto te costaba hacerme caso por una vez?

—Ya ves. No tenía tiempo. —Encogí mis hombros y me senté en la mesa—. ¿De qué son estos pasteles?

—Sin azúcar. Buenísimos —dijo mi madre, ocupando la silla de al lado—. Tu cuñada los ha comprado para nosotras.

—Qué maja —repuse de mala gana.

Ojalá no hubiera tenido la gran idea de presentarse a mi casa con la intención de cotillear, porque le había salido el tiro por la culata. Ni permitiría que me tocara los ovarios o me amargara la tarde, ni le diría que el vestido me había costado un montón de dinero y no era de Primark.

Infantil o no, aquel se convertiría en mi primer paso para alzar una enorme muralla que me protegiese de las malas vibraciones de mi familia.

—¿Qué tal te va con Martín? Aún no me lo has presentado —comentó mi madre—. ¿Por qué no le invitas a cenar una noche?

—Ni de broma —solté casi sin pensar. Mi madre frunció el ceño—. ¿Para qué quieres conocerlo?

—Porque es tu novio. He conocido a todas tus parejas, menos a este. Y eso que Martín es el que mejor trabajo tiene, con diferencia.

—Ni que eso fuera lo más importante. —Puse los ojos en blanco, metiéndome un trozo de palmera sin azúcar y sin nada a la boca.

Sabía a rayos.

—En tu caso, sí —mi cuñada se lanzó a meter cizaña con una sonrisa condescendiente—. Dado que tú no eres capaz de encontrar un trabajo en condiciones, estaría bien que él fuese capaz de mantenerte.

—No necesito que nadie pague mis caprichos, Arantxa. Yo solita me sobro, ¿no te has dado cuenta? —Señalé el vestido colgado del perchero a propósito—. Si el único interés que te despierta un hombre es su cuenta corriente, ahora entiendo por qué te casaste con Gonzalo.

—Nunca he pensado en Gonzalo de esa manera —se defendió ella. Parecía ofuscada—. Además, yo sí tengo un trabajo fijo y estable.

—Por supuesto. Somos los demás los fracasados, ¿verdad, cuñada?

Mi madre, intuyendo que se avecinaba tormenta entre las dos, decidió meterse en medio y desviar la atención.

—¿A él no le apetece conocernos más a fondo?

—Después de lo que les he contado sobre vosotros, no mucho.

—¡Dánae! Por favor, ni que fuéramos la familia de un asesino en serie.

—No, mamá. Sois peores. Por eso no quiero mezclar mi relación con mi familia.

—Pero ¿qué te pasa? Hoy pareces... Estás muy subidita y muy contestona —se quejaba mi madre, negando con la cabeza.

«Bastante me he callado en los últimos años», pensé, cruzándome de brazos. Si lo que le molestaba era precisamente que no siguiera con la cabeza gacha, entonces lo lamentaba por ella, porque esa Dánae moriría cuanto antes. Yo misma me encargaría de quitarla de en medio.

—Solo digo la verdad.

—¿Y la verdad es que le cuentes mentiras a tu novio sobre tu madre y tus hermanos? —me echó en cara mi madre.

—¿Quién ha dicho que yo le haya contado mentiras?

—¡Si no quiere ni vernos, es porque nos has pintado como personas horribles!

—Si tú lo dices, será verdad.

—Así no se hacen las cosas, Dánae. —Mi cuñada chasqueó la lengua—. Martín es un hombre íntegro y respetuoso, y dudo mucho que no sienta curiosidad por saber cómo es su suegra.

Entre ellas intercambiaron una mirada de comprensión que me provocó náuseas.

¿Es que mi madre jamás sentiría un poquito de empatía hacia mí? ¿Jamás me daría un voto de confianza? Joder, que su hija era yo, no Arantxa. Y yo jamás le había llamado hija de puta por la espalda, como ella; ni le prohibía ver a sus nietos. No malmetía siempre que se presentaba la ocasión, o le llenaba la cabeza de mentiras a Gonzalo en contra de su familia materna. ¿Por qué, entonces, no me miraba a mí con amor? ¿Por qué me consideraba un puto monstruo si jamás hice algo en contra de ellos?

Daba igual que me hiciera la fuerte, porque luego veía cosas así y me entraban ganas de llorar de pura impotencia.

—Si él quisiera conocer a mi familia, ya me lo habría dicho, ¿no crees? —Fue la respuesta que logré articular sin trabarme.

Las dos se enzarzaron en un debate al respecto, y la conclusión final fue que yo le había comido la cabeza a Martín y no me conocía en absoluto.

—Si supiera cómo eres en realidad, no estaría saliendo contigo —comentó mi cuñada, como si de verdad sintiera lástima por su compañero de trabajo.

No volví a hablar en toda la tarde.

Cuando se marcharon, cogí el vestido y, rabiosa, lo tiré al suelo. No quería ir a la estúpida fiesta de la editorial. Ni seguir siendo la novia falsa de Martín. Ni apellidarme Masaveu. Ni ser parte de esa familia de mierda.

Me quedé en el sofá todo lo que restó de día, viendo la televisión, aunque sin escucharla. Nada más caer la noche, Martín se presentó en mi casa con una caja de pizza y una bolsa con chucherías.

No supe por qué, y no me molesté en averiguarlo, pero lo vi igual que a un superhéroe.

—¿Por qué traes esa cara, rubita?

—Un mal día. —Fue todo lo que dije.

Él suspiró.

—¿Te apetece una noche de pelis?

—Planeaba ver *Crepúsculo*. Es mi película de confort.

Por la cara que puso, supe que no le gustaba en absoluto. Y me pareció un sacrilegio. ¡*Crepúsculo* era una adaptación increíble!

—Supongo que no me queda de otra que quedarme, alimentarte y no bañarte después de las doce.

—Oye —le di un manotazo en el hombro—, que no soy un puto Gremlin.

—Parecido, pero no —riéndose por lo bajini, se sentó en el sofá y me hizo señas para que me uniese a él—. Venga, pon la peli y comamos la pizza antes de que se enfríe.

Me quedé de pie en el salón, rozándome la pantorrilla con el otro pie descalzo.

—¿Por qué has venido sin avisar?

—¿Te ha parecido mal? —Frunció el ceño.

—No, no. Solo me ha sorprendido.

Martín suavizó su expresión.

—Me apetecía pasar tiempo con mi novia falsa, eso es todo.

Agradecí en el alma que estuviera allí. Por eso, y porque la pizza olía de puta madre, me senté a su lado y le robé el mando.

—¿Preparado para elegir bando?

—Qué remedio, Barbie Vampira.

Capítulo 23

Un vestido espectacular y un arranque de sinceridad

MARTÍN

Cuando me quedé casi veinte minutos abajo, esperando a Barbie Cowboy, nunca imaginé que sería para caerme de culo —en sentido figurado— nada más verla aparecer. Y no porque hubiese elegido un vestido horroroso con el que acudir a la fiesta de la editorial, ni mucho menos, o porque fuese en zapatillas de deporte. Más bien fue todo lo contrario: estaba tan jodidamente hermosa y atractiva que se me secó la lengua y se me olvidó hasta mi nombre con solo echarle un vistazo.

Dánae había pasado de ser Barbie a ser Draculaura. Y no lo decía solo por el vestido negro y largo que llevaba, de escote generoso y una enorme abertura en la pierna derecha. Eso era algo más bien sorprendente, pero nada más. En realidad, el hecho de que cubriese su pelo de mechas rosas y negras, a juego con su maquillaje y sus uñas, fue lo que me ayudó a compararla con otra de las muñecas más conocidas del mundo.

Y, para qué mentir, pero si Dánae hubiese querido hincarme los dientes allí mismo, me habría dejado gustoso.

Es más, se me puso dura solo de verla caminar hacia mí.

Lo que cambiaba una mujer cuando lanzaba por la ventana toda su ropa rosa y la cambiaba por colores más apagados y más lúgubres como lo era el negro. Pero es que a Dánae todo le sentaba bien, maldita fuese.

—¿Esa cara de tonto significa que voy guapa? —se animó a preguntar nada más alcanzarme.

—Significa que lamento profundamente tener que ir a la estúpida fiesta. Ahora mismo preferiría quedarme aquí y ver qué clase de ropa interior te has puesto.

—¿Y quién dice que lleve ropa interior debajo? —preguntó Dánae, juguetona, antes de guiñar un ojo y subirse al coche.

Resoplé tan fuerte que me hice hasta daño. Aun así, no me dejé llevar por la frustración ni por el calentón; aún quedaba mucha noche por delante.

Cómo no, Dánae ya había puesto la radio, aunque a un volumen más bajo, y nada de Christina Aguilera o similares.

—¿Nerviosa?

—Un poco —cabeceó ella—. No conozco a nadie en la fiesta.

—Pero sí que me conoces a mí. Y a Arantxa.

—A ella preferiría no tener que conocerla, sinceramente —reconoció con pesadez.

Dado que aún nos quedaban unos veinte minutos largos antes de llegar al enorme y alejado hotel donde se celebraban todos los años la fiesta de los premios de Merika, decidí abordar un tema que llevaba unas semanas rondándome. Así, de paso, también me distraía de aquella pierna que dejaba al aire el maldito vestido.

—¿Por qué os lleváis tan mal Arantxa y tú? Sé que hay cuñadas que son difíciles de tragar, pero me sorprende que sea tan ardiente en vuestro caso.

Dánae no respondió de inmediato. Con la mirada fija en la ventanilla, parecía ensimismada en su mundo.

—Es una mala zorra. Y sé que me vas a decir que no la insulte o que no será para tanto, pero es que es cierto, Martín. Es una cabrona de los pies a la cabeza.

—Aquí dentro eres libre de decir lo que piensas y lo que sientes, rubita. Jamás te juzgaría.

Ella me lo agradeció con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Al principio, nos pareció demasiado pija, ¿sabes? Nada fuera de lo normal. Ha sido la niña mimada de papá toda la vida y le encanta presumir de sus vestidos, zapatos, joyas, móviles... —Hizo un aspaviento con la mano, restándole importancia—. A mi familia y a mí nos hacía un poco de gracia que Gonzalo hubiese decidido salir con ella, porque no pegaban en absoluto. Eran como la noche y el día.

—Pero Gonzalo sí que viste con ropa de marca.

—Es cosa de mi cuñada. Su influencia. Al final se lo llevó a su terreno... en muchos aspectos de la vida. —Hizo una pausa—. En mi caso, me empezó a caer mal porque trataba de manera despectiva a mi madre. Fueron cosas puntuales, casi sutiles, ¿entiendes? Mi hermana Sara decía que eran imaginaciones mías, que solo me caía mal porque no estábamos en la misma onda. Pero no es verdad. Solía mirar por encima del hombro a todo el mundo, o con asco.

»Una vez le tendió una trampa a mi madre. Estaban las dos tomando café y Arantxa empezó a soltar mierda por la boca de Gonzalo: que era difícil de tratar, que tenía mucho carácter, que era un poco cabrón. Y mi madre cayó de lleno y le dijo que sí, que lo era, pero que también estaban casados y era importante que lo aguantara si de verdad lo amaba. ¿Sabes qué hizo Arantxa?

—¿Contárselo a tu hermano?

—Exacto. Aunque su propia versión, claro. Fue de mosquita muerta frente a Gonzalo y le dijo que mi madre había hablado mierda de él en su presencia, y le relató todo lo que dijo. Por supuesto, no añadió que ella inició todo.

No casaba en absoluto la imagen de la Arantxa que conocí cinco años atrás, en la editorial, con la Arantxa que relataba Dánae. Y, sin embargo, la creía a ella. Porque, a medida que hablaba, lo hacía con más resentimiento y dolor. Emociones difíciles de fingir.

—Hubo otra ocasión en la que mi madre y yo estábamos comprando en el supermercado, y la vimos de refilón, de casualidad. Y ella nos vio a nosotras. Pero no nos saludó, sino que se dedicó a esconderse. Como la conozco de sobra, y sé lo retorcida que es, me imaginé que luego le iría con el cuento a Gonzalo y le diría algo como «oye, vi a tu madre y a tu hermana, pero ninguna me saludó. Me parece indignante», así que tuve que escribir a Gonzalo para preguntarle si su mujer estaba allí. Cuando me confirmó que sí, le dije que la perdí de vista enseguida y no logré

saludarla. Solo para curarnos en salud. No porque a mí me moleste que mi hermano y mi cuñada digan mierda de mí, o se las inventen; la que me duele es mi madre.

»Si yo no hubiese actuado ese día de ese modo, mi madre habría pagado los platos rotos. Sería una madre terrible que no saluda a su nuera y, por tanto, no consentirían que viese a sus nietos.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé —admitió en voz baja—. Lo he pensado mucho tiempo y creo que simplemente no nos soporta. Quiere a mi hermano solo para ella. Y si para conseguirlo debe putear a su familia, lo hace. De manera sibilina, sin que Gonzalo se dé cuenta, y así hacerse la víctima. Es mala —insistió Dánae—. Es retorcida y una hija de puta. Solo se le ocurren ideas terribles.

Por el rabillo del ojo capté cómo apretaba los puños sobre su regazo. Me hubiese gustado acariciar su mano o su brazo, reconfortarla de algún modo, y que supiera que no estaba sola. Que creía en ella.

—La verdad es que me dejas de piedra —admití en voz baja—. Nunca pensé que Arantxa fuese así.

—Ha hecho tantas cosas.

—¿Igual o más terribles que esa?

—Diría que se supera con creces.

—¿En serio?

Dánae cabeceó en señal de asentimiento.

—El día que nació Marta, fuimos a verla a los pocos días de salir del hospital. Tenían la casa llena de muñecos y juguetes; regalos de la familia de Arantxa. También se encontraba su madre allí. Casi no nos habló. Al igual que su hija, miraba a todo el mundo por encima del hombro. Mi madre y yo le habíamos regalado una cesta con cosas básicas para el bebé: toallitas, pañales, champú, peines, chupetes, ropita, y un osito de tela muy suave e hipoalergénica que se recomienda poner al lado de los recién nacidos para que no extrañen tanto a la madre.

»Mientras Marta dormía en su moisés, mi madre le colocó el muñeco al lado. Unos diez minutos más tarde, llegó la madre de Arantxa, le quitó el osito con cara de asco y le colocó otro que le había regalado ella.

—Joder.

—También se pasó un tiempo en que, cada vez que mi madre iba a casa de ellos, se largaba para no verla. Luego hablaron y lo solucionaron, y Arantxa dijo que le molestó escucharle decir a mi madre, en una llamada, que a ver si le dejaban ver a sus nietos pronto. Que pareció decirlo de muy malos modos. Cuando no fue el caso. Es que ella nunca permite que mi madre vaya a su casa a ver sus nietos cuando quiere, cosa que sí puede hacer la familia de ella. La madre de Arantxa, su padre, sus hermanos; todos son más que bienvenidos. —Cuanto más me contaba, más rencor notaba en su voz. Más dolor. Más enfado—. Y eso no es lo peor que ha hecho con respecto a Marta y Hugo, ¿sabes? Lo peor es que la castiga sin ir a verlos.

»Si se cabrea, ya no puede ir a verlos. Si Sara o yo hacemos algo que no le gusta, ya no puede ir a verlos. La tiene sometida porque sabe que mi madre solo va una vez por semana a visitarlos,

y no siempre. En algunas ocasiones ponen un montón de pegas. Sin embargo, todos los fines de semana, o casi todos, se van a Manresa, a casa de los padres de Arantxa, y no pasa nada.

Eso sí que lo sabía. Hubo muchas ocasiones en que venían con ojeras, pero muy bronceada, y nos comentaba a Manuel y a los demás sus viajes a Manresa. Lo mucho que disfrutaba en familia de aquellos dos días de vacaciones.

¿Quién pensaría que detrás de aquella madre entregada se escondía una serpiente venenosa? ¿Quién llegaría a la conclusión de que Arantxa era pura fachada?

Si lo pensaba fríamente, daba miedo. No solo lo tóxica y mala persona que era, sino la facilidad que tenía a la hora de salirse con la suya.

No me extrañaba que Dánae la odiase. Había tocado lo que más quería: a su familia.

—Le encanta putear a mi madre. Disfruta haciéndolo —siguió contándome—. Si mi madre patina un poco, enseguida le va con el cuento a Gonzalo, pero, al mismo tiempo, la llama a ella y le mete miedo en el cuerpo. Le dice cosas para asustarla y hacerla llorar. Es una zorra —escupió—. Podría pasarme toda la noche contándote cosas que ha hecho y que ha dicho, y, aun así, necesitaría más horas.

—¿Cómo es posible que Gonzalo no se dé cuenta?

—Supongo que porque está muy cegado con ella, o porque no le interesa ver la realidad. Él se jacta siempre de decir que su familia es Arantxa y sus hijos, y que los demás nos dediquemos a nuestras cosas. Pero él tampoco sabe toda la verdad. No sabe todo lo que ha dicho su mujercita de su madre y sus hermanas, todo lo que nos ha hecho, toda la mierda que suelta de él por la boca. Y, sinceramente, espero que el día que se entere, me llamen.

—¿Para corroborar que todo es cierto?

Dánae sacudió la cabeza.

—Para sentarme en primera fila y comer palomitas viendo cómo esa cabrona recibe su merecido.

No quise reírme, pero lo acabé haciendo.

—¿Y tu hermana qué opina?

—Sara es más despegada. Está siempre a su rollo. Casi nunca sale con nosotros ni nos llama. Es un alma libre. Trabaja de aquí para allá, viaja mucho y habla poco.

—¿No estáis muy unidas, entonces?

—No, pero tampoco nos llevamos mal. Es que somos muy distintas. Ella es muy rockerita y yo...

—Tú eres Barbie.

—Supongo que todo se resumen en eso, sí.

Apagué la radio y suspiré.

—¿Sabes? Lamento que Arantxa sea así de retorcida contigo y con tu madre. No os lo merecéis para nada.

—Mi madre tampoco me soporta.

—Pero es tu madre.

—Sí, lo es. Y no me gusta que Arantxa la tenga sometida y amenazada.

—Ella también podría decir «hasta aquí», ¿no crees? —sugerí—. Que la mande a tomar por culo.

—Quiere demasiado a sus nietos. Por desgracia, no le dirá jamás a Arantxa lo pérfida que es.

Aunque hubiese insistido algo más, lo dejé estar. Dánae conocía mejor la situación de su familia o cómo era su madre, y yo no. Yo solo hablaba desde mi punto de vista, que era más fácil y también más objetivo, porque no me tocaba de cerca. Aún y con todo, lo lamenté por la rubia. Se la veía cansada del tema.

—¿Y tú por qué te callas?

—¿A qué te refieres?

—La primera vez que te tocó enfrentarte a Arantxa, le mentiste diciendo que era tu novio. Y la segunda vez, ni siquiera saliste en tu defensa. Le diste carta blanca para hablarte de malas formas y faltarte al respeto.

Dánae se mordió el labio inferior y me miró con los ojos azules repletos de vergüenza.

—Se juntan demasiadas cosas.

—¿Quieres hablar de ello?

Se encogió de hombros.

—No es nada malo en sí, solo vergonzoso. Se me da fatal los conflictos, no me gustan, y Arantxa saca lo peor de mí. Si le respondiera a la mitad de lo que dice, mi familia me sacaría a rastras del acta de nacimiento y no me dirigirían la palabra nunca más.

—¿Por qué cojones harían algo así?

—Porque quieren mucho a Marta y Hugo. Porque Gonzalo sigue siendo su hijo, y el hermano de Sara. Porque Arantxa, si quisiera, le jodería lo más grande y se llevaría a sus dos retoños muy lejos en caso de divorcio. Porque a ojos de todos, soy una fracasada y ella una triunfadora.

—Menuda gilipollez. Casarte y tener hijos no te hace exitoso —dije, convencido de ello—. Si eliges la familia feliz, te toca enfrentarte a ello desde que das el paso hasta que te mueres. Un trabajo se puede dejar o cambiar, una casa es fácil de vender, pero los hijos se quedan para siempre a tu lado. Y si tú o cualquier otra persona opta por no tenerlos, ¿qué importa? Hay muchos imbéciles trayendo criaturas a este mundo que luego les dan una infancia de mierda y los llenan de traumas, y a ellos nunca se les cuestiona.

—No es solo porque no me llame la atención ser madre. Ostras, Martín, mírame —se señaló a sí misma con cierto reparo—. Tengo treinta años y vendo juguetes sexuales de puerta en puerta; no tengo casa propia, sino que vivo de alquiler en un piso de mierda y lleno de humedades; y todas mis parejas han sido una mierda conmigo. No tengo ambiciones, ni sueños. Me paso la vida de un lado a otro, sobreviviendo, porque no sé qué esperar de mí misma.

—Aun así, estás yendo al psicólogo cada semana y sanando todo lo que te impide seguir adelante —insistí, y detuve el coche en el aparcamiento del hotel. Sin embargo, no me moví del asiento más que para quitarme el cinturón y girarme hacia ella—. Tienes muy claro lo que no quieres en tu vida.

—Sigo siendo una fracasada.

—¿Por qué? ¿Por una mala racha? Por favor, Barbie, no te insultes a ti misma. La mayoría de

los que critican a los demás están atrapados en un trabajo de mierda y ni siquiera lo ven. Pero a ti te gusta lo que haces. Y si quisieras trabajar en otra cosa, solo necesitarías ir y tomar el camino correcto. Eres lista y guapa y divertida y valiente. ¿Por qué, entonces, permites que tu familia te humille cada vez que les da la gana?

Sus ojos se cristalizaron de golpe. Trató de disimularlo, pero fue en vano.

—Que te decepcione un amigo o una pareja es fácil de sanar, porque, cuando los eliges, eres consciente en todo momento que hay una probabilidad, por pequeña que sea, de que te traicionen. Pero ¿qué ocurre cuando es tu propia madre la que te defrauda? A mí me enseñaron que los padres son un pilar fundamental, los que, pase lo que pase, por muy mal que esté todo a tu alrededor, seguirán ahí y te darán la mano.

Solté todo el aire de golpe al pensar en los míos, en todas las cagadas que hicieron y en todo el dolor que dejaron atrás.

—Los padres también la joden, Barbie Dramas. —Le sequé una silenciosa y solitaria lágrima que descendía por su mejilla—. Y no pasa nada. La vida sigue. Existen las mismas oportunidades.

—Lo sé.

—Bien. Porque no eres una fracasada —dejé muy claro, con la esperanza de que se le metiese algo de sensatez en la cabeza. Algo que fuese real y no esos pensamientos intrusivos que solo buscaban machacarla—. Simplemente, te ha tocado una familia venenosa. A mí también, así que te entiendo. Pero no podemos permitir que toda su mierda nos salpique los zapatos. Hay que apartarlos. No eres el mal que te hicieron, Dánae. Tú eres tú, y si ellos no desean verlo, que les den.

—Lo sé —repitió, y la voz se le quebró.

Dánae hizo verdaderos esfuerzos por no echarse a llorar allí mismo. Y me constaba que le resultaba muy difícil no hacerlo. La noche que vimos Crepúsculo juntos, ella recostó la cabeza en mi hombro y, a pesar de sus intentos por contener el llanto, acabó llorando al empezar la segunda película. Cuando Edward abandonó a Bella. Cuando ella comenzó con las pesadillas. Le emocionaban las cosas a tal punto que se convertía en una fuente. Y aquella noche, encerrados en mi coche, tocamos asuntos delicados que le hacían daño a su corazón.

Por eso, y porque la apreciaba mucho, la abracé con fuerza y le di un beso en la frente. Dánae dejó ir todo el aire de sus pulmones de golpe. Cerré los ojos y disfruté del olor dulzón del algodón de azúcar y de su champú. Nunca me olvidaría de cómo se sentía encerrarla entre mis brazos.

—Deberíamos entrar —comentó ella al cabo de unos minutos, más calmada.

—Lamentablemente, sí.

Bajó el espejito para comprobar que todo su maquillaje seguía intacto y, una vez conforme, salió del coche. Aunque la noche era fresca, ninguno de los dos llevaba abrigo. Ella se cubrió los brazos desnudos con un chal fino de color negro y me tendió la mano. No dudé en enredar mis dedos con los suyos. Su calor me invadió de golpe.

—¿Listo? —me preguntó ella.

—Sí. ¿Y tú?

—No, pero lo intentaré.

—Tranquila, Barbie Vampira: hoy vas a robarle el corazón a todos.

«Porque a mí ya no me puedes robar dos veces», añadí en mi cabeza.

Capítulo 24

Cuando apareció la mujer de su vida

DÁNAE

Conocer a las autoras del sello de romántica me tuvo con el corazón en la garganta buena parte de la noche. Martín me las presentó de la manera más formal posible, incluso a las que no dejaban de criticarle e insultarle a través de redes sociales, y me dejó hablando un poco con dos de ella: Lexy Ruby y Phoebe King.

Las conocía porque algunos de sus libros me gustaron un montón. Escribían romance paranormal, sobre todo, y últimamente se habían pasado al contemporáneo y nos tenía a todos cardíacos con sus romances de alto voltaje.

Comprobar que eran personas normales, e incluso amables y divertidas, me ayudó a tranquilizarme. Nadie reparaba en mí. Era invisible. Aunque la mayoría me conocía por ser la novia de Martín y no por mi nombre real.

Tampoco es que se lo reprochara. La mayoría de los presentes ni siquiera pertenecían a la editorial Merika. Eran maridos y novios y esposas y novias. Algún que otro hermano suelto, también. O un amigo. Y ninguno llamaba la atención

Lexy Ruby, además, se pasó un buen rato hablando conmigo acerca de su portada. Se la veía emocionada de verdad. Y me transmitió muy buen rollo. No paraba de contarme cómo fue la montaña rusa que supuso escribir ese *sport* romance después de que sus amigas le insistieran en que creara a un jugador de baloncesto buenorro. Investigar sobre el deporte en cuestión, sobre cómo funcionaban los partidos, los equipos, qué hacían antes y después. Me sorprendió que se basara en Kobe Bryant a la hora de crear a su protagonista y no en Michael Jordan —a mi parecer, el jugador más famoso de la NBA y el único que conocía—, pero, a medida que Lexa enumeraba sus logros y algunas entrevistas muy llamativas, más fácil fue acostumbrarse.

—Pero no se lo digas a nadie —añadió al cabo de un rato, antes de volver con su marido—; que es un secreto.

Sonriendo, sacudí la cabeza y me llevé un dedo a los labios.

Después de una charla de lo más amena, me tocó soportar a Arantxa y Gonzalo. Ambos estaban acompañados de Manuel y su pareja Lorena, también trabajadores de la editorial Merika.

Manuel fue bastante grosero al hablar descaradamente de la raja de mi vestido sin ningún tipo de pudor delante de su novia. La misma que no dejaba de poner caras de fastidio y de taladrarme con la mirada, como si fuese culpa mía. Además, ella tampoco le paró los pies. Fue Gonzalo

quien, incómodo porque babosearan a su hermana pequeña delante de sus narices, se lo llevó a rastras.

Arantxa aprovechó ese momento para menospreciar mi vestido de nuevo. Sin embargo, dio la casualidad de que Covadonga pasaba por allí cerca y reconoció de dónde era realmente, y lo alabó. El suyo era de la misma tienda.

La cara de mi cuñada al comprender que le tomé el pelo aquella tarde, en mi casa, fue lo mejor de la noche, sin duda alguna. Eso te pasa por pija e insoportable, pensé, orgullosa de no haberme dejado pisotear por sus comentarios de mierda.

Aunque la charla en el coche con Martín me dejó bastante tocada —no acostumbraba a hablar de mi familia en presencia de otras personas que no fuesen Dylan y Eva—, poco a poco se fue pasando y mi cuerpo consiguió relajarse. No merecía la pena dedicarle un solo pensamiento más a toda la basura que Arantxa llevó a cabo en contra de nosotras. Ella no era dios, no se encontraba en todas partes, y llegaría el día en que ni siquiera necesitaría cruzármela. Cuando Marta y Hugo crecieran, ellos mismos decidirían si querían visitarnos o no, sin tener a su madre presente.

En cuanto conseguí llegar a la mesa donde nos ubicaron los camareros, me senté junto a Martín, y me tomé una copa de vino.

—¿Te lo has pasado bien charlando con mis autoras?

—Son majas. Lexy Ruby es un amor. Ojalá que nunca se vaya de Merika.

—¿Por qué no?

—Creo que tiene unas ideas increíbles, y se nota que le pone ilusión a sus trabajos.

Martín me miraba muy fijamente. Me puso nerviosa.

—¿Qué pasa? —pregunté, cohibida, con la copa de vino en alto—. ¿He dicho algo fuera de lugar?

—No. Solo pensaba en que tú serías la editora perfecta para este sello.

—Anda, no digas bobadas. Se me daría fatal dar malas noticias o rechazar manuscritos. Eso es trabajo tuyo, Cascarrabias.

—¿Nunca te has planteado dedicarte al diseño gráfico?

Su pregunta me sorprendió bastante.

—Sí, claro. Por eso estudié todos esos cursos. Pero los diplomas me han servido para empapelar las paredes de mi casa y poco más.

Un par de personas se subieron al pequeño escenario. Todo el mundo aplaudió, incluido Martín, así que les seguí el rollo. Hablaban de la importancia de crear una empresa donde la gente se sintiera a gusto, como en familia, y se apoyaran los unos a los otros para crecer al mismo tiempo. No me costó demasiado darme cuenta de que se trataba del fundador de Merika. Un hombre alto, con el cabello cano y el rostro arrugado, pero con una voz muy profunda; casi como si se dedicara a narrar cuentos.

—No te creas que a los que vamos a la universidad no nos sirve de mucho más los diplomas —murmuró Martín al inclinarse sobre mí. No había nadie más en nuestra mesa, pero sí en las que nos rodeaban—. ¿Cómo vas con el boceto?

—Casi terminándolo.

—Bien.

Otros diez minutos prestando atención a los discursos del fundador y de Covadonga. Se notaba muchísimo que existía complicidad entre ellos. Martín, en voz baja, fue poniéndome al día de quién era quién, y por qué se encontraban allí. Al parecer, la familia del director murió en un accidente de tráfico unos años atrás, y ya solo le quedaban sus nietos y un hijo. Los mismos que aplaudían, emocionados, en la mesa principal.

—¿Tú nunca das discursos?

Martín se rio.

—¿Yo? ¿Para qué? Te aseguro que no es lo mío hablar en público.

—¿Por qué no?

—Prefiero estar en este lado. —Se encogió de hombros.

—¿No será que te da vergüenza?

—Para nada. La vergüenza y yo nunca vamos de la mano.

Ante su respuesta chulesca, solo bufé y puse los ojos en blanco.

—Ya, claro.

Unos segundos más tarde, noté la mano caliente y grande de Martín colarse por debajo de la mesa y posarse sobre mi pierna al descubierto. Aquella abertura en la falda supuso mi perdición. Y lo peor fue que no se detuvo en mi rodilla, sino que siguió subiendo por el muslo, por la cadera y luego a mi monte de venus.

—Sí que llevas bragas —comprobó él, de lo más satisfecho con su descubrimiento.

—Un tanga diminuto —corroboré, abochornada por si alguien se percataba de lo que hacíamos—. Saca tu pezuña de ahí, cerdo.

Martín ni siquiera me hizo caso. Sus dedos apartaron la tela con mucha maestría y me regalaron una sutil caricia que me dejó temblando sobre la rodilla.

Cerré las piernas con fuerza en un acto reflejo y él ronroneó de satisfacción.

—Ya sabía yo que te iba la marcha, Barbie Vampira —susurró cerca de mi oído, de lo más seductor—. Estás mojadísima.

Con el rostro ardiéndome, las bragas empapadas y la mano de Martín atrapada entre mis muslos lo único a lo que pude acceder, además de a respirar entrecortado, fue a vislumbrar lo que ocurría en el escenario. Y ni aun así me enteré de qué demonios hablaban. Los dedos de Martín se encargaban de tocarme y provocarme con el único objetivo de desquiciarme. Jugaba a eso cada vez que nos veíamos. Y no siempre necesitaba meterme mano para conseguirlo. Él conseguía traspasar mi cordura y romperla a pedazos.

Mientras mimaba mi clítoris con lentos círculos que me mojaban más y más, Martín me susurraba todo tipo de guarradas en el oído.

Joder, lo odiaba.

Pero también me encantaba que jugase así de sucio.

—Será mejor que no hagas ruido, Barbie Vampira —murmuró sobre mi oreja antes de lamer el contorno y morderlo, provocándome un escalofrío que erizó toda la piel de mis brazos—.

No querrás que nos descubran, ¿verdad?

—Eres un cabrón.

—Sí, lo soy. ¿Ahora te das cuenta?

No. Sí. ¡Yo qué sé! No pensaba con claridad. Mi cabeza se había vaciado por completo.

En un acto reflejo, separé mis rodillas de nuevo, como si estuvieran enemistadas entre ellas, y le di mayor acceso a Martín. Y vaya si lo aprovechó. Introdujo dos de sus dedos en mi interior, hasta los nudillos, al mismo tiempo que con el pulgar seguía acariciando mi clítoris despacio y rápido. Alternaba ambos ritmos y solo se detenía cuando me veía suspirar demasiado, o morderme los labios, o suplicarle con la mirada que acabase de una vez con aquella tortura.

Porque lo era. ¡Claro que lo era! Necesitaba la liberación cuanto antes y Martín me la negaba. Daba igual que lo agarrase del brazo, impidiéndole alejarse, porque él paraba de frotarme como si fuese la lámpara del genio y se reía por lo bajini. Disfrutaba a la hora de torturarme. No era ninguna novedad. Pero, al mismo tiempo, me excitaba como nunca me excitó nadie. Solo él conseguía que mi cuerpo vibrara con solo besarme en el cuello o tocarme justo ahí donde lo estaba haciendo.

—¿Eres consciente de que nos pueden pillar? —le pregunté, acalorada y con los ojos vidriosos.

Martín, con la mano libre, retiró mi pelo del hombro y me besó justo ahí con una dulzura impropia de él. Impropia de lo que me estaba haciendo.

—¿Y tú eres consciente de lo sexy que te ves a punto de correrte?

—Imbécil.

A modo de castigo, Martín alejó la mano de mi sexo húmedo, casi encharcado, y me colocó bien la ropa interior. Lo miré como si acabara de matar a cien personas delante de mí. Él sonrió de medio lado.

Lo odié más profundamente.

Y mi corazón palpitó de alegría al comprender que solo Martín conseguía provocarme tantas emociones al mismo tiempo sin que me volviera loca.

—No te mereces correrte ahora mismo, Barbie Vampira.

—¡Pero si has empezado tú! —le eché en cara.

—¿Ah, sí? No sé de qué me hablas.

Con el mismo descaro que él, coloqué mi mano sobre su entrepierna y comprobé, con cierto regocijo, que también estaba excitado.

—No eres el único que se va a quedar con las ganas, Cascarrabias.

—Daños colaterales, mi amor. —Me alzó el mentón con el índice y me plantó un beso en toda la boca—. ¿Una copa de champán?

Atontada, asentí con la cabeza. El camarero se acercó después de que lo llamase y nos sirvió más champán. Me bebí la copa de un trago. El líquido frío, burbujeante, bajó por mi garganta y noté otro escalofrío.

Martín acabaría conmigo, joder.

Durante la siguiente media hora traté de tranquilizarme, de no pensar en el cosquilleo entre mis muslos, en el calor y en la humedad, y en las ganas de correrme que sentía. Pero no sirvió de

nada. Ni siquiera conseguí prestar atención a lo que hablaban en el escenario, a los premios o los ganadores; mi cabeza solo daba vueltas a la misma: odiaba a Martín.

Lo odiaba. Lo odiaba a muerte.

Y lo deseaba con cada fibra de mi ser.

Al no lograr calmarme en absoluto, decidí escaquearme al cuarto de baño y echarme un poco de agua en la cara.

No había nadie cuando entré. Me mojé con suavidad la nuca, el cuello y los hombros, y respiré profundo. Tal y como nos enseñaba Carlos en Yoga... las pocas veces que le prestábamos atención. El espejo me devolvió la imagen de una mujer que no era y que nunca sería. Alguien capaz de ponerse ropa en colores apagados, oscuros, y un maquillaje más sutil. Pero, debajo de toda aquella fachada, seguía estando la misma Dánae de siempre. La que adoraba a Christina Aguilera, la que se enamoró de Quimi de Compañeros cuando solo tenía doce años y la misma que bebía los vientos por Martín... su novio falso.

Si es que no tenía remedio. Me metía yo solita en la boca del lobo. A él no le hacía falta engañarme con el pijama de mi abuela puesto.

Me quedé unos minutos allí, apoyada en el lavabo, sin ganas de salir. Volver a la mesa con Martín suponía muchas cosas: por ejemplo, que seguiría provocándome y yo continuaría cayendo de lleno. O que los demás nos vieran y pensarán de verdad que éramos la pareja perfecta.

Cuando no, no lo éramos. No nos amábamos. No construiríamos un futuro juntos.

Cansada y un poco desilusionada con la verdad que flotaba a mi alrededor, igual que un fantasma, abandoné el baño y me topé de golpe con una mujer muy guapa.

—Lo siento, no quería tardar mucho —me disculpé rápidamente.

—No, no te preocupes. —Ella sacudió la cabeza—. Eres Dánae, ¿verdad?

Pestañee, un tanto sorprendida porque supiera mi nombre.

—Sí. ¿Y tú?

—Oh, lo siento. Soy Sandra, la ex de Martín. —Me ofreció su mano y la estreché con suavidad—. Sé que no me conoces, pero vaya, no te imaginaba así. Eres demasiado guapa para estar con él —bromeó.

A mí me costó mucho reaccionar. Jamás hubiese imaginado que Sandra sería tan «espectacular». Alta, dulce, guapa. Con una delantera bastante generosa y un par de tatuajes en las muñecas. Era totalmente opuesta a mí. No nos parecíamos en nada. Y por ridículo que sonase, me sentí aún peor al descubrir que no tenía nada que hacer con Martín. A él le iban otro tipo de mujeres, visto lo visto.

Conmocionada con su presencia, meforcé a sonreír y aplacar así el intenso deseo de echar a correr que me azotó de improvisto.

—En realidad, él me ha hablado mucho de ti —mentí. Porque, en realidad, solo la nombró una vez en mi presencia—. Me alegra saber que has venido.

—Alguien olvidó cancelar la invitación —se señaló a sí misma al mismo tiempo que se reía—. ¿Dónde está él?

—Pues...

Como si lo hubiéramos invocado, tanto Arantxa como Manuel y Martín aparecieron de golpe. Los tres se quedaron mirándonos, sin decir nada. Me sentí totalmente fuera de lugar. Inmensa y pesada.

Odiaba esa sensación.

—Aquí —balbuceé, y le señalé directamente a él—. En fin, me voy a... Volveré a... Hasta luego.

Escapé rápidamente de ahí. No quería ser testigo del reencuentro entre los dos. Probablemente, sería emotivo y cargado de tensión. Y yo no pintaba nada.

No era la novia de Martín.

Todo era una farsa.

Todo menos lo que sentía por él y que ardía en ese instante dentro de mi pecho.

Capítulo 25

Tú y yo en Saturno

MARTÍN

Ninguna persona era consciente de cuándo volvería a encontrarse con el que creyó que era el amor de su vida. Por eso, cuando pasaba, se le quedaba la mente en blanco y el corazón en paz. Como si por fin se hubiese acabado la larga tormenta y el sol saliera de nuevo; y lo que antes no era más que una postal en blanco y negro, pasaba a ser una postal a color.

Fue así como me sentí cuando Sandra se detuvo frente a mí, con una sonrisa en el rostro, el pelo corto —siempre lo llevó largo, pero el cambio le sentaba muy bien— y temblando ligeramente. La miré de la cabeza a los pies, me fijé en su vestido negro, en sus zapatos de tacón y en su bolso, y no la reconocí. Pero estaba bien. Porque Sandra no era la mujer de la que me había enamorado, y yo no era el hombre por el que ella luchó tanto tiempo... antes de soltarme la mano.

Los dos habíamos cambiado muchísimo a lo largo del año. La ruptura había supuesto un antes y un después.

—Perdona por haberme presentado así, de la nada. Pero como trabajé con la editorial y la invitación seguía en pie —se rio bajito—. Tendría que haberme imaginado que sobraba.

—No sobras —sacudí la cabeza—. Siguen siendo tus compañeros de trabajo, aunque ahora estés en otro lado. Seguro que les ha hecho ilusión verte.

—¿Sí? ¿A todos? —preguntó.

Nunca pequé de ser mentiroso, así que no empezaría esa noche. Me alegraba de verla y de escuchar su voz, y de comprobar que estaba bien, a pesar de todo. Que el amor entre dos personas se rompiera no implicaba que lo que una vez ardió con la fuerza de mil soles se transformara en una bola de hielo. En un sentimiento oscuro y retorcido similar al odio.

Para mí, Sandra seguiría siendo una persona excepcional. Una mujer que valía la pena conocer tanto en el ámbito laboral como en el ámbito social. Y si volvía a enamorarse, esperaba que su próximo novio la tratase bien y la hiciera feliz.

—Sí —respondí—, a todos.

Sandra relajó los hombros y la sonrisa por fin le llegó a los ojos.

Me sorprendió descubrir que ya no sentía la misma emoción de antaño al mirarlos. Seguían siendo bonitos, claro; de un color verde oliva que ella resaltaba con el maquillaje. Pero mi corazón no se aceleró, ni me hormiguearon los dedos por el deseo de acariciar su pelo y su cara antes de besarla.

No sentí nada.

—Qué bien. La fiesta ha estado a la altura de la editorial, la verdad. Y he visto que las autoras por fin te toleran.

—Eso no ha sido cosa mía.

—Lo imagino —se rio—. He visto que subiste un montón de nuevos *reels* y *post* y entrevistas a Instagram, y eso no se te pudo ocurrir a ti. ¿Es cosa de la rubia que se acaba de ir?

Me rasqué la nuca con los dedos y asentí. De nada servía hacerse el loco a esas alturas.

—Sí.

Sandra cabeceó en señal de entendimiento.

—Es guapa. Ya escuché que llevabas un mes saliendo con ella. Al principio pensé que me estaban vacilando, pero luego te veía reír con ella, y mirarla cuando te hablaba, y supe que era real. A mí no me prestabas tanta atención durante mis largos monólogos.

No sonó como un ataque, pero en mi cabeza sí y tuve el impulso de defenderme.

—Sí que te escuchaba. Más de lo que te piensas. Oírte hablar de la editorial, de tus autores, de las entrevistas que hacías; me ponía contento después de un duro día de trabajo, Sandra. Durante mucho tiempo, fuiste mi canción favorita. La que hubiese repetido una y otra vez, sin cansarme.

Sandra sacudió la cabeza.

—Soy consciente de eso, cariño. Y agradezco que me hicieras sentir que flotaba en una nube mientras estuvimos juntos. Pero todo eso ya no existe.

—Tú me dejaste, y ni siquiera logro entender... ¿Por qué decidiste romper la relación?

—¿De verdad no te diste cuenta?

—Querías un bebé y no podías tenerlo. ¿Te agobiaba pensar que te rechazaría por ello?

—Al principio, sí —cabeceó ella—. Luego entendí que no eras el problema. Incluso si me dejabas porque no podía ser madre, no me dolería tanto como la herida que el médico abrió en el pecho la mañana que me dio el diagnóstico. Tantas pruebas para que al final fuese estéril. Fue demasiado para mí, y sentí que si me quedaba a tu lado, la relación se malograría.

—Te hubiese apoyado en todo —la interrumpí suavemente—. Me daba igual si podíamos tener o no hijos; eso no es lo que me hacía amarte, o hacer planes de futuro contigo. Podríamos haber adoptado, en todo caso. Hay muchos niños que necesitan una familia.

—Ya lo sé, Martín —con la mirada vidriosa, Sandra me sonrió como hizo tantas veces: con amor—. Todo eso ya lo sé. Pero te hubiese odiado un poquito, de todos modos. Porque si yo no estaba bien, si me dolía tanto que no conseguía respirar con normalidad, ni levantarme de la cama sin detestar lo que me estaba ocurriendo, ¿cómo iba a quererte a ti? Hubiese corrompido mi amor por ti, cariño. Te habría culpado de cosas que no eran culpa tuya, y te hubiese gritado sin razones aparentes. Al final, todo eso pesaría más que lo bueno, y cuando me mirases, ya no lo harías emocionado por verme, sino odiándome de vuelta.

—Eso no lo sabes.

—No, no lo sé. Pero elegí alejarme por el bien de los dos. Opté por el camino correcto, aunque no lo entendieras. Ser madre lo era todo para mí —admitió, llevándose la mano al pecho—, y que me lo arrebataran me dolió como si me hubiesen arrancado una pierna de cuajo. Caminaba

coja, ciega y sorda. Me sentía tan consumida por el dolor, que ya no me hacía feliz dormir a tu lado o compartir nuestras cenas de los viernes en la terraza.

»Sencillamente, dejé de ser yo. Y cuando dejas de ser una persona funcional, ¿cómo vas a querer y cuidar a los que amas?

Sus palabras se clavaron en mi pecho con la misma facilidad que un puñado de dagas. Y dolieron igual. No porque me jodiese que me dejara a pesar de todas las veces que le dije que lucharíamos juntos por encontrar una solución a su infertilidad, sino porque no supe ver, en aquel momento, que su tristeza era demasiado grande y la abrazaba como si de un amante se tratase.

Sandra fue consumiéndose como una vela delante de mis ojos y yo no lo vi. No quise verlo. No pude. No fui consciente de cuánto dolor impregnaba su menudo cuerpo día y noche, a todas horas, mientras luchaba por mantenerse a flote a pesar del diagnóstico del médico.

¿Cómo no iba a dejarme, si ni siquiera le tendí mi mano? Solo la presioné una y otra vez con mensajes vacíos de positivismo, de tratamientos alternativos a la infertilidad, de viajes a ciertos países donde conseguían que una mujer fuese madre aunque los óvulos se los donasen. Y Sandra jamás quiso eso. Tampoco lo pidió. Solo necesitó que alguien la abrazara y no la juzgara si se venía abajo.

Conmocionado por esa verdad que al fin chocaba conmigo, igual que un asteroide con la Tierra, retrocedí un paso.

Sandra parpadeó varias veces seguidas, alejando las lágrimas.

—Lo siento —murmuré—. Lo siento mucho.

Ella negó con la cabeza.

—Nunca hablé de esto contigo. Soy tan culpable como tú.

—Pero tú me necesitabas y yo...

—Tú lo hiciste bien, Martín. Y yo elegí mi propio camino. Dejarte me dolió como el infierno, pero también me quitó una carga de encima —confesó—. Necesitaba curar mi cuerpo y mi alma, lejos de ti, lejos de Barcelona, lejos de todo. Por eso desaparecí durante meses y dejé el trabajo, y la casa, y todo. Lo veía como cadenas que me recordaban lo ilusa que fui al construir mis sueños sobre un montón de castillos de arena.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —me aventuré a preguntarle, con algo de miedo a su respuesta—. ¿Por qué no me lo dijiste claro?

—No lo sé. Me daba miedo que me vieras como una mujer egoísta y una insensible. —Sorbió por la nariz—. Te quería y te quiero, Martín, pero no me quedaban fuerzas para reparar tu corazón antes de irme.

Cuando Sandra se marchó de mi vida tras poner fin a una relación de bastante tiempo, me sentí vacío. Roto. Como si nunca más fuera a ser feliz. Quizá por eso me volqué demasiado en mi trabajo y empecé a exigirle a mis escritoras, y a mí mismo, más de lo que éramos capaces de dar.

Eso no justificaba mi mierda de actitud, pero no lo vi claro hasta esa noche, con Sandra frente a mí, tan desecha como yo.

Me había convertido en un tirano, en un cabrón, en un hombre capaz de romper a otros solo por el vacío que me consumía por dentro. Y nadie se merecía pagar el precio de mi dolor, salvo yo.

—Me hubiese encantado saber todo esto antes. Así, quizá, mi vida hubiese sido diferente. O no. A lo mejor te hubiese odiado un poco por romper conmigo sin tomar en cuenta mi opinión.

—Martín, ¿qué hubiera pasado si me quedaba y trataba de arreglar lo nuestro? ¿Crees de verdad que hubiéramos durado más de un año o dos?

Lo pensé fríamente y llegué a la conclusión de que no. Cuando una persona estaba rota y dolida, no pensaba en los demás; ni siquiera en el amor de su vida. Y para Sandra, su infertilidad suponía un abismo que yo jamás hubiese sido capaz de saltar.

—Vale. Agradezco tu sinceridad, de todos modos, porque a veces me ofusco y no veo la realidad, por más clara que esta sea.

Sandra sonrió con tristeza.

—No es culpa tuya. A mí me gustabas así, terco y todo. Pero me da un poco de pena que por mi culpa te hayas convertido en el Editor Cabrón.

—Eso solo es cosa mía. Pagué con quien no debía mi propia frustración. Ya ves —encogí los hombros—, la gente normal va a terapia, y los tontos rompemos a los demás.

—Dudo mucho que hayas roto nada. Solo has sido un grano en el culo. —Que ella bromeara sobre eso, y le restara hierro al asunto, me hizo sentir un poquito mejor—. ¿Sabes? He pensado mucho en ti durante estos meses. También te he echado de menos. A veces, cuando me levantaba, me replanteaba en volver a luchar por ti y recuperarte. Luego te veía tan ensimismado en el trabajo, en tus proyectos, que me alejaba.

—Te hubiera recibido con los brazos abiertos —confesé. Y, aunque en mi mente sonaba patético, en voz alta fue como una caricia al alma.

—Al principio, sí. Luego apareció ella y empezaste a florecer de nuevo.

—¿Te refieres a Barbie Cowboy? —Al pensar en ella, recordé el tacto de su piel bajo mis dedos, su risa, su insistencia por poner música de Christina Aguilera en mi coche, y noté un cosquilleo agradable en los labios—. Ella y yo no...

—Oh, vamos —se rio Sandra—. Esta noche he sido capaz de verte junto a ella y no a través de fotos, y...

—¿A través de fotos?

—Santi se dedicó a sacaros fotos y vídeos cuando ella te visitó en la editorial, y nos la pasó por el grupo.

—Joder.

—Sí, joder —repitió ella con cierta burla—. Ya sabes cómo es.

—Sí, por desgracia lo sé.

Sandra me dio un manotazo suave en el brazo.

—No es tan grave. A mí no me molestó. En el fondo, me dio algo de envidia. Con ella eres otra persona.

—Teniendo en cuenta que es Barbie Neuras, no me puedes culpar por ello. Tendrías que hablar con ella; desquicia a cualquiera con sus monólogos y sus teorías y su risa de Barbie Satán.

»Con decirte que la conocí en la fiesta de cumpleaños de Arantxa porque se estaba emborrachando en la casa de muñecas de su sobrina.

Sandra chasqueó la lengua.

—Sabes que no es eso. Te gusta. La quieres, Martín. Incluso si pone tu paciencia a prueba, la miras como si fuese la única en la habitación en la que estás.

Me reí.

¿Quererla? No, claro que no. Solo mantuve aquella farsa porque me jodía darle más información privada a las autoras que me la tenían jurada. Infantil o no, esa fue mi decisión. Opté por salvar mi culo antes de pasar del tema. Punto.

Cualquier otro, en mi lugar, habría optado por ser un mejor editor y pedir perdón. Hasta hubiese ignorado todo. Pero yo estaba muy quemado ya de ver cómo soltaban barbaridades sobre mí, y pensé que era mejor no darles más leña con la que hacer más grande el incendio.

Eso es algo que jamás le contaría a Sandra. No por miedo a que ella me fuese a juzgar de malas formas, sino porque me avergonzaba de mí mismo. De lo cobarde que llegaba a ser en los momentos de tensión.

Cuando ella se largó, tampoco la fui a buscar. No peleé por ella. Actué como un pusilánime y me fui con mi corazón roto a otro lado. Lejos de ella, de sus recuerdos, de los planes de futuro que ya no se harían realidad.

Me asqueaba la persona en la que me había convertido.

Sin embargo, no quería a Dánae. No la quería, ¿verdad? Ella era totalmente opuesta a mí. Divertida, humilde, empática, risueña. Entendía a los demás, mientras yo los azotaba con el látigo de mi indiferencia. Y nunca se rendía, aunque detestara a su familia y sus comentarios de mierda. Si debía poner buena cara con tal de no hacerles daño, lo hacía. Porque entendía que no todas las familias estaban estructuradas y estaban unidas. Algunas familias, como la suya, sobrevivían entre secretos y burlas y quejas. Pero eso no la hundió, sino que la hizo más fuerte.

Y yo la admiraba.

—¿Qué has estado bebiendo esta noche para llegar a la conclusión de que me he enamorado de otra?

—¿Acaso no quieres a tu novia? —me preguntó de vuelta.

No supe qué responderle porque ni yo mismo sabía qué sentía por Dánae.

Sandra había depositado esa duda en mí y me costaría mucho llegar a entender la maraña de emociones que la Barbie Cowboy despertaba en mi corazón.

—Perdona —se disculpó rápidamente mi ex—, me estoy metiendo donde no me llaman. —Un poco azorada, caminó por el asfalto hasta acercarse a la barandilla que daba al enorme bosque colindante, del cual no se veía nada, porque la oscuridad lo engullía todo—. ¿Suenas patético si te digo que estoy feliz y triste al mismo tiempo?

Sacudí la cabeza, negando.

—A mí me pasa igual.

—Cuando pienso en ti, solo me vienen cosas buenas a la cabeza. Bonitos recuerdos de lo que vivimos juntos. Por eso, en el momento que ella se ha colgado de tu brazo y te ha hecho reír, he sentido algo de envidia y tristeza; porque hubo un tiempo en el que era yo la que te sacaba una sonrisa.

—Sandra.

—Tranquilo. Jamás te pediría que lo dejases todo para volver conmigo. Ahora que te tengo aquí delante sé con certeza que escogí el camino correcto. Tú eres feliz y yo también. Y como cantó Pablo Alborán: «En Saturno, viven los hijos que nunca tuvimos» —canturreó al mismo tiempo que dos lágrimas, gruesas como puños, resbalaban por sus mejillas.

Acorté la distancia existente entre ambos y le sequé la cara con los pulgares. Sandra cerró los ojos justo cuando deposité un beso en su frente. Aquel gesto ya lo significaba todo. Era el fin de nuestra historia, y el principio de otra. Porque jamás sería capaz de odiar a Sandra. Ni siquiera porque me rompiese el corazón.

—Hablares más seguido —prometí, en voz baja, al tiempo que bajaba y le daba un último beso en los labios. Me supo dulce y salado—. No vuelvas a alejarte.

—No lo haré. —Sorbió por la nariz—. Esta vez no.

Asentí, conforme con lo que escuchaba, y la estreché entre mis brazos.

Mientras me envolvía su calor, sentí cierta lástima por todos aquellos que nunca serían capaces de perdonar a las personas que alguna vez amaron, o apreciaron, solo porque se alejaron en su peor momento. Ningún alma que estuviera en guerra consigo mismo se merecía el desprecio eterno. Y Sandra, mi pequeña Sandra, tendría una parte de mí para siempre.

—Te hubiese querido durante toda mi vida —murmuró Sandra.

—Y yo a ti.

Ella me devolvió el abrazo antes de alejarse, secarse las lágrimas y esbozar una sonrisa triste.

—Ve y busca a tu chica. A ver si se va a pensar que nos estamos liando y se enfada. No me gustaría arrebatarte otro futuro más.

—Escríbeme, anda.

Sandra me dio un golpecito con la cadera.

—Sí, señor.

La dejé allí, en el balcón de piedra, preguntándome si hacía lo correcto. Ella se apoyó en el barandal, con la vista perdida en la lejanía, y algo dentro de mí me indicó que sí. Que Sandra estaría bien. Igual que yo.

Capítulo 26

Una verdad irrevocable: Barbie nunca quiso a Ken, sino al Action Man

DÁNAE

—¿Necesita Cenicienta que la lleven a casa? —preguntó Martín detrás de mí.

Un escalofrío bajó por mi espina dorsal al comprender que me había encontrado. Y eso que me había escondido en el aparcamiento del hotel, con el móvil en la mano, a la espera de que un taxi respondiera mi llamada de auxilio. No quería seguir allí. Me importaba muy poco la fiesta y lo que tuviera que ver con ella. Y mucho menos me apetecía ser testigo de cómo Martín y Sandra volvían a encender la llama que un día se apagó entre los dos.

Por eso, en parte, me sorprendió verle allí.

—¿Por qué no estás en la fiesta con...?

—Sandra y yo ya hemos hablado. No hay nada más que decir —encogió los hombros, como si fuese extraña la situación.

—Pero ella parecía alegre de verte.

—No lo pongo en duda. Llevarse bien con un ex tampoco es tan raro, ¿no?

—Ya, ya. Bueno, yo no me llevo bien con ninguno, pero es que fueron unos cabrones —admití en voz baja, dudosa. Seguía sin entender por qué estaba en el aparcamiento, conmigo, y no con Sandra—. ¿No te apetece... estar con ella?

—No.

Sonó tan sincero que mi corazón se saltó un latido de la emoción.

—¿Por qué?

—Porque he venido contigo.

—Ah, si es por eso, no me importa regresar sola. Tranquilo, no le diré a nadie que os habéis escapado.

Martín enarcó una ceja y se cruzó de brazos. De pronto se le veía muy serio.

—¿Qué insinúas?

—Bueno, querrás irte con ella, ¿no?

—No —volvió a repetir—. Quiero estar contigo, Barbie Neuras.

Hice un mohín con los labios ante su mote, porque no eran imaginaciones mías. Los había visto juntos, maldita fuese. Parecían Marshall y Lily de Cómo conocí a vuestra madre, por favor. Toda la situación emulaba a una puta serie de televisión de la Fox donde la pareja secundaria por fin se reencontraba y se decían en voz alta lo mucho que se amaban.

—Lo siento, es que no tiene ningún sentido. Sandra es el amor de tu vida y te la has encontrado en una fiesta superchula y...

—Era —corrigió él, sin dejarme terminar la frase—. Era el amor de mi vida. Y no me interesa en absoluto sentarme a tomar una copa con ella. La verdad es que no he sentido nada en su presencia.

—Venga ya, no me lo creo.

—Es verdad. Antes me emocionaba muchísimo tenerla cerca, y deseaba besarla a todas horas. Pero es que ya solo me queda cariño. Amistad. No hay amor o deseo dentro de mí hacia Sandra.

Daba la impresión de que mi corazón estuviese flotando dentro de mi pecho. ¿Cómo se hacía ilusiones tan rápido? Solo había dicho que no amaba a Sandra, no que me amase a mí.

—Y ¿cómo estás?

—Bien. Me siento liberado. Creo que hablar y solucionar las cosas es la mejor manera de pasar página en situaciones así. —Encogió uno de sus hombros y se acercó a mí—. ¿Te preocupaba que te dejase aquí tirada?

«Sí», dijo una voccecita dentro de mi cabeza.

—No —mentí, sin embargo.

Martín sonrió un tanto ladino.

—Se te da fatal esto de decir lo contrario a lo que piensas, cariño.

—No te burles de mí.

—No lo hago, Dánae. Solo intento hacerte entender que estoy aquí, en el aparcamiento, porque te buscaba. Porque solo me apetece estar a tu lado. Y eso ni Sandra podrá cambiarlo.

Fui incapaz de no responder a su abrazo una vez que me rodeó por completo y me aplastó contra su pecho. Su calor envolvente, su olor y su firmeza consiguieron conquistarme por completo. Cada fibra de mi cuerpo respondió al instante, y mis piernas perdieron fuelle.

—Siento si te has pensado lo contrario.

—En todo caso, ha sido cosa mía. Solo me apenaba la posibilidad de que...

—¿De que no terminase lo que habíamos empezado? —preguntó con un tono juguetón.

Le di un manotazo en el hombro.

Martín me respondió con una nalgada.

—Sabes que no pensaba en eso.

—Lástima, porque sigo cachondo por tu culpa. Y la de este vestido. —Me bajó uno de los tirantes y se relamió al ver cómo asomaba uno de mis pezones a través del escote—. Espero que esa mirada de loba sedienta de sexo sea porque quieres mi polla y no porque sigues pensando en Sandra.

Aunque todavía me consumía por dentro la llama de la inseguridad, tuve que reírme por sus ocurrencias. Martín era así, después de todo: un idiota capaz de hacerte reír en los momentos más inoportunos. Y por eso me gustaba. Por eso me tenía loca. Por eso, por eso lo quería.

—¿Qué pasaría si te dijese que es por ella?

—Sería una lástima, porque no me van los tríos. Y solo deseo follarte a ti, Barbie Descarada.

Sonreí de medio lado y le desabroché el primer botón de su camisa.

—Creo que es la declaración más intensa que me han hecho en mi vida.

—¿La de que te quiero dar como cajón que no cierra?

—Ajá. —Le desabroché otro botón—. Muy romántico, viniendo de ti.

Martín se inclinó y me susurró en el oído:

—Espera a que te cuente cómo voy a arrancarte las bragas con los dientes y a devorarte como si no hubiese un mañana. Vas a terminar caminando como Bambi el día que nació.

Su amenaza solo consiguió que mi mente apartase a Sandra por completo, escondiéndola en algún lugar oscuro y apartado, junto a mis inseguridades, y que todo mi cuerpo ardiese igual que una antorcha.

Y aunque se consideraba de mala educación largarse de una fiesta antes de tiempo y sin avisar, no nos detuvo. Prácticamente, nos lanzamos al interior del coche y volvimos a casa con la tensión flotando en el aire. Con ese cosquilleo en el abdomen que liberaba un montón de adrenalina. Llegué a un punto en el que me sentía atractiva, de algún modo. Sexy. Válida.

Y la sensación fue tan nueva y maravillosa.

No quise soltar aquel hilo que me conectaba a Martín jamás.

En cuanto llegamos a mi apartamento, Martín arremetió contra mí sin miramientos. Realmente me tenía muchas ganas. Las mismas que yo a él. Compartíamos ese deseo chispeante que nacía dentro de nosotros y que amenazaba con calcinar al otro a través de una simple caricia. Y yo ya no soportaba más la idea de estar lejos de él. Lo anhelaba tanto que no me quejé cuando fue un poco bruto al besarme y desnudarme. Tampoco cuando me arrastró hacia la cama en volandas, con solo las bragas puestas, y me tiró sobre la cama.

Asistí al mejor *striptease* de mi vida con las tetas al aire. Y no me molestó. Ni me sentí expuesta o fea. Sobre todo, porque Martín me quemaba con la mirada. Su deseo me atravesaba, me besaba la piel, me llenaba de marcas... y era la sensación más increíble de todas.

Él se quitó la ropa poco a poco, lanzándola al suelo, y, una vez desnudo, se acarició a sí mismo con todo el descaro del mundo. Me relamí los labios. Aún tenía pendiente poder saborearlo, pero lo necesitaba dentro. Ya.

—Me encanta cómo me miras, rubita.

—Ven —lo invité a la cama con un gesto de la mano.

Martín no tardó en acorralarme contra el colchón y aplastar mi boca en un beso exigente. Beso que correspondí, como todos los anteriores, aunque con el corazón latiéndome a mil revoluciones por segundo. Quería tenerle más cerca. Que se fundiese conmigo. Volverme tan pequeñita que solo tuviera que meterme en el bolsillo y no soltarme jamás.

Y ese deseo era tan ridículo. Martín jamás correspondería a mis sentimientos.

Él no me amaba. Pero yo a él sí.

Y me quedé con eso.

Rodeé su cuello con ambos brazos, pegándome a su torso. Sus dedos se encargaron de romper mi tanga. Joder, me había costado caro. Aunque tampoco me importó demasiado cuando sus dedos abrieron mis pliegues y frotó suavemente mi dolorido clítoris.

Mi cabeza se descolgó hacia atrás una vez el placer me llenó por completo. Martín me besaba

con un ansia animal, y no solo en la boca; sus labios se movían por mi cuello, por mi oreja, por mis pechos, por mis clavículas. No paraba de llenar mi piel de besos y mordidas a medida que sus dedos jugueteaban en mi sexo.

Ninguno habló. Las palabras parecían sobrar esa noche. Como si ya nos lo dijéramos todo con la mirada.

Martín no me dio la liberación que tanto exigía mi cuerpo. A cambio, me ató las muñecas al cabecero con mis propias bragas rotas —lo cual me pareció muy sexy— y me devoró por completo. Empezó por mi boca, bajó mi cuello, mis pechos, el abdomen, y más abajo. Su lengua prácticamente se adueñó de mi sexo. Lamía y mordisqueaba y soplaba cuando quería torturarme o hacerme cosquillas. Acariciaba mi clítoris con la punta de la lengua de una manera magistral y, cuando estaba a punto de correrme, se retiraba y bajaba un poco. Jugaba con la entrada de mi vagina a medida que sus dedos recorrían mis muslos, mis nalgas.

Era tan intensa la marea de emociones, los relámpagos de placer, que no dejaba de retorcerme y quejarme. En cuestión de minutos, mi rostro ya se encontraba sudoroso, rojo, y me ardía la piel allí donde él no me tocaba.

Aun así, no me quejé demasiado. Porque Martín era muy bueno a la hora de darme placer. Tanto, que seguía sorprendiéndome que mi cuerpo fuese capaz de reaccionar a cualquier estímulo de su parte sin quedarse estático o duro como una piedra.

¿Sería cierto que el sexo no era algo mecánico, sino de piel y química? Con mis ex no conseguía excitarme del todo, o mantener mucho tiempo mi lubricación, y con Martín era una puta fuente.

Con él, me sentía como una maldita estrella del porno. Y eso que no hacía nada especial.

Separé más la pierna en un acto reflejo cuando un relámpago placentero me recorrió por completo. Casi levanté la pelvis de la cama sin que me costara lo mismo. Carlos se emocionaría al ver que, hablando o no, sus clases de Yoga me habían servido para muchas cosas. Por ejemplo: para que me besaran el sapo.

Los brazos de Martín me rodearon los muslos y su boca volvió a atacarme con todo. Cuanto más rudo era besándome, más aumentaba el cosquilleo de mi abdomen. Y justo cuando pensé que volvería a alejarse, él introdujo dos de sus dedos en mi interior y los rotó hasta que el orgasmo me atravesó por completo. Él ni siquiera se alejó mientras los espasmos me sacudían por completo. A cambio, siguió lamiéndome hasta que estuvo satisfecho.

Con los labios brillantes y rojos, algo hinchados por mi culpa, trepó por mi cuerpo y me acorraló contra el colchón. Al verlo así, pensé que era el hombre más increíble del mundo. Y que me gustaba demasiado sentir su peso, su calor, su olor sobre mí.

Sin quitarle la mirada de encima, le rodeé las caderas con ambas piernas y tiré de él. Martín soltó una risita que me contagió y me llenó el pecho de música.

Era el sonido más bonito del mundo.

Una de sus manos me acarició el pelo, la cara, y bajó hacia mi cintura, aferrándose justo ahí, como si necesitara un soporte. Los segundos que tardó en ponerse el condón me parecieron eternos. Lo quería dentro. Ya. Mi hambre y mi necesidad eran extremas.

Martín me besó en el segundo en el que se deslizó en mi interior de una sola estocada. El dolor y el placer crearon una mezcla perfecta. Como nosotros dos. Como nuestros cuerpos.

Dado que no me permitía mover las manos, me quedé así, expuesta y vulnerable, pero también poderosa. Notaba esa energía sexual recorriendo toda mi anatomía. Entrecerré los ojos sobre él, sin perder detalle de sus expresiones de placer, de sus gemidos guturales.

Su pelo castaño se mecía sobre su frente sudorosa. Sus mejillas se tornaban más y más rojas. Sus labios me buscaban, incansables. Y el vello de su torso, rizado y oscuro, me hacía cosquillas en los pechos y en el abdomen.

Joder, todo mi cuerpo lo sentía a él. Solo a él. No a la cama, ni a la brisa fresca. Solo a Martín.

A medida que sus caderas chocaban contra mí, una y otra vez, hasta el fondo, mis gemidos aumentaban también. Acababa de correrme gracias a su boca y, sin embargo, continuaba caliente y mojada y excitada. Parecía un cuento de hadas para mí.

Hubo un momento en que Martín me liberó las manos y aproveché para empujarlo sobre la cama. Él me miró entre curioso y divertido. Colocó ambas manos sobre mis muslos, apretándolos con fuerza, y yo aproveché que estaba arriba para moverme sobre su polla. Ya no sentía miedo o vergüenza, porque era Martín. Y él jamás me juzgaría. En realidad, si lo miraba fijamente, hacía verdaderos esfuerzos por no tomar de nuevo en el control.

Esa sensación me enloqueció.

Me encorvé sobre él, besándolo con un ansia animal. La misma rudeza con la que subía y bajaba las caderas, o las rotaba, arrancándonos todo el placer posible. Lo quería para mí. Lo quería. Y ese amor, ese deseo, me quemaba en las venas. Amenazaba con romperme, aunque, en realidad, me rompió el orgasmo que me atravesó por completo.

Martín me envolvió con sus brazos y siguió moviéndose por mí. Arrancándome no solo gemidos lastimeros, sino un clímax devastador. Y justo cuando pensé que me deshacía sobre él, me acompañó con su propio orgasmo.

Sudorosos, con la respiración errática, nos quedamos mirándonos largos minutos. Mi corazón palpitaba muy rápido, mas dudaba que fuese por el ejercicio. Lo que le pasaba era ni más ni menos que reconocía a ese hombre, e intuía que era el culpable de todo lo que nos ocurría.

Tendría que haberle dicho que lo amaba. Que sentía muchas cosas por él. Que quería que lo intentáramos de verdad. Que no fuese solo una farsa.

Pero nada de eso salió de mi boca. No era tan valiente.

A cambio, sonreí y le di un beso provocador en la boca.

—¿Ya estás buscando más, rubita? —preguntó él, en voz baja.

—Contigo siempre quiero más —respondí.

Pero él jamás sabría que no me refería solo al sexo.

Capítulo 27

Barbie vuelve al mundo real y se da cuenta de que ya nada es igual

DÁNAE

Que Dylan y Eva estuvieran en silencio después de confesar en voz alta que me había enamorado de Martín, mi novio falso, no me ayudó en nada a relajarme. Y se suponía que estaba en clase de Yoga porque necesitaba poner en orden mi cabeza y mi corazón, y trabajar en todo eso de los chakras. Pero, viéndome a mí misma a través de los ojos de mis amigos, comprendí que mis chakras no eran armoniosos y de colores bonitos, sino que se semejaban más a una prenda de Desigual.

Llevaba tres días sin dormir ni comer bien. Se me había cerrado el estómago y mi cuerpo se negaba a responder con normalidad. Por fin admitía en voz alta que me agradaba alguien, y que era un buen tipo, y que teníamos química y nuestro propio microuniverso. Pero la vida, que rara vez era injusta con las personas, decidió que Martín solo quisiera de mí una simple amistad.

Un romance falso, pero sin la chispa de las canciones de Lady Gaga.

—¿Le has dicho algo de esto? —preguntó Dylan a los diez minutos, sobre su esterilla, con el pelo echado hacia atrás gracias a una diadema de tela.

—No. ¿Por qué iba a decírselo?

—Porque la gente suele ser honesta con sus emociones —añadió Eva, al otro lado.

—Eso es una chorrada —se me escapó—. La gente no suele ser sincera.

—¿Y tú estás dentro de ese grupo? —Eva me dedicó una mirada cargada de intenciones—. ¿O eres de las que van de frente?

—Si estoy aquí quejándome, ¿tú qué crees? —me atreví a decir, mortificada.

Carlos, el monitor, nos pidió que nos dedicáramos diez minutos a meditar sobre la esterilla para abrir los chakras y conectar con nosotros mismos. Sentada en la posición del loto, con los ojos cerrados, me quedé en completo silencio y traté de poner en orden mis emociones.

No sirvió de nada.

Dentro de mi pecho existía una tormenta mucho más inmensa que la de Júpiter. Y el epicentro era mi amor por Martín.

Un amor que no llegaría a ningún sitio.

—Te sugerí hace tiempo que lo dejaras tú —dijo Dylan, sin moverse un ápice.

—También que me lo tirase —le recordé.

Al parecer, a mi amigo siempre se le olvidaban los puntos claves de sus discursos de «viva el amor y el sexo y la madre que me parió».

—Pero pensaba que tendrías la suficiente frialdad para no encoñarte de él —admitió mi amigo. Sonaba sincero y a mí me molestó esa fe repentina en mi persona. ¿Es que ninguno de los dos recordaba mi larga lista de novios imbéciles y amores imposibles?—. Todo era una mentira, un juego. Tenías que jugar tú también y luego quedarte con el recuerdo. Yo qué sé, un poco de sexo no le hace mal a nadie.

Se hizo un silencio pesado e incómodo entre nosotros. Solo se oía la música zen sonando a través de los altavoces, pero no le prestaba atención. Lo único que me llenaba por dentro era mi propio corazón resonando con la misma fuerza que un tambor en Semana Santa.

—¿Y qué pasa si soy defectuosa? No sé cómo se separa el corazón y la mente, ¿vale? No sé cómo se juega a toda esta basura del amor y de la atracción. A mí me cuesta un montón no enamorarme de un tío como Martín. Es increíble. Cuanto más lo conozco, más me gusta lo que veo de él. ¿Qué le hago, entonces? Ya sé que el problema es mío, joder.

Me sorprendió sentir la mano de Dylan tomando la mía con fuerza, pero también lo agradecí. Necesitaba un poco de apoyo moral en mitad de aquella tormenta que me zarandeaba de un lado a otro.

Todo el mundo era experto en relaciones sociales, excepto yo. Y no entendía por qué, porque siempre me limitaba a ser yo misma, para bien y para mal, y no intentaba hacerle el mal a nadie.

—Por desgracia, no hay nada que puedas hacer —admitió Dylan, y sonó más asertivo que de costumbre—. Te has enamorado y es lo que hay. Eso no te hace mala persona ni defectuosa, Dánae, por favor.

—Eso no me ayuda, Dylan.

—Claro que no te va a ayudar. O se lo dices, o te callas. Pero si te muerdes la lengua, al final lo pasarás peor —me recordó Eva, y ella sí sonaba más firme y cortante. No porque estuviera enfadada, sino porque, a diferencia de Dylan, confiaba más en ser honesta que en dulcificar la verdad—. ¿Cuántas veces te has reprimido en una relación y luego te ha explotado en la cara? ¿Cuántas veces te has entregado por completo y no has recibido ni la mitad? ¿Cuántas veces has preferido callarte y guardarte tus emociones y pensamientos en lugar de decírselo a la otra persona?

Muchas, muchísimas veces. Y no solo en las relaciones románticas, sino también en las relaciones de amistad y de familia. Prefería callar que decir lo que sentía o lo que pensaba y hacer daño a los demás. Y eso debía cambiar, maldita fuese. Mi vida no era una serie de televisión de la Fox donde, al final, Martín me diría que me amaba también. El último capítulo de la temporada, cuando yo había tirado la toalla y me largaba a otra ciudad maravillosa como si vivir en Estados Unidos no fuese caro.

Tenía que dejar de aferrarme a las ilusiones que se formaban en mi cabeza y me hacían sentir miserable al no ocurrir en la vida real. Pero no lo conseguiría sola. Ese era el problema. Aún dependía mucho de mis amigos, de sus palabras de consuelo, y también de mi psicóloga, Carmen.

No sabía caminar si ellos no me indicaban el camino.

—Tampoco me parece un asunto terrible —añadió mi amiga al cabo de un minuto, ante mi silencio—. Todos nos hemos enamorado de alguien que no nos correspondía. Creo... que es algo por lo que debemos pasar la mayoría para entender cómo funciona toda esta cosa de las relaciones.

—Pues vaya puta mierda —rezongó Dylan, a mi derecha—. Yo jamás he tenido que encontrarme de frente con una encrucijada para entender que hay que ser sincero siempre.

El monitor nos animó a colocarnos de pie y hacer una postura que tensaba los músculos de los muslos y del tronco superior. Aquel dolor muscular me activó bastante. Era como si el ejercicio, por suave que fuese, me ayudara a pensar con más claridad.

O sencillamente estaba desesperada y cualquier mierda que me entretuviera lo suficiente era más que bienvenida.

—Que tú hayas tenido la suerte de que todos se enamoran de ti no significa que los demás también —rezongó Eva en voz baja.

Dylan resopló al mismo tiempo que lanzaba una mirada al techo.

—¿Crees que yo consigo todo lo que me propongo? ¿Que, con chasquear los dedos, se me concede cualquier deseo que pida?

—Claro que sí —respondimos las dos a la vez.

Dylan hizo un aspaviento con la mano y sacudió la cabeza.

—Os equivocáis y mucho. Además, no es culpa mía que vosotras seáis más enamoradizas. A los tíos hay que usarlos y dejarlos, no entregarles el corazón. ¿No habéis aprendido nada en todos estos años? Venga ya, chochopanes, que perdisteis la virginidad a los dieciséis y a los diecisiete. Ha llovido mucho desde entonces y los tíos siguen el mismo patrón siempre.

—Meter a todos los hombres en el mismo saco es injusto —dijo Eva.

—Si los meto es precisamente porque yo soy un tío y sé lo que hay. Somos más básicos que una camiseta blanca del Zara. —Antes de seguir con su discurso, se colocó en la posición que tocaba y nos miró de soslayo—. O a lo mejor no. A lo mejor todas las personas tenemos nuestras neuras y nuestras cosillas, pero eso no quita que Martín no sea lo suficientemente perspicaz para darse cuenta de que te has colado por él si tú no se lo dices.

»¿Qué pasaría si resulta que, aparte de ponérsela como un fuet, también se ha pillado por ti? ¿Es que no nos planteamos más que las posibilidades más negativas y trágicas? ¿Para qué coño pagas a Carmen y vas a su consulta, si luego no te da por pensar que la gente se puede enamorar de ti también?

Sus palabras me hirieron en lo más profundo. Y lo hicieron porque había mucha verdad en ellas.

Me aferraba demasiado a lo malo porque era más fácil de creer que lo bueno. Porque estaba acostumbrada a ser el patito feo, el desastre, la fracasada, la oveja negra. ¿Cómo se iba a enamorar Martín de esa mujer de treinta años que seguía sin un trabajo fijo, ni una casa propia, que se pasaba más tiempo soñando despierta que reorganizando su vida? ¡Si es que no tenía sentido! En mi caso, había muy poco que ofrecer, ¿verdad?

Creía en las historias de amor de los libros y las películas, y soñaba con vivir algo parecido. Y Martín me había dado muchos momentos en los que pensé que por fin lo tenía y no se me escurriría entre las manos.

Menuda tontería.

Por supuesto que Martín no me correspondería. No dudaba de que se la ponía dura y que teníamos química en la cama. Pero el sexo y el amor no eran la misma cosa. Jamás lo sería. Aunque Maroon 5 se empeñara en que sí en ciertas canciones.

Por eso estaba dolida. No porque él no me quisiera de vuelta, sino porque me sentía incapaz de asumir mis propias emociones y sentimientos en su totalidad. Porque mi primera y única reacción era huir lejos, muy lejos, donde sentirme a salvo y donde Martín no me rompiese el corazón. O donde no me lo rompiese yo, en todo caso.

Había sido yo la que, a sabiendas de lo que existía entre ambos, de la mentira acerca de nuestra relación, permitió que ese amor echara raíces dentro de mí y floreciera.

—En mi caso —me miré los pies, un poco cohibida. Hablar abiertamente de mis emociones era algo nuevo para mí. Normalmente, solía bromear sobre mis desgracias y problemas con el propósito de enmascarar un dolor real. Esa mañana, en cambio, me resultó imposible seguir con ese juego ridículo e infantil—, creo que Martín ha sido la primera persona que me ha visto de verdad en años. No me refiero... A ver, es complicado de explicar. Todo el mundo sabe cómo soy, pero hace muchísimo que no conozco a alguien y se anima a ver más allá de mi trabajo de mierda o de mi adicción al color rosa. Pero él sí. Él me preguntaba acerca de mis emociones o de mi vida, me retaba, me hacía reír y me hacía enfadar. Ha logrado que vea magia en mí... cuando solo veía a una fracasada devolviéndome la mirada a través del espejo.

»Cuando estoy con él, empiezo a entender las canciones de amor que suenan en la radio. Antes creía que exageraban o que solo intentaban rimar palabras y poco más. Me gustaban, pero no las sentía dentro de mi corazón. Y ahora, por fin logro entenderlas. Por fin, las siento.

—¿Cómo no ibas a enamorarte de él, entonces? Si hasta logró que te corrieras, que eso se te ha olvidado añadirlo —murmuró Dylan, con los ojos vidriosos.

Mis mejillas ardieron al recordar la última noche que pasé con él. Fue increíble, en muchos aspectos. No solo porque follábamos de puta madre —que también ayudaba—, sino porque Sandra quedó relegada a un segundo plano, y la fiesta, y solo quedamos él y yo. Dos amantes con el deseo a flor de piel que se elegían por encima de todo lo demás. Sin prisas. Sin culpa.

Ojalá le hubiera dicho entonces que le quería. Que estaba loca por él.

Había dejado escapar el momento perfecto por culpa de mi cobardía.

—El sexo no lo es todo —le di un suave manotazo a Dylan—. Simplemente, he jugado y he perdido. No soy tan inteligente.

—Lo pintas más trágico de lo que en realidad es —insistió Eva, dándole otro manotazo a Dylan cuando lo vio limpiarse la comisura de los ojos con los dedos. ¡Como si fuese algo trágico todo lo que hablábamos!—. Lo ideal es que hables con él y esperes a su respuesta. Ojalá pudiera darte otro tipo de consejo, pero es que no lo tengo.

—Todos aquí sabemos que Martín no me quiere. Soy la tapadera que usó para que no le

tocaran los cojones. Una mentira absurda.

—Tú misma lo has dicho —Dylan me dedicó una mirada cargada de intenciones—: fue una excusa barata para tenerte cerca. Y no dudo que al principio creyera de verdad que la gente hablaría mal de él y le perjudicaría porque, a juzgar por cómo lo tratan en internet, seguramente esté hasta los huevos. Pero han pasado semanas y sigue aferrado a esa tontería como si no quisiera dejarte escapar.

Aunque Dylan solo daba su opinión, contuve esa parte de mí misma que comenzaba a emocionarse ante la posibilidad de que Martín sintiera algo por mí. Lo que fuera. Incluso si solo era una pequeña chispa de amor comparada con el enorme fuego que era el mío.

—Raro es —corroboró Eva con un movimiento de la cabeza—. ¿Por qué no se lo dices?

—Porque no sé si estoy lista para oír una respuesta negativa.

Y aquella era la verdad más rotunda que pronunciaría esa semana. Y ese mes. Y ese año.

Me daba miedo que me rompieran el corazón. Y el miedo era una emoción racional en el ser humano. Perder no se nos daba especialmente bien. Y, en mi caso, no soportaba la idea de que Martín saliera de mi vida por completo. Me había acostumbrado demasiado a su presencia, a sus quejas, a sus risitas, a sus comentarios, a todo de él. Todo.

¿Cómo no iba a ponerme triste la idea de que el Editor Cabrón, ese que se esforzaba en cambiar y en mejorar, se esfumara por completo de mi vida? Habíamos compartido un montón de cosas en los últimos tiempos. Conversaciones y risas y quejas y besos. ¿Cómo no iba a dolerme?

Me froté la cara, cansada, y lamenté no ser más fuerte y decidida. Si al menos el miedo no me paralizara, sería capaz de tomar las riendas de mi vida y zanjar todo de una buena vez.

—Mira, la vida funciona así. Sé que es la frase más cliché y horrible de todas, pero no es ninguna mentira. Hay que coger el toro por los cuernos y ya está. No se gana si no se arriesga. —Eva me dio un corto abrazo con el que me impregnó de su olor y de su calor—. Pero si no estás lista aún para decirle la verdad, entonces tómate un tiempo. ¿Qué puede cambiar de aquí a unas semanas?

—Como mucho, que se corte el pelo y se lo tiña de rojo, y cambie todo su vestuario por uno mucho más elegante —repuso Dylan, a mi izquierda, en la posición del perro boca abajo—. Es lo que solemos hacer todos cuando pasamos por una crisis existencial, no me miréis así. La última vez que me dejaron me hice un *piercing* en la punta del nabo. Y la vez anterior, me tatué y me teñí el pelo de azul. Aunque me quedó horrible. El pelo, que conste. El tatuaje está en la zona de mi cuerpo perfecta. —Y se rozó la entrepierna para que supiéramos que, efectivamente, estaba ahí.

—Jamás me cortaría el pelo —cogí uno de mis mechones rubios y me estremecí ante la idea de hacerle un daño irreparable—. Y no voy a hacerme un *piercing* en el coño, que conste.

Dylan me miró con cierta desilusión.

—Entonces tampoco te metas prisa. En esta vida hay que ser amables con el prójimo, pero también con uno mismo —Eva me sonrió con cariño—. A lo mejor te llevas una sorpresa...

—¿Ah, sí? —pregunté, curiosa.

—Pues claro. Aún falta saber qué piensa y siente el Editor Cabrón —insistió mi amiga—. Y

hasta que no lo sepamos, todas las teorías son más que bienvenidas.

Que me diera alas no ayudaba en absoluto. De verdad que sentía que él no me quería. Le caía bien y teníamos una amistad más o menos divertida, pero nada más. La química no nos convertía en almas gemelas. Tener buen sexo, tampoco. Había un montón de gente que follaban genial y eran totalmente incompatibles fuera de la cama. ¿Por qué iba a ser diferente entre nosotros? ¿Solo porque en las películas funcionaba?

Intenté centrarme en la clase, en lo que decía Carlos, sin mucho éxito. A mí el Yoga no me ayudaba en nada cuando me encontraba en mitad de una crisis existencial de gran magnitud y me sudaba todo.

—Oye, ¿y por qué no le dejas caer comentarios romanticones? —sugirió Dylan, en un tono más alto de lo debido.

Vi que Carlos le lanzaba una mirada reprobatoria, mas no dijo nada. Y eso sí que me pareció totalmente novedoso.

¿Por qué aún no nos había echado de la clase, si llevábamos como veinte minutos dándole a la lengua sin parar?

—Una cosa, ¿no os parece que hoy el monitor no está tan enfadado con nosotros y nuestras charlas de marujas? —les pregunté a los dos, mirando primero a Eva, que encogió los hombros, y luego a Dylan, que se tensó por completo—. ¿Y bien?

—Tú, chochopan, no me cambies de tema —me advirtió Dylan, dejándose caer en la esterilla.

—Anda, pues es verdad —dijo Eva—. ¿Habrá tirado la toalla con nosotros?

—Eso o... —fruncí el ceño cuando una idea fugaz cruzó mi mente—. ¿Te lo has tirado, Dylan?

—¿Qué? —se atragantó con su propia saliva y tuvo que darse unos golpecitos en el pecho—. ¿De qué hablas?

—Te lo has tirado —Eva lo señaló con el índice. Su expresión era de sorpresa absoluta—. Te has tirado a Carlos.

—Grítalo más, chochopan; que las de la primera fila aún no te han oído.

No supe por qué, pero me entró la risa tonta. ¡Era increíble la facilidad que tenía Dylan a la hora de conseguir todo lo que se proponía! Al final, todos caían en sus garras. Todos se acostaban con él. Eso sí que parecía sacado de una serie de televisión española.

Era un cliché con patas: el tío guapo y con don de gente que se ganaba el cariño de los demás con tres frases ridículas y un guiño de ojos.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? —preguntaba Eva, totalmente desubicada—. ¿¡Por qué no nos lo dijiste!?

Dylan, totalmente pillado, decidió ofrecernos la versión más jugosa de su nueva historia de amor.

—El fin de semana. Me llamó para quedar y hablar, y pensé que estaba incómodo con todas las veces que le he mirado el paquete y el culo —se encogió de hombros, como si eso no importara—. Pero fue bastante majo. No dejó de decirme que le estaba costando una barbaridad salir del armario respecto a su bisexualidad, porque siempre se consideró hetero y su familia lo tienen por un rompebragas y, claro, eso es difícil de aguantar mucho tiempo.

—¿Eres su primer papichulo? —se pitorreó Eva—. Pobrecito, tener que aguantarte.

—Pues no, lista —Dylan alzó la barbilla, haciéndose el digno—. Ya ha estado con otros tíos. Dijo que yo le molé desde el principio, pero que le caía mal porque estaba todo el rato hablando de tonterías y exponiéndome. Como si fuese genial que me gusten los tíos y las tías. Pensé en irme, no os voy a mentir, pero finalmente me quedé y, no sé, es un tío guay cuando se deja conocer. Y folla de puta madre.

Como me alegraba por él, le di un codazo entre risitas.

Dylan me devolvió la sonrisa.

—¿Qué? Uno tiene derecho a pasárselo bien sin muchos dramas, ¿no?

—A ver, te has tirado al monitor que te esquivaba todo el tiempo. —repuso Eva, con una de sus cejas elevada—. ¿Qué pasará ahora? ¿Saldrá del armario y te permitirá que le mires el paquete? ¿O seguirá fingiendo delante de todos?

—Que él seguirá diciéndonos que pongamos el culo en pompa y yo me acordaré de cómo me daba por el c...

—A ver, los del fondo —nos llamó la atención Carlos, un poco sonrojado. Seguro que había oído todo lo que acabábamos de decir—. ¿Podéis dejar la cháchara para más tarde? Estoy intentando que abráis los chakras.

—Y otras cosas —añadió por lo bajini Eva.

No lo pude evitar, y rompí a reír.

—Cómo te pasas, tía. En fin, me voy a salir un rato. Necesito despejarme.

Le pedí disculpas a Carlos antes de abandonar la clase. No me apetecía seguir. Los que sí se quedaron dentro fueron Dylan y Eva.

Me duché, me cambié de ropa y cogí mis cosas para volver a casa. Esa tarde me tocaba un par de visitas a dos hoteles de la ciudad. Un grupo de chicas que estaban en una despedida de soltera un poco especial y un grupo de alemanes jubilados. A los turistas les encantaban las reuniones alrededor de un puñado de juguetes sexuales.

Justo cuando abandoné el gimnasio, con la bolsa de lona colgado del brazo, rebusqué en los bolsillos de mis vaqueros alguno de los chicles que casi siempre llevaba encima. Y, en cuestión de una milésima de segundo, noté un fuerte tirón que casi me arranca el brazo y a un montón de gente chillando.

Me costó darme cuenta de que el hombre que corría igual que una gacela calle abajo llevaba entre las manos mi bolso. Con todas mis cosas. Y no me hubiese dado un amago de infarto de solo contener mis bragas sucias y mi sujetador sudado. Pero es que, además de todo eso y mi cartera, también estaba dentro mi tablet.

Donde había trabajado en la portada todo aquel tiempo.

Y que ya no recuperaría.

Con el aire faltándome y la cabeza dándome vueltas, me dejé caer al suelo, ignorando al grupo de personas que se me acercó con la idea de ayudarme y preguntarme si estaba bien.

Pero no, no lo estaba.

Acababan de robarme todo mi trabajo y ahora no tenía nada.

Capítulo 28

De error en error y tiro porque me toca

MARTÍN

Cerré la puerta de mi despacho y dejé la taza de café sobre el escritorio. Paulino se había pasado esa mañana a saludarme y, de paso, entregarme las invitaciones para la apertura de su restaurante. Quedaba menos de un mes para que el Moretti's número veintidós de España abriera las puertas y mi mejor amigo se encontraba hecho un manojo de nervios.

Como no nos veíamos demasiado a menudo —él viajaba demasiado y yo me pasaba los días encerrado en la editorial—, aprovechábamos cualquier momento para tomar un café o una cerveza y ponernos al día.

Agradecía enormemente que hubiese venido ese día para ofrecerme algo de distracción.

Covadonga me había presentado a Martina Nogués, la nueva editora, y, por más que me jodiera admitirlo, era una mujer bastante competente. Morena, menuda, de sonrisa bonita y con la cabeza llena de ideas que poner en práctica nada más incorporarse al equipo de Merika.

Solo hablé con ella quince minutos, pero me sirvió para darme cuenta de que el sello romántico daría un salto de calidad. Y no solo porque Martina fuese capaz de poner en marcha su lista de ideas respecto al marketing —que, curiosamente, se asemejaba muchísimo al que me hizo Barbie Cowboy—, sino también por las portadas.

Todas las autoras, sin excepción, se volvieron locas ante la idea de recibir una portada para sus libros totalmente personalizada.

Querían dibujos. Fanarts de sus personajes. Que la gente lo viera y dijese “no hay dos como esta”. Y, la verdad, no pude culparlas. Porque después de una exhaustiva investigación por las listas de los más vendidos de Estados Unidos me di cuenta de que Dánae siempre tuvo razón: la moda de las portadas dibujadas estaba en auge y la gente se volvía loca con ellas.

Todo esto lo comentamos Martina y yo esa misma mañana. A ella también le parecía una idea increíble.

Quien me dejó sin palabras fue Covadonga. Enfundada en esas faldas que parecían más una segunda piel y con su anillo de bodas balanceándose sobre su pecho —en lugar de llevarlo en el dedo, optaba por colgárselo del cuello—, sonrió, divertida, y me soltó la bomba.

—He pensado en contratar a Dánae para que se dedique a hacer las portadas. Y no solo del sello romántico. Daniela ha dicho que también hay autores a los que les gustaría algo más personal e íntimo en su sello de ficción.

Casi se me cayó el alma a los pies y no precisamente porque me diese miedo tener a Dánae dentro de aquellas paredes, sino porque me alegré por ella. Me alegré de verdad al comprender que no solo yo valoraba su talento. Porque dibujaba bien. Lo hacía con gracia, a su estilo propio, y le ponía muchísimo empeño. Y si su familia no quería verlo, que les diesen por el culo.

—¿Sabes? Me parece genial.

—Seguro que tu chica se vuelve loca —se burló Covadonga—. Invítala a cenar para celebrarlo.

—Eso haré.

Aún se me hacía raro que alguien pensara a esas alturas que seguíamos siendo pareja. Vale que no lo habíamos desmentido, después de todo, y que tampoco habíamos roto, pero estábamos tan alejados de ser una pareja convencional. O a lo mejor no. A lo mejor los demás se lo creían precisamente porque éramos muy distintos y solo el amor pudo unirnos.

Casi todas las parejas poco convencionales encajaban precisamente porque se enamoraban sin remedio y no porque tuviese algo en común.

Cuando pensaba en Dánae, el corazón se me calentaba dentro del pecho. Ya no la veía como un castigo divino por toda la mierda que eché por la boca de mis autoras. Como si el karma me estuviera castigando por ser un cabrón y no fuese suficiente que me difamaran en internet o metieran el hocico en mi vida privada. Desde la noche del concierto, más o menos, la miraba con otros ojos. Percibía en ella chispa, ilusión y dulzura, y me sentía muy cómodo a su lado.

Sandra lo llamó amor.

Yo lo llamaba cariño.

Y Paulino se reía como el cabrón que era y me pedía que no la dejase escapar.

Por supuesto, no le pregunté a Anna qué pensaba al respecto porque, conociéndola, se uniría al Team Sandra y me llamaría gilipollas por no ver lo obvio.

A veces me preguntaba qué transmitía mi mirada cada vez que hablaba de Barbie Cowboy y por qué todos llegaban a la conclusión de que me había enamorado hasta el tuétano de los huesos de ella.

Sentado en la silla de mi escritorio, me quedé mirando los correos que me llegaban de mis autoras.

La relación entre nosotros había mejorado un poco. Ya no hablaban tanto de mí en redes sociales y en ese foro maldito. Muchas de ellas practicaban el escepticismo conmigo porque no creían que hubiese cambiado de verdad. Y no las culpaba. Hasta a mí me costaba no volver a aquella dinámica tóxica donde les exigía lo imposible a sabiendas de que se esforzaban muchísimo por entregar novelas divertidas y muy románticas.

Todos los informes de venta las respaldaba. No había ni una sola autora que fracasara a la hora de sacar un libro. Por eso pertenecían al sello romántico de Merika. Por eso apostábamos por ellas.

Cuando Paulino me dejó caer que mi fracaso con Sandra me había cegado hasta tal punto de pagarlo con quienes tenía delante. Me lo replanteé muy fuerte. Y llegué a la misma conclusión que él. Había pagado todo mi dolor y mi frustración con las personas que tenía a mi cargo en la

editorial, porque no era capaz de pedir ayuda y sacar de dentro, de una manera sana, lo que me atormentaba.

El trabajo fue mi salvavidas cuando Sandra me dejó. Volcarme en el sello me ayudó a no pensar, a no quedarme encerrado en casa. Y eso me volvió huraño y exigente y un puto imbécil.

No existía justificación, ni mucho menos, pero al menos ya sabía de dónde provenía aquella época oscura de mi vida. Por qué empezó y por qué debía acabar.

Ya no sentía rabia dentro de mí. Ya no me aferraba a la idea de que Sandra regresaría a mi vida y volveríamos a intentarlo.

Aunque antes me daba alergia el amor, o me parecía una gilipollez, ya no era el caso. Barbie Mentirosa me ayudó a cambiar de parecer.

Con ella al lado, el amor que flotaba a nuestro alrededor, ya fuese en forma de canciones o de poemas o de películas, era divertido y sano y bonito. Con ella al lado, lo veía todo con mayor nitidez. Entendía por qué Melendi quería ser un jardín con enanitos. Por qué algún actor guaperas corría por toda una terminal para impedir que su chica cogiera un avión a otra ciudad. Por qué se regalaban flores cuando uno la cagaba. Por qué el algodón de azúcar no era empalagoso si se trataba de una rubia divertida e increíble.

Joder. ¿Y si me había enamorado de ella? ¿Y si los demás tenían razón —una vez más— y yo era el que estaba ciego?

A lo mejor tendría que hablar con Dánae y explicarle el caos que habitaba en mi cabeza desde que nos acostamos la última vez. O desde la noche del concierto, donde me cantó aquella canción de Christina Aguilera que parecía más un grito de guerra que una simple letra con más de veinte años de antigüedad.

Pero ¿qué ocurriría si no me correspondía? ¿Volvería a frustrarme y a convertirme en el Editor Cabrón? Porque no me apetecía una mierda.

No quería que Dánae dejase de ser alguien a quien escuchar parlotear y reír y cantar.

No quería que Dánae saliera de mi vida.

Como si la hubiese invocado, su nombre parpadeó en mi móvil. Lo cogí enseguida, preguntándome qué nueva aventura se traía entre manos.

—Hola, rubita. ¿Tienes algo para mí?

—¿Martín? Yo... Esto...

—¿Qué pasa? Llevo toda la mañana esperando a que me envíes el boceto final. La autora está mordiéndose las uñas y Covadonga quiere proponerte algo —dejé caer, aunque sin chafarle la sorpresa. El día que mi jefa se lo dijese en persona, me encargaría de estar presente para ver su reacción—. ¿Ya me lo has enviado? Voy a revisar la carpeta de *spam*.

Habíamos quedado el día anterior en que me lo haría llegar por email y así yo le daría el visto bueno. Esta vez sin insultos y sin pagar con ella la frustración que me embargaba por no ser capaz de solucionar mis propios asuntos.

Ya no era ese bastardo. Ni quería serlo nunca más.

Como no vi el correo, fruncí el ceño.

—No está.

—No, no está —corroboró ella. Se la escuchaba agitada, al borde del llanto—. Precisamente por eso quería hablar contigo.

—¿Te has olvidado de colorear toda la imagen? No te preocupes por eso, los detalles se pueden agregar más tarde.

—No. Verás, yo... —Pausa—. No tengo el boceto.

—¿Cómo? —mi primera reacción fue soltar una risita nerviosa—. Espero que estés de coña, rubita. No tenemos mucho más tiempo para empezar a trabajar en la salida del libro.

—Lo sé. Pero yo...

—A ver, déjame adivinarlo: te has olvidado de que tenías una responsabilidad y ahora necesitas más tiempo para acabarlo.

No supe por qué, pero me molestó mucho su falta de profesionalidad. El día anterior me prometió que lo tendría listo. Me dijo que no me preocupara. Pero no estaba cumpliendo su palabra porque todo le daba igual. Porque no sabía gestionar sus horas o porque se había dedicado a perder el tiempo en lugar de terminar la maldita portada.

No me lo podía creer.

—Martín.

—Es que no sé por qué no me sorprende. Solo te pedí una cosa: que tuvieras el boceto para hoy. Y no lo tienes. ¿Qué voy a decirles a Covadonga y a la autora? ¿Que la ilustradora no tiene compromiso y necesita más tiempo? —gruñí, apretando con más fuerza de la necesaria el móvil—. Joder, Dánae. Las cosas no se hacen así de mal. Tú misma tuviste la idea.

—Pero...

—No me cuentes excusas —le supliqué, enfadado—. No quiero ni oírlas.

—¡Pero, espera!

—Al menos podrías tener la decencia de decirme las cosas de frente. Bastaba con un «Mira, Martín, necesito más tiempo, ¿me lo podéis dar?». De ese modo no quedaría mal ante mi jefa y ante una autora. Porque no tengo nada.

—Oye, eso no...

—¿Necesitas más tiempo? Tómallo. Veré cómo puedo solucionar todo esto. Seguro que a la autora no le importará sacar su libro unas semanas más tarde porque a nuestra querida ilustradora le queda grande el compromiso.

Dánae no dijo nada más. De fondo se escuchaba el tráfico, algunas voces, también quejas y risas. Por lo visto, estaba en la calle. ¿Haciendo qué? No quería ni saberlo. Porque lo único que de verdad me importaba era la maldita portada. Porque el libro salía en un mes y no teníamos lo más básico, después del manuscrito. Porque se había tirado semanas para terminar un dibujo y, aun así, no fue suficiente.

Joder, ¿cómo podía ser tan malditamente desastrosa? ¿Por qué no era capaz de hacer las cosas bien cuando se las pedían?

—¿Dánae?

—Da igual. Olvídalo. Dile a la autora y a tu jefa que lo siento, y que lo enviaré mañana mismo. Adiós.

Me colgó después de su despedida.

Observé el teléfono, sin saber qué decir. ¿A qué venía esa actitud? ¿Tanto me había pasado con ella? Maldita fuese, tenía todo el derecho a frustrarme y enfadarme, ¿no? Era yo el que daría la cara ante las dos implicadas, no Dánae. Y no sabría ni qué decirle.

Me había prometido algo y no cumplió su palabra.

¿Cómo iba a confiar en que haría su trabajo bien después de que Covadonga la contratara? ¿Y si cometí un error al creer en ella?

Capítulo 29

*Ni Oppenheimer fue capaz de detener a una cuñada cabrona
con tanto estilo*

DÁNAE

Las ojeras me llegaban al piso. Pero me importó muy poco. Si a Beetlejuice le quedaban bien, ¿por qué a mí no? A lo mejor tenía que sacar la sudadera negra con el logo de Harvard del fondo de mi armario, un chándal viejo y maquillarme como si fuera la maldita Miércoles Addams para ir por la vida a juego con mi estado de ánimo.

Mientras que el cielo de Barcelona se encapotó por completo a consecuencia de una tormenta primaveral, mis pensamientos y emociones también se ensombrecieron. No podía dar crédito a la desfachatez de Martín. Y no era la primera vez que me acusaba de hacer un trabajo de mierda.

Al parecer, no confiaba ni un poquito en mí. Y tampoco le interesaba dejarme hablar.

Había deducido todo simplemente basándose en lo que sabía o decían de mí: que no era responsable. Que era una treintañera fracasada e incapaz de hacer las cosas que le pedían. Y eso me dolió más que ninguna otra cosa. Porque no era cierto.

En esta ocasión, no.

Pero él pensaba que sí.

Le pedí un par de días libres a mi jefa alegando un resfriado que no tenía y me dediqué cada maldita hora del día a trabajar en el boceto. Me dormía a las tantas de la noche y me despertaba muy temprano para seguir trabajando. Y nada me detuvo. Ni las llamadas insistentes de Martín o de mi cuñada. Ni el hecho de que me doliesen los dedos. Nada me apartó de la mesa del salón ni de la tableta nueva que acababa de comprarme únicamente para terminar el maldito dibujo.

Y valió la pena cada minuto. Esa versión era infinitamente mejor que la anterior. Y puse los colores que me dio la gana. Martín ya no influiría en la idea original que se formó en mi cabeza. Si quería retocarlo, ¡que le diesen por el culo!

Por primera vez en mucho tiempo, no me sentía culpable por lo ocurrido. Yo no elegí que me robaran el bolso a la salida del gimnasio. Y si Martín prefería pensar lo peor de mí, allá él. No iba a escribirle para contarle lo ocurrido. Lo haría cuando le entregase la portada, así se daría cuenta lo estúpido e injusto que resultaba acusar a los demás de lo peor sin darles la oportunidad de defenderse.

Por supuesto, nada de lo que me decía por mensaje ayudaba a que mi rabia se disipara. Tanto Arantxa como él venían taladrándome la cabeza día y noche con quejas y súplicas y reproches. Los ignoré a ambos.

También a Dylan y Eva. Ellos estaban preocupados y querían apoyarme, pero necesitaba pasar por todo eso sola. Solo así me haría fuerte. Solo así me daría cuenta de que depender de las personas a las que quería no me ayudaría en nada, salvo para ser más débil y más cobarde.

Eso se acabó.

Pensaba darle un giro a mi vida y callar a todos de una buena vez. ¡Me había hartado de ser la rubia tonta e inútil! Joder, también tenía un corazón latiéndome en el pecho. Me esforzaba cada maldito día, y a nadie le importaba. Por eso, y porque me lo debía a mí misma, mandaría lejos a quien hiciera falta y me centraría en evolucionar. En sanar. En elegir mi propio camino.

Cuarenta y ocho horas más tarde, le envié un correo a Martín con el boceto y apagué las notificaciones del móvil. No pensaba prestar atención a nada más. Que gestionara solito sus errores, como hacíamos todos.

Dios, cómo me dolía su falta de confianza. Me dolía más que si me hubiese dicho que no me quería como algo más que una colega.

Es que no comprendía qué clase de visión tenía sobre mí para llegar a la conclusión de que me tomaba a guasa todo lo relacionado con la portada. Sobre todo, porque la ilusión me exudaba por los poros cada vez que hablábamos del asunto.

Para: martin@merikaediciones.com

De: danaemasaveu@gmail.com

Asunto: Tu puta portada.

Te envío el boceto. Notarás diferencias porque no es el mismo. Me robaron la tableta la otra mañana, a la salida del gimnasio, por eso no podía entregarte la otra ilustración. Estoy segura de que a la escritora le encantará. No es necesario que te comuniques conmigo. No quiero saber nada de cretinos como tú.

Que te den, pringado.

Barbie (muy) Enfadada

Tanta hostilidad no era buena, era consciente de ello y me dio igual. Si los demás eran desagradables todo el tiempo, ¿por qué yo no podía serlo un día? Desahogarme y soltar toda la mierda sin que nadie me señalara con el dedo.

A veces, una chica solo necesitaba ser dramática al más puro estilo de Disney: tirar cosas, chillar, decir «¡estáis siendo injustos conmigo!» y lanzarse a la cama a llorar. Joder, si Jasmín podía, ¿por qué yo no?

«Porque a ti el genio te sale solo, no necesitas frotar la lámpara», me dijo una vocecita en la cabeza.

La aparté por completo, me puse las gafas de sol y salí a dar un paseo.

Como ya esperaba, Martín me llenó el móvil de llamadas y mensajes pidiéndome hablar, y también disculpas. Pero a mí ya no me valían. Y no era por ser cabezota, sino porque ya estaba agotada de ver cómo todos a mi alrededor, a excepción de Eva y Dylan, me veían como una total y absoluta perdedora en cada ámbito de mi vida.

¿Trabajaba vendiendo juguetes eróticos de reunión en reunión? Fracasada.

¿No tenía casa propia? Fracasada.

¿Ni una pareja decente con la que casarme? Fracasada.

¿Sin hijos? Fracasada.

¿No entregaba algo a tiempo por un motivo ajeno a mi persona? Fracasada, fracasada, fracasada.

Me había cansado de esa palabra, del tono condescendiente con el que se dirigían a mí, de las miradas de lástima o reprobatorias, de que nadie confiara en mí. Y que lo hiciera Martín, más aún. Porque él me conocía, maldita fuese. Había visto cosas de mi vida que mi familia ignoraba. Sabía que trabajaba duro para salir adelante. Le conté mis inquietudes y mis sueños y mis dramas... y le dio igual.

Porque veía en mí a una fracasada.

Con el corazón pesado y la cabeza dándome vueltas, me presenté en casa de mi madre para celebrar su cumpleaños. Ella era más discreta. Nada que ver con el cumpleaños de Arantxa, dos meses atrás, en el que mi vida explotó por los aires y me convertí en la chica que tropezó con el amor. Y con un capullo incapaz de confiar en mí.

Dios, cuanto más lo pensaba, más me cabreaba.

Más me dolía.

Más me decepcionaba.

Todos los años, mi madre nos reunía a la familia más cercana en casa, preparaba galletas y tarta casera de galletas con natillas y chocolate, y soplabas las velas rodeada de felicitaciones sinceras. Al menos, de nuestra parte; de mi cuñada, lo dudaba.

—Hola —saludé, ya que era la última en llegar.

Sara y Gonzalo estaban en el extremo más opuesto de la mesa; Marta y Hugo, en medio; Arantxa se sentó junto a mi hermana; y mi madre había dejado un hueco para mí.

Me sorprendió bastante que mi hermana Sara hubiese dejado lo que estuviera haciendo en Asturias —nadie le preguntaba, y casi que mejor— con la idea de presentarse al cumpleaños de mamá. Con lo poco que le gustaban a ella las reuniones familiares. Las repudiaba por completo, como yo, pero supuse que era distinto cuando se trataba de la mujer que nos trajo al mundo.

—Llegas tarde —dijo mi madre, suspirando. Siempre tenía esa expresión en la cara de «Dios mío, ¿qué voy a hacer con esta niña?» que me molestaba muchísimo—. ¿Dónde estabas?

—Aparcando el coche. Nunca hay un mísero hueco en esta calle.

Dejé a un lado la chaqueta de cuero falso y de color rosa chillón, a juego con mis botas de Cowboy, y me senté por fin. La mesa estaba a rebosar de bebidas y frutos secos y galletas y cruasanes. «Esto sí que es un cumpleaños como dios manda», pensé, y me robé uno de los sándwiches de crema de chocolate. Siempre me recordaban a mis fiestas de niña, cuando venían todas mis amigas del colegio y soplabas las velas.

—Podrías haber venido con tu hermano y tu cuñada —sugirió mi madre, intentando no sonar demasiado molesta. Pero le costaba mucho disimular—. Has llegado media hora tarde.

—Ni que se fuese a enfriar la tarta —rezongué, poniendo los ojos en blanco.

—Es de mala educación no avisar —intervino Gonzalo. Como siempre, se colocaba del lado de mamá.

—Y no terminar los trabajos —añadió Arantxa, con una sonrisita de suficiencia.

Quise reírme ante su intento de queja. ¡Ni siquiera se había enterado de que ya entregué el dibujo! Eso significaba que no contaban tanto con ella.

Sacudí la cabeza y me comí el sándwich con tranquilidad.

Mi madre y mi hermana se enfrascaron en una acalorada conversación sobre su viaje a Asturias. Así era Sara, después de todo: un alma libre. Viajaba constantemente y conocía a gente por toda España. Aún vivía con mi madre, pero solo porque tenía veinticuatro años y aún no estaba segura de dónde echar raíces.

Por supuesto, nadie le echaba en cara el tipo de vida que llevaba. Nadie le preguntaba por qué se largaba dos semanas a Asturias o Galicia o Portugal y luego regresaba sin más. A Sara se lo consentían todo. A mí, no.

En el pasado, le guardé mucha envidia y rencor por eso. ¡Yo me llevaba las peores quejas y los peores reproches! Pero se me pasó enseguida. Sara no tenía la culpa de la familia que teníamos, ni de que la quisieran tanto. Yo también la quería muchísimo. Era mi hermana pequeña, y si le hacía feliz vivir de ese modo, no sería yo quien se lo echara en cara.

—¿Sigues trabajando en lo mismo? —preguntó mi madre entonces, dirigiéndose de nuevo a mí.

—Sí, claro. —Me encogí de hombros.

—Así que no planeas cambiar de trabajo. —Arantxa me lanzó una mirada que no supe descifrar—. ¿O es que no te han hecho ofertas suculentas?

—No, la verdad.

—Ya veo. —Hizo una pausa para servirle más zumo a Marta—. En la editorial están un poco descontentos contigo.

—¿Ah, sí? No me han dicho nada —mentí.

Ni de coña iba a decirle que Martín y yo nos habíamos peleado por culpa de la ilustración. No se merecía tantas explicaciones.

—Ya me ha contado Arantxa que no entregaste a tiempo el dibujito ese que te mandaron a hacer. ¿Tienes idea de la vergüenza que ha pasado tu cuñada por tu culpa? —dijo mi madre, con esa mirada de absoluta decepción que parecía estar diseñada solamente para mí—. Si te comprometes a algo, debes cumplir. ¿Es que no lo haces también en el trabajo ese que tienes?

Casi me eché a reír delante de todos. Mandaba cojones que mi cuñada hubiese aprovechado ese tema para meter mierda contra mí. Es que se agarraba a todo, la muy garrapata.

—El dibujo lleva entregado dos días, más o menos. Igual que Arantxa solo pega la oreja cuando se trata de algo negativo.

—¿Cómo dices? —Mi cuñada pestañeó varias veces, confusa—. Nadie me había dicho...

—Pues claro que no. Nadie te dice nada. Tu problema es que solo intentas enterarte de cosas relacionadas conmigo porque estás ansiosa por verme fracasar y no sabes cómo hacerlo —dije con los puños y los dientes apretados—. ¿Te gusta dar por culo o es una afición que empezaste a practicar porque te aburres en tu mierda de vida?

La mirada que me dedicó mi hermano Gonzalo fue terrible. Por el contrario, Sara me dedicó un

guiño de ojos. A ella tampoco le caía bien Arantxa. Era como el puto Grinch en las navidades: solo se presentaba en las reuniones familiares a molestar y a sabotearlo todo a su alrededor.

Pero, por primera vez en mi vida, no le daría margen a seguir metiendo el dedo en la llaga o inventándose cosas contra mí. Se había terminado. Mi paciencia voló por los aires. No me quedaba ni un solo motivo por el cual soportar toda aquella mierda.

—No me hables así, Dánae —dijo ella, muy seria.

—¿Por qué no? Tú eres la primera en faltarle al respeto a todo el puto mundo. ¿Por qué los demás no tenemos permiso de hacerte lo mismo? ¿Eres la reina de España ahora o qué? —alzaba la voz cada vez más, al punto que en el salón se me escuchaba a mí—. ¿O es que no sabes defenderte, querida cuñi?

Roja de rabia, Arantxa se levantó, como si quisiera hacer algo... pero no se le ocurría el qué.

La imité, quedándome a su altura. Si quería guerra, la iba a tener.

Por fin me animé a entrar al trapo.

—¿Has venido con ganas de discutir, Dánae? Porque no creo que sea el momento y el lugar.

—De hecho, es el momento y el lugar perfecto. Eres tú quien siempre lanza el comentario para hacer daño, ¿por qué te preocupa ahora? ¿Porque por fin te respondo?

—No, no vayas por ahí. —Alzó la mano, con la palma hacia mí, como si de verdad se sintiera muy dolida con mis palabras—. Solo trataba de entender lo que había ocurrido con la portada.

—De ser cierto, me habrías preguntado a mí y no te habrías dedicado a meter mierda con mi madre con información que ni siquiera posees. Porque en ningún momento has hablado con Martín, ¿verdad? Simplemente, te enteraste de casualidad que no entregué la ilustración el día acordado y diste por hecho que soy una descerebrada y una persona en la que no se puede confiar. ¿O me equivoco? —preguté, cruzando los brazos sobre el pecho.

No entendía por qué de pronto se había encendido una llama en mi pecho... pero ardía como si fuese la maldita antorcha olímpica.

—Eso no es —balbuceó Arantxa, pillada con las manos en la masa.

—Bueno, ya basta —intervino mi madre, aunque solo me observaba a mí—. ¿Qué te pasa, hija? ¿Es que no ves que tu cuñada solo se preocupa?

—¿Preocuparse? Pero ¿qué cojones se va a preocupar esta? Es que ni siquiera te mereces que te insulte delante de tus hijos. ¿Y sabes por qué? Porque no soy como tú —dejé claro—. Nunca voy a ser como ninguno de vosotros. Jugáis al papelito de personas perfectas, de abanderados de la verdad, de familia unida, pero sois una farsa. Y unos mentiroso. Y malas personas. Lo sois conmigo. Y tú la que más —señalé a Arantxa con el índice—. Eres una serpiente de cuidado.

—¡Dánae! ¡Ya es suficiente! —Mi madre se llevó la mano al pecho, sin dar crédito a lo que oía.

Eso no me detuvo. Me dio más fuerza para soltar todo lo que llevaba acumulado en los últimos años.

—Sí, llevas razón: es suficiente. Se acabó lo de meterme en medio cada vez que os da la gana. He aguantado vuestros desprecios demasiado tiempo y no pienso tolerar ni uno más. Ni de parte

de Arantxa, ni de Gonzalo, ni de la tuya, mamá —agregué al alejarme de la mesa unos cuantos pasos. No los quería cerca—. Se acabó, ¿me oyes? ¡Se acabó!

—Pero ¿de qué hablas? ¡Si yo no he dicho nada! —exclamó mi madre.

—Ese es el problema, que nunca dices nada. Que permites que Arantxa me tire por el suelo y, en lugar de frenarle los pies, te quedas escuchándola y dándole la razón. ¿Qué clase de madre permite algo semejante? ¿Tan poco te importo? ¿Tan mala imagen tienes de mí?

—Bueno, Dánae no es que seas una persona demasiado trabajadora. Y Arantxa solo te critica en ese aspecto.

Me reí con ganas.

—¿Que solo habla de mí en ese aspecto? —repetí—. ¿Me tomas el pelo? Se pasa la vida diciendo que soy una fracasada por no tener pareja, ni casa propia, ni un trabajo estable. ¡Como si eso te definiera a la hora de ser una buena o mala persona! Ella tiene marido, casa e hijos, y es una zorra.

—Conmigo no te metas —saltó Arantxa, adelantándose un paso. Pero Gonzalo la retuvo al sujetarla de la muñeca—. ¡No te atrevas a faltarme al respecto!

—No es insultarte, es retratar la realidad —me defendí—. Eso te encanta, ¿verdad, cuñi? A todos os encanta decir que soy un fracaso. Que no voy a llegar a nada en la vida. Que no trabajo ni me esfuerzo. Que eso ya me convierte en mala persona. Pero, en realidad, ninguno sabéis una mierda de mí.

»Me paso el día pateándome la ciudad para ganarme el sueldo. Tengo mi propia casa, aunque sea de alquiler, y no vivo compartiendo habitaciones ni hipotecándome hasta que cumpla los cincuenta —le dirigí una mirada desdeñosa a Arantxa. Ella gruñó una palabrota que no entendí del todo—. Sí, no tengo hijos. ¡Pero es que no los quiero! ¡Jamás he querido ser madre! Y eso no me hace menos mujer ni menos válida. En realidad, estoy siendo sincera conmigo misma. A diferencia de todos vosotros, que llenáis vuestros putos vacíos y acalláis vuestros complejos metiéndooos con los demás. Conmigo —recalqué—. Como si yo fuera vuestro puto saco de boxeo. ¿Y sabéis qué? ¡Que no me pienso quedar callada nunca más!

—Jamás he dicho que seas... Dánae, estás sacando todo de quicio. —Mi madre, en actitud conciliadora, se acercó a mí—. ¿Por qué no hablamos de esto con calma?

—Porque siempre que he intentado decirte cómo me sentía o que tus comentarios me dolían, tú me menospreciabas. Me decías que no era para tanto y que solo exageraba. Así que no, se acabó lo de callarse. Se acabó lo de ignorar vuestras mierdas para que Arantxa no extienda sus tentáculos de bruja y haga lo que le venga en gana.

—¡Bruja lo serás tú! ¡Que mira la que estás liando por un berrinche!

—¿Berrinche? Por favor. Si eres tú la que se cubre las espaldas amenazando a mi madre con no ver a sus nietos si alguna de nosotras dice o hace algo contra ti. Eres una mujer acomplejada y una niña de papá, acostumbrada a que todos le hagan caso y le compren todo, y la tengan en un pedestal, y que no soporta que la bajen de ahí. Por eso te hemos caído mal siempre: porque nosotras te vemos como eres. Una serpiente que, si se muerde, se envenena.

»Hay mil cosas que Gonzalo ni sabe, ni sabrá nunca, porque no le conviene pelearse contigo.

Porque eres tan mala persona que, si te pidiera el divorcio mañana mismo, lo hundirías en el fango con tal de salirte con la tuya. Solo se te ocurren malas ideas. Nadie puede decir nada de tu familia, y ellos son magníficos, pero mi madre, mi hermana y yo somos una basura para ti. Así es como nos tratas.

—¡Eso no es verdad! —gritó Arantxa, roja y temblorosa—. ¡Solo dices tonterías! A tu madre le tengo mucho aprecio.

—Por eso tratas de hacerle daño cada vez que se te presenta la oportunidad, ¿verdad? Porque si puedes meter mierda o hacer que Gonzalo y ella se peleen, tú ya eres feliz. Venga ya, Arantxa. ¡Conmigo no es necesario que te hagas la digna! Eres una persona de mierda —repetí. A pesar de que me sentía culpable por estar sacando todo a relucir, también encontré cierta paz en defenderme—. Siempre lo has sido y siempre lo serás. Que te pasaste semanas lloriqueando porque estabas mal de pasta, que tus hijos no tenían para comer y resulta que te pavoneabas por todos lados con bolsos de marca, el último iPhone y ropa de alta costura. Te crees mejor persona porque papaíto te sigue dando caprichos con casi cuarenta años que tienes, pero a la hora de sacar adelante a tu familia, a tus hijos, eso te da igual.

No quise ni mirar a Hugo y Marta por si acaso me odiaban. Estaba gritando a su madre, después de todo, y ellos se pondrían de su parte. Pero no permitiría que ese miedo se apoderase de mí y colocara de nuevo los grilletes sobre mis manos y mis piernas.

—Dánae, basta. —Mi madre, con los ojos llorosos, se acercó y puso una mano sobre mi brazo—. Esto no es necesario.

—Sí, sí que lo es. Ya que no entendéis las cosas por las buenas, que insistís en creeros mejores que yo, en vapulearme y faltarme al respeto, tendré que defenderme. ¿O es que tampoco tengo derecho a eso?

—Pero nadie te ha dicho nada —insistió ella.

—Siempre lo hacéis. El problema es que ya lo asumís como algo normal, como quien desayuna un café. Y no es justo. Soy humana, tengo sentimientos, y vosotros me habéis hecho sentir miserable demasiado tiempo. —Tragué saliva y aparté con suavidad su mano—. Ojalá me hubieses escuchado cuando traté de decirte las cosas. Pero te pusiste del lado de Arantxa.

—¡Esto no es una guerra! ¡Y no pienso permitir que me hables así! ¿Esto es lo que se supone que haces a la gente que tienes cerca? ¿Faltarles al respeto? ¿Con Martín también eres así? ¡No me extraña que no se haya ido a vivir contigo aún! Debe ser una vergüenza para él salir por ahí contigo y que todos vean que eres su novia.

Algo dentro de mí se rompió en mil pedazos. Cerré los ojos con fuerza e inspiré profundo una, dos, tres veces. Lo más sano hubiera sido reírme y soltarle un par de cosas más antes de largarme. Pero no lo conseguí. Ya fuese porque llevaba unos días de mucha tensión, triste y enfadada y decepcionada, o porque ya no quería seguir jugando a ser la vergüenza en todas partes. Exploté.

Vomitó todo lo que pensaba, todo lo que sentía, todo lo que llevaba dentro, y no me arrepentí.

Jamás me arrepentiría de ser sincera conmigo misma.

—Martín y yo no somos pareja, joder. Nunca lo hemos sido —solté de golpe. Todos guardaron

silencio—. Nos conocimos en tu fiesta de cumpleaños porque yo me metí a beber vino en la casa de muñecas de Marta y él buscaba dónde esconderse de ti y tus amigos. Porque eres pesada de narices. Solo hablábamos y nos emborrachamos, no hacíamos nada fuera de lugar. Fue un malentendido, ¿vale? Y como no sabía qué decir, cómo defenderme, solté que era mi novio. Y él me siguió el rollo.

»Luego me insistió en mantener la farsa y yo accedí. En ningún momento hemos sido algo más que colegas. ¿Contenta?

Arantxa se quedó blanca como la tiza. No supo ni qué decir. Ese bombazo no se lo vio venir.

Sonreí con satisfacción. Por fin era yo la que dejaba sin palabras a los demás.

—Entonces, ¿Martín y tú no...? —Mi madre abrió mucho los ojos. Parecía a punto de desmayarse.

—Pues no. Solo hicimos un teatrillo, y al parecer, os lo habéis tragado todos. Pero mucho mejor así. Está claro que, de haber sido mi novio de verdad, no habrías parado hasta conseguir que rompiéramos. Nada de lo que yo hago os parece bien. Solo soy un maldito fracaso con patas. Me tenéis harta. —Cogí mi bolso y me lo colgué del hombro—. Y si ninguno de vosotros vais a pedirme disculpas y a cambiar de actitud, entonces me voy a mi casa. Allí no tengo por qué aguantaros.

Llegué hasta la puerta sin que nadie se moviera. Cuando mi mano cubrió el pomo, la guerra estalló en el salón. Gonzalo y Arantxa discutían sobre mis insinuaciones. Marta y Hugo se marcharon con Sara al cuarto para jugar y, de paso, no meterlos en el medio. Y mi madre, que rara vez abogaba a mi favor, me agarró por el hombro y me obligó a mirarla.

—¿Por qué no me habías dicho nada de esto antes, Dánae?

—Porque nunca me escuchas —repuse con cansancio—. Y porque ya me dolía demasiado. Voy a terapia para arreglar mis mierdas, pero no puedo controlar lo que ocurre en esta familia. Ni podré jamás. Por fin lo he visto y, en fin —encogí uno de mis hombros—, solo he sacado lo que llevaba dentro. Una parte, al menos.

—Pero yo... Nunca pensé que nosotros...

—Claro que no, mamá. Porque estás demasiado cegada en ceder a los caprichos de Arantxa, en verme como alguien terrible, y no te has detenido jamás a escuchar la realidad. Pero no estoy molesta contigo. Eres como eres, y no vas a cambiar.

—No digas eso —me pidió, algo afectada—. Te quiero.

—Lo sé. Pero no me sirve de nada que me quieran si lo hacen a través de la humillación, ¿entiendes? —Le di un par de palmaditas en el brazo—. Soy como soy, y estoy orgullosa. Por fin lo estoy. Me ha costado mucho verme a mí misma de manera objetiva y, no sé, quiero seguir sanando y evolucionando. Si vas a estar conmigo, será mejor que cambies tu actitud. Pero si no es el caso...

Mi madre sacudió la cabeza varias veces.

—Lamento no haberlo hecho mejor. Me gustaría intentarlo. Que hablemos más y mejor, y...

—Vale —accedí—. Pero voy a necesitar un tiempo. Todo está muy reciente y no me fío demasiado de lo que se dice en momentos de tensión. Si dentro de dos, tres o cuatro semanas

sigues pensando igual, quedaremos a tomar un café y hablaremos largo y tendido. Sin gritos ni reproches.

Ella volvió a asentir, conforme.

No podía ni quería ofrecerle un trato mejor.

—Feliz cumpleaños. —Me saqué del bolso un pequeño regalo que le había comprado—. Es un reloj de pulsera nuevo. Sé que te hacía ilusión controlar tus pulsaciones y todo eso. No es el último modelo, como el de Arantxa, pero te vendrá bien.

Mi madre me dio un corto y estrecho abrazo.

—Gracias.

—Hasta otra, mamá.

Salí de aquella casa sintiéndome muy liviana. Como si me hubiera sacado de encima una pesada mochila.

Ya no sería nunca más Barbie Mentirosa.

Capítulo 30

Eres tonto y recién te das cuenta, Cascarrabias

MARTÍN

Arantxa se presentó en mi despacho a primera hora de la mañana. Se la veía más enfadada que aquella ocasión en la que alguien —probablemente Manuel— se había fotocopiado la raja del culo en su impresora y dejó toda la sala llena de copias a modo de broma por el día de los Santos Inocentes.

Al principio, me pareció fuera de lugar que viniera a pagar conmigo cualquier otra ocurrencia proveniente de nuestros compañeros, pero, nada más cerrar la puerta de un portazo y colocar los brazos a la altura del pecho, deduje que era algo más serio.

—Así que Dánae y tú no sois nada —empezó diciendo.

Me quedé un poco perplejo.

—¿De qué hablas?

—Ella misma lo soltó ayer, en casa de mi suegra, cuando discutíamos. La verdad es que se quedó a gusto. No paró de faltarnos al respeto y, finalmente, confesó que nunca habéis sido pareja. Que se lo inventó para salir del paso en la casa de muñecas.

Noté que mi corazón se saltaba un latido del susto.

¿La rubita había confesado? ¿Y sin antes avisarme? No terminaba de creérmelo. ¿Por qué haría algo semejante? ¿Solo porque se enfadó por mi metedura de pata? Nunca pensé que sería tan vengativa. Que echaría abajo nuestra farsa sin decirme que no quería seguir con ella.

—Es que no soy capaz de comprender cómo has caído tan bajo.

La miré con una de mis cejas alzadas.

—¿Perdona?

—¡Te has dedicado a mentirnos solo porque mi cuñada es incapaz de afrontar sus meteduras de pata! ¿Por qué no me dijiste nada aquel día? ¿Por qué te callaste?

—Pues, en principio, porque me cogió con la guardia baja —admití. No entendía por qué me tocaba darle explicaciones a Arantxa, pero se las daría de todos modos—. Hasta a mí me sorprendió que saliera con que yo era su novio. Y luego, porque me enfadé con ella. Y también porque me soltaste un comentario despectivo hacia ella que no me gustó un pelo.

—Ya ves que no dije ninguna mentira.

—Claro que las dices. Odias a tu cuñada y no te da pudor dejarlo claro con cada persona con la que hablas.

Sus mejillas se encendieron de golpe.

—¡No es cierto! Es solo que no me gusta la clase de vida que lleva.

—¿Por qué? ¿Acaso se la costean tú? —pregunté, curioso—. Hasta donde sé, ella trabaja y paga su alquiler, y no os pide dinero a ninguno.

—¡Solo faltaba! No me gusta porque es un mal ejemplo. Tiene treinta años y es incapaz de estar más de un año en el mismo trabajo. No se centra en nada y va dando tumbos. Me da vergüenza que mis hijos y mi familia y mis amigos la vean.

—Joder, Arantxa, que no tiene problemas de drogas ni alcohol. Que solo es una persona sobreviviendo, como hacen millones de personas en el mundo día tras día. ¿O es que te piensas que la mayoría trabajan de lo que les gustaría o han conseguido comprarse una casa? —Me recliné sobre mi silla, sin apartar la mirada de ella—. ¿Qué te jode, exactamente? ¿Que se dedique a vender juguetes sexuales? ¿También vas a los dependientes de los sexshop a decirles que cambien de trabajo y se centren en la vida? ¿O es solo con tu cuñada?

Arantxa sacudió la cabeza. Se la veía totalmente acorralada. Y no me dio ninguna pena.

—No, no. Claro que no. Sé que solo es un trabajo. Pero es que tú no la conoces.

—Ilumíname. —La invité a contarme.

Ella cogió aire y lo soltó de golpe.

—Todos sus novios la han dejado al poco tiempo. Se ha mudado de piso como seis veces en los últimos cuatro años. Y también ha trabajado paseando perros, lavando coches, en una hamburguesería, en una fábrica, en una tienda de veinticuatro horas... Una vez se marchó a Murcia a recoger fresas. Y envió una foto de sus tetas por email a su antiguo jefe por error.

—¿Y qué hay de malo en todo eso? Solo veo a una mujer que coge un trabajo para seguir pagando el alquiler. ¿Qué pasa?

Arantxa parecía cada vez más colorada y agobiada.

—¡Pues que no es una persona funcional!

—Claro que lo es. Y no hables de las personas como si fueran robots. Dánae se esfuerza cada maldito día y vosotros ni siquiera os dais cuenta.

—¿Por eso no te entregó la portada a tiempo? —contraatacó.

—Le robaron la tableta. No pudo entregarla por eso. Pero se pasó dos días trabajando horas y horas para enviarla. ¿No te dice nada eso?

—Pues sí, que sigue siendo un desastre y que te dejaste arrastrar por sus tonterías a la hora de mentir a todos.

—Dánae trató de decir la verdad y yo se lo impedí. Fui yo quien le insistió para que no dijese nada. Ella tiene más integridad que tú, Arantxa, que te dedicas a menospreciarla incluso con quien pensabas que era su novio. No te creas que no me he dado cuenta de lo que haces en realidad —dejé claro. Porque yo, al menos, no era capaz de callarme ante las injusticias—. ¿A cuento de qué vienes a mi despacho y me echas en cara que haga lo que me dé la gana? Que sea tu cuñada no cambia nada. Dánae no es de tu propiedad, ni yo tampoco. Y lo que tengamos o dejemos de tener no es de tu incumbencia.

—¡Pero me habéis mentido!

—Igual que a los demás. Y lo hice porque me dio la gana. ¿Alguna queja más? —pregunté,

cabreado.

—Es que no logro entender. ¿Por qué tú...?

—Porque la quiero —solté de sopetón. Esas tres palabras emergieron de mi pecho sin que alcanzara a reprimirlas.

La verdad estalló entre Arantxa y yo igual que una bomba nuclear. Lo barrió todo a su paso y solo dejó atrás un silencio sepulcral.

Quería a Dánae. La quería.

Me había enamorado de Barbie Cowboy. De mi chica de algodón de azúcar.

Joder.

—Pero todo era mentira-

—No, no todo. Y ahora lárgate. Y aléjate de ella. No se merece el acoso y derribo al que la sometes únicamente porque eres una insatisfecha vital.

Ante mi mirada furiosa, no le quedó de otra que abandonar mi despacho sin decir nada más. Algo que agradecí. Arantxa no tenía por qué exigirme nada. No era la madre de Dánae, y tampoco su hermana o su amiga. Y, aunque lo fuera, todo ese asunto era entre ella y yo.

Me tomé unos minutos para tranquilizarme. Que por fin admitiera en voz alta que la quería me resultó liberador. Y hasta me sentí mejor.

Había pasado unos días de mierda porque ella no respondía a mis llamadas y mensajes. Estaba enfadada, y la respetaba. Porque le hablé como una mierda sin darle la posibilidad de explicarse. Porque caí en la trampa de condenarla sin antes ver qué demonios pasaba.

En definitiva: me comporté como su familia y eso debió dolerle muchísimo.

Dánae no era un monstruo. No era una inútil. Y, desde luego, tampoco una fracasada.

Era una mujer increíble que alegraba el corazón de alguien como yo. Cuando pensé que ya no quedaba esperanza en el mundo, apareció ella y se tropezó conmigo... y cambió todo a mi alrededor. Encendió una luz tan potente, en rosa chicle, que mis ojos ya no veían nada más.

La necesitaba. Necesitaba arreglarlo con ella. Sobre todo, después de que su familia ya supiera la verdad.

Cogí el teléfono y la llamé de nuevo. No pensé que me respondería, pero lo hizo.

—¿Vas a reprocharme que haya confesado que ya no somos pareja?

Casi me dio por reírme.

«Mi chica es muy lista», pensé, contento.

—¿Cómo sabes que te llamo por eso?

—Conozco a mi cuñada y no se quedará callada ante algo semejante. Más que nada porque no le permití que me acosara a preguntas después de soltar la bomba.

—Sí, acaba de salir de mi despacho.

—No quiero saber qué ha soltado sobre mí, así que ahórratelo.

—En realidad, la he puesto en su sitio —admití, y me eché para atrás sobre mi silla.

—Genial. Doble ración de humildad. Va a estar unos cuantos meses echando fuego por los ojos.

Merecido se lo tiene, pensé. Me alegraba un poco oír su voz, pero, por otro lado, también me

causaba cierto pesar ser consciente de que todo se había ido a la mierda. Que ya no se acercaría más a mí, a menos que fuese sincero y le dijese la verdad: que lo sentía y que estaba total y absolutamente enamorado de ella.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque en mi familia somos como los Targaryen, pero sin dragones. De tenerlos, ya habríamos quemado Francia, Italia y Murcia. Y sería una pena, porque en Lorca se come de puta madre. Aunque, con el culo que estoy echando últimamente y la tendencia de mi familia a engordar cada año más, no seríamos los Targaryen, sino los Tarradellas. Y nuestro lema no sería «Fuego y Sangre», sino «Atún y Beicon».

Contuve una carcajada.

—Me estás diciendo que te cansaste, ¿verdad?

—Básicamente. Qué listo eres, señor editor.

—Simplemente, te conozco, rubita.

—No, no me conoces. El otro día me lo demostraste. Y ya estoy cansada de verme obligada a defenderme de todos esos prejuicios que tenéis sobre mí. —Sonaba agotada y un pelín furiosa—. Por eso lo dije. Todo. Era lo mejor.

—Podrías haberme cogido el teléfono y...

—¿Y qué, Martín? ¿De qué hubiese servido?

Me pasé una mano por la cara, pensativo.

—Al menos, me habría enterado por ti y no por Arantxa.

—Es que eso ya me da igual. Iba a hablar contigo de todas formas. No quería seguir con esta mentira. Ya no tenía sentido.

—¿Lo dices porque las autoras han dejado de acosarme?

—No, Martín. Lo digo porque... —se quedó callada de pronto. Por un instante pensé que había colgado o que ya no quería decir nada más, porque todo lo que le salía de dentro eran insultos. Y cuando pensé en pronunciar su nombre, su voz, o más bien sus palabras, me noquearon—. Lo digo porque me he enamorado de ti perdidamente. Soy así de idiota. Nunca imaginé que ser tu novia de pega para que un puñado de personas aburridas en internet no te diesen por culo me haría caer de lleno en tus garras. Pero, en fin, soy así. No sé contenerme. Llega un tío divertido y majo y que folla bien, y yo me enamoro.

»Y no podía funcionar. No quería hacerme daño, Martín. Sé que no sientes lo mismo que yo y lo entiendo. No pasa nada. Tarde o temprano se me pasará el cabreo, porque no soy rencorosa. Podría, y con motivos, pero no me sale. Dentro de unos días ya no querré estar más tiempo cabreada y volveré a ser la misma. O quizá no. Nadie es la misma persona todas las semanas. —Hizo una pausa para suspirar—. Me costó horrores decidirme sobre este asunto. ¿Decírtelo o no decírtelo? Una parte de mí, la más cobarde, me empujaba a callármelo y aguantar. Pero, al final, la vida ha decidido por mí. Y aquí estoy, siendo sincera: no voy a ser tu novia de pega porque te quiero y eso me hace daño.

Un revoloteo se abrió paso dentro de mi pecho. Me hizo muy feliz escucharla.

Dánae me quería. Sentía lo mismo que yo. Y eso, eso era incluso mejor que todo lo demás.

—Escucha, rubita.

—No, para —me interrumpió—. No me vengas con fracesitas típicas de «te quiero como amiga» o «eres genial, pero que te aguante otro». Por favor. Estoy muy tensa y molesta y triste y no necesito más piedras en mi tejado. Te lo he contado para que entiendas que lo correcto es que dejemos pasar un tiempo y, quizás, dentro de unas semanas, seré capaz de salir otra vez contigo, pero como amigos. Sin follar más, porque no soy de las que creen en las relaciones de amistad con derechos.

—Pero, Dánae...

—Que no, Cascarrabias. Para. *Stop. Finito.* —Volvió a cortarme—. Respétame en esto, ¿vale? Me lo he pasado muy bien contigo y sigo pensando que eres un tío que vale la pena. Aunque luego me grites o me digas que todo lo que hago es una mierda. Pero sé que no es así. Sé que habla la persona perfeccionista que hay en ti y a la que aún intentas controlar. Da igual. Mira, cosas peores me han dicho. Ya me pedirás disculpas en condiciones con un batido de chocolate y un paquete de donuts, ¿de acuerdo? Ahora no voy a hablar más contigo porque me pone muy mal todo este asunto. Y también me da vergüenza, para qué voy a mentir.

—Joder, rubita, escúchame...

—Ay, por Miguel Ángel Silvestre —bufó al otro lado de la línea—. Voy a colgarte y espero que respetes el tiempo de margen que te estoy pidiendo. Es difícil decirle a alguien que lo quieres sin ser correspondida. Y llevo demasiadas cosas encima últimamente. Me pienso coger un fin de semana de spa, en el monte, lejos de todos vosotros. A ver si con un par de masajes y una botella de vino se me pasa la tontería. Ahora yo marco mis tiempos. Y no quiero hablar más contigo, Martín. Porque soy blandita y una fan total de las películas románticas, y si me dices cuatro tonterías, me voy a hacer ilusiones y no es plan. Ya hablaremos, ¿vale?

Y colgó.

Me quedé con cara de imbécil y el móvil en la mano lo que pareció una eternidad. No me había permitido decirle que también la quería. Que lo sentía. Y que lo mejor era quedar en persona y ser sinceros el uno con el otro mirándonos a los ojos.

«Idiota, idiota, idiota», repetía la voz dentro de mi cabeza. La única cuerda, al parecer. «Has permitido que se aleje y se piense que te importa una mierda».

Un miedo atroz se apoderó de mí. Ya perdí a Sandra por no ser capaz de luchar por ella. Y ahora perdería a Dánae por no ser claro con ella. Por no haberle dicho antes que era increíble y especial y preciosa y sexy y la mejor maldita cosa que me ocurrió en la vida.

¿Y si después de ese día ya no se me presentaba otra oportunidad de hablar con ella? ¿Y si optaba por bloquearme y alejarme de su vida?

Maldita fuese, no quería eso. Me negaba en rotundo. Por eso, decidido a hacer algo al respecto, lo que fuera, cogí mi chaqueta del respaldo de la silla y abandoné mi despacho como un vendaval.

Esta vez no permitiría que la mujer por la que mi corazón latía se largara para siempre.

Capítulo 31

Ve y dile que la quieres

MARTÍN

—Ha quedado espectacular, ¿verdad? —preguntó Paulino, con uno de sus brazos apoyados en la barra del bar—. Un poco formal para mi gusto, pero a mi abuelo le gusta así.

—Es exactamente igual al otro Moretti's que hay abierto en Gran Vía. —Cabeceé en señal de asentimiento.

Paulino cogió una de las servilletas de tela apiladas junto a él y me la lanzó a la cara.

Solté una risita por su reacción.

—¿Qué? —repuse, divertido—. Es la verdad.

—Este tiene más caché.

—¿Porque lo has decorado tú?

—Porque lo dirijo yo —corrigió Paulino, apartándose de allí y acercándose a la zona de las mesas más cercanas a los enormes ventanales que daban a la calle—. Es como cumplir un sueño.

—Ciertamente lo es. ¿Estás contento?

Mi amigo acarició el respaldo de una de las sillas y asintió. Dirigir uno de los restaurantes de la marca de su abuelo suponía un antes y un después en su vida. No volvería a ser el hombre de negocios que viajaba de un lado a otro, comprobando que todos los restaurantes cumplieran con las peticiones de su abuelo, sino que se encargaría de que ese en concreto, abierto en una de las zonas más elitistas de Barcelona, fuese bien.

Y yo me alegraba por él porque lo conocía lo suficiente para saber que necesitaba un cambio de aires. Que Barcelona le gustaba más que Roma, y que vivir de hotel en hotel le pasó factura.

—Estoy ansioso por la inauguración. Mi abuelo estará orgulloso.

—No lo dudo.

—¿Vendrá Dánae? —Al preguntarlo, me dirigió una mirada cargada de intenciones—. ¿O aún no habéis hablado?

—Tendrás que hablar con ella. A mí ni me coge el teléfono.

Llevaba una semana desaparecida y empezaba a impacientarme. Quería decirle tantísimas cosas. Mi corazón se sentía vacío sin ella cerca. Por las noches, además, me costaba conciliar el sueño porque no estaba seguro de si me hablaría al día siguiente o serían otras veinticuatro horas sin escuchar su risa y sus parloteos.

Quién iba a decirme que echaría de menos a Barbie Mentirosilla, después de todo. Con lo mal que empezó nuestra historia.

Un tropiezo cualquiera y la rubia más increíble de todas me lo arrebató todo.

—¿En serio? ¿Y cómo lo llevas?

—Mal —admití a regañadientes—. Frustrado.

Paulino me dio una palmadita en la espalda.

—¿Por qué no le mandas un mensaje diciéndole que la quieres y ya?

—Porque ese tipo de cosas se dicen en persona.

—¿Y por qué no vas a verla?

—Se largó a un spa y luego... Mira, no sé, es que tampoco me apetece invadir su espacio personal y ser un egoísta de mierda.

Aunque en las películas quedara genial, en la vida real era un poco retorcido. Si una persona te suplicaba que le dieras tiempo, se lo dabas. No corrías a su casa y le insistías por que te abriera la puerta.

Al menos, me aferraba a eso. A que Dánae se merecía elegir cuándo y cómo... por mucho que eso me estuviera rompiendo por dentro.

—Tampoco digo que vayas a su lugar de trabajo y la obligues a hablar. Pero hacer algo romántico. Creo que lo cambiaría todo.

Enarqué una ceja, curioso.

—¿Desde cuándo eres fanático tú de los actos románticos?

—Desde que leo mucho —repuso Paulino como si nada.

Quise preguntarle qué clase de cosas leía, aunque me hacía una idea, pero una de las chicas que hacían fotos al restaurante se acercó a nosotros y llamó la atención del italiano.

—Perdona. No quiero sonar impertinente, pero la carta de vinos solo contiene botellas italianas y ninguna nacional. ¿Es por algo en especial? —preguntó la mujer.

Rondaría la misma edad que nosotros, treinta años, o incluso un par menos. Su piel morena resaltaba por completo con el vestido de color azul perla que llevaba; algo escotado y con los hombros al aire. El pelo lo llevaba recogido, aunque se notaba que era rizado y rebelde. Como esa mirada que le dedicó a Paulino mientras esperaba su respuesta.

—Como el restaurante es italiano, los vinos también —repuso mi amigo con cierta condescendencia.

—Y lo entiendo. Pero en España se hacen muy buenos vinos que estaría bien añadir a la carta. Lo habéis hecho en Francia, ¿no? ¿Qué os cuesta repetir lo mismo en un país con una de las mejores gastronomías del mundo?

—Pues que, como ya he dicho, el restaurante es conocido por sus platos de pasta auténtica.

—Ya, claro. ¿Y los trampantojos? —cuestionó ella—. ¿Eso también se inventó en Italia? Porque en la carta también vienen unos cuantos.

Vi cómo Paulino empezaba a perder la paciencia. No se le daba del todo bien tratar con las *influencers* y las periodistas. Y esa mujer debía pertenecer a la revista Serendipity Magazine. La misma en la que trabajaba mi nueva compañera, Martina Nogués.

Por alguna extraña razón que desconocía, la maldita revista gustaba a miles de personas y contaban con ellos para todo: desfiles de moda, estrenos de cine, aperturas de restaurantes,

salones de belleza, teatros. Si querías ser relevantes, lo mejor era que Serendipity Magazine te recomendase.

Pero, visto lo visto, Paulino no opinaba igual. O sencillamente no le gustaba que aquella mujer pusiera en evidencia algo que todos pasamos por alto.

—¿Acaso tus padres poseen un viñedo y necesitas hacerle publicidad? —preguntó con burla Paulino—. Si es así, déjame su nombre y les compraré una caja de vinos.

La mujer se carcajeó.

—No, no es el caso. Simplemente hacía una consulta. —Apuntó algo en su tableta y suspiró—. Pero se ve que no estás acostumbrado a que te cuestionen.

—Si son asuntos ridículos, no —corroboró Paulino.

—¿Ridículos? Vaya, impresionante. —Volvió a escribir en su tableta—. ¿También consideras absurdo que la mayoría de los famosos que habéis invitado a la inauguración sean *influencers* de TikTok? No te lo tomes a mal, pero la idea es que vengan críticos gastronómicos que sepan diferenciar un entrecot cocinado a la plancha y a baja temperatura.

—¿Y tú eres esa crítica?

—Por lo menos poseo buen paladar y un intenso deseo por conocer más a fondo la gastronomía italiana. Lástima que no compartamos esa visión. —Suspiró y apretó la tableta contra su pecho—. Seguiré escribiendo mi artículo. Hasta luego.

Los dos nos quedamos viendo cómo se alejaba: yo, a punto de reírme; Paulino, cabreado.

—¿Qué ha sido eso? —me preguntó, como si yo tuviera la respuesta a todo.

—Una periodista con ganas de tocar las narices.

—Dios, me ha puesto de mala leche.

—Se te nota.

Nos dirigimos hacia la salida y comprobamos que en el parking también estaba todo listo.

—Nunca entenderé por qué las chicas más guapas son las más tocapelotas. —Paulino sacó la cajetilla de tabaco del interior de su chaqueta y se encendió un cigarrillo—. Te lo juro, no se salva ni una.

—A lo mejor es que tienes el radar estropeado.

—O que solo me gustan las que me aprietan las tuercas.

—¿Por eso elegiste salir con Anna?

Le dio una calada al cigarrillo y expulsó el humo lentamente.

—Con ella es más fácil. Sabe lo que hay y estamos cómodos juntos.

—Vamos, que no planeas quedarte con ella toda la vida —comprendí.

—No la amo —repuso, mirándome a través de la humareda que formaba el cigarrillo—. Tú, en cambio, estás aquí parado, perdiendo el tiempo.

—Eso no es verdad.

—Pues claro que sí. Tu chica está por ahí, sintiéndose como una mierda, y aún no has ido a buscarla.

—Me pidió tiempo —le recordé—. ¿Qué más quieres que hagas?

—Que luches, cojones. Dile que la quieres y tráela aquí, y sed felices. La vida no es tan

complicada.

Sí, sí que lo era. Y no solo en el ámbito romántico. La vida era una puñetera mierda que te ahogaba a veces y otras te daba un descanso.

A mí, por el momento, me tenía agarrado de las pelotas y no me salvaba. Y tenía la impresión de que solo Dánae conseguiría que me relajase de nuevo. Que volviera a sonreír sin culpa.

Gracias a ella, las autoras de mi sello ya no hablaban apenas cosas negativas sobre mí. En realidad, estaban bastante contentas. Aún no confiaban del todo, y lo entendía, pero se abrían más y se las veía conforme con los cambios nuevos. Incluso Martina se ofreció a hacerles las entrevistas por videollamada para que no se cohibieran conmigo. Y a mí me pareció bien.

Respetaba mi espacio y, aunque aún no estaba del todo instalada en la editorial, me enviaba correos y me llamaba a menudo, y me pedía consejos o manuscritos. Trabajaba de manera muy profesional, y era amable y cercana. Eso me agradó de ella. Necesitaba a alguien totalmente opuesto a mí.

Pero sin Dánae al lado, no era lo mismo. Nada volvería a ser igual si ella no regresaba a mi vida.

Me quería, joder. Me quería, y yo a ella. Y me moría de ganas por decírselo.

Además, nadie en la editorial tuvo narices a reírse por lo de la mentira. En realidad, Covadonga me sugirió que fuese a buscarla y le dijese lo que sentía.

—¿Tanto se me nota? —le pregunté.

Ella se rio y me dio un empujoncito con el hombro.

—Chico, se te nota a leguas que estás coladito por ella. La noche de la fiesta de la editorial se te caía la baba cada vez que la mirabas. Hicisteis magia.

Cuando la escuché, pensé en Sandra y en sus palabras. Todo el mundo se percató de cómo la observaba y le hablaba. Todos se dieron cuenta de que la quería incluso antes que yo.

Había que ser idiota.

Pero el mal ya estaba hecho y aún me quedaba una oportunidad de solucionarlo. Al menos, eso esperaba.

—¿Y cómo lo hago? Tiene que ser especial —le comenté a Paulino.

Mi amigo se tomó un minuto entero de reflexión.

—¿Crees que estará en casa hoy?

—Supongo que sí.

—Vale. Pues apunta esta dirección, recoge lo que te diga y ve a verla. Si con esto no te perdona, es que el amor no es lo tuyo.

Tuve que leer varias veces la tarjetita que me entregó. Nunca había hecho algo así, y la adrenalina se disparó por todo mi sistema. ¿Y si no salía bien? ¿Y si era demasiado tarde?

Sacudí la cabeza y aparté los pensamientos intrusivos de mi mente. Ya había perdido demasiado tiempo lamentándome y esperando; tocaba hacerse cargo de la situación y recordarle a Barbie Cowboy que aún me debía algo. Algo sumamente importante. Y que no la olvidaría hasta que me prometiese que cuidaría por siempre de mi corazón.

Ya que me lo robaba, ¿qué menos que asegurarme de que lo mantenía a salvo?

Capítulo 32

Chúpate esa, karma

DÁNAE

Tal y como avisé a todo el mundo, me largué al spa tres días enteros. Setenta y dos horas en las que me di el lujo no solo de comer chocolates y patatas fritas en la cama, con Netflix de fondo; sino contratar varios masajes, darme baños con un montón de chorritos apuntando en todas direcciones —el sueño de toda mujer— y caminar por el monte. Caminar mucho, hasta que me dolían las piernas y los brazos y el sol me quemaba el cogote. Hasta que regresaba al spa con las mejillas coloradas y una sonrisa de satisfacción en la cara.

Puesto que intentaba cambiar un poco mi forma de ver la vida, pensé que lo mejor era hacerlo lejos de Barcelona. Lejos de la tentación. Lejos de mi familia y del trabajo y de Martín. Lejos de todo lo que me provocaba cierta ansiedad.

Tuve el móvil apagado para no recibir ninguna llamada malintencionada o mensajes cargados de reproches. De verdad que no necesitaba influenciarme de esa manera tan absurda, como antes. Por fin me había enfrentado a mi familia y a Martín, y me sentía en paz conmigo misma. Como si hubiese sacado de dentro todas las piedras con las que lidiaba diario desde... ya ni lo recordaba. Demasiado tiempo.

Por supuesto, al volver a Barcelona, me encontré con un enorme párrafo de parte de Arantxa que ni leí completo. Básicamente, se quejaba de mis mentiras —¡como si ella tuviese algún derecho a exigirme nada!— y me instaba a pedirle disculpas por llamarla mala persona y zorra y serpiente. No lo hice. Solo le puse dos emoticonos riéndome y la silencié. Ya ajustaríamos cuentas cuando se decidiera a hacer autocrítica y a hablar como personas normales.

Lo único que me daba cierto vértigo de ese asunto era que me prohibiese ver a Hugo y Marta. Quería a mis sobrinos con todo mi corazón y me dolía mucho verme en la tesitura de solo hablar con ellos por teléfono, y no sin antes suplicar a mi hermano por ello. Pero mi madre me dijo que Gonzalo no nos prohibiría jamás ver a sus hijos, que éramos bienvenidos, pese a todo, a su casa si teníamos intención de visitarlos a ellos. Solo debíamos avisar antes, para que Arantxa no estuviera presente y así evitar más conflictos.

Me pareció una buena idea.

¿Librarme de aguantar a mi cuñada? ¡Firmaba donde fuese!

Gonzalo no me hablaba y ella tampoco, pero no me impedirían ver a mis sobrinos. Era un trato justo.

Mi madre, por el contrario, estaba muy pesada con quedar conmigo y solucionar lo que ocurrió la tarde de su cumpleaños. No cedí. Carmen, mi psicóloga, llevaba mucha razón al afirmar que no todas las familias estaban unidas, y que ese tipo de asuntos tan delicados no se solucionaban de la noche a la mañana. A veces, en realidad, ni siquiera se arreglaban. Simplemente fluía y punto.

Ellos me hicieron daño y yo, en cierto modo, se lo permití. Y ya no volvería a pasar porque me sentía más fuerte que nunca. Aprovechaba todo el dolor, todas las humillaciones, para frenarlos. Sería mi escudo del Capitán América. Y nunca más lo bajaría.

A ratos, me daban bajones, pero los sobrellevaba como buenamente era capaz. Que por fin me hiciera escuchar no quitaba que me doliese verme en esa encrucijada. En esa guerra constante con mi familia. Porque eran mi familia, y ese siempre fue el problema. Pero prefería ese dolor, esa incomodidad, a seguir callándome por miedo a que tomaran represalias contra mí o se tiraran dos semanas machacándome con el mismo tema.

Encima la suerte empezó a sonreírme de pronto.

Un martes por la mañana, Covadonga, la encargada de llevar a Merika Ediciones hacia delante, me llamó por teléfono y me propuso una reunión en persona.

Al principio creí que se trataba de la portada que le hice a la autora de aquella novela sobre una periodista y un jugador de básquet. Y no me equivoqué. Se relacionaba, pero no era ese el asunto.

Me presenté esa misma tarde enfundada en mi conjunto de falda y camisa blanca, lo más sobrio que había en mi armario, donde todo era de color rosa. Me arreglé el pelo, me maquillé con tonos *nude* y me puse hasta tacones. Como si Covadonga no supiera quién era y las cosas que había hecho.

Pero ella me recibió con una sonrisa enorme y me hizo pasar a su despacho sin mediar palabra con nadie más.

Primero me sirvió un poco de café, y luego se sentó en su silla, apoyando los brazos sobre su escritorio.

—Es un placer conocerte al fin. Quiero decir, de manera más directa. Me pareciste muy guapa aquella noche, en la fiesta de la editorial, pero no tuve el placer de hablar mucho contigo.

«Normal. Martín me acorraló en el aparcamiento y me metió la lengua hasta la campanilla. No podíamos estar en misa y repicando; o, lo que es lo mismo: tocándonos el culo y aplaudiendo a los discursos», pensé, con las mejillas algo calientes.

Si es que seguro que se dieron cuenta todos de que nos habíamos largado porque nos estábamos metiendo mano debajo de la mesa. Martín no sabía disimular; se le notaba todo en esa sonrisa descarada que siempre aparecía en su cara cuando llevaba a cabo alguna de sus maldades.

—Me lo pasé muy bien. —Tuve que forzarme a decir.

Era la respuesta más lógica que se me ocurría.

—No sabes cuánto me alegro, de verdad. Aunque no te he hecho venir solo por eso —se rio, de manera muy femenina y poco escandalosa. Me dio mucha envidia, porque yo, cuando rompía a reír, me salían hasta sonidos aislados de cerdito—. Verás, la autora que recibió tu ilustración ha

quedado totalmente encantada con la portada. Y la repercusión en redes sociales ha sido... increíble. La mayoría de nuestros seguidores han mostrado su entusiasmo frente al cambio tan evidente respecto a nuestros anteriores trabajos y el actual. Y eso nos llevó a plantearnos si no estaría bien sumarnos a la moda.

Mi ego se puso a bailar dentro de mí ante sus palabras. Que alguien dijese algo bonito respecto a mi trabajo se sentía bien. Alguien que no fuera mis amigos, quería decir.

—Gracias.

—El problema es que el resto de las autoras también desean portadas de ese estilo y a mí, personalmente, me ha parecido una buena idea.

—Ya le dije a Martín que gustaría, pero tuvo sus reticencias. Menos mal que ha entrado en razón.

Covadonga volvió a reírse.

—Ya sabes cómo es Martín: le cuesta adaptarse a los cambios.

«Y también es un cretino», añadí mentalmente. Que se jodiera. Seguro que estaba al otro lado del pasillo, sentado en su silla, totalmente inmerso en su trabajo. Sin insistir ni un poquito en pedirme perdón o, en su defecto, en hablar conmigo.

Vale, me mandó un montón de mensajes y *stickers* de gatitos, pero no era lo mismo. Me merecía un batido de chocolate y un «lo siento, Dánae» que sonara sincero.

—Sí —murmuré—. Sí, sé cómo es.

Covadonga cogió un par de folios y me los pasó con una sonrisa.

—El caso es que, tras hablarlo detenidamente con mis jefes y con Martín, hemos decidido contratarte como portadista profesional del sello de romántica. Y muy probablemente para hacer alguna que otra portada de otros sellos. Si te parece bien, claro. —Señaló con el índice ambos folios—. Ese es un borrador del contrato original. Puedes leerlo y darme una respuesta en estos días.

Me quedé de piedra. No supe qué decir o qué hacer. Era la primera vez que una empresa seria me buscaba para contratarme. Y encima, dibujando. Algo que me apasionaba desde que era una niña y que jamás tuve la oportunidad de poner en práctica, más allá de enseñar ciertos trabajos en redes sociales.

Los ojos me picaron por las lágrimas. Pestañee muchas veces, y no solo para alejarlas, sino también para despertar de aquel sueño.

Por fin me pasaban cosas buenas y, aun así, no lograba emocionarme del todo porque no confiaba en que me mereciera tantas palabras dulces.

—Gracias. Es... Bueno, no sé muy bien qué se dice en estos casos. Pero sí, gracias. Voy a leerlo y te diré qué me parece.

Covadonga suavizó su expresión. Me pareció tan guapa y profesional. Pensé que, si trabajaba a su lado, sería capaz de aprender muchas cosas de ella. Y eso me motivó lo suficiente a la hora de plantearme coger el trabajo.

Nunca se me pasó por la cabeza estar en una editorial y, durase más o durase menos, lo cierto es que se trataba de una oportunidad increíble que me permitiría crecer como profesional y como

mujer. Y encima vería mis dibujos en las portadas de libros románticos que me encantaban. ¡Era un puto chollo!

—Estaré a la espera de tu llamada, Dánae.

Estreché la mano de Covadonga y salí de la editorial con el corazón bailando samba dentro de mi pecho. Traté de parecer serena mientras me dirigía al ascensor, porque no me parecía muy profesional empezar mi andadura por Merika Ediciones dando saltos, y cuando llegué al aparcamiento, a mi coche rosa Barbie, pegué un chillido y me abracé al contrato.

«¡Chúpate esa, karma!», pensé. «¡Me debías esto!».

Capítulo 33

La chica que tropezó con el amor

DÁNAE

Me dolía la cabeza una barbaridad. Por culpa de Dylan nos quedamos bebiendo cócteles hasta bien entrada la madrugada y, como apenas consumía alcohol, me subía muy rápido y llegué a mi casa haciendo eses y riéndome de cualquier chorrada. Ni siquiera recordaba qué soñé, pero seguro que estaba relacionado con mi nuevo contrato de trabajo en Merika Ediciones.

No tardé ni medio día en darle el visto bueno a Covadonga. Ella se emocionó conmigo y quedamos en firmar el contrato una vez le llegase. Luego se lo conté a Eva y Dylan y me arrastraron de coctelería en coctelería, y no me soltaron hasta que no sabía ni pronunciar mi nombre con claridad.

Pero era una noticia buena. Muy buena.

A la mañana siguiente, Eva nos sacó a todos de la cama y nos obligó a ir a clases de Yoga, como era habitual. No le gustaba verse sola en mitad de tantos desconocidos y, aunque apestábamos a alcohol, tanto Dylan como yo nos esforzamos en hacer las posturitas que Carlos no dictaba a través de los altavoces.

—Voy a echar la pota —dijo Dylan, pálido y sudoroso.

—Espero que no lo hagas delante de todos —le advirtió Eva—. Que estamos celebrando algo muy grande.

—Dios mío, estoy sudando ginebra —se quejó él, haciendo oídos sordos.

Finalmente, sí que vomitó delante de la clase... y nos tocó ir corriendo a por la señora de la limpieza mientras Carlos despejaba el aula y les prometía a sus alumnos que los compensaría por ello.

—Es que venir con vosotros a Yoga es terminar siempre en la puta calle —se quejó Eva, molesta e irritada, después de ayudar a Dylan a salir de allí antes de que vomitara una segunda vez—. Me tenéis harta.

—Pero si has sido tú quien me ha obligado. Yo planeaba despertarme a las tres de la tarde, hacerme una paja, comerme unos macarrones con tomate y queso, y echarme una siesta —se quejó él, tambaleándose.

Caminaba detrás de ello, riéndome y enterneciéndome al mismo tiempo. Dylan y Eva serían siempre los mejores amigos que una chica podía tener.

Me duché y me coloqué lo primero que encontré limpio en mi taquilla y, tras hacerme una coleta de caballo, me despedí de mis amigos y me fui andando a casa. Últimamente, me ayudaba

un montón caminar, con los audífonos en los oídos y con canciones de Christina Aguilera de fondo.

Fall On Me era la que más repetía. La letra me recordaba mucho a Martín y me hacía sentir cerca de él, a pesar de que no le respondí ni uno solo de sus mensajes. Además, me daba miedo encontrármelo de vez en cuando en la editorial. ¿Y si le parecía mal tenerme allí?

Pues que se joda, por cretino, pensé, pateando una piedrecita con la punta del pie.

Cuando llegué a mi calle, me quedé de piedra al ver que Martín estaba allí. Apoyado junto a la puerta del edificio donde vivía, con un ramo de flores y una bolsa de papel, aguardaba mi llegada igual que esos protagonistas de las películas románticas. Mi primer pensamiento fue que estaba teniendo alucinaciones porque aún iba un poco borracha. Pero él alzó la mirada, me sonrió...

... Y todo mi mundo se volvió de color de rosa.

—¿Qué haces aquí?

—Hola a ti también. —Se apartó de la pared y acortó la distancia entre nosotros—. Te estaba esperando.

—¿Por qué? ¿Vienes a echarme la bronca o algo así? Si es por el trabajo, no nos vamos a encontrar demasiado. Covadonga dice que trabajaré desde casa.

Martín se rio bajito.

—No, rubita. Ya sabía que quería contratarte y me parece algo increíble, y que te mereces.

Mi corazón revoloteó igual que una mariposa.

—¿Entonces?

Martín me ofreció el ramo de flores. Tulipanes. Las tomé con cuidado y acerqué mi nariz para empaparme de su olor. Estaban frescas y eran preciosas. Sonreí por inercia.

—¿No es un poco raro que tú, con lo cascarrabias que eres, me regales flores?

—Vengo a pedirte perdón y me pareció buena idea que tuvieras tulipanes en casa.

Aunque quería seguir enfadada con él, ya no quedaba nada de esa irritación inicial dentro de mí. En realidad, me mostraba expectante y turbada. ¿Acaso no le molestaba regalarle flores a una chica que le había confesado abiertamente que lo amaba? ¿O era su particular intento por llevarnos bien y ser amigos?

—Gracias, Martín —añadí con una sonrisa—. Las pondré en agua.

—Eso no es todo. —Sacó de la bolsa una botella de batido de chocolate y una caja de donuts de todos los sabores que uno pudiera imaginar—. También he traído esto para desayunar.

—Menuda bomba de calorías —solté una risita, pero se me pasó rápido al recordar cómo vestía—. Mierda.

—¿Qué ocurre?

—Pues que estás siendo sospechosamente amable conmigo mientras yo voy con unas mallas que me marcan todo el culo y me hacen sentir desnuda, y un top horroroso, y tú... —Lo repasé con la mirada desde los zapatos hasta su melena color chocolate—. Tú estás para comerte.

«Maravilloso. Deja aún más claro que te tirarías a comerle la caña de chocolate que esconde entre las piernas», me gritó la voz de la cordura.

—En defensa de las pobres mallas diré que te hacen un culo precioso. Y si hablamos del top.

Bueno, te marcan los pezones, y yo ya sé que son bonitos.

Le di un manotazo en el hombro y le quité la bolsa con el desayuno.

—¿Has venido a hablar de mi culo mientras me como un donut? ¿Es alguna clase de fetiche extraño?

—No, Barbie Neuras. He venido a decirte que lo siento. Por todo. Fui un cretino contigo y no dejé ni que te explicaras. Y, además, he sido un cobarde todo este tiempo.

—Bueno, hombre, tampoco te fustigues. Sí, fuiste un imbécil, pero sé que no eres una mala persona. Eso sí, espero que cambie esta dinámica de hablarme mal o de creer que soy una incompetente a partir de ahora. Soy comprensiva hasta cierto punto, y espero que mis amigos lo sean conmigo también. ¿Lo has entendido?

»Me he cansado ya de dar explicaciones por todo y de defenderme cada dos por tres. No mentí acerca de eso.

—Lo sé, Dánae. Por eso me siento una mierda. Tendría que haber confiado en ti y te fallé cuando más lo necesitabas. No es justo para ninguno de los dos, porque, para empezar, sí sé que eres una mujer competente. Eres increíble en todos los aspectos, rubita. Y me siento afortunado por haberlo descubierto junto a ti.

Apreté contra mi pecho el ramo de flores por inercia, como si los tulipanes fuesen a proteger mi corazón de sus palabras y sus miraditas.

—Vaaaaale. Te perdono. ¿Amigos, entonces? Total, ya no estamos obligados a fingir que somos novios.

Le ofrecí la mano, pero él no la estrechó.

De pronto se puso muy serio.

—Y menos mal. Estaba harto de fingir.

Un nudo me sacudió las entrañas. No todo iba a ser bonito, desde luego. Estaba claro que Martín quería romper aquella relación falsa desde el minuto uno y solo se aferró a mí por temor a que se rieran de él.

Tragué saliva y mantuve el tipo lo mejor que supe.

—Ya.

—Sobre todo —añadió él, acercándose a mí y colocándole bien la coleta—, porque llevo un tiempo deseando que sea verdad.

Casi se me cayeron la bolsa y el ramo de las manos por lo mucho que me temblaron.

—¿Qué?

—Hay algo que llevo tiempo queriendo decirte, pero la otra vez ni siquiera me dejaste hablar. Y me lo merecía, porque yo tampoco te lo permití a ti. Pero eso no quita que esté cansado de esperar en mi casa, día tras día, a que me perdones y me escuches, Dánae. —Las yemas de sus dedos se pasearon mi rostro, desde la sien hasta el mentón, creando una sinfonía de caricias que me calentaron hasta el alma—. Te quiero. Me enamoré de ti desde el primer tropiezo, creo, en aquella diminuta casa de muñecas. El destino me llevó hasta ti y yo lo acepto por completo. Me niego a que seas una estrella fugaz en mi vida.

Me costó darme cuenta de que hablaba en serio. Que me estaba confesando abiertamente que

también me quería. A mí. No a Sandra o a cualquier otra. No. Era a mí. A la Barbie Increíble. A Dánae Masaveu.

Abrí y cerré varias veces la boca, sin saber qué decir. Es que me había cogido con la guardia baja. Nunca imaginé que él me correspondería. Era algo impensable.

Pero sí. Acababa de decirme que me quería.

Martín me quería.

—Di algo, rubita. Que parece que te haya dicho que me voy a vivir a la Antártida.

—Ay, lo siento. Es que no, no me esperaba que tú... —Reaccioné pegándole en el hombro—. ¿¡Por qué no me lo has dicho antes!? ¡Me habría ahorrado un montón de quebraderos de cabeza!

—No me dejaste hablar, ¿recuerdas?

—Pues habérmelo escrito en un mensaje.

—Eso es muy cutre —resopló él—. Y te merecías que te lo dijese cara a cara. Como ahora.

Volví a pegarle en el hombro.

Martín me agarró la mano, tiró de mí y me pegó a su pecho. Entre los dos solo existía un ramo de tulipanes.

—¿Vas a seguir pegándome o vas a decir algo?

—¿Y qué voy a decirte? Si es que te quiero desde hace mucho. Muchísimo. Era inevitable que cayese por ti, Cascarrabias. Soy literalmente la chica que tropezó con el amor: tú. Un día apareciste y mi vida no volvió a ser la misma. Me hiciste reír y frustrarme y crecer y ser mejor persona. Has conseguido que confíe en mí y me vea guapa cuando me miro al espejo. Y no solo eso: me regalaste un montón de orgasmos.

—No debes agradecerme nada de eso. Ya eras valiente y guapa y muy sexy antes de conocerme. Pero te contenías demasiado.

—Y tú me desataste —le acusé, en voz baja.

—No hablemos de eso, que entonces voy a tener una erección y se supone que este es un momento bonito —me advirtió.

Solté una carcajada y le besé el mentón.

—Nunca pensé que alguien como tú pudiera quererme.

—Soy un tío de lo más normal que quiere a una mujer de lo más extraordinaria.

—¿Eso lo dices por cómo nos conocimos?

—Y porque me estás clavando la botella de Cacaolat en los huevos.

Me aparté de golpe, asustada, y él se echó a reír. Y fue la risa más maravillosa del mundo entero.

—Pero...

—Anda, ven. Solo bromeaba. —Me rodeó con sus brazos y me llenó los labios, el mentón, las mejillas de besos. Besos que me dieron un millón de años de vida de golpe—. Te quiero, Dánae. Mi chica de las botas de cowboy, del perfume de algodón de azúcar y de mi corazón. Sobre todo, de mi corazón.

—¿Eso significa que tú y yo...?

—Si tú lo deseas, sí.

—Hombre, no sé. Es que ahora que he descubierto que puedo correrme durante el sexo, me apetece explorar un poco, conocer otros chicos... En Tinder hay mucho nabo suelto.

Martín frunció el ceño, muy serio y asustado de pronto, y yo me eché a reír con fuerza.

—Te la debía, Cascarrabias.

—¿Por qué presiento que contigo en mi vida jamás voy a aburrirme?

—Probablemente porque somos dos mamarrachos queriéndose mucho. ¿Te vale?

Martín besó mi nariz.

—Sí, Barbie Cowboy. Me vale.

Apreté su mano con fuerza y subimos a mi apartamento. El batido, las flores y los donuts quedaron olvidados en la mesa porque nos centramos en besarnos. En abrazarnos. En amarnos.

En ser nosotros mismos: Martín y Dánae.

Sin más engaños, sin más botellas de vino, sin más casas de muñecas. Solo nosotros, como debía ser.

Y qué feliz me hizo entender que por fin estaba en mi hogar: los brazos de Martín.

Agradecimientos

Quiero agradecer, en primer lugar, a Daniel de la Peña. En poco tiempo te has convertido en uno de mis mejores amigos y en un pilar fundamental de mi vida. Además, cogiste los pedazos rotos de esta escritora en crisis y lo transformaste en un sueño hecho realidad. De no ser por ti, este libro no habría visto la luz, probablemente. Así que: GRACIAS. Gracias por la confianza, el cariño, las risas, las charlas... por todo. Seguiré defendiendo que te mereces todo lo bueno que te pase.

Como siempre, le doy las gracias a Sara Galisteo y Katherine Vega por ser las mejores amigas que alguien podría tener. No solo estáis siempre, en las buenas y en las malas, sino que me queréis como soy y no me soltáis la mano nunca. Gracias, gracias por todo. Os quiero millones.

También quiero agradecer a Santi, mi editora, la confianza y el cariño y el entusiasmo. Pero también a todo el equipo de Mil Amores. Habéis respetado siempre mis peticiones y mis tiempos, y no sabéis lo que eso significa para mí. Ojalá sigamos trabajando juntos muchísimo tiempo más.

Como no puede ser de otra manera, le doy las gracias a Rose Gate por la confianza y el cariño al ceder unas palabras para que apareciera en portada. No solo te admiro como escritora, sino que me pareces una persona increíble. ¡Sigue brillando!

A Noa Alférez, a quien también admiro y me parece una escritora capaz de tocar el corazón con sus historias. Gracias, gracias por cederme también un poquito de tu tiempo.

A Kelita Books, por el entusiasmo y el cariño. ¡Espero que la sigáis en Instagram! Aparte de tener un *feed* precioso, es un amor de persona y estoy segura de que llegará muy lejos. ¡Gracias por todo!

Por último, y no menos importante, te doy las gracias a ti, lector, por la confianza. Espero que este libro te haya provocado unas risas y hayas pasado un buen rato. Esa ha sido mi intención todo el tiempo. Y si quieres apoyar a esta escritora, no dudes en dejar una reseñita o en puntuar el libro en Amazon.

¡Gracias por todo! ¡Nos vemos en la siguiente aventura!

Índice

Nota de la autora	7
Prólogo	9
Capítulo 1. Dánae	11
Capítulo 2. Dánae	29
Capítulo 3. Martín	43
Capítulo 4	
Capítulo 5.	
Capítulo 6.	
Capítulo 7.	
Capítulo 8.	
Capítulo 9.	
Capítulo 10. Martín	123
Capítulo 11.	
Capítulo 12.	
Capítulo 13.	
Capítulo 14.	
Capítulo 15.	
Capítulo 16. Martín	195
Capítulo 17. Dánae	203
Capítulo 18. Martín	215
Capítulo 19. Dánae	225
Capítulo 20. Dánae	237
Capítulo 21. Martín	245
Capítulo 22. Dánae	261
Capítulo 23. Martín	271
Capítulo 24. Dánae	283
Capítulo 25. Martín	293
Capítulo 26. Dánae	303
Capítulo 27. Dánae	313
Capítulo 28. Martín	327
Capítulo 29. Dánae	335

[Capítulo 30. Martín 351](#)

[Capítulo 31. Martín 361](#)

[Capítulo 32. Dánae 369](#)

[Capítulo 33. Dánae 375](#)

[Agradecimientos 383](#)